Un legado a la humanidad

SHAMBHALA II

MARTA MARTÍN GIRÓN

SHAMBHALA II

Un legado a la humanidad

Título: Shambhala II. Un legado a la humanidad

Primera edición: junio 2021

«La vida es un viaje, una aventura
compleja que prosigue más allá de esta
realidad y este tiempo».

—Marta Martín Girón—

«Para aquellos que creen, ninguna prueba
es necesaria. Para aquellos que no creen,
ninguna cantidad de pruebas es suficiente».

—San Ignacio de Loyola—

ÍNDICE

«Nos miramos unos a otros azorados, porque todos sentimos simultáneamente un fuerte perfume, como de los mejores inciensos de la India. ¿De dónde viene, rodeados como estamos de peñas desnudas? Los lamas susurraban:

—¿No sienten la fragancia de Shambhala?

Mañana de sol, sin nubes: el cielo azul resplandece. Por encima de nuestro campamento vuela un enorme buitre negro. Nuestros mongoles y nosotros lo observamos. De pronto uno de los lamas buriatos apunta al cielo azul:

—¿Qué es eso? ¿Un globo? ¿Un aeroplano?

Advertimos algo brillante que vuela muy arriba, de noreste a sur. Sacamos de la carpa tres poderosos anteojos de campaña, y los dirigimos hacia el gigantesco cuerpo esferoide y brillante, que se destaca contra el sol, claramente visible sobre el cielo azul y que avanza velozmente. Vemos enseguida que cambia de dirección al sud-sudeste y desaparece tras los picos nevados de la cadena de Humboldt. Todos los *acampantes* seguimos la aparición inusitada y los lamas susurraban:

—¡El signo de Shambhala!».

Fragmento del libro *El corazón de Asia*, de Nicolas Roerich. Incidente ovni ocurrido el 5 de agosto de 1926.

CAPÍTULO 1

¿Yo también?

Ian

La observé mientras caminaba con esa pesadísima mochila a su espalda. Se alejaba con paso firme, sin mirar atrás. Su beso y su abrazo de despedida aún olían a ella; a pesar del momento, los sentí cercanos en cariño, pero lejanos en futuros propósitos juntos. Tal vez, tan solo se debía a que estaba nerviosa por el vuelo; o tal vez era yo quien se sentía desconcertado por su partida. Fuera como fuere, notaba que a cada paso que daba no solo se distanciaba su cuerpo, sino también sus sentimientos por mí. Nunca fui un hombre temeroso de perder en el amor, sin embargo, Aurora se había convertido en la mujer que siempre desee tener a mi lado. Mientras Eric estuvo vivo, nuestra amistad solapó cualquier intención que en mí pudiese despertarse hacia ella; por desgracia, mi buen amigo ya no se encontraba entre nosotros. Creo que fue en su última fiesta de cumpleaños cuando me di cuenta de lo que Aurora significaba para mí. Él también se percató. Al margen de eso, mis intenciones eran nobles. Sé que, si hubiera podido vernos, si hubiera sabido lo que sentía por su hermana, nos hubiera dado su bendición sin pensárselo dos veces. Sin embargo, en ese preciso momento la estaba viendo partir, alejarse junto a un hombre del que conocía más bien poco, un hombre que, además, estaba sufragando los costes de su viaje. Me preguntaba qué intenciones tendría, si pretendía acercarse a ella para robármela.

Permanecí estático hasta que la perdí de vista.

Hubiera deseado saber por qué en ningún momento se giró para saber si aún seguía allí. Quizá dio por hecho que me había marchado; aunque preferí pensar que la partida le estaba resultando demasiado dolorosa como para volver la vista atrás.

No sé cuántos minutos se consumieron conmigo en mitad de aquellos amplios corredores. La gente iba y venía, pasaban a mi lado como si no estuviese, como si me hubiese convertido en un pilar más de los que sostenían los altos techos de cristal que abovedaban la Terminal 4 del aeropuerto de Barajas. Ante tanto ajetreo, me di cuenta de lo pequeños que somos, de nuestra insignificancia en el universo. Mientras unos —yo—, sufría por el hecho de que mi novia se estuviese

yendo de mi lado, otros muchos correteaban para reencontrarse con sus seres queridos, otros para tomar un avión junto a su familia o su pareja, bien para regresar a casa o bien para volver a su ciudad y reengancharse a la rutina. Seguramente había quienes estaban allí por negocios o trabajo, pero en ese instante no reparé en ellos. Me había obstinado en sentir pena de mí mismo. Y en mitad de mi desventura, llegué a la conclusión de que a lo largo de la vida apenas nos topamos con tres o cuatro personas —sin contar a los padres— a las que les importamos realmente. Salí de mis lucubraciones cuando una mujer chocó contra mí.

—Uy, hijo, perdona. No te he visto.

«Joder, ¿ahora soy transparente?». La señora se disculpó dedicándome una sonrisa y haciendo un gesto apaciguador con su mano izquierda; la otra la tenía ocupada aferrando su equipaje de mano.

—No se preocupe.

—¿Estás bien? ¿Te he hecho daño?

—No, tranquila, no pasa nada.

Asintió y siguió su camino.

Tomé su empellón como una señal para que regresase a casa. Antes de irme, volví la vista atrás por última vez recordando la figura de Aurora.

«Diez días —me dije mientras caminaba con dirección a la salida—. Diez malditos días. Se me van a hacer eternos. Busqué las llaves del coche en un bolsillo de mi pantalón».

Rebufé tratando de expulsar de mi pecho la inquietud que me acompañaba.

«El puñetero Estec o Eset o como demonios se llame... Me da igual que pueda meterse en mi mente y saber lo que estoy pensando. No entiendo por qué… —Volví a suspirar, en esta ocasión más despacio. Mis deseos de volcar la responsabilidad de mis desdichas a aquellos seres del espacio quedaron reducidas a entendimiento—. Ellos no tienen la culpa de nada. Lo están haciendo por…, no sé cuál es su maldito objetivo, pero no tienen la culpa de que Aurora se haya marchado. Ni siquiera ella la tiene. Me dijo que la acompañase, así que ahora me toca apechugar con mis estúpidas decisiones. Joder, tío, ¿cuántas veces tienes que cagarla para darte cuenta de que, justo eso, que la cagas? Estás muy gilipollas, de verdad.

»En fin —me dije al tiempo que empujaba la puerta de cristal y abandonaba la terminal. El sol me hizo achinar los ojos—. Pues eso, que te espabiles, tío, que ya eres mayorcito».

El trayecto de regreso a casa lo hice completamente abstraído. La mente no me daba para más. Conducía de forma autómata.

Aparqué prácticamente ante la puerta de casa.

«Lo que me extraña es que Joaquín no nos haya acompañado al aeropuerto.

»Debería ir a hacerle una visita.

»Pero ahora no. No estoy con ánimo.

»Sí. Mejor luego, a la tarde.

»Ahora me vendría bien una ducha y tumbarme a dormir un rato. Quizá, hasta mañana».

Entré en casa con el ánimo por los suelos. Después de regresar de Londres nunca había vuelto a sentirme de ese modo, tan vacío y arrepentido de tomar una decisión.

Fui a mi dormitorio y me senté a los pies de la cama, de cara al armario. Apoyé mis antebrazos sobre mis muslos y dejé vencer el peso de mi cuerpo hacia delante, con la cabeza agachada, mirándome las zapatillas. Cerré los ojos invadido por una repentina somnolencia.

«El madrugón ha sido importante. Y los nervios peores. Me parece que le van a dar vientos a la ducha».

Sin embargo, no me moví ni un centímetro.

«Vamos, Ian, mueve el culo. Al menos recuéstate, ¿no?».

Me pesaba el cuerpo. Parecía que me había quedado petrificado. Alrededor solo se percibía silencio. Ni el sonido de los coches proveniente de la calle, ni los pájaros, ni las cañerías de los vecinos, ni la más mínima evidencia de que pudiese haber alguien aparte de mí en el edificio.

Un sutil pitido se abrió eco dentro de mis tímpanos. Era muy agudo, estridente, pero no me resultó molesto. Pensé en moverme, llevarme incluso la mano a la oreja, pero mi organismo no obedecía mis órdenes. No obstante, no me inmuté. A decir verdad, mi reacción fue como si todo aquello fuese normal, como si ya me hubiese sucedido más veces.

«En comunicación Eset —escuché de pronto. Abrí los ojos de par en par. Mi cuerpo, en cambio, permaneció inmóvil—. Doptreikc, me pongo en contacto contigo para entregarte un mensaje personal. Sabemos que ahora mismo estás confuso, sin embargo, todo está saliendo según lo programado. El traslado de Aumnox al desierto de Gobi era necesario, con él se están dando los pasos pertinentes y adecuados para una fructífera reconducción. Aún es pronto para poder ofrecer más detalles, pero es importante que confíes en los acontecimientos futuros. Aumnox estaba citada a atender el llamado de Shambhala. Sin embargo, hay más grupos de trabajo repartidos a lo

largo y ancho de este vuestro planeta. Tu participación es de igual peso. Un grupo de siete está llamado a los pies de la montaña de Monte Perdido. El encuentro está programado para el próximo 15 de junio. Para tu tranquilidad, alguien de tu entorno más cercano te confirmará la cita. Alguien en quien confías. No es un delirio.

Luz en el camino.

Eset».

Y sin más, el silencio volvió a abrirse paso entre el eco de aquella voz que aún resonaba en mi mente.

Fue la melodía de mi teléfono la que me sacó de la abstracción; estado en el que quedé sumido durante varios minutos. Oí tres tonos antes de que pudiera recomponer mi energía y levantarme para cogerlo. Descolgué sin ni siquiera mirar quién llamaba. No sé por qué pensé que se trataría de Aurora.

—Sí.

—Ian. ¿Qué tal ha ido todo?

—Ah, Joaquín. Eh… —vacilé antes de contestar. No pensaba compartir mis temores con el padre de la que presumiblemente todavía era mi pareja—. Bien. Todo bien.

—Oye, Ian, no quiero molestar, pero estoy justo en la puerta de tu casa y…

—¿Aquí? —le interrumpí.

—Sí. ¿Podría subir a verte un minuto? No te robaré mucho tiempo.

—Sí, claro.

Acto seguido sonó el portero automático.

—Ese soy yo —dijo alegre.

—Vale. Voy a abrirte. Te cuelgo.

Con el móvil aún en la mano, fui hasta la entrada. Descolgué y, sin preguntar, presioné el botón para que se abriera la puerta del portal.

Mientras él subía, miré la hora en la pantalla del móvil.

«Es más tarde de lo que pensaba. Debe llevar al menos una hora de vuelo. Es la última vez que la dejo viajar sola; a no ser que me vea obligado por una fuerza de causa mayor».

Abrí la puerta de casa y esperé en el rellano a que el padre de Aurora subiese. Oí sus pasos abordando con calma, uno a uno, cada escalón; aún se estaba recuperando de su enfermedad.

—Buenos días, hijo —saludó tras tomar una bocanada de aire. Se le veía sofocado; era normal.

—Buenos días, Joaquín. Estás en tu casa. —Me eché a un lado para permitirle pasar. Luego cerré mientras él me esperaba en el pasillo—. Vamos al comedor. ¿Quieres un café?

—¿Café? No, no, será mejor que no tome cafeína por el momento.

—Lo sé, hombre. Me refería a descafeinado.

—Ah… No, da igual. Vengo solo porque… —Dejó de hablar para mirarme fijamente a los ojos.

«¿Qué te pasa? ¿Por qué me miras así? —pensé».

—Dispara.

—¿Te ha pasado algo raro?

—¿Raro…, como un mensaje telepático, te refieres?

Alzó las cejas y se le abrieron los ojos más de lo normal.

—¿Tú también? Así que no ha sido mi imaginación… —espetó como si hablase consigo mismo. Agachó la cabeza y, pensativo, miró el suelo. Yo me quedé petrificado, sin contestar. No sabía por qué le había preguntado eso; se me escaparon las palabras como si desease gastarle una broma, más que otra cosa—. Hijo, voy a acabar loco. —Alzó la mirada—. ¿Y qué te han dicho? Cuenta. Cuéntamelo todo. ¿Ves? Si ya sabía yo que debía venir, que todavía no estoy tan zumbado. Me ha dado un aneurisma, no una embolia. Todavía pienso con lucidez, carajo.

Su inquietud y su monólogo me devolvieron a la Tierra.

—Sí, vamos al comedor. Sentémonos. Allí te lo cuento todo.

Mantuve el silencio hasta que nos acomodamos cada uno en un sofá.

—Vas a hacer que me dé algo. Desembucha de una vez.

—Sí, aunque tal vez deberías empezar tú.

—Ni de coña. Cuando al menos acabes de hacerme un resumen hablaré yo.

—Está bien. —Tomé aire y luego comencé—. He llegado hace apenas unos minutos de dejar a tu hija en el aeropuerto. Estaba…, bueno, pensaba ducharme y tumbarme un rato. Tenía sueño. Me he sentado en la cama y he empezado a escuchar una comunicación telepática.

—¿Eset?

—Sí. El mismo.

—¿Y qué te ha dicho?

Como si estuviese leyendo una nota, verbalicé cada una de las palabras que aquel ser me transmitió; sin saber cómo, se me habían grabado cada una de ellas. Joaquín me observó reflexivo.

—Claro, por eso estoy aquí —dijo susurrando, como si hablara para sí mismo. Los dos estábamos algo confusos.

—Dime. ¿Qué pasa?

—Yo soy esa persona de confianza que tiene los datos que te faltan o, más bien, la «confirmación» de que es real todo lo que has oído.

—¿Eso quiere decir que tú también estás llamado, que en caso de tener que ir podremos hacerlo juntos?

Suspiró.

—Déjame que te lea el mensaje que te he traído.

—Está bien.

Llevó la mano al bolsillo de su pantalón y extrajo un trozo de papel doblado en dos partes. Tomó aire y comenzó a leer:

> «En comunicación Eset transfiriendo un mensaje para Doptreikc.
>
> Como ya saben, todos y cada uno de ustedes tienen una misión en esta vida, un papel muy importante para el futuro de la humanidad y de este planeta. El próximo día 15 de junio, un grupo de siete están invitados a viajar al enclave de poder de Monte Perdido. Tomando la ruta que ustedes llaman 'La ruta del Larry' llegarán a una cascada, donde a las 21:00 entablaremos contacto por conexión telepática con los allí presentes y les haremos entrega de una línea de códigos energéticos que les servirán para su proceso personal y colectivo. Les recomendamos que acudan a la montaña aprovechando la salida del sol y trabajen su vibración realizando trabajos de relajación y visualización como ya han practicado anteriormente.
>
> Somos conscientes de su estado de salud. A pesar de que al igual que su camarada Doptreikc está invitado a participar en la actividad, entendemos que en su caso no se vea con fuerzas para desplazarse hasta la explanada de la cascada. Nosotros nos mantendremos próximos a usted en cada momento y, de igual modo, será reactivado. No tema sentirse solo.
>
> Aguardamos el día señalado con esperanza de trabajar unidos.
>
> Luz en el camino.
>
> Eset».

Le miré sin saber qué decir. Joaquín miró su papel y suspiró de forma sonora.

—¿«Dop…» qué? —pregunté con cara de póker.

—Doptreikc.

—Jo-der, vaya nombrecito me han ido a poner.

Joaquín se echó a reír.

—No te lo ponen ellos, se supone que es tu vibración, ¿no?

—No tengo ni puñetera idea. En fin, podría ser peor, podría tener nombre de jarabe para la tos o algo por el estilo. —Resollé al tiempo que Joaquín me miraba con una sonrisa en los labios; no obstante, sus ojos transmitían nostalgia—. ¿Estás bien?

—Bueno… Siento una extraña sensación de vacío en el pecho, como si me faltase algo.

—¿Aurora?

—No. Su madre. No puedes hacerte una idea de cuánto la echo de menos. No pasa un solo día sin que piense en ella, sin que de la forma que sea desee volver a su lado.

—Tiene que ser muy duro.

—Ni te lo imaginas. En fin. ¿Qué vas a hacer? ¿Acudirás a la cita?

—Me temo que yo solo no voy a ir a ningún sitio.

—¿A qué te refieres?

—A que no acudiré a la cita. Acudiremos los dos.

CAPÍTULO 2

Interminable

Aurora

El chirriar del hierro a nuestros pies se convertía en un incesante recordatorio de que el viaje todavía no había concluido. Las horas parecían no avanzar dentro de aquellas cuatro paredes metálicas impulsadas sobre ruedas y raíles. A pesar de estar a principios de junio, el calor en algunos momentos resultaba asfixiante. Ni siquiera cuando llegaba la noche conseguía librarme del bochorno y la sensación de humedad que bañaba mi piel.

Muchas horas.

Demasiadas.

Por delante, aún aguardaba un periplo en el que lo único que deseaba era estar conmigo misma. Busqué el refugio de la soledad y la incondicional compañía de las páginas en blanco de mi cuaderno y el universo tuvo la gentileza de procurarme un espacio donde aislarme y alcanzar la intimidad que tanto anhelaba. Tuve tiempo de reflexionar, de leer, dormir, escribir, meditar, de agradecer con todo mi ser estar enrolada en aquella aventura y, al mismo tiempo, de desear no haber embarcado jamás.

Estaba sumida en una dicotomía que me turbaba, que bloqueaba mi razón. Sentía que aquello me quedaba grande, que trataba de jugar a un juego del que no conocía las normas, de cumplir un cometido para el que no estaba preparada. Y la constante pregunta de «¿por qué yo?» no hacía más que emerger. Seguramente existían infinidad de personas mejor preparadas que yo para hacer el trabajo, alguien que, en realidad, mereciera vivir una experiencia como esa.

Supongo que aquel sentimiento fue el que me llevó a esforzarme, a tratar de levantar mi ánimo, de mezclarme con mis compañeros de viaje, de entablar conversación con ellos y conocer al menos el motivo de su presencia allí, cómo había sido «su llamado». Por un lado tenía curiosidad de saber si ellos también sentían que aquello les quedaba grande, si se percibían desorientados y confusos. Pero mis intenciones quedaron solo en eso: en intenciones. Fue inútil. La sensación casi perenne de necesitar estar en soledad nacía cada vez que me

planteaba pasar unos minutos con el resto, siendo cada vez más intensa y obligándome irremediablemente a estarlo. En consecuencia, buena parte del viaje la hice en mi compartimento, ya fuese sentada o tumbada sobre «mi» cama plegable; tan solo salía para lo estrictamente necesario. Parecía un recluso en su celda, salvo que en esta ocasión el ingreso había sido voluntario.

Ni mi mente ni las emociones me daban tregua. En ocasiones me sentía agotada, y ese mismo agotamiento hacía que me quedara abstraída, como sumergida en la nada. Era en esos momentos cuando los minutos transcurrían sin que mi mente pudiese discernir siquiera los pensamientos que rondaban por ella. En un par de ocasiones me descubrí a mí misma observando el polvo que flotaba por el aire. No pude evitar compararlo con el universo.

«Cuán pequeños somos.

»Cuán insignificantes.

»Nuestro planeta Tierra es igual que una de esas partículas en suspensión dentro de la infinita galaxia. Nosotros, en cambio, quedamos relegados a algo semejante a unas amebas parasitarias.

»Somos crueles.

»Vivimos en un estado de permanente inconsciencia.

»Somos egoístas.

»Somos destructivos.

»Confío en que sepamos cambiar a tiempo».

Algo me decía que aún había esperanza, que podríamos alcanzar otro nivel de comprensión y compromiso. La vibración de Shambhala resonaba en mí. Se había convertido en una especie de mantra que surgía de cuando en cuando mitigando el persistente sonido del tren.

««Shambhala». ¿Qué significa la palabra «Shambhala»? ¿Comporta algo aparte del nombre de la ciudad intraterrena de la que me habló Víctor? ¿Por qué siento añoranza cuando pienso en ella?».

Recordé la conversación que tuve con mi exjefe días atrás. Fue como volver a escucharle. Tanto fue así, que su voz sonó en mi cabeza como si estuviese reproduciendo un disco: «Se dice que Shambhala es una ciudad que fue creada por un grupo de treinta y dos seres extraterrestres después de la destrucción de la Atlántida, allá por el año 10 500 antes de Cristo. Cada uno de los treinta y dos maestros era un representante de las diversas civilizaciones avanzadas que ya cohabitaban en la galaxia. Todas ellas se habían unido bajo una alianza llamada: la Confederación de Mundos de la Galaxia. Y tenían un único fin común: instaurar en nuestro planeta un sistema de convivencia que ya existía en el resto del Universo».

«Convivencia en el resto del Universo —me repetí una y otra vez

entre suspiros—. No estamos solos. Nunca lo hemos estado.

»Somos unos auténticos necios. Estamos totalmente cegados por lo que la mayoría nos quiere hacer creer. No entiendo cómo insisten en ocultarnos la existencia de estos seres sabiendo que nos están contactando para advertirnos de nuestra destrucción. ¿Acaso a esos altos mandatarios les interesa nuestro fin? No tiene sentido: ellos mismos están en jaque.

»No sé si algún día llegaré a entender por qué está sucediendo todo esto».

Llegué a pensar que en cualquier momento abriría los ojos y me encontraría en casa, habiendo sido todo un complejo e interminable sueño. Nada más lejos de la realidad.

El tiempo seguía transcurriendo.

La cabeza me daba vueltas sin cesar, era un hervidero de recuerdos de viejas conversaciones. La trascendencia de mis charlas con Víctor quedaban relegadas a un segundo plano al recordar la que tuve con Enrique Paz. Nuestra primera charla a solas; a decir verdad, la única. No podía borrarme de la mente sus palabras: «Nosotros somos ellos». ¿Qué quiso decir con eso? ¿Acaso era literal o se trataba de una metáfora? Después de aquel día no había vuelto a tener una conversación individual y tan íntima ni con él ni con nadie. Bueno, sí, con mi cuaderno. Aunque siempre sacaba a relucir los mismos temas: los extraterrestres, el viaje, mi padre, su salud, Ian, nuestra relación… Mi madre y Eric también estuvieron presentes en mis reflexiones, a veces, también en mis «monólogos» ante el papel.

Sin saber por qué, tenía la sensación de que mi padre estaba percibiendo mi malestar, las dudas, la necesidad de aislarme del mundo. Nuestra conexión siempre fue muy fuerte y, siendo así, decidí escribirle un par de mensajes con la única intención de «calmarle», decirle que me encontraba bien, que *la excursión* estaba siendo agradable, que me sentía ilusionada y deseosa por llegar a nuestro destino. Salvo lo último, el resto era mentira. Conocía tan bien a mi padre…, sabía que si yo no le escribía, él tampoco lo haría, que aunque lo estuviese deseando preferiría darme intimidad y espacio, demostrarme su confianza en mí. En parte, también le escribí para saber si se encontraba mejor que cuando me fui.

Respecto a Ian…

No alcanzaba a entender qué me estaba ocurriendo. Hasta hacía muy poco tenía claro que le quería y deseaba. Solo pensaba en estar a su lado. Le esperé durante tantos años… Y ahora… Al parecer, mis sentimientos ya no eran los mismos. Ignoraba qué había cambiado, si es que realmente había cambiado algo. ¿Y si siempre fue así, pero no

lo supe ver? ¿Y si estaba obnubilada? ¿Y si solo puedes amar aquello que conoces a pesar de sentir que existe algo más grande ahí fuera? ¿Y si lo que siempre estuve esperando no era él? Pero entonces, ¿a quién?

Recordé nuestra primera cita, el día que vino a buscarme al trabajo. Reviví el momento en que caminé hacia él y, aquel instante en que, como si de un sueño se tratara, surgía entre ambos el rostro de Eset haciendo que se me congelara la sonrisa. Esa fue la primera vez que vi al extraterrestre y, aún meses después, su recuerdo seguía acelerándome el pulso. No entendía de dónde surgía tanta atracción, cómo ese sentimiento podía solapar, de alguna manera, lo que significaba y sentía por Ian. Llegaba a resultarme absurdo y, sin embargo, mi forma de actuar delataba que no lo era tanto. Estaba en un tren a cientos de kilómetros de distancia y aun así trataba de evitarle, de no escribirle, incluso, intuyendo que ese viaje cambiaría para siempre nuestra relación.

Debía dejar al margen mis necesidades, ya que una parte de mí, la mente o los remordimientos —no sabía distinguirlo—, me dictaban que, al menos, le mandase un mísero mensaje para ponerle al tanto de cómo estaba transcurriendo el viaje. Aunque, al mismo tiempo, algo dentro de mí ordenaba lo contrario, rechazando cualquier tipo de contacto con él. Me estaba volviendo loca. Aquel rechazo emergía junto a un fuerte sentimiento de culpabilidad difícil de digerir. Remordimientos por dejarle a un lado; culpabilidad por mostrarle un cariño que empezaba a ser dudoso. Escribirle... Quería y no quería. Me animaba a hacerlo y justificaba por qué no hacerlo. Al final llegué a la conclusión de que decirle que todo iba bien era lo mínimo que podía hacer, lo más educado. Me marché de su lado sin avisarle de que mis sentimientos estaban confusos. No quería que a mi regreso pensase que todo seguiría igual, que me esperase como un perrito a su dueño, sin saber si este va a regresar o en qué estado va a hacerlo.

Y mientras las dudas me obnubilaban, las horas iban pasando, sabiendo además que tan pronto mi padre tuviese noticias mías se las comunicaría a Ian, haciendo más complicado poder ignorarle o darle una excusa creíble. No podía «ampararme» en la falta de cobertura, era ridículo. ¿Acaso no le estaban llegando mensajes a mi padre? Ni que el móvil tuviese cobertura selectiva. ¡Dios, qué complicado se me estaba haciendo gestionar ese conflicto! Finalmente, me obligué a escribirle al menos una vez. Y lo hice de la forma más tosca, infantil y huidiza que jamás hubiera imaginado.

> «Hola, Ian. Ya estamos a más de medio camino. Pronto habremos llegado. Apenas tengo cobertura. Estoy bien. Espero que tú también. Un abrazo».

Ni un «te quiero», ni un «te echo de menos», ni un simple «me hubiera gustado que estuvieses aquí conmigo».

Fue triste, y lo peor de todo: fui consciente de ello.

Busqué olvidarme del tema refugiándome en el sueño. Después de unas horas, lo conseguí.

Desperté al escuchar un par de golpes al otro lado de la puerta. Se trataba de Enrique Paz, el famoso y reconocido ufólogo peruano que nos guiaría durante la expedición.

—¿Qué tal, Aurora? Parece que te desperté. —Sonrió. Le devolví el gesto con un débil «hola» al tiempo que me desperezaba con el mayor disimulo posible—. En un par de horas llegaremos a Ulán Bator. Es nuestra última parada en el transiberiano.

—Estupendo. Iré recogiendo mis cosas.

—Les estoy citando a todos en el vagón restaurante diez minutos antes de arribar; la intención es que ya estemos todos juntos y podamos ir a por los autos.

—Perfecto. Allí estaré.

—Genial. Bueno, pues voy a seguir avisando a los que faltan.

—Muy bien. Hasta luego y gracias.

—No hay de qué.

Dio media vuelta y se marchó. Por mi parte, regresé a la cama y me tumbé bocarriba. Cogí el móvil y programé el despertador para que sonase una hora y media más tarde.

«Ya solo faltan un par de horas. Estamos cerca».

Suspiré con alivio.

Busqué el cuaderno y mi boli dentro de la mochila. Necesitaba escribir por última vez antes de abandonar el tren:

> «Ya estamos llegando. No sé por qué, pero de repente se me ha despertado un nervio extraño. Otro. Es una inquietud rara que no sé si se debe al deseo de llegar o al miedo a lo que podamos encontrar allí. Supongo que es la incertidumbre.
>
> Espero que no sea un mal presentimiento».

Analicé mis sentimientos contemplativa al tiempo que la mirada se me perdía en el azul de la cama que durante tantas horas me cobijó. Seguí escribiendo:

> «No, no parece que sea un mal presentimiento. Estoy nerviosa, inquieta, asustada. De alguna manera me atemoriza lo que puede llegar a pasar cuando lleguemos. ¿Estaré preparada para lo que ocurra? Más me vale que sí.

Aunque, no tiene por qué ocurrir nada. No sé de dónde demonios me he sacado que deba suceder algo. Tal vez, lo más probable es que no pase nada. Nada de nada».

Al terminar la frase sentí decepción, una extraña sensación de abandono.

«Pensé que… No sé, creí que tal vez soñaría con ellos alguna noche. Que los sentiría —por decirlo de alguna manera— cerca. Pero no. No ha sucedido nada. No he soñado nada, no he sentido su cercanía en ningún momento.

Y los demás, ¿habrán soñado con ellos? ¿Habrán sentido su compañía, su protección?

Tal vez no me corresponda…

En fin… Voy a meditar un rato.

Debo olvidarme de lo que voy a encontrar al llegar al Gobi. Deshacerme de las dichosas expectativas.

Además, teniendo en cuenta que las cosas no suceden porque sí, algún sentido tendrá que esté aquí, ¿no?

Eso espero».

No aguanté a que sonase el despertador. Comencé a recoger mis cosas; lo hice en tiempo record. Tenía ansia por abandonar aquel cuartucho bochornoso, por llegar a la estación. Sobre todo, la necesidad de cambiar de aires. Y es que, no sabía qué hacer ni cómo ponerme, si quedarme en el compartimento hasta que llegase la hora indicada o salir a dar una vuelta por los pasillos. Me sentí como un padre que está aguardando con anhelo en la sala de espera a que su mujer alumbre a su vástago. Finalmente opté por abandonar mi estancia con la intención de no volver a pisarla.

Con la mochila a cuestas, recorrí por última vez los pasillos del transiberiano hasta llegar al vagón-restaurante. Para mi sorpresa, allí encontré a Víctor sentado a una mesa.

—Buenos días, compañera.

—Buenos días.

Dejé la mochila en el suelo junto a una silla y me senté enfrente de él.

Observé cómo removía el café con la cucharilla sin levantar la vista de la taza. Teniendo en cuenta lo huidiza que me había mostrado en las últimas horas, me dio la sensación de que trataba de concederme espacio y no incomodarme con preguntas poco oportunas.

—¿Quieres tomar algo?
—¿Eso es café con leche?
—Sí.
—Pues lo mismo que tú.
Hizo un gesto al camarero y se encargó de pedírmelo. Antes de darme cuenta ya lo tenía delante.
Llené mis pulmones con el aroma que desprendía aquella pequeña taza humeante. Cuando alcé la mirada me di cuenta de que mi exjefe me observaba con detenimiento.
—¿Qué tal vas? —Su voz sonó dulce, comprensible. Me recordó a mi madre: preguntaba sabiendo que tal vez escucharía una declaración completa de mis sentimientos o una evasiva.
—¿La verdad? Ahora sí que tengo ganas de llegar.
Escudriñó mis ojos sin mostrar ninguna reacción.
—Te siento mejor. Y tu cara… Pareces más relajada.
Le sonreí de medio lado.
—Sí, estoy mejor. Ha sido un viaje muy…
—¿Introspectivo?
—Demasiado.
—No te preocupes, el del resto también ha sido más movidito de lo que esperábamos. —Le miré frunciendo el ceño, demandándole una explicación que probablemente me haría sentir mejor—. Sí, Aurora. Las charlas, las risas y las caras de felicidad del primer día se desvanecieron. En los posteriores acabamos todos refugiándonos en una necesidad constante de silencio. —«¿Silencio?», me pregunté extrañada. «¿Por eso necesitaba estar a solas?»—. Tú fuiste la primera en ausentarte, pero los demás no tardaron en hacer lo mismo. Apenas nos hemos visto a lo largo del viaje. Fue una casualidad que nos encontrases a Antonio, Sofía, Enrique y a mí el otro día, aquí, tomando un café.
—¿Y tú no lo has necesitado? Ausentarte, digo.
—Sí, pero en vez de ir al camarote me quedé en la cafetería la mayor parte del tiempo. Yo lo compartía con Enrique y…, bueno, era como si hubiésemos hecho un acuerdo silencioso para turnárnoslo. De vez en cuando aparecía por aquí y tomábamos una infusión o un café, dándome *el relevo*. Pero los demás… Ya te digo que se han dejado ver muy poco.
—Sí, y por suerte el tren no iba muy lleno. Gracias a eso he podido disfrutar de un compartimento para mí sola todo el viaje.
—¿No lo compartías con nadie?
—No.
—Pues sí, has *tenido suerte* —repitió marcando las dos últimas

palabras.

Reí.

—O sea, que te ha tocado con Enrique.

—Sí.

—Pensé que lo compartías con José o Antonio. Aunque, Antonio y Sofía están casados, ¿no? Ellos irían juntos...

—Sí, están casados, pero no, Antonio lo ha compartido con José para que Lourdes no estuviera sola o con algún desconocido.

—Ah, entiendo. Chicas por un lado y chicos por otro.

—Eso es. Y tú contigo misma —concluyó, volviéndome a sacar una sonrisa.

Se hizo un silencio que aproveché para acabarme el café.

—¿Has…?

—Mira, ya vienen los demás —expuso, señalando con la cabeza más allá de mi espalda e interrumpiendo mi pregunta. Entendí que no era el momento de solventar ciertas curiosidades.

Giré para ver de quién se trataba. Eran Enrique, Antonio y Sofía. A escasos metros los seguían José y Lourdes.

—¡Buenos días, muchachos! —saludó Enrique con una notable euforia, frotándose las manos—. Ya estamos cerca.

Hubo un intercambio de cortesías, palmaditas en la espalda y sonrisas amables. Sin embargo, a pesar del tono alegre y los comentarios animosos de nuestros compañeros, sus semblantes constreñidos y sus miradas evasivas revelaban no estar tan bien como pronunciaban sus labios. Lo que me había contado Víctor era cierto: para cada uno de nosotros el viaje estaba resultando más duro de lo imaginado. Se palpaba el deseo de salir de allí, de llegar a nuestro destino. Permanecía latente el temor a que el resto de la expedición fuese igual de desestabilizante a como lo había sido hasta ese momento. Un temor colectivo que además resultaba difícil de disimular. El único que mantenía realmente la armonía era Enrique, y, aunque era de esperar por sus años de entrenamiento, no dejaba de ser un alivio. Se había convertido en el pilar de nuestra evolución, en el sustento del grupo.

Tras unas breves instrucciones por su parte, abandonamos el transiberiano.

Para mi sorpresa, aquella parada fue un punto de inflexión en mi

estado anímico. Sabía que nos encontrábamos cerca, que aquella noche, al fin, pernoctaríamos bajo el cielo estrellado del mismísimo desierto de Gobi.

En Ulán Bator alquilamos un par de vehículos cuatro por cuatro con los que reanudamos la marcha sin demora, esta vez, continuando nuestro trayecto sobre la arena, lejos de los raíles, de los viajeros desconocidos, de la intimidad de un camarote para mí sola. Ahora nos acompañaba el sol, la arena, las provisiones justas y las expectativas. Sí: a pesar de haberlo intentado, mis expectativas aumentaban a la misma velocidad a la que nos acercábamos al lugar citado.

Enrique se encargó de distribuirnos en los coches: Antonio, Lourdes y Sofía en uno, y el resto en el otro. José se ofreció a conducir el nuestro.

Llevábamos recorridos apenas unos kilómetros cuando vimos cómo el pavimento se fundía con la arena, dejándonos, sin previo aviso, ante un horizonte indefinido de bastas hectáreas de polvo beige. No tardamos en perder de vista la carretera; de pronto nos convertimos en parte del desierto. La estampa era imponente. Me sentí abrumada. Tardé varios segundos en reunir la calma suficiente para no sufrir un ataque de pánico, y es que, una vez alejados de los caminos trazados por el hombre, temí que acabásemos perdidos en mitad de la nada. Creo que aquella fue la primera y única vez en todo el viaje que desconfié de las capacidades de Enrique, que, por su parte, nos guiaba en todo momento sin perder la compostura, sereno, en silencio. Mantenía la mirada siempre al frente, como si estuviese hipnotizado, como si la energía de aquel lugar le fuese susurrando los pasos que teníamos que ir dando. Su semblante era serio a la par que apacible. Llegué a pensar que aquel mutismo correspondía a una especie de meditación que tal vez nos enseñaría a practicar alguno de los días que nos aguardaban por delante. Mientras llegaba o no ese día, su silencio sentó cátedra y su paz nos contagió, haciendo que durante todo el camino tan solo se escuchase el rugido de los motores. Un silencio que fue quebrado únicamente en tres o cuatro ocasiones en las que Enrique se dirigió a José para redirigir nuestro rumbo. Me preguntaba cómo podía orientarse en un sitio así. Quizá llevaba algún tipo de dispositivo GPS en su móvil, que yo no había visto. Incluso llegué a pensar que, tal vez, le guiaban los seres con los que mantenía contacto. No dejaba de preguntarme cómo conseguía comunicarse con ellos. ¿Les hablaría siempre que él quisiera y ellos contestarían? ¿O serían únicamente ellos quienes iniciasen el contacto según sus programas de actuación? De alguna manera me sentía infantil por plantearme aquellas cuestiones, pero a la vez me parecían tan

lógicas…

Realmente, resultaba bonito y fascinante ver la confianza que habíamos depositado en «nuestro guía»; también desconcertante: en realidad no lo conocíamos de nada. Sin embargo, ahí estábamos, a cientos de kilómetros de casa, en un país desconocido, en mitad de un océano de arena sin apenas víveres, sin cobertura ni forma de comunicarnos con nuestros hogares ni con nadie. En ningún momento nos planteamos si era un loco, el cabecilla de una secta, un delincuente que traficaba con personas y las entregaba en mitad del desierto o cualquier otra burrada. No. Simplemente nos entregamos a su voluntad sin hacernos preguntas, sin dudar de sus intenciones; sintiendo, al mismo tiempo, que el viaje nos cambiaría la vida. Había algo en su persona que te envolvía, que te invitaba a confiar en él. Sin más.

Según avanzábamos, parecíamos adentrarnos en otro mundo; uno de belleza inusual, árido y de horizonte rojizo. Era difícil hacerse a la idea de que dentro del mismo planeta Tierra pudiesen coexistir tanta diversidad de culturas, formas, costumbres y niveles de vida, pero también tanta disparidad paisajística. Teníamos el privilegio de vivir en un paraíso único.

El ambiente, el clima, la energía era tan dispar a la que dejé en Madrid… Tan solo llevaba unos días lejos de casa y una parte de mí ponía en duda de dónde venía, si todo lo que había vivido desde mi infancia era real, si era cierto que pudiese formar parte de una sociedad que presume de estar a la última en todo, *atesorada* por la tecnología que marca los ritmos frenéticos de sus habitantes. Allí, en el desierto de Gobi, el único nexo con la vida «moderna» eran los vehículos que nos trasladaban, las cámaras de fotos y los móviles que aparentaban coger señal de vez en cuando; solo lo aparentaban.

Después de más de cuatro días de viaje en avión, tren y coche, al cabo de unas horas de subir, bajar y atravesar dunas, llegamos a un punto que marcó Enrique como nuestro destino.

Al fin estábamos a las puertas de Shambhala.

CAPÍTULO 3

Llegada

Al abrir la puerta del coche una bofetada de calor nos dio la bienvenida. Las piernas me temblaban. Por un momento temí caer de bruces y estampar mi cara en la arena. Me acordé de las imágenes que recorrieron el mundo entero, del papa Juan Pablo II cuando bajó de un avión, se puso de rodillas y besó el suelo. No sé si fue un gesto de alivio por volver a sentirse a salvo y pisar tierra firme o como bendición al país que lo acogía. En mi caso, estuve a punto de hacer lo mismo, pero por la flojera que sentí en las extremidades.

Descargamos del maletero las cosas necesarias para montar nuestros particulares gers[1] de ciudad: unas tiendas de campaña que nos acogerían a lo largo de los cinco días que durarían los trabajos en aquel enclave.

Era momento de relajarse.

Dejé el móvil en la mochila y anduve durante un par de minutos con dirección a ningún sitio, solo con la intención de alejarme unos metros de mis compañeros. No me costó encontrar la soledad tras el sinuoso cerro descendente de una duna que teníamos a escasa distancia.

Ese lugar era verdaderamente especial.

Sí, se respiraba una paz profunda e insólita. Era como estar sola en el mundo a pesar de que mis compañeros trajinaban a tan solo unos metros. Observé mis pisadas, cómo las botas penetraban en la arena cubriéndomelas varios centímetros, cómo al dar el siguiente paso la huella que acababa de dibujar se perdía tras la arenilla que rodaba por el insignificante socavón hasta casi borrar mi rastro. Por unos minutos pude olvidarme de quién era, de qué hacía allí, de cómo había llegado, de lo duro que me resultó el primer tramo del viaje. Tenía la esperanza de que el maremoto de sensaciones que me había acompañado hasta entonces, cesase durante los días venideros.

—Me gustaría saber quién soy, por qué estoy aquí —le dije a la nada con cierta nostalgia. Un profundo y emotivo suspiro huyó de mi pecho uniéndose al hálito del lugar.

No sabía qué pensar. En realidad, parecía resistirme a disfrutar del momento, de la compañía, de la experiencia, del lugar. Aunque el trayecto en el cuatro por cuatro había sido más calmado, una vez que puse el primer pie en la arena del desierto, las olas de emociones volvieron a zarandear mi quietud; de ahí mi flojera y mi posterior

paseo en soledad.

Recé por que fuese algo pasajero, pero no quise acallar mis «tormentos». Continuando con la práctica de introspección que me acompañó todo el trayecto, decidí concederme una nueva oportunidad para observar qué demonios me sucedía.

Seguí caminando.

El ritmo de mis pisadas fue reduciendo a medida que me fundía conmigo misma.

Cerré los ojos.

Inhalé con calma llenando mis pulmones del cálido abrazo del Gobi.

Noté emerger un brote de tristeza que gradualmente se fue convirtiendo en felicidad, en paz.

Me sorprendí sonriendo, dichosa, al tiempo que una lágrima rodaba por mi mejilla para tratar de calmar la sed del desierto.

«¿Me tendrá que venir la regla? —pensé de pronto. Era la única explicación que encontraba «aceptable» ante tanto vaivén emocional: las hormonas».

Abrí los ojos y permanecí estática, observando; escuchando el silencio. Durante largo rato me quedé embebida, deleitada por el hermoso horizonte que se teñía de fuego ante mí. Pensé en sentarme y disfrutar del paisaje, pero recordé un artículo que leí día atrás, cuando decidí que emprendería el viaje. El artículo en cuestión hablaba de un pequeño gusano llamado *gusano de la muerte,* que habitaba en el desierto de Gobi y cuya picadura era rápida y letal. De solo pensarlo se me quitaron las ganas y evité el más mínimo contacto con la arena; a fin de cuentas, ya había estado sentada muchas horas.

—¡Aurora! —Oí que Víctor me llamaba.

Al girar, le vi aproximándose.

—Dime —respondí cuando estuvo más cerca.

—Enrique nos quiere enseñar dónde vamos a ir mañana.

—Voy.

Esperó a verme a su lado y luego anduvimos juntos hacia el resto del grupo.

—¿Estás bien? Te veo un poco…

—No sé qué me pasa. Pensé que al salir del tren me encontraría mejor, pero…

—Te entiendo. Pero debes tratar de disfrutar del viaje, al menos eso es lo que intento yo.

—¿No te inquieta estar en mitad de la nada con la única compañía de seis personas a las que no conoces en absoluto, y saber que eres un blanco fácil para los extraterrestres?

—Te conozco a ti y confío en Enrique —contestó sereno. Los compañeros nos esperaban expectantes—. Los extraterrestres no me preocupan. Con eso tengo suficiente —dijo zanjando la conversación.

Lo observé con disimulo. Parecía mentira lo mucho que había cambiado desde el día en que lo conocí. De aquello hacía ya más de diez años. Aun así, nuestro trato había sido escaso; más cercano en los meses que duró mi rehabilitación tras el accidente, y después, lo estrictamente necesario en el ámbito laboral cuando él todavía era mi jefe. Al parecer, creía conocerme mejor que yo a él. Y tenía cierta lógica: yo seguía siendo la de siempre mientras que él… Sí, el Víctor de ahora era distinto al de entonces. Esa fachada de tipo serio, responsable y repeinado a la que me tenía acostumbrada, desapareció bajo las nuevas *pintas* desaliñadas que lucía desde que renunció a su cargo en la empresa. Su pelo castaño, ahora lo llevaba corto, aunque lo suficientemente largo como para peinárselo. Durante nuestra travesía dejó que este luciera de forma natural, suelto, sin gomina. Su piel era clara y sus ojos color chocolate. Todavía no tenía ni cuarenta años y ya poseía una gran fortuna repartida entre casas en la Península y en las Islas, varios coches de colección, una gruesa cuenta bancaria, depósitos... Incluso durante una temporada tuvo un yate, pero terminó vendiéndolo un par de años después de adquirirlo; apenas tenía tiempo de usarlo, decía. Jamás le oí presumir de su riqueza, pero tampoco la ocultaba. Era la típica persona adinerada que trabajaba por trabajar, por ocupar su vida, entretenerse con algo que le resulta divertido; tal vez, por sentirse realizado.

Una vez jubilado su padre, dueño y socio fundador de empresas Martinetis, Víctor pasó a ocupar un puesto destacado dentro del departamento de diseño y producción. Tan solo presentaba informes de su trabajo y los rendimientos de su departamento a los otros dos socios fundadores que levantaron la compañía junto a su progenitor. Hasta que llegó un día en el que la crisis en el mercado automovilístico les afectó, empujándoles a reestructurar la sociedad. Dicho de otra forma: a recortar gastos. Fue ahí cuando los socios del «chiringuito» anunciaron a Víctor los recortes que afectarían a su departamento y al resto de la empresa. Entre esos recortes figuraba yo.

No sé lo que pasaría por su cabeza, pero después de darme la carta de despido, lo siguiente que hizo fue renunciar a su cargo. Decidió aparcar toda su vida de lujos y comodidades para enrolarse en la búsqueda y el «entendimiento espiritual», o eso aseguró el día que vino a verme a casa.

A partir de ese momento, los acontecimientos se fueron sucediendo con rapidez y, ahora, apenas unas semanas después de mi despido y su

renuncia, ambos nos encontrábamos sumidos en un viaje del que ignorábamos qué hacíamos allí y qué nos depararía. Jamás hubiera imaginado que terminaría haciendo un viaje al desierto de Gobi junto al que un día fue mi jefe, supuestamente de iniciación espiritual y asistidos por seres de otros mundos. Las últimas semanas de mi vida estaban siendo surrealistas.

Al llegar junto al resto del grupo, Enrique me dedicó una sonrisa de complicidad, como si supiese por el conflicto interno que estaba pasando. Aquel detalle me hizo sentir bien: arropa y comprendida.

—Miren —dijo a continuación, apuntando al horizonte con su dedo índice—. Allí, a unos pasos, a menos de un par de kilómetros, está el templo donde mañana iniciaremos los trabajos de meditación. Para que se ubiquen, aquellos puntitos blancos que se aprecian, son las estupas que limitan su perímetro. —Me sorprendí embelesada y sonriente al contemplar, aún desde la distancia, la construcción: una pequeña estructura de forma cuadrada en mitad de kilómetros de arena—. Trabajaremos un par de jornadas lo más cerca del templo que nos sea posible y otro día visitaremos la montaña sagrada del Gobi, Khan Bayanzurkh.

»Amigos, no solo quiero darles las gracias por haber hecho este viaje, si no por lo que significa que estén aquí. Además, debo decirles que no estamos solos. Nunca lo estamos realmente, pero ahora, en estos precisos instantes, les alegrará saber que tenemos compañía. Los hermanos de las estrellas nos dan su bienvenida. —De forma instintiva, los seis allí presentes —todos menos nuestro orador— llevamos la vista al cielo en busca de una evidencia que, a nuestros sentidos, confirmase sus palabras. No vi nada. Aquel saludo debía ser una mera cortesía desde la distancia, de ahí que Enrique ni se molestase en alzar la cabeza y en su lugar prosiguiera su perorata sin inmutarse—. Nos dan las gracias por venir a este lugar de poder y formar parte de un compromiso que va más allá del individuo. Durante los próximos cinco días nos acompañarán y guiarán. —Su rostro sereno me llevó a pensar que debía estar más que acostumbrado a las charlas mentales con esos seres—. Ellos son conscientes de que cada uno de nosotros se encuentra en un momento especial de su vida. Nos facilitarán la información que estimen oportuna, ellos mejor que nadie saben la repercusión de ir más allá de los límites, y con ella podremos trabajar en nuestro particular proceso. En ocasiones podrán intentar una comunicación telepática directa, consciente. En otras, se ayudarán de proyecciones mentales, de una comunicación menos

invasiva, por decirlo de alguna manera. En cualquier caso, estaremos llevando a cabo un trabajo constante, tanto personal como grupal, y cuando digo grupal, no solo me refiero a los siete aquí presentes, sino a todo un colectivo, a todo el planeta. Amigos, nos recuerdan que, independientemente del camino y la situación personal de cada uno, hemos venido aquí por un fin común que va mucho más allá del momento presente, del lugar y del yo.

»A los seis: Antonio, Lourdes, José, Sofía, Víctor y Aurora, bienvenidos al «portal de Shambhala».

Nos miramos unos a otros sin decir nada, sin querer parecer unos niños ansiosos preguntando a sus padres cuánto falta para llegar al parque de atracciones. Por un momento dudé de si aquello era una alucinación. Quise aparcar la sensación de ser el muñeco de un videojuego que no puede salir ni despertar de esa realidad virtual. ¿Realmente me despertaría y habría sido todo un sueño?

—Les dan las gracias por haber reunido el valor para hacer el viaje y venir a este lugar de poder, es muy importante para todos —concluyó Enrique.

Sentí cómo en mi interior crecía una maltrecha expectativa a la que no quería prestar mucha atención. Nuestras miradas, las de todos, transmitían ilusión, alegría, sorpresa e incluso incredulidad, no porque no creyésemos lo que nos decía Enrique ni en aquellos seres, sino porque aquella escena parecía sacada de un bonito cuento de fantasía. Si nos parábamos a pensar, parecía mentira que seres de otros mundos pudieran estar contactando con Enrique y tuvieran intención de empezar a hacerlo de forma consciente también con nosotros.

Después de una cena rápida, mi cuerpo se relajó, desvelando consigo una extenuante sensación de cansancio; sin duda, necesitaba dormir.

Al ocultarse el sol por completo, la temperatura bajó con brusquedad. Me felicité por haberme llevado el saco de invierno; al menos dormiría calentita.

Distribuimos las tiendas de campaña sin quebrarnos demasiado la cabeza: las chicas compartiríamos una, y nuestros compañeros se repartirían por parejas las dos restantes. Admito que me traía sin cuidado con quién dormiría; solo quería encerrarme en mi «crisálida» y descansar.

No tardé en quedarme dormida. En cuanto cerré los ojos entré en un profundo ensueño, del cual no salí hasta sentir los primeros rayos de luz del día siguiente.

CAPÍTULO 4

Fase rem

Eset

Se confirmaba lo que Alixarc advirtió desde el principio: la humana estaba respondiendo al protocolo de contacto según lo programado. Sin embargo, bajo mi punto de vista, aún era pronto para estar completamente convencido de su incorporación a la fase activa del plan. Percibía una inusual concentración de energía en su interior, quizá, una fuerza superior a la del resto de humanos que se encontraban en el mismo grado que ella; al mismo tiempo, mayor descontrol sobre sí.

—En siete minutos alcanzarán la posición indicada —informó Alixarc, marcando el final de nuestra reunión.

—Luz en el camino —respondimos Gireln y yo inclinando la cabeza, conocedores de nuestro cometido.

Mi compañera y yo nos encaminamos a la sala de reajustes. Ambos daríamos soporte al trabajo que los terrícolas llevarían a cabo desde el desierto de Gobi.

Al llegar a la sala de reajustes, encontramos a Nhorturz, el técnico encargado de la supervisión de nuestra conexión y del trabajo que llevaríamos a cabo en breves instantes. Nos esperaba. Proyectaríamos nuestro cuerpo astral desde la nave a la Tierra.

—¿Preparado? —preguntó Gireln, situándose frente a mí. Clavó sus ojos del color de las esmeraldas en los míos. Se la percibía serena.

—Sí.

—Mantén el control. Pase lo que pase, confía en los humanos —me dijo mentalmente, solo a mí. Sabía el porqué de su advertencia, a quién se refería. No le contesté.

Sin perder el contacto visual, Nhorturz le hizo entrega del *teseracto* que manipulaba en el instante en que irrumpimos en la sala. El brillo y los movimientos del *hipercubo* no dejaban lugar a dudas: estaba todo listo. El plano cuántico nos permitía un nuevo acceso al plano terrícola desde el nuestro, desde la distancia.

—¿Has comprobado sus niveles? —pregunté a Nhorturz, aunque ya sabía la respuesta, de lo contrario ya nos lo habría comunicado.

—Sí. Todo va según lo programado. Los siete terrícolas del Gobi

duermen. Tres de ellos ya han entrado en fase rem.

—Bien. ¿Y los otros?

—Aún no han llegado a Monte Perdido. Está todo en orden.

—De acuerdo. Adelante.

Me aproximé a Gireln hasta tenerla a menos de un metro. Por su parte, cerró los ojos y automáticamente el teseracto que mantenía sobre su mano derecha comenzó a girar sobre sí mismo.

De forma instantánea entramos en la consciencia astral de los siete miembros del grupo que se habían trasladado al desierto de Gobi.

CAPÍTULO 5

Los llanos del Larri

Ian

Hacía más de dos días que no tenía noticias de Aurora, lo cual significaba que mis sospechas habían cobrado vida: necesitaba distancia, dejarme a un lado hasta que…, no sé hasta cuándo. Joaquín, en cambio, había recibido un par de mensajes suyos en los que le decía que todo iba bien.

No iba a olvidarme de ella, pero necesitaba calmar mis pensamientos.

Me encontraba haciendo la maleta para ir al viaje al que nos «invitó» Eset cuando recibí un mensaje de Aurora. Eché mano del móvil como quien no ha comido en tres días, pero no me gustó lo que leí:

> «Hola, Ian. Ya estamos a más de medio camino. Pronto habremos llegado. Apenas tengo cobertura. Estoy bien. Espero que tú también. Un abrazo».

¿Casi tres días sin saber nada de ella y me manda eso? ¿Acaso se creía que estaba hablando con su vecino? Por un momento me sentí muy pequeño e insignificante, una prenda de vestir pasada de moda que corre el peligro de acabar en el cubo de la basura. No sabía si estaba enfadado, decepcionado, humillado o simplemente entristecido.

«Está bien —resollé—. Te lo pondré fácil».

Dejé el móvil junto a la maleta, sin contestarle.

«Madre mía, y me espera un viaje de más de cinco horas con…, ¿mi suegro? Después del mensajito que me ha mandado no creo que tenga muchas intenciones de que sigamos juntos. En fin, es lo que hay, cuando esté aquí ya hablaré con ella. Espero que al menos tenga la suficiente valentía como para decirme lo que quiere. Si no desea que sigamos juntos, quiero saberlo».

Una hora más tarde pasaba por casa de Joaquín a recogerle. Por suerte, durante el viaje hubo muchos más temas de conversación aparte de Aurora, y silencios, muchos silencios. Aunque nuestras charlas giraron en torno a cualquier asunto —sobre todo extraterrestres, qué nos encontraríamos al llegar a Monte Perdido, coches, anécdotas del pasado y chorradas varias—, las pocas veces que

hablamos de su hija fue acerca de su viaje: cómo se encontraría, si habría llegado ya, qué experiencias estaría viviendo… De alguna manera, me sorprendió que supiera contenerse y no hiciera comentarios sobre nuestra vida amorosa. Tal vez intuyó mis miedos o tal vez manejaba información que yo desconocía. En cualquier caso, lo agradecí. Pese a todo, en los momentos de silencio no podía dejar de pensar en ella. Si hubiera viajado al Gobi… Pero no. Estaba claro que mi «misión» era quedarme en Madrid, estar con su padre y luego viajar a un lugar hasta ese momento desconocido para mí.

Nunca había sido una persona que percibiese la energía de las personas o de los lugares, sin embargo, a medida que nos aproximábamos a Huesca, mis sensaciones iban cambiando, la negatividad y las preocupaciones parecieron disiparse gradualmente. Jamás noté un cambio tan fuerte, ni siquiera cuando me fui a vivir a Londres, y ya es decir. Creo que a Joaquín le sucedió lo mismo. La última hora y media de viaje parecíamos ir en dos coches distintos; dicho de otra manera, me olvidé de que llevaba a alguien en el asiento de al lado. Tan solo hubo algún comentario acerca del paisaje, el cual suponía un espectáculo y un regalo para los sentidos. El aroma a bosque se fue colando en el habitáculo. La sensación de paz era inenarrable.

El resto del trayecto conduje completamente abstraído.

—Es por ese desvío —indicó Joaquín sacándome de mi ensimismamiento. El vehículo que circulaba unos cuantos metros por delante de nosotros continuó en línea recta hacía el puente que le conduciría a Francia. Reduje la marcha para incorporarme al desvío. Antes de girar miré las indicaciones que quedaban al otro lado del quitamiedos: «12 Francia». «Ainsa 34». «Huesca 138». No sé por qué imaginé que aquel oscuro túnel ocuparía esos 12 kilómetros que nos distanciaban de la frontera gala. Sin volver a incidir verbalmente, en esta ocasión mi copiloto señaló con el brazo el desvío a tomar. Al llevar la vista al punto señalado puede ver más letreros, entre los que me dio tiempo a leer: «Bielsa 0,6» «Valle de Pineta». Un poco más arriba, incrustado y medio tapado por el follaje, vi otro rótulo que hacía mención al lugar donde pasaríamos la noche. Puse el intermitente y tomé el desvío.

Joaquín se había encargado de buscar un alojamiento; eligió el que consideró más adecuado y próximo a Monte Perdido: el Camping Pineta.

Atravesamos el pueblo de Bielsa en un abrir y cerrar de ojos y, por esa misma carretera, unos pocos kilómetros más tarde, llegamos a nuestro destino.

Aparcamos en la misma puerta del restaurante. No sabíamos a dónde teníamos que dirigirnos para indicarles que teníamos reservada una habitación.

—Ven, preguntemos en la cafetería —sugirió Joaquín.

Seguí su estela hasta el interior. Se acercó a la barra. La primera impresión fue agradable. La madera predominaba en la decoración: la barra, las mesas, las sillas, las paredes, los techos… Acogedor.

Tan solo había un chico trabajando de espaldas a los clientes, aunque en ese momento los clientes tan solo eran un par de señores sentados a una mesa tomándose lo que parecía un café cada uno

—Perdona —solicitó Joaquín, dirigiéndose esta vez al chico. Este contestó con un «voy», girando levemente la cabeza—. Es por una reserva de un bungaló.

«¿Un bungaló? —pensé».

—Ah, vale. Un momento, que aviso.

—Gracias.

Dejó lo que estaba haciendo y se metió por una puerta de vaivén que había justo al lado de la barra.

—¿Un bungaló? —pregunté a Joaquín.

—Sí. Estuve mirando en su página web y vi que tenían habitaciones y bungalós. Pensé que estaríamos más cómodos en una de esas cabañitas de madera tan chulas. La noche sale un poco más cara, pero como lo voy a pagar yo…

—De eso nada. Luego tenemos que hacer cuentas.

Me miró con cara de «no te lo crees ni tú» y luego se giró al escuchar que venía alguien. Se trataba del camarero; inmediatamente detrás de él lo hacía una mujer.

—Buenas tardes. ¿Tienen una reserva? —preguntó con amabilidad y una sonrisa de bienvenida.

—Sí.

—Acompáñenme, por favor.

Caminó hasta un pequeño mostrador sobre el que tenían un ordenador. La seguimos. Diligente, se puso a teclear. Aunque su semblante era sereno, tuve la sensación de que evitaba mirarnos a la cara; o tal vez, únicamente estaba distraída, pensando en sus cosas. Su pelo, corto y rizado, del color del azabache, le caía hacia la cara, tapándole las orejas y la mandíbula. Calculé que mediría un metro sesenta y cinco y que tendría unos cuarenta y cinco años. Ojos marrones, nariz afilada, labios finos…

—¿A nombre de quién se hizo la reserva?

«Y voz acaramelada —pensé cerrando la ficha de su descripción».

—Joaquín Blesa.

Tecleó.

—Sí, aquí está. Un bungaló para tres noches.

—Eso es.

«No sabía que nos quedaríamos tres noches —pensé—. Aunque tal vez nos venga bien. Hoy, para descansar del viaje; mañana, porque no sabemos a qué hora regresaremos de nuestra experiencia de contacto, y el tercer día, para descansar de tanto trajín. Si nos sobra tiempo podríamos hacer una ruta por la montaña. Aunque… No, no creo que podamos ir muy lejos, a no ser que vayamos en coche. Este hombre aún no está para muchas caminatas».

—Necesitaría sus documentos de identidad, por favor —solicitó la mujer.

—Claro.

Ambos echamos mano a nuestra cartera y se los entregamos.

Después de tomarnos nota, nos los devolvió junto con una llave colgada de un llavero de madera casi más grande que una cajetilla de cigarros.

—Tienen el bungaló número once. ¿Bajarán con el coche?

—Si es posible, sí.

—Sí, claro. Bajen esta primera cuesta y métanse por la segunda explanada. Lo encontrarán de los primeros. Dentro tienen ropa de cama limpia y mantas.

—Estupendo —dijo Joaquín, sonriente. Se le veía ilusionado, como un niño al que le llevas de excursión.

Seguimos las instrucciones de la mujer. Aparcamos en la misma puerta de «nuestra casita». Lo que sí debo reconocer es que me sorprendió eso de las sábanas y las mantas. No había estado nunca en ningún hotel o parador donde el propio inquilino tuviese que arreglarse la cama. Aunque, viendo que todo era distinto a lo que estaba acostumbrado, lo tomé como una curiosidad más. Luego, entendí que aquello hacía más las funciones de apartamento que de habitación de hotel. Con el tiempo lo llegué a encontrar familiar.

Después de instalarnos, decidimos dar un pequeño paseo antes de cenar. La cena la hicimos en el restaurante del camping.

Nos acostamos antes de lo imaginado, no sé si por cansancio o por querer estar un rato a solas en la intimidad de nuestros pensamientos. Los míos, antes de caer dormido, rondaron en torno a dos asuntos: uno, Aurora y, dos, la cita con los extraterrestres al pie de la cascada. Me preguntaba cuántos de los siete que estaban llamados acudirían. ¿Se conocerían entre ellos? No entendía cómo para aquella «misión» no había un nexo que nos condujese en grupo hasta el punto

acordado. ¿Acaso no lo necesitábamos? Cuando surgió el viaje de Aurora pensé en Enrique Paz, en que gracias a Dios, aunque viajasen a un lugar remoto y estuviese rodeada de personas desconocidas, al menos él llevaba teniendo experiencias con los extraterrestres desde niño. Él sabría aportarles paz e indicarles los pasos a seguir. Es decir, en caso de necesidad, tendrían a un «tutor» para guiarles. Eso era lo que echaba en falta en nuestra llamada. ¿Acaso con ir cada uno por su cuenta era suficiente? Tampoco podía evitar pensar que reunir a un grupo que ya se conociera no era otra cosa más que para la tranquilidad del propio grupo. Me ponía en la tesitura de una abducción. Lógicamente, aunque desagradable y traumática, supongo que, de pasarnos en grupo, sería una experiencia menos histérica. No sé, eran divagues.

Miré el móvil por última vez antes de quedarme dormido. No había vuelto a recibir ningún mensaje de Aurora. Releí el último que me mandó. Sentí pena de mí mismo.

«Creo que debería contestarle».

Después de vacilar unos segundos, tecleé:

> «Hola, pitufina. Espero que estés bien. Por aquí todo tranquilo, como siempre. Tengo ganas de verte. Disfruta del viaje. Un abrazo».

Sabía que Joaquín no le había mencionado nada de nuestra excursión, de modo que preferí omitir cualquier mención al respecto; con lo suyo ya tenía suficiente en qué pensar.

Solté el móvil en el suelo pensando en que ojalá todo siguiese igual a su regreso, sin embargo, era algo que no dependía completamente de mí. Sus sentimientos y lo que estuviese experimentando a cientos de kilómetros de distancia, eran algo que no podía controlar; lo único que podía hacer era esperar y confiar en que de una forma u otra, con «crisis» o sin ella, seguiríamos juntos.

Escuché a Joaquín levantarse e ir al baño. Miré la hora en el móvil: las 7:02 de la mañana. Había dormido a pierna suelta.

«Bueno, creo que es hora de prepararse».

Me desperecé, me vestí con ropa cómoda y zapatillas deportivas y salí de la habitación. Al hacerlo, me encontré con el que todavía era mi suegro.

—Buenos días, hijo. ¿Qué tal has dormido? —Por el vaho que goteaba aún por el cristal, los azulejos del cuarto de baño y el olor a gel, deduje que acababa de ducharse.

—Buenos días. Bien. No me he enterado. ¿Y tú?

—Bastante bien, la verdad. Al principio me costó un poco adaptarme a la cama, pero una vez me quedé dormido lo he hecho del tirón.

—Anoche le mandé un mensaje a tu hija. —No sé por qué se lo estaba contando—. No le he mencionado nada de nuestro viaje.

—Me parece perfecto. Yo también le escribí. Me resulta raro tener tan pocas noticias suyas. Pero bueno, supongo que está siendo un viaje pesado. Ella es muy sensible; estoy seguro de que a pesar de sus palabras no está tan bien como nos quiere hacer creer. Pero bueno, es algo que debe afrontar. Si la han llamado será por algo, ¿no?

—Supongo. —Me miró fijamente. Creo que notó mi pena.

—No te preocupes, en unos días volverá a ser todo como antes.

—No estoy tan seguro, la verdad.

—¿Por qué lo dices?

Suspiré.

—No lo sé. Un presentimiento, tal vez.

Sus ojos volvieron a examinar mi rostro. Era extraño no poder mentirle o zafarme de él como lo hacía con mis padres. Aquel hombre conseguía, sin pretenderlo, que le compartieses tus más íntimos tormentos, sin miedo, olvidándote de lo que pensaría, de si te juzgaría o no; siendo mi *suegro*, me resultaba doblemente curioso. Parecía más un colega que el padre de mi novia.

Desayunamos, una vez más, en la cafetería del camping. Luego, cogimos el coche para recorrer los ocho kilómetros que nos separaban de la «entrada» a Monte Perdido. El ascenso por la serpenteante y estrecha vía me pareció de lo más apaciguadora. A esas horas, cerca de las ocho de la mañana, la temperatura era baja. Aun así, el aroma que entraba por las rendijas del aire acondicionado me pareció una invitación a bajar la ventanilla.

—¿Has pensado ya lo que harás? —pregunté a mi compañero de aventuras.

—Me quedaré en el coche. Pasearé por estos parajes, despacito, a mi ritmo. Ya sabes. Meditaré, me comeré el bocadillo y... No sé, tal vez regrese al bungaló a echarme la siesta —dijo sonriente—, aunque si mi cuerpo aguanta, preferiría no moverme de aquí.

—Son muchas horas hasta que den las nueve de la noche.

—Lo sé, pero tengo la sensación de que se me pasará el tiempo más rápido de lo que imagino.

—Puede ser.

—A ti también te esperan muchas horas por delante en soledad. —Le miré de soslayo; él, en cambio, no perdió de vista la carretera—. Sí. ¿Cuánto tiempo te crees que se tarda en subir al Llano del Larri? A lo sumo, tomándotelo con mucha calma, subirás en dos horas o dos horas y media. El resto del tiempo estarás solo, dando vueltas, meditando o lo que te dé por hacer.

—Tienes razón. En fin, habrá que tomárselo con filosofía.

Tras un «sí» que salió de su boca en medio de un suspiro, los dos nos quedamos abstraídos. Ignoro en qué estaría pensando, pero yo no pude evitar recordar una vez más a Aurora. Cómo me hubiera gustado tenerla cerca en ese instante.

Un par de kilómetros más tarde llegamos al parking.

—Oh, lo han hecho de pago —indicó Joaquín al ver los carteles de las tarifas.

—¿Habías venido antes?

—Pues sí, hace muchísimos años. La verdad es que tengo un recuerdo muy borroso.

—No tenía ni idea de que conocieses este lugar. Pero sí, ahora parece de pago. Supongo que viene tanta gente que han visto dónde hacer negocio.

—Sí, me temo que todo en este mundo gira en torno a lo mismo.

—Antiguamente, venían las familias, parejas o amigos en sus autocaravanas y hacían noche aquí mismo. Arriba no se puede acampar, así que, la forma más parecida de hacer noche en el bosque era esa. Recuerdo que antes estaba lleno de esos vehículos —dijo mientras yo aparcaba próximo a una de ellas.

—Bueno, pues ya estamos aquí —dije reflexivo. Apagué el motor y me quedé con las llaves en la mano. Mi mirada estaba fija en el volante.

—¿Estás bien?

—Me pregunto qué ocurrirá a lo largo del día. Me resulta raro que vaya a ir yo solo a un lugar en mitad de la montaña, sin nadie a quien conozco.

—¿Te da miedo?

—No lo sé. Es como si estuviese en medio de un sueño, como si mi voluntad estuviese anulada y mis actos fueran los resultados de unas decisiones que dudo haber tomado racionalmente. ¿Tú no te sientes así?

Suspiró y reflexionó unos segundos.

—¿Te había pasado lo mismo alguna vez?

Esta vez el que reflexioné fui yo.

—Más o menos. Después de volver de Londres. Es como si el haberme alejado de mi verdadera vida me hubiera abierto los ojos. Antes lo cuestionaba y lo medía todo. Desde que regresé, parece que vivo la vida sin obsesionarme con cada decisión, ¿entiendes? Intento ser más intuitivo, aprovechar cada día sin pensar en los porqués, o sin temer que las decisiones que vaya tomando me conduzcan al dolor; como cuando me fui a Londres. La decisión de marcharme fue racional, pensando que eso me ayudaría, y fue todo lo contrario.

—Entiendo. ¿Te puedo preguntar algo? —Esperé en silencio sabiendo que no pretendía una respuesta por mi parte—. Si tan mal estabas en Londres, ¿por qué tardaste tanto tiempo en regresar? —Noté comprensión y aflicción en su pregunta.

—Por miedo a haber perdido todo lo que me importaba. Pensé que ya era tarde, que no podría reparar mis errores. Seguía pensando demasiado. —Mi mente evocó la imagen de Eric, de Aurora, de los domingos que teníamos partido, las risas y las bromas en medio del cansancio, la cervecita en el bar antes de la hora de la comida…—. A decir verdad, no sé por qué volví; no recuerdo cuándo tomé la decisión. Un día me levanté y fui directo al ordenador para reservar un billete de avión. En menos de una semana había empaquetado las pocas pertenencias que tenía allí, alquilado un piso en *Sanse*[2] y avisado a mis padres de mi regreso. Fue dicho y hecho. —Hice una pequeña pausa en la que él no hizo ningún comentario, tan solo me escuchaba como un cura que está dando confesión—. Recuerdo que en el aeropuerto empecé a sentirme bien, me recorría una extraña sensación de euforia. Estaba convencido de que había tomado la decisión correcta, que me estaba quitando un peso de encima. Era como si estuviese volviendo a la vida. No había pasado ni una semana de mi vuelta a casa, cuando me encontré con Aurora en mitad de la calle. Salí a dar un paseo sin un rumbo establecido. Sin pensar. Simplemente me apetecía caminar y…, bueno, ya lo sabes. —Suspiré. Aunque apenas habían pasado unos meses de aquello, lo percibía lejano, con melancolía—. En fin. Ahora estamos aquí.

—¿Te encuentras bien? ¿Sientes que debes estar aquí?

—Sí. Creo que debo estar aquí. Una parte de mí está en paz.

—¿Y la otra?

—La otra añora a tu hija.

CAPÍTULO 6

Amanecer rojo

Aurora

Permanecí unos minutos dentro de mi saco de dormir. Quieta, sin hacer ruido. Me quedé observando la tela que nos resguardaba de las bajas temperaturas, pensando e imaginando qué estarían haciendo Ian y mi padre en aquel momento. Traté de calcular la diferencia horaria entre Mongolia y España.

«Siete horas menos. Estarán durmiendo o a punto de acostarse».

Me descubrí sonriendo al recordar el beso lleno de pasión que nos dimos Ian y yo antes de acudir a la conferencia de Enrique.

«Nuestro primer beso».

Suspiré.

Evoqué el instante en que mis labios sintieron los suyos, su sabor.

«Te echo de menos».

Tan solo habían pasado unas semanas de aquel día y, en cambio, parecía haber transcurrido una eternidad.

Cogí el teléfono. No tenía cobertura.

«Es absurdo que le escriba, no le llegaría nada.

»¿Me habrá escrito él? Es raro que no me haya contestado.

»A lo mejor se enfadó.

»Joder, es que fui demasiado seca.

»Debería medir más mis actos; en este caso, mis palabras.

»En fin, ya no tiene solución.

»En cuanto tenga cobertura le mandaré un mensaje. Uno un poco más amoroso».

Un ruido fuera de la tienda de campaña me sacó de mis pensamientos. Por unos minutos, había olvidado estar en mitad del desierto.

«¿Qué demonios ha sido eso? —Mi corazón latía sobresaltado—. ¿Será un animal? ¿Aquí hay animales? Tal vez se haya levantado alguien. Sí, esa sería la explicación más probable».

Abrí la cremallera del saco de dormir y salí. La temperatura aún era demasiado baja. Se me puso la piel de gallina. Sobre lo que llevaba me puse el abrigo, las botas y abandoné la tienda tratando de no formar mucho escándalo para no despertar a mis compañeras. Debían tener un sueño muy profundo para no haber escuchado nada.

No sé qué pretendía encontrar afuera, pero desde luego no era aquello: los primeros rayos del sol despuntaban en un horizonte teñido de rojo, y una sutil silueta contorneaba los senos de las dunas. Se apreciaba tan cercana que daba la sensación de que si estiraba la mano podría acariciarla.

—Esto es precioso —susurré embebida.

Durante los escasos minutos que duró el espectáculo, permanecí inmóvil, embargada por la emoción. Sonreí al darme cuenta de las cosas fascinantes que podría llegar a experimentar en ese lugar. No obstante, aunque no pasara nada trascendente, el mero hecho de poder contemplar aquella escena merecía los miles de kilómetros recorridos.

Salí de mi abstracción al escuchar un nuevo sonido. Esta vez el sobresalto fue menor: pude adivinar que provenía de dentro de una de las tiendas de campaña. Oteé mi entorno. Efectivamente, no había nadie aparte de mí fuera de su «iglú». Todas las tiendas estaban cerradas, los coches estaban vacíos y tampoco se veía a nadie andando por los aledaños.

Aproveché, ya que me encontraba sola, para dar un pequeño paseo de «reconocimiento». Alejando los temores de poderme encontrar con un *gusano de la muerte*, terminé sentándome en posición de loto sobre la arena.

Perdí la noción del tiempo. Permanecí allí, sumida en mí misma, hasta que Víctor vino a buscarme. No sé cómo supo dónde encontrarme.

CAPÍTULOS 7

La senda

Ian

Había alrededor de treinta vehículos estacionados, pero se veían pocas personas. La explicación más lógica era que simplemente cuando llegaban aparcaban, cogían su equipo de senderismo y se adentraban en el bosque. Aunque las vistas eran espectaculares, no tenía sentido que la gente permaneciese en la explanada del parking. Incluso Joaquín, que no podía permitirse hacer muchos esfuerzos, disfrutaría de un paseo lo más lejos posible de allí.

Atrás dejaba a Joaquín. Se bajó del coche para despedirme, darme un golpecito en el hombro y desearme una buena experiencia. Bromeé con su salud, haciéndole recordar que no debía alejarse demasiado, que aún no estaba para escalar el Everest. Rio con cariño.

Con una pequeña mochila a cuestas en la que llevaba sobre todo agua y algo para comer, inicié mi particular camino de contacto.

—Te esperaré aquí —dijo Joaquín, despidiéndose—. Supongo que antes de las doce de la noche no estarás de vuelta.

—Si te cansas…

—No —me interrumpió tajante—. No pienso moverme de aquí hasta que estés de vuelta. —Agaché la mirada. Mis sentimientos eran confusos, no sabía si por pena, soledad, añoranza…—. Eres un chico fuerte. Irá todo bien.

—Gracias. Si necesitas algo…

—Si necesito algo tú no podrás ayudarme —volvió a interrumpirme—. Pero tranquilo, estaré bien. Me dijeron que estarían cerca, así que, no hay de qué preocuparse.

—Está bien. Me voy, entonces.

—Haré alguna que otra foto para entretenerme. Quién sabe, a lo mejor consigo capturar un platillo volante y nos hacemos ricos. —Reí disimulando mi desgana—. Venga, anda. Vete.

Asentí, sonreí, di media vuelta e inicié la «excursión».

Empecé a caminar olvidándome de todo. La altura y frondosidad de aquellos enormes árboles procuraban una continua sombra que hacía que la temperatura fuese fría; por suerte, el ambiente se sentía

razonablemente seco. Pese a todo, sospechaba que mis mejillas se habrían sonrojado, evidencia de que mi cuerpo empezaba a generar más calor del normal.

Tonos marrones, ocres y verdes de todas las intensidades. El color vívido y penetrante del musgo parecía resplandecer sobre todos los demás. Y el aroma… Se respiraba la pureza de un bosque alejado por completo de la polución y de cualquier tipo de toxicidad generada por el ser humano. Me vi inhalando profundas bocanadas de aire como si pudieran limpiar y revitalizar todo mi organismo. Y creo que lo hacían; en vez de cansarme sentía que mi ritmo se mantenía constante, a pesar de la pendiente que iba enfilando. Sí, mi cuerpo empezaba a traspirar, pero mis fuerzas se mantenían intactas.

No sé cuánto tiempo me llevó recorrer el sendero, pero sin apenas darme cuenta, acababa de llegar a la meseta de los Llanos del Larri. Ante mí se abría una llanura verde y floreada con un arroyo atravesándolo. Al fondo, pude intuir la cascada a la cual debía llegar.

Anduve unos metros más hasta alejarme del camino. Me quité la mochila de la espalda y me senté para beber un poco de agua. La abrí y saqué la botella.

Di un trago.

«¿Qué hora será?

»Tal vez sería mejor no estar mirando el reloj cada dos por tres.

»Bah. Qué más da».

Saqué el móvil y la miré: las 9:57.

—Habrá que tomárselo con calma.

»No hay cobertura. Lógico, por otra parte.

»Bueno. Haré unas fotos y ya se las enseñaré a Joaquín y a Aurora cuando vuelva.

»¿Qué estará haciendo? Allí deben ser las cinco de la tarde, más o menos. ¿Habrán entrado en contacto con Eset? Me pregunto si lo verán en persona. ¿Cómo será? No puedo imaginármelo más que con la cara verde. Joder, espero que no sean verdes, tiene que dar muy mal rollo. —Me quedé obnubilado mirando el cielo. Estaba azul y completamente despejado. Me recosté—. Podía ver alguna nave. Sería una pasada.

De pronto reparé en un sonido lejano, pero continuo.

—¿Cascabeles? No. Creo que son cencerros. —Me incorporé—. ¿De dónde narices viene? ¿Aquí arriba también hay vacas? —A lo lejos vi una pequeña cabaña—. En fin, si hay ganado ahora lo veré.

Guardé las cosas en la mochila y proseguí mi camino.

A pesar de haber visto por el camino a varias personas, tenía la sensación de estar solo en el mundo. Me hubiera gustado saber si

alguna de ellas se encontraba también allí por invitación de Eset.

Llegué a la cascada. Caminé junto a ella, medité, me tumbé a mirar los picos de las montañas y las pocas nubes que flotaban sobre el llano, comí cerca del riachuelo, me tumbé una vez más a descansar, volví a meditar… Me había propuesto hacer caso a la sugerencia del extraterrestre y llevar a cabo los ejercicios de relajación que ya había practicado anteriormente. Recordé la meditación guiada de cuando estuvimos en la charla en Madrid. La reproduje como pude, me senté en posición de loto, cerré los ojos y me dejé guiar por mi instinto.

Abrí los ojos sobresaltado: se había hecho de noche.

Busqué el móvil en la mochila.

—No puede ser —susurré preso de la confusión. Mi corazón latía apresurado—. Las 22:44. No puede ser. Esto tiene que estar mal. La cita era a las nueve. No, joder, me he dormido.

Por casi me echo a llorar. Sentía que los había fallado a todos, incluido a mí mismo. Pero la angustia se me cortó al sentir una luz por encima de mi cabeza. Alcé la vista y me encontré con una pequeña esfera, no más grande que una pelota de tenis, de color rojizo anaranjado, emitiendo destellos blancos. Creo que mi corazón se paró por unos instantes. Mi respiración desde luego se congeló.

—Qué… —interrumpiendo mis tormentosos pensamientos, escuché una voz en mi mente que ya conocía de anteriores ocasiones:

«Gracias por acudir a la cita, Doptreikc. El trabajo se ha completado con éxito. Sé que ahora no recuerdas nada, pero lo irás haciendo a medida que pasen los días y estés preparado para procesarla. La entrega de la partícula Minius ha sido fructífera. No notarás nada, simplemente bienestar, mayor confianza y lucidez en tus decisiones. Por supuesto, tus decisiones y los pasos que des siempre serán bajo tu libre albedrío. Poco a poco irás incorporando la nueva energía a tus propias frecuencias de tus distintos planos cuánticos. La partícula Minius despertará tus recuerdos.

Aún falta un largo trecho por recorrer. Los acontecimientos de los próximos meses serán cruciales para un desenlace positivo, para una realineación favorable.

Luz en el camino.

Eset».

Mis ojos se habían llenado de lágrimas, y aunque mi pecho seguía latiendo a un ritmo frenético, sentí paz en todo mi ser. Contrariado al pensar si el extraterrestre habría cerrado ya su comunicación mental conmigo o si por el contrario aún podría entrar en mi mente,

pronuncié un «gracias» mientras la luz de la esfera que aún levitaba sobre mi cabeza se convertía en un destellante brillo azulado.

Un «gracias a ti» fue lo último que escuché.

Allí, sentado sobre la fría y húmeda pradera, con el sonido de la cascada recordándome dónde me encontraba, necesité varios minutos más antes de poder tomar la decisión de regresar a la explanada del parking.

CAPÍTULO 8

Khamariin Khiid

Aurora

A la hora del desayuno, nos reunimos formando un corro. Como era de esperar, el tema estrella de la conversación giró en torno a nuestras impresiones sobre aquel lugar y sobre aquella primera noche en el desierto. Algunos tuvieron sueños recurrentes en los que vieron luces zigzagueantes en la cúpula estrellada. No supimos si fueron solo eso, sueños, o algo más. Los demás, incluida yo, dormimos como troncos, sin que nos diera tiempo a darnos cuenta de que la noche trascurría en paralelo a nuestro descanso. Aun así, en mi estómago se alojaba un continuo nerviosismo que, a pesar de no robarme el sueño, estaba consiguiendo quitarme el apetito.

Después de desayunar, nos aseamos como buenamente pudimos y nos equipamos con lo indispensable para pasar la mañana.

Iniciaba así nuestro primer día de trabajo consciente en el desierto de Gobi.

Caminamos a paso firme dejando que nuestro calzado se hundiese en la finísima arena del desierto. Cuando llevábamos unos metros, me volví para echar la vista atrás. Para mí era nuestro único punto de referencia con la civilización, el recuerdo de que veníamos de otro «mundo». Me resultó curioso alejarnos de nuestro alojamiento sin miedo a no saber volver o, sobre todo, a la ineludible confianza de que nadie nos robara nada.

Aquella jornada trabajaríamos lo más cerca posible del monasterio que Enrique nos había señalizado la tarde anterior. En apenas unos minutos llegamos a Khamariin Khiid, el corazón energético de aquella zona, de aquel país, de Asia y quién sabe si del mundo entero.

Andábamos callados. Parecíamos un grupo de monjes en plena meditación del silencio. Mi mente, por el contrario, no podía frenar su ritmo, yendo a caballo entre los pensamientos y los recuerdos, entre la intriga por ver y sentir aquel lugar y rememorar la poca información que encontré sobre dicho templo antes de partir. Al parecer, el monasterio budista se había levantado en torno al año 1820 por orden de un joven de diecisiete años, Danzanravjaa. Se mantuvo intacto durante más de un siglo, hasta que, alrededor del año 1938, la guerra socialista comenzó a destruir multitud de templos en la zona. Según

cuentan, antes de permitir que fuera destruido a manos de los conquistadores, quienes lo custodiaban decidieron desmontar piedra a piedra el templo y guardar cada una de ellas, junto con los demás materiales pertenecientes al monasterio, en unos cofres que permanecieron escondidos durante cincuenta años. Según leí, estuvieron cerca de caer en el olvido. En 1990, con el fin de la guerra y la instauración de la democracia en Mongolia, vieron la oportunidad de restaurar el templo, recuperando el material protegido, volviendo a erigirlo como antaño y convirtiéndolo una vez más en un centro de poder y energía mundial.

Al margen de los apuntes históricos, la vibración de ese emplazamiento era sorprendente e intensa. Algo inusual. Exclusiva. Sin duda, aquel enclave tenía una esencia mágica que se calaba hasta lo más profundo de tu pecho y se abría paso a través de tus poros ayudando a tu ser a expandirse sin límites.

Al llegar a la puerta principal, tomé una lenta y profunda inhalación. Víctor se detuvo a mi lado. Lo sentí emocionado. Los siete allí presentes estábamos viviendo algo que jamás se volvería a repetir, de eso no había duda. Aunque para Enrique no era lo mismo: él ya había estado con anterioridad en dicho lugar.

—Vengan, camaradas —indicó Enrique haciendo un gesto con su brazo—, tomaremos asiento en esa zona, a unos metros de la puerta principal, para poder empezar nuestros trabajos de meditación.

»Les pido que mantengan la calma, que se sientan tranquilos y confiados. —El experto hablaba recreándose en cada palabra que salía de sus labios—. No vamos a estar solos en ningún momento. Desconozco lo que van a experimentar cada uno de ustedes, pero confío en que ya están lo suficientemente preparados como para afrontar en armonía lo que tengan que recibir. Repito: confianza ante todo.

Se giró y anduvo unos metros en dirección al lugar que nos había indicado. El resto lo seguimos de cerca.

Como si tuviéramos sitios asignados, nos fuimos dirigiendo cada uno, sin titubeos, a un punto determinado, tomándolo como nuestro.

Una vez ubicados, Enrique empezó a dirigir nuestras prácticas de meditación.

Los ejercicios de relajación basados en la *mantralización* de los sonidos sagrados y las respiraciones profundas, fueron pasando a formar parte de nosotros. Aunque éramos pocos, habíamos conseguido generar un estado *vibracional* envolvente. Una especie de cúpula de energía nos abrazaba; nuestra intuición podía percibirla.

Una protección que se vio potenciada por dicho enclave de poder.

Los minutos transcurrían en calma mientras la temperatura fue variando gradualmente hasta transportarnos a un estado de placidez notable. Sin ruido, más que el suave siseo de la brisa acariciando nuestras caras. Sin agobios. Sin compromisos. Sin pensar en nada en concreto, la paz lo bañó todo. Una quietud nacía sin esfuerzo desde nuestro interior; un sosiego embriagador que con facilidad podíamos expandir más allá de nuestro cuerpo físico. Aquella era tan solo una mínima muestra de lo que el ser humano podía llegar a alcanzar, de proponérselo.

El resto de la jornada fue más de lo mismo. Meditación. Mantralización. Introspección. Silencios. Conversaciones breves y concretas…

Estábamos abstraídos.

Y caminar. Anduvimos como almas errantes de un lado a otro, impregnándonos aún más de la frecuencia del enclave: del campamento base al monasterio; recorriendo los aledaños sin rumbo fijo, sin alejarnos. Finalmente, del monasterio al campamento base. Minuto a minuto, hora tras hora, se nos echó encima la noche.

Sí, aquel primer día transcurrió en un abrir y cerrar de ojos. Me atrevo a decir que aunque fue un día inolvidable, quedó lejos de las expectativas de todos; salvo las de Enrique.

Después de cenar, disfrutamos de una buena infusión caliente bajo el cielo estrellado. Durante minutos, mientras mis compañeros charlaban, contemplé aquellos lejanos puntitos con nostalgia, preguntándoles por qué a lo largo del día no había sentido la presencia ni la cercanía de los seres que nos habían dado cita en aquel lugar. Aunque tal vez no fui la única «ignorada» o «insensible», prefería no hablar del tema con nadie, ni siquiera con Víctor. Estaba confusa, no entendía cómo estando en un sitio de poder, en un supuesto vórtice de energía que abre y amplifica las percepciones extrasensoriales, estaba percibiendo muchas menos sensaciones que en la meditación guiada de Enrique en la conferencia a la que acudimos meses atrás, o incluso en mi propia casa. Una parte de mí se sentía desilusionada, la misma que se encargaba de recordarme que tal vez no debía haber llegado tan lejos.

—¿Qué es eso? —preguntó Sofía llamando la atención del grupo. Llevé la vista a ella y seguí el dibujo que hacía con su brazo en dirección al cielo, sobre nuestras cabezas.

Una lejana luz en forma circular y de color azul destellante empezó a hacer un cambio de luces, tornando de los azules eléctricos y blancos a los naranjados y rojizos. Mi corazón se aceleró.

«Están aquí».

—Oh, amigos, tenemos visita —anunció Enrique. Sin quitar la vista del cielo pude sentir su sonrisa de satisfacción—. Nos felicitan por el trabajo de hoy, chicos. Mañana intentarán aproximarse un poco más. Y nos recuerdan que siguen cerca, que siempre están acompañando nuestros trabajos.

Se pudieron escuchar los suspiros de varios compañeros. Mis ojos se habían nublado de agradecimiento. Y tras la traducción del mensaje que nos había compartido nuestro guía, permanecimos inamovibles, observando el juego de luces y su paulatina desaparición.

Ignoro cómo se sentían mis compañeros, pero yo… No estábamos solos. Me preguntaba por qué sentía esa oquedad en mitad de mi pecho cada vez que desaparecían.

—Enrique, ¿cuánto tiempo tardaste en verles? —le preguntó José, interrumpiendo la abstracción que nos propiciaba el silencio. Observé su cara de expectación, su cabello peinado hacia atrás. A pesar de la poca luz, se le distinguían con claridad las canas, más concentradas en sus patillas.

—En sueños los había visto muchas veces. Sin embargo, no lo sabía; no lo recordaba. La primera vez que entraron en contacto conmigo permitiéndome ser consciente de ello fue hace varios años, cuando tenía veinte. Estaba en las selvas del Paititi y una figura parecida a una proyección holográfica apareció a unos metros de distancia, cerca de una cascada. Esa fue, que yo recuerde, la primera vez que vi a uno con mis propios ojos.

—¿Era un extraterrestre?

—No exactamente, era un maestro intraterreno.

—Alguna vez te he oído mencionarlos —intervino Sofía.

—No es algo de lo que tan solo hable yo. Los cuentos y leyendas de innumerables pueblos en todo el planeta hacen referencia a seres que se ocultan en el interior de las montañas o de la Tierra. Muchos los conocen como Rishis o Mahatmas: seres supra-humanos que permiten únicamente el acceso a su mundo a ciertas personas que hayan sido «llamadas».

—Shambhala —puntualizó Víctor. Enrique le sonrió y luego miró la arena que quedaba a sus pies. Inhaló hondo mientras los demás esperábamos a que siguiese hablando.

—Como bien dice nuestro amigo Víctor, eso nos trae aquí. Muchas leyendas tibetanas hacen referencia a las ciudades intraterrenas de la Hermandad Blanca. Para muchos de ellos, aquí surgió la primera ciudad física intraterrena que más tarde pasó a conocerse por el nombre de Shambhala. Shambhala sería una de las tantas ciudades

intraterrenas que se repartirían por el globo terráqueo para crear un entramado energético intraterrestre llamado Agharta. Shambhala sería la primera, y la principal ciudad de dicha red.

—¿Existe realmente? ¿Alguien ha conseguido encontrarla? —preguntó Sofía con cierto escepticismo. Supongo que era «sano» cuestionar toda la información que fuésemos recibiendo. ¿Cuánta verdad se puede extraer de una leyenda o de un acontecimiento histórico que tal vez nadie recogió fiel a la imparcialidad? Ya se dice: la historia es contada por los ganadores, y estos se ocupan de hacernos conocedores de la versión que les interesa.

—Cuantiosos exploradores han salido en busca de Shambhala sin conseguir nada, sin embargo, los lamas mongoles creen en su existencia, más que como un lugar físico como un portal a otra dimensión, a otra realidad. Algo intangible a los ojos del que busca desde la necesidad de encontrar en vez de desde el sentimiento o la fe.

—Sin embargo, hay quienes sí han accedido, ¿no es así? —replicó Víctor—. El propio Nicolás Roerich estuvo con los maestros de la Hermandad Blanca y pudo ver la piedra de Chintamani.

—Como ya mencioné antes, es un lugar al que solo pueden acceder aquellos que han sido llamados, y por los textos encontrados en sus libros, las cartas de su esposa Helena y las pinturas del propio Roerich, todo nos indica que fue uno de esos privilegiados que recibió el llamado. —Le observamos, demandándole con los ojos que siguiese hablando—. Es muy probable que los treinta y dos sabios acordaran contactar con él, ya que era un hombre muy influyente de su época, para a través de su persona hacernos llegar la esencia de la bandera de la paz. —Mi mente voló al instante en el que vino Víctor a verme a casa, a la conversación que tuvimos en su coche sobre Roerich y la piedra de Chintamani. Mientras, Enrique echó mano de su cuaderno, lo abrió por un separador y, sin levantar la vista de sus hojas, continuó su exposición—. Permítanme que les lea un fragmento que el propio Nicolas Roerich escribió en uno de sus libros, titulado *El Corazón de Asia*. Les leo:

> «Quien ha viajado por las extrañas altiplanicies del Tíbet, cuya atmósfera tiene corrientes magnéticas peculiares y raros fenómenos eléctricos y ha escuchado a testigos presenciales y ha visto también mucho con sus propios ojos, como nos ocurrió a nosotros, comprende que sabe mucho acerca de los Mahatmas. No quiero persuadir a nadie de la existencia de éstos. Muchísima gente los ha visto, ha conversado con Ellos, ha recibido cartas y otros objetos de Ellos... El verdadero conocimiento sólo ha de entrar por

> puertas abiertas. Si hay prejuicios, deberán ser desarraigados por brotes interiores (…)».

Cerró el cuaderno.

—Sin embargo —prosiguió aún cabizbajo y pensativo—, algunas organizaciones que están tratando de preservar su legado, su obra, de forma deliberada tratan de ocultar el lado espiritual que trajo a Roerich hasta aquí o su contacto con otras realidades. Parte de mi trabajo es hacer que no caiga en el olvido. —Sus palabras destilaban pena a la vez que esperanza. Existían tantos detractores del fenómeno ovni, de la vinculación de esos seres con nuestra parte más espiritual, que no era una empresa fácil. Sin embargo, el trabajo que Enrique Paz estaba llevando a cabo era tenaz y estaba teniendo una connotación imborrable.

»En fin, amigos, tal vez sea hora de echarse a dormir. Mañana nos espera una jornada de mucho trabajo.



La voz de Enrique Paz se fue abriendo hueco en mi subconsciente hasta que al fin desperté. Abrí los ojos. Me sentía desorientada. Tardé un segundo en recordar dónde me encontraba.

«¿Qué hora será? ¿Me habré quedado dormida?».

Me incorporé sobresaltada. Mis compañeras de tienda habían desocupado sus huecos.

«Mierda».

La luz del sol iluminaba el interior de la habitación.

«Debe ser tarde».

De nuevo, oí la voz de Enrique: «¡Chicos, les esperamos para desayunar en el mismo lugar que ayer!». Su tono era alegre, como el de una madre reclamando a los suyos para reunirse a comer.

Abrí el saco de dormir. La temperatura me puso los pelos de punta. Me vestí con una camiseta térmica, un jersey, las botas y el abrigo, me acicalé el pelo como un gato pero con prisas, y salí de la tienda.

Lo primero que vi fue al propio Enrique esperándome. Sentí vergüenza. Según parecía, me había dormido y estaba retrasando al grupo.

—Buenos días, amiga —me saludó con una deslumbrante sonrisa.

—Buenos días. Siento haber dormido tanto… —respondí apresurada. Arrugó el ceño. En ese instante se escuchó la cremallera de otra de las tiendas de campaña. Giré la cabeza. Era Víctor abandonando la suya.

—¡Buenos días! —exclamó eufórico. En ese momento, la que me quedé con el rostro contraído fui yo.

«¿Te levantas ahora? —pensé mientras observaba su cara adormilada».

—Bueno, ya solo faltan dos —dijo Enrique despreocupado—. Da la impresión de que esta noche hemos caído todos en un profundo sueño, ¿no? ¿Por qué será? —reflexionó, haciendo una mueca.

Miré a Víctor, este me miró a mí y luego a Enrique. Ambos terminamos clavando nuestra atención en él. Sin embargo, Enrique parecía no inmutarse.

—¡Chicos, les esperamos en el mismo lugar donde desayunamos ayer! —volvió a vociferar. A diferencia de sus anteriores «avisos», en esa ocasión se oyeron un par de voces respondiendo con un «vale» y «ahora mismo voy». Parecíamos un grupo de escolares en un campamento de verano. Tras aquello, dio media vuelta y comenzó a caminar hacia el lugar citado. Mientras este se alejaba, Víctor se acercó a mí.

—Vamos —me dijo acompañando su invitación con un movimiento de cabeza para que siguiéramos a Enrique.

—Sí, vamos.

—¿Qué tal has dormido?

—Si quieres que te diga la verdad, creo que entré en coma y hasta ahora no me he despertado —Víctor se rio—. No, en serio, me he despertado en la misma posición en la que me tumbé.

—A ver si te han abducido esta noche y te han devuelto esta mañana.

—Já- já- já…, qué gracioso eres —respondí, haciéndole burla y tratando de disimular la inquietud que su hipótesis me había despertado.

—Tú ríete, pero todo podría ser posible.

Le dediqué una mirada de desaprobación para que se callara.

—¿Y tú, por qué te has quedado dormido? ¿También te han abducido?

—Qué graciosilla. Pues no, a mí no me quieren. Con estudiar a la rarita del grupo ya tienen de sobra.

—Serás capullo...

Se le escapó una carcajada.

—Se nota que han dormido bien, ¿eh? —dijo Enrique a las únicas

que habían acudido puntuales a nuestro lugar de desayuno: Sofía y Lourdes. Ellas nos miraron y sonrieron. Tuve la sensación de que se pensaban que entre Víctor y yo había algo más que amistad.

Ocupamos nuestro «sitio» en el corro.

—Es normal, después de los trabajos y las emociones acumuladas a lo largo de estos días, caer en un sueño tan profundo que incluso nos haga perder la noción del tiempo y del lugar.

—¿Por qué no me habéis despertado? —les pregunté a mis compañeras de tienda.

—Lo hemos hecho, pero no te despertabas.

—¿En serio?

—Sí. Te hemos llamado dos veces, pero… —contestó Lourdes.

—Sí. No te inmutabas. Nos hemos fijado en que respirabas, así que hemos decidido dejarte descansar un rato más —puntualizó Sofía.

«Qué detalle: han visto que respiraba».

Suspiré y sonreí para mis adentros.

—Okey. Al menos no he sido la única dormilona.

—Bienvenidos y buenos días —dijo Enrique dirigiéndose a los dos miembros que faltaban.

Ambos traían cara de circunstancia. «Buenos días», dijeron a coro. El matrimonio se saludó dándose un beso y él tomó asiento al lado de su esposa. El otro se sentó en el hueco que quedaba.

—Bueno, ya que estamos todos una vez más reunidos, debo decirles que anoche recibí un mensaje improvisto de Eset. Hacía referencia al trabajo de mañana…, bueno, mejor se lo leo:

> «En comunicación Eset:
>
> En su tercera noche en Gobi, junto al templo de Khamariin, a las 20:00 horas, haremos un acercamiento y les entregaremos un nuevo mensaje.
>
> Seguimos cerca».

—¿Intuyes de qué se trata? —preguntó Lourdes.

—Me temo que no. En ocasiones proyectan imágenes sueltas junto a sus mensajes, pero en esta ocasión no he recibido nada más que sus palabras. Entiendo que la experiencia será muy distinta en cada uno de ustedes. Sin embargo, siempre llamo a la prudencia, a la eliminación de cualquier tipo de expectativa para procurar una recepción neutra y limpia. ¿De acuerdo?

Hubo síes y asentimientos por nuestra parte.

—Bien, pues ahora, creo que podemos desayunar.

Miré a Víctor, que centraba su atención en la arena que quedaba entre sus botas. Me preguntaba qué estaba pensando, si en el tiempo

que llevábamos allí habría recibido algún mensaje que no se atrevía a compartir con el resto. Tal vez, de haberlo recibido, se trataba de algo tan personal que debía seguir permaneciendo así, solo en su conocimiento.

Era hora de reanudar los trabajos de elevación vibracional.

Mantras.

Cánticos.

Silencio.

Visualización.

Mantras.

Silencio.

Introspección.

Silencio.

Y…

Sentí la misma sensación que cuando estás con los ojos abiertos. Lo veía todo con una nitidez, con una conjugación de colores sorprendente. Vívidos. Intensos. Asombrosos. Ante mí se perfilaba, como una esfera del tamaño de un balón de baloncesto, el planeta Tierra. Giraba en su traslación rotacional sobre sí misma y alrededor de un punto más pequeño y resplandeciente que consideré que se trataba del Sol. Y su color azul… Tan azul como el cielo que nos concedía cobijo, como el color de los océanos en una mañana despejada. Lo observé embelesada. Tan bello. Tan pequeño. Tan frágil. En mi pecho se abrió una especie de brecha desde la que salía una refulgente luz que iluminaba con vehemencia la zona del globo que iba alcanzando. Sentí que esos rayos no eran otra cosa más que mi amor por el planeta, mi deseo de socorrerlo, de ayudar a cuantos seres vivos se cobijaban en él. Mis ojos comenzaron a desbordar la emoción de aquel sentimiento, precipitando gotas de sabor dulce que terminaban dando de beber a la arena del desierto.

«Es precioso», pensé conmovida.

Aun así, no entendía a qué venía aquello. ¿Ayudarles? ¿Yo?

Después, las imágenes se fueron desdibujando hasta quedar mi campo visual anegado por una luz blanquecina indefinida. En ese momento, Enrique nos pidió comenzar a *mantralizar* el término en sánscrito «om».

Mantras.

Sensaciones.

Silencio.

Imágenes sueltas.

Y de nuevo, Enrique dirigiendo nuestras prácticas.

—Amigos, nuestros hermanos de las estrellas nos piden realizar un ejercicio. —Continué con los ojos cerrados tratando de sentir su presencia, ya que era obvio que habían entrado en comunicación telepática con él—. Quisieran transferirnos algo a cada uno de nosotros. Hacernos entrega de la energía Minius. Si bien es una energía que todos y cada uno de nosotros ya llevamos dentro, ellos nos la transmitirán de tal forma que podamos identificarla en nosotros mismos.

—Mirad —solicitó Lourdes, sorprendida.

Abrí los ojos y la miré. Con el dedo índice señalaba algo que se encontraba en el cielo. Se trataba de un objeto, una esfera metálica de color ambarino que comenzó a dibujar rápidos zigzags sobre nuestras cabezas. Tras unos segundos de exhibición, se esfumó.

—Sí, ya está todo preparado —reanudó Enrique. Esta vez dirigí mi atención hacia él. Nuestras miradas se cruzaron, me dedicó una sonrisa de afabilidad e hizo un movimiento con la cabeza y con sus manos que me invitó a ponerme en la misma posición que él. Coloqué mis palmas hacia arriba como si esperase recibir algo; entretanto, Enrique comenzó a guiarnos—. Nos piden que pongamos nuestras manos en actitud de recepción. El que lo desee, puede cerrar los ojos. Hay quienes ven la energía no con sus ojos físicos, sino con su sexto sentido, con su tercer ojo. De modo que obren de la forma que sus instintos les sugieran. —Sin pensarlo dos veces, cerré mis párpados—. Tomaremos unas inhalaciones y exhalaciones lentas y profundas. Traten de erguir su columna, juntar sus talones. Acompañaremos la meditación con la entonación del mantra «om». Lo cantaremos por siete veces. Con la primera inhalación…

Tomó una honda inhalación por la nariz y comenzó a cantar «ooooommm…». Otra inhalación. «Ooooommm…». Otra vez más. «Ooooommm…» (…). Su respiración y su voz nos servían de referencia para acompañar e imitar cada una de sus acciones. Entre los siete generamos un aura envolvente. Tras el séptimo *om* el silencio se fue abriendo paso como una onda expansiva. Ni cánticos, ni respiraciones, ni brisa. Nada. Tan solo cada uno consigo mismo. Transcurrieron varios segundos y de pronto, en las palmas de mis manos, empecé a sentir una extraña sensación de calor. Sumida en la confianza, abrí los párpados poco a poco. Una suave luz permanecía suspendida sobre ellas, a escasos milímetros de entrar en contacto con mi piel. Emitía un brillo constante, azulado, por momentos parecía solidificarse. Parecía tan insignificante y a la vez tan grande… Era como contemplar el todo y la nada concentrado en un nudo de luz, como sentir el frío y el calor al mismo tiempo y haber perdido la

capacidad de distinguir el uno del otro, como sostener el universo en un simple gesto.

—Nos invitan a llevar las manos al pecho y sentir la fusión del Minius con nuestro organismo.

Sin perder de vista mis manos, procedí tal y como Enrique nos indicó por instrucción de ellos. De soslayo vi cómo los demás hacían lo propio. Sin embargo, estaba tan centrada en mi particular experiencia que no vi más allá de dichos movimientos. Ignoraba sus expresiones, si sus ojos permanecían abiertos o cerrados, si también en sus manos se habían depositado esas pequeñas esferas de energía. Creo que instintivamente, para mayor concentración, volví a cerrar los párpados.

Respiré de forma pausada, tratando de interpretar las nuevas sensaciones que se abrían en mi pecho. Sobre cualquiera de ellas predominaba una: paz.

Perdí la noción del tiempo. Hubiera jurado que habíamos estado en esa posición alrededor de quince minutos, sin embargo, cuando Enrique nos fue guiando a salir de la meditación y nos invitó a ir abriendo los ojos, me encontré con que se nos había hecho de noche. No entiendo cómo no pude percibir la disminución de la luz o la bajada de la temperatura; nada más volver a la realidad, sentí el frío.

—Amigos, como ven, se nos ha hecho bastante tarde. Es hora de regresar al campamento. Allí, si les parece bien, intercambiaremos nuestras impresiones.

Nuestra respuesta se limitó a un leve asentimiento. Al parecer no era la única que se sentía como en un ensueño. Me pesaban los párpados y mi campo visual estaba alterado por una extraña neblina que me impedía ver con nitidez cualquier cosa. Todo apuntaba a que esa noche volvería a dormir del tirón.

La vuelta al campamento transcurrió también en un estado alterado. Realmente no recuerdo cómo llegamos, ni cuánto tardamos en llegar. Albergo la sensación de que pensamos en volver y, de forma automática, llegamos. Sí, no es posible, no es lo que sucedió, pero como digo, no tengo recuerdo alguno de la caminata.

Nos sentamos en corro, ocupando el supuesto sitio que cada uno tenía establecido.

—¿Qué tal? ¿Cómo se encuentran?

—Bien —dijo José.

—Un poco aturdida —respondió Lourdes.

—Yo estoy desubicada, como si no supiese dónde estoy o qué hago aquí —confesé cabizbaja. No esperaba una contestación y menos una aclaración por su parte, sabía que era algo que debía discernir por mí

misma.

—Yo me siento extraño —dijo Víctor—. Pero me siento bien. Creo que empiezo a entender algunas cosas. —Alcé el rostro y lo oteé. Su expresión era indescifrable.

—¿Y ustedes, pareja? —se dirigió Enrique a Antonio y a Sofía. Estaban sentados uno al lado del otro y se cogían de la mano.

—Yo me siento bien —empezó ella—. Es como si ya hubiera estado aquí más veces. No sé cómo explicarlo. Pero me siento bien, muy a gusto, en paz.

—Yo estoy parecido a mi mujer. Es como si nos hubiéramos encontrado más veces, como si nos conociésemos de antes o ya lo hubiéramos vivido todo.

—Entiendo —dijo Enrique, balanceando la cabeza de forma casi imperceptible. Suspiró—. Es normal que se sientan aturdidos, desubicados o confusos. Necesitaran unas horas o probablemente unos días para procesar y asentar las energías y las experiencias que están viviendo.

—¿Qué es el Minius? —le pregunté de pronto, como si mis palabras fueran ajenas a mi voluntad. Ni siquiera fui consciente de haber pensado en ello.

—Podría decirse que es la partícula más minúscula antes de la nada. —El grupo al completo permaneció en un estado contemplativo. Sin saber por qué, Víctor, que estaba a mi izquierda, me cogió de la mano con ternura y luego la sostuvo con firmeza. Me sentí incómoda, no entendía a qué venía aquello, sin embargo, no hice ni dije nada para zafarme de él.

—La primera vez que yo oí hablar del Minius no fui consciente. Conocía las vivencias que experimentó el señor Kapetanovic en el Perú, sin embargo, no lo supe relacionar hasta varios años más tarde, cuando Eset me explicó lo que significaba el Minius. Era la segunda vez que oía ese término y entonces lo relacioné. —Nos observó—. Supongo que habrán oído hablar del señor Vlado Kapetanovic. —Víctor fue el único en asentir. Enrique tomó una gran bocanada de aire, pensativo—. Me gustaría leerles algo, el principio de un libro que escribió el señor Kapetanovic. —Ante nuestra silente aceptación, sacó su teléfono móvil del bolsillo de su chaqueta. Prosiguió hablando mientras manipulaba el aparato—. El señor Kapetanovic era yugoslavo. Después de la Segunda Guerra Mundial rehízo su vida en Perú y, bueno… El fragmento que les voy a leer pertenece a su libro *170 Horas con Extraterrestres: Encuentros con viajeros intergalácticos*. Para ubicarles, Vlado encontró trabajo en la Central Hidroeléctrica de Huallanca, como técnico y… En fin. Les leo:

«Jueves. Diez de marzo de 1960. Termina el día jueves diez de marzo de mil novecientos sesenta. En la Central Hidroeléctrica de Huallanca, que se encuentra en el túnel hecho por los maestros de la ingeniería moderna, en las escarpadas rocas de los Andes Peruanos, a la orilla derecha del río Santa, Callejón de Huaylas, todas las máquinas funcionaban armoniosamente. Pensé que mi turno de trabajo esa noche, como Jefe de Operaciones Mecánicas, lo pasaría sin problemas ni apagones, los que de vez en cuando ocurrían a causa de las lluvias y los fuertes vientos que azotan los altos picos de la Cordillera Negra por donde atraviesa la línea de alta tensión que transporta la energía eléctrica desde Huallanca hasta la planta siderúrgica de la ciudad de Chimbote, distante cientos de kilómetros. De pronto, un gavilán voló por encima de los generadores y fue a posarse sobre un fierro sobresaliente en la parte alta de la pared. Volteaba su cabeza agitadamente, de un lado a otro. Me sorprendí por la actitud del ave, pues a pesar de que el interior de los túneles y la Casa de Fuerza estaban bien iluminados, debió haber venido zigzagueando entre alambres, tubos y otras instalaciones, a lo largo del túnel de entrada que empieza en el puente del río Santa y conduce hasta la sala de máquinas: una distancia de ciento catorce metros roca adentro».

—Leo un poco más abajo:

«Mientras me acercaba al teléfono de servicio interno para dar noticia al operador del tablero de control sobre el visitante inesperado, la corriente se interrumpió y la Casa de Fuerza quedó a oscuras. Comprendí que una sobrecarga extraña había originado la disyunción en el patio de llaves. Me apresuré para asegurar la refrigeración de los transformadores de alta tensión, conectando la corriente de la planta auxiliar que en casos de emergencia alimentaba el alumbrado interno y el motor de la bomba de agua destinada al enfriamiento de esas máquinas. Tomé la linterna de mano que utilizábamos cuando ocurrían apagones, y corrí hacia el patio de transformadores ubicado a la entrada, para confirmar que las máquinas recibían la refrigeración adecuada. Cuando salí del túnel me encontré con una sorpresa. A pesar de que la corriente estaba interrumpida, por lo que esperaba encontrarme con la oscuridad nocturna de un cielo nubloso, vi que los

alrededores, en un círculo de quinientos metros de diámetro, estaban iluminados como si fuera de día.

Como el sitio de entrada a la Central está casi encerrado por rocosos y elevados cerros, no pude descubrir, en un primer instante, de dónde provenía aquella luz tan extraña. Avancé entonces hacia la mitad del puente desde donde podía observar el paraje, río abajo, más abierto por la separación de los cerros. Mientras caminaba miré involuntariamente hacia el horizonte. Allá, en la lejanía, una estrella fugaz atravesó la pequeña parte del cielo despejado que acababa de aclararse y en mi mente surgió la idea de que aquel resplandor incomprensible podría provenir de un meteorito caído por casualidad en el lugar, ocasionando así la disyunción de la Central. Cuando llegué más o menos al centro del puente, me di cuenta de que la luz provenía de un objeto ovalado, parecido a una gigantesca lenteja, posado en una pequeña planicie ubicada entre la unión del río Kitaraqsa con el Santa».

Enrique alzó la vista de la pantalla.

—Podría leerles durante toda la noche, pero les he leído estos fragmentos para que escuchen las palabras de otro contactado. En sus textos se refería a *ellos* con el término «extraños» o «apunianos». Vivió muchas experiencias.

—Y lo que nos has leído, ¿qué es exactamente? —preguntó Lourdes.

—Es su testimonio acerca de la primera vez que le contactaron. Trabajaba en la central que cita. Se fue la luz y, cuando fue a ver qué pasaba, se encontró con unos seres. Ya han oído: parecía que se había hecho de día. Dos seres vestidos con unos trajes plateados ceñidos al cuerpo, altos y de aspecto nórdico, le esperaban. Pensó que se trataban de alemanes que habían descubierto su «refugio». Le empezaron a hablar en un perfecto yugoslavo y no creyó que fueran seres extraterrestres. Pensó que eran científicos con una tecnología desconocida para muchos, que la estaban poniendo a prueba. Los compañeros de la central no era la primera vez que los veían —Sonrió—. Le hablaron de los «extraños». El tiempo le condujo a creer en ellos.

»Vlado tenía alma de expedicionario y le gustaba la caza. Un día, acompañado por un compañero de trabajo, salió a cazar. Anduvieron durante horas hasta que llegaron a una aldea. Allí, hablando con los lugareños, alrededor de un fuego, se topó con los dos seres que vio en la central en días anteriores. Después de ese encuentro, hubo otros;

algunos de gran trascendencia personal, otros vaticinadores de acontecimientos futuros. —Recordé la conversación que mantuvimos el primer día que viajamos a bordo del transiberiano, y como si me hubiera leído la mente, lo citó—. No sé si recuerdan el terremoto de Yungay de 1970. Aunque no sirvió de nada, ellos le informaron. Tal vez sabían que acudiría a las autoridades locales para alertar del acontecimiento y, tal vez, los seres que le advirtieron esperaban otra respuesta. Sin embargo, nadie tomó en serio sus advertencias. El día 31 de mayo de 1970, un terremoto con epicentro a cuarenta y cuatro kilómetros al suroeste de la ciudad de Chimbote, en el Océano Pacífico, se cobró la vida de ochenta mil habitantes de la zona, veinte mil de ellos del propio pueblo de Yungay. A los anteriores hay que sumarles otros veinte mil desaparecidos, ciento cuarenta mil hospitalizados y un total de tres millones de afectados. A partir de ese día, el yugoslavo comenzó a hablar abiertamente de ellos, de los «apunianos».

»Si les cuento todo esto es porque fue a través de este hombre cuando leí por primera vez sobre el funcionamiento de la energía Minius. Vlado se mostraba receloso de las historias de los aldeanos, hasta que fue testigo de un acontecimiento que alteró sus esquemas. Fue «testigo» de una demostración en la que los extraños curaban a un niño medio moribundo que se había despeñado por un cerro. Llevaba días en cama, sin moverse y los aldeanos no querían llevarle al médico porque estaban esperando a que los apunianos bajaran y le curaran. Tenía varios huesos rotos, una fiebre muy alta y los dolores que aguantaba eran terribles. Kapetanovic presenció cómo una nave de forma discoidal aterrizaba, bajaba un apuniano, lo recogía y se lo llevaba al interior de la nave. Tan solo unos minutos después, la criatura salió como si nada, corriendo, riendo y saltando. Los apunianos lo curaron. —Nos observó. Más de uno teníamos cara de incredulidad y sorpresa, sin embargo, no pronunciamos palabra—. ¿Me dejan que les lea otro fragmento de otro libro que escribió Vlado, *Apu, un mundo sin dinero*?

Se escucharos varios «claro» como respuesta. Enrique accedió a su móvil. Un par de minutos más tarde encontró lo que buscaba; ciento ochenta segundos en los que no se escuchó ni el siseo de la brisa.

—Aquí está. Les leo:

> «Nosotros tenemos varias formas de curar; una de las más positivas es la desintegración e integración. Desintegramos las células del cuerpo del paciente hasta sus más pequeñas partículas, y luego integramos un cuerpo perfectamente sano…». «Hace mucho hemos descompuesto el átomo a su

mínima partícula. La llamamos Minius… Es la última partícula antes de la nada…».

—¿Entonces ellos curan con el Minius? —preguntó Antonio.

—Dicho así parece que fuese un medicamento —repuso con cariño su esposa entre risas. Ambos rieron contagiando al resto del grupo.

—Como bien dice nuestra querida Sofía —prosiguió Enrique cuando aminoró el alborozo—, el Minius es un conocimiento, no un objeto. Como mucho, podría acercarse a una técnica. Gracias al conocimiento que tienen del funcionamiento de la energía y de las partículas pueden desintegrar sus cuerpos y volver a recomponerlos en armonía, como bien recogía el texto que les acabo de leer.

—¿Eso quiere decir que no enferman?

—No de las enfermedades que nosotros conocemos. Su cuerpo se va oxidando con el paso de los años, pero su forma de envejecer es muy distinta.

—¿Hasta qué años viven?

—Pueden vivir varios siglos en un mismo cuerpo.

—¿Siglos? ¿Cuántos? —insistió Sofía.

—Quinientos años, seiscientos…, mil.

—¿En serio? ¿Y todo eso es por el Minius?

—Es una mezcla de varios factores: su alimentación, el control que tienen sobre sus emociones, el conocimiento de la materia… Ellos trasfieren su consciencia de un cuerpo a otro cuando estiman que su «traje» empieza a estar estropeado. Por decirlo de alguna manera, cultivan sus cuerpos. Los conservan en su versión adulta en una especie de crionización; cuando llega el momento se transfieren al cuerpo «nuevo».

—Eso me suena a película de ciencia ficción —reprochó José.

—Sí, lo entiendo. Para muchas personas esto es una fábula. A mí también me resultó chocante y me costó aceptar su sistema evolutivo, pero si se paran a pensar, todas las células de nuestro cuerpo se van renovando periódicamente, incluso los huesos renuevan el total de sus células cada siete años y, a pesar de toda la toxicidad a la que estamos expuestos, la esperanza media de vida va aumentando.

—¿Y qué sentido tiene que nos hayan entregado el Minius? ¿Nos han entregado una partícula? No lo entiendo.

—Para ellos es un proceso mediante el cual nos ayudan a recordar nuestra esencia. Las galaxias, los planetas, toda forma de vida llevada a su mínima expresión está compuesta por estas partículas. El ser humano también. Para ellos es algo así como la sintonización de una radio. Nos ayudan a recordar la frecuencia en la que nuestra vibración está más equilibrada, más alta, y con ellos llega la claridad de mente,

de pensamientos, los recuerdos.

»Hay personas que ante la ignorancia, al no haberlo experimentado por sí mismos, sienten miedo. Ya habrán podido comprobar que esa energía algunas veces adquiere una cierta luz blanca azulada. En ocasiones, algunos testigos han llegado a ver cómo esa energía se cristalizaba sobre sus manos, formando un mineral translúcido totalmente tangible. Hay quienes temen de esta práctica pensando que en vez del Minius nos están haciendo implantes para controlar nuestro cerebro, nuestras acciones y decisiones. El miedo se manifiesta en múltiples aspectos. Sin embargo, ustedes lo han vivido, han visto lo que era, han sentido cómo reaccionaban sus cuerpos.

—Añoranza —dije en medio de su perorata—. He sentido paz y añoranza.

—Y los demás habrán sentido cosas parecidas, supongo —repuso Enrique.

—Sí —dijeron con calma.

—Yo me he sentido parte de la galaxia —expuso Lourdes—. No sé si me explico, era como si pudiera flotar entre las estrellas. O mejor aún, como si fuese una de ellas. —Sonrió y agachó la cabeza. A pesar de la escasa luz que nos acompañaba, creí adivinar cómo su tez adquiría un tono más sonrojado al que venía mostrando—. Es difícil. Ahora que os lo estoy contando en voz alta… —Suspiró—. Cuando llegue a casa y le diga a mi marido lo que estoy experimentando creo que… No sé. Creo que la gente que no lo ha vivido no lo entenderá.

—Hay personas que están abiertas a recibir otra versión de la verdad —le dijo Víctor con cariño.

—Sí, lo sé, pero…

—Las experiencias que uno vive son personales —intervino Enrique—. No es necesario buscar que los demás crean en ellas. Yo llevo más de veinte años investigando el fenómeno ovni y desde el principio entendí que tratar de convencer a los demás no era mi misión. Me limito a compartir mis experiencias e invito a todo el que lo desee a que experimente las suyas propias. Cuando Ellos así lo sugieren, transmito o comparto la información que depositan en mí, indico los lugares de encuentro, comparto mis hallazgos, mis sentimientos…, no me oculto y no niego la existencia de Ellos. No tengo miedo de lo que piensen los recelosos. Sé que mi testimonio llega a quien debe llegar. Como dice nuestro buen amigo Víctor, siempre hay y habrá personas abiertas a escuchar otra versión de la verdad. —Miró la hora en su móvil—. En fin, amigos, por mi parte doy el día por concluido. Mañana nos reuniremos aquí igual que estos días. Les sugiero que aprovechen para dormir o descansar todo lo que puedan; mañana será



un día intenso.

CAPÍTULOS 9

Mientras dormía

Ian

Comencé a caminar. Llevaba linterna, pero no la encendí; mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad. La poca luz que concedía la luna me resultó suficiente como para emprender el regreso sin necesitar nada más.

Apenas me había alejado unos metros de mi lugar de «meditación», cuando a lo lejos vi el contorno luminoso de un hombre. Achiné los ojos, desconcertado. Lo primero que se me pasó por la cabeza fue que se trataba de alguna de las otras seis personas que habían sido llamadas a ese lugar; de ser así, sería la primera vez en todo el día que me cruzaba con una. Sin embargo, me llamó la atención su quietud y el sutil resplandor que lo bordeaba. Decidí no darle la mayor importancia. La experiencia por la que acudí allí se suponía que ya había concluido, por tanto, proseguí mi camino. Sin hacerlo adrede, poco a poco, me encontraba cada vez más próximo a él.

Debo confesar que, acordándome de las vacas, mi atención estaba más centrada en asegurar cada paso que en mirarle. No quería resbalar, meter el pie en algún agujero o pisar algo que no debía. Su contorno se fue haciendo más visible gracias a ese halo blanquecino que lo envolvía, de aproximadamente un centímetro de grosor. Su rostro era blanquecino, sus facciones afiladas, acordes a una cabeza cónica más alargada de lo normal. Por un momento pensé que llevaba puesto algún tipo de gorro que le propiciaba ese aspecto. Continué andando. No podía ser una persona normal y corriente. Sin embargo, no sentí miedo. Cada vez me llamaba más la atención. Traté de continuar como si nada, aunque mi vista se mantenía a caballo entre el suelo que pisaba y aquel individuo. Varios metros más cerca pude distinguir que en efecto llevaba una especie de gorro de forma picuda. Una perilla blanca y puntiaguda le llegaba al pecho. Vestía algo semejante a una túnica que se perdía más abajo de las ramas y arbustos que ocultaban sus pies. Le calculé una estatura de un metro setenta y cinco. Sus ojos rasgados seguían mis movimientos. Me recordó a los chinos mandarines.

«Doptreikc —escuché de pronto. El sonido parecía surgir de mi mente más que de una percepción real a través de mis oídos. Paré en mitad del bosque. El hombre dio un paso en mi dirección—. Nos gustaría mostrarte algo antes de que regreses».

Fue entonces cuando una serie de imágenes comenzaron a reproducirse en mi mente a toda velocidad. Me sentí aturdido. Cerré los ojos, pero la secuencia siguió mostrándoseme. No me daba tiempo a pensar en nada, solo a observar e identificar las «instantáneas» y los «videos» que se presentaban sin cesar.

Mares. Montañas. Volcanes en calma y en erupción. Ciudades enteras a vista de pájaro. Pueblos y aldeas de las cordilleras andinas. Tribus africanas. El Mississippi, el Nilo, el Amazonas... Selvas. Desiertos. Islas tropicales. Icebergs… Y animales. Autóctonos, en paz, disfrutando de su libertad. En otras palabras, me mostraron la belleza en todos sus aspectos. Y el sentimiento de paz fue tal que me impregné de él y me sentí dichoso por vivir en un lugar como nuestro planeta Tierra. Pero de pronto, las imágenes previas perdieron fuerza, quedando relegadas a imágenes concretas de actos humanos: gente tirando colillas, latas de refrescos, compresas, envoltorios de comida, papeles, bolsas, tapones, ruedas, aceites, gomas, cuerdas…, ya sea al suelo de su ciudad, a la arena de las playas, a los bosques o a los propios océanos; la xenofobia entre razas; el maltrato de padres a hijos, de hijos a padres, de hombres a mujeres, de mujeres a hombres; peleas; atracos; violaciones; asesinatos… La armonía se fue perdiendo paulatinamente, y en su lugar aparecieron la pena, la vulnerabilidad, la impotencia. Quería cambiar todo aquello, hacerles ver que la violencia no solo hace daño a la víctima, sino también a quien la genera. La cosa empeoró cuando me mostraron las imágenes de guerras, hambrunas, muerte y la desolación de medio planeta. Y ahí, cuando ya me encontraba al extremo de mis fuerzas, las visiones cesaron.

Abrí los ojos. No fui consciente de haberme acuclillado. Tenía las manos en la cara, mis dedos apoyados en mi frente, como si la sostuviese para que no se me venciese hacia delante.

—Pero… No entiendo nada.

—En vuestra mano está evitar los desastres que te hemos mostrado. —Giré la cabeza en busca del hombre. Permanecía en el mismo lugar, pero no estaba solo: junto a él había un ser menudo, de un metro de altura aproximadamente. Al principio mis ojos me hicieron ver a un niño, pero en cuanto me fijé pude ver que se trataba de un ser de aspecto humanoide, muy delgado, con los ojos grandes y completamente negros, boca pequeña. No vestía ninguna prenda que

lo cubriese. Estaba tan aterrado, que ver a un ser de esas características no me supuso mayor inquietud.

—Sigo sin entender nada. ¿Cómo podemos evitarlo?

—Siendo conscientes del daño que hacéis, del futuro que estáis creando; cuidando vuestros actos.

»Sabemos por qué estás aquí.

»Pronto entenderás.

»De momento eso es lo único que puedo decirte. Confía en ti. Es posible que volvamos a vernos.

Dio media vuelta y se fue. En apenas unos segundos lo había perdido de vista. Desconozco cuánto tiempo estuve estático en aquel lugar, inmerso en una confusión extrema. Cuando ya se hubo marchado fue cuando me di cuenta de que ni siquiera le había contestado ni preguntado a qué se refería con ese «sabemos por qué estás aquí». Supongo que al percibirme tan aturdido no me dijo nada más. Después de aquello, no recuerdo en qué momento reanudé mi vuelta al coche, pero de pronto me encontraba bajando la última cuesta del camino que me llevó a la Cascada de La Larri, a menos de trescientos metros del parking. A pesar de la magnitud de todo lo anterior, creo que ese instante fue el más desconcertante de la noche. Era como si me hubiese teletransportado, como si alguien o algo hubiese borrado de mi mente un trayecto de más de una hora y media a pie.

Los últimos metros hasta el coche los hice pensando en Aurora, en qué experiencias estaría viviendo ella. Deseé que se encontrase bien, que su capacidad de resiliencia estuviese lo suficientemente desarrollada como para no acabar medio majara. Dudé de si yo acabaría así.

El parking estaba en calma. Había varios coches y autocaravanas.

«¿Cómo puede ser que no me haya cruzado con nadie? Se suponía que íbamos a subir siete personas hasta ahí arriba; siete contando conmigo. Y no he visto a nadie más que a un par en la lejanía que, por supuesto, ignoro si eran de los que habían recibido el mensaje de Eset o no. No entiendo nada.

»¿Y Joaquín? ¿Habrá sentido algo, visto algo?».

Al fin ubiqué el sitio donde habíamos aparcado. La noche estaba cerrada, apenas se veía nada, si acaso siluetas. Oteé la explanada en busca de movimiento.

«¿Qué hora será? —Me palpé los bolsillos; no sabía dónde había guardado el móvil—. ¿Lo habré metido en la mochila? ¿Y cuándo ha sido eso? —Mi pulso se aceleró».

Por fin llegué al coche.

Quise mirar en el interior a través de la ventanilla, pero los cristales se habían empañado y no se distinguía nada.

Con la parte exterior del puño, probé a limpiarlos por fuera.

Nada: el vaho estaba por dentro.

Intuitivamente llevé la mano a la manilla e hice el movimiento de abrir. Y se abrió.

Joaquín dormía plácidamente en el asiento del copiloto.

Le llamé entre susurros para no asustarlo.

A la segunda vez que pronuncié su nombre reaccionó, dando un pequeño sobresalto.

—Tranquilo, tranquilo, soy yo.

—Ian, hijo, por fin llegas. —De verdad parecía aliviado—. ¿Qué tal? ¿Cómo ha ido?

—Ha sido muy raro.

—Entra, siéntate.

Me quité la mochila, la dejé en el asiento de atrás y luego me senté en el asiento del conductor.

—¿Qué hora es? —pregunté desconcertado.

—Son las once y cuarto.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque eran casi las once de la noche cuando me he despertado. Me quedé dormido ahí arriba.

—Yo tampoco entiendo cómo he podido quedarme dormido. Estaba esperándote, leyendo, viendo el móvil y, de repente, he sentido muchísimo sueño, me he recostado y…, hasta ahora.

—¿A qué hora ha sido eso?

—No tengo ni idea. ¿Las ocho y media? ¿Las nueve? No lo sé.

—Es como si el tiempo hubiese transcurrido alterado. Más despacio a lo que lo hace normalmente. Es imposible que haya bajado en menos de media hora. Aun yendo a paso ligero, hubiera tardado una hora como mínimo. Eso sin contar con el alto que he hecho cuando volvía.

—Cuéntame entonces qué ha pasado.

—La verdad es que no me he enterado de la mitad. —Me miró con el ceño fruncido—. Sí, por lo que se ve me han hecho entrega de una energía mientras dormía, pero no he sentido nada. Eset me ha hablado después de despertar y me lo ha explicado. Cuando venía para acá, además me he encontrado con un…, ¿monje? No sé lo que era, pero me ha proyectado unas imágenes nada halagüeñas. Bueno, al principio eran bonitas, pero luego se han ido convirtiendo en desastres.

—¿Pero de qué?

—De la Tierra. Catástrofes por todas partes, de todo tipo. Al

parecer, el futuro o, mejor dicho, que acabemos como en las imágenes, depende de nosotros. En fin, ahora te lo contaré con más calma. ¿Tú qué tal has estado? ¿Has visto o sentido algo?

—No tanto como tú. He paseado por aquí, me comí el sándwich que me traje, medité sentado junto a un árbol muy grande que hay por aquella zona —dijo elevando el brazo y señalando un perímetro que quedaba detrás de los arbustos y de los árboles que teníamos delante. Todo estaba negro por la falta de luz, era difícil imaginar nada en esas condiciones—. Sin embargo, he recordado a mi mujer, el día que nos conocimos, mi vida con ella. Era todo…, extraño. Bonito. La echo mucho de menos, pero su recuerdo estaba muy fresco, como si hubiera vivido todo aquello hace apenas una semana. Tenía una energía especial; era como un ángel, buena, cariñosa, comprensiva, atenta… Yo creo que Aurora ha tomado mucho de ella, tal vez por eso la contactan los extraterrestres.

—¿Entonces no has escuchado nada? ¿No les has visto?

—No. Bueno, ahora que lo dices… Sí, sí escuché, pero estaba empezando a quedarme dormido, no sé sí…

—¿Qué te dijo?

—Algo de una partícula Minius o algo así. —Sentí cómo mis labios sonreían. Joaquín me miró con los ojos muy abiertos—. ¿Qué pasa?

—Es lo mismo que me han hecho a mí. Te han transferido energía Minius.

Se quedó boquiabierto, procesando la información. Mientras, arranqué el coche.

—Vamos al bungaló. Allí seguiremos hablando.

Sentimientos

Aurora

Estaba exhausta, los ojos se me cerraban. Me dirigía a la tienda de campaña cuando escuché a Víctor llamarme. Paré y me giré como si alguien gobernase mi cuerpo, a cámara lenta.

—Aurora, espera, me gustaría… —Dio una carrera hasta situarse enfrente de mí, a escasos centímetros—. ¿Tienes cinco minutos? —Examinó mi rostro, en él solo podría encontrar pereza y cansancio. Yo oteé el suyo y hallé inquietud.

—Sí, claro. Dime.

—Ven, alejémonos unos metros —susurró para que solo yo le escuchase.

Anduvimos en sentido opuesto a donde teníamos nuestra base. Los pies se me hundían en la arena, sin embargo, me había acostumbrado. Me resultaba increíble ver la capacidad que tenemos las personas en adaptarnos a las situaciones, a los entornos, a las circunstancias. Bueno, a decir verdad, en ese momento tenía suficiente con sobrellevar mi cansancio, el cual hacía estragos en mis fuerzas y, a pesar de haber recorrido un tramo muy corto, en un par de ocasiones sentí que se me doblaban las piernas.

—¿Dónde vamos?

—Te veo cansada.

—Sí, un poco —mentí—. Pero no pasa nada.

—Lo siento.

—No, no. No pasa nada. Eso sí, si no te importa me apoyaré en ti, no quisiera caerme de bruces —dije despreocupada y sonriente al tiempo que le agarraba del brazo, como una anciana aferrándose a la firmeza de su hijo.

Dimos varios pasos más y frenó despacio, con armonía.

—Aurora. He tenido una visión muy extraña.

—¿Otra regresión como cuando estuviste con aquel lama?

—No, era distinto. Era más bien como un recuerdo, pero no era mío, era un acontecimiento vivido por otra gente. —Lo miré expectante—. ¿Te acuerdas de lo que acaba de contar Enrique sobre el terremoto de Yucatán, que los extraterrestres avisaron a Kapetanovic y

que murieron miles de personas?

—Sí.

—Pues lo he visto. He visto lo que sucedió. Ellos lo sabían desde hacía mucho tiempo y trataron de impedirlo, pero a la vez sabían que nosotros, los terrícolas, no haríamos nada.

—¿Por qué no lo has comentado durante la charla?

—No he sentido que debiera hacerlo. —Asentí, aunque noté cierta confusión, ¿por qué a mí sí me lo estaba contando?—. Vi su procedimiento de actuación.

—¿A qué te refieres?

—Enrique ha dicho que las autoridades dieron por desaparecidas a veinte mil personas, y sabemos lo que eso significa para nosotros: esa cifra es equivalente a decir que murieron esas veinte mil personas, ¿verdad?

—Sí.

—Ellos me mostraron… —Me miró a los ojos con una expresión extraña, era la primera vez que lo veía así. Ni siquiera cuando vino del congreso de los lamas en el que experimentó momentos impactantes, lo había visto tan titubeante—. No sé si es posible, pero a la vez sé que lo es, no es mi imaginación.

—Víctor, tranquilo —le dije apretándole el brazo. Él dio un suspiro pausado y profundo.

—Vale. No sé por dónde empezar. Aunque supongo que da igual cómo pasó. Ellos estaban allí. Lo vieron todo. Podían haber impedido el terremoto y, sin embargo, no debían actuar en ese sentido. Ellos no son responsables de nuestras irresponsabilidades. ¿Entiendes?

—Sí, pero no sé adónde quieres llegar.

—Actuaron. Claro que actuaron. Lo han hecho muchas veces. Y de aquello surgió… —Suspiró de nuevo—. En fin, lo que quiero decir es que rescataron a muchas personas. Ellos se las llevaron.

—¿Hablas de abducciones?

—Más o menos. De un rescate masivo, más bien. Ellos son…, tienen unas capacidades que nos superan por siglos. Francamente, su nivel de evolución es tal que cuesta entenderlo. Pero sí, nos rescataron, salvaron a muchísima gente.

—¿«Nos»? —repetí confusa.

—Bueno, a las gentes de allí.

—¿Quieres decir que se llevaron a veinte mil personas?

—No, no tantas. Unas dos mil, en su mayoría a niños.

—¿Qué? ¿Y dónde los metieron? ¿Dónde están ahora?

—Ellos tienen una base cerca de la Tierra, imperceptible a nuestros

radares y satélites. Es lo que te decía antes de su nivel de desarrollo. Podrían hacer lo que quisieran. Para ellos, ocultarse a nuestra percepción es fácil. El caso es que rescataron a mucha gente y se los llevaron a sus bases.

—¿Y? —Me miró sin mover un solo músculo. Las preguntas comenzaron a agolparse en mi mente, y no las pude refrenar—. ¿Qué ha sido de todos ellos? ¿Siguen vivos? ¿Han experimentado con ellos?

—¿Qué dices? No, no han experimentado con ellos. No lo necesitan.

—¿Entonces, qué?

—Durante años los han…, «adiestrado». Seleccionaron a dos mil personas que tenían un potencial especial, que podrían ayudar a los humanos del planeta.

—¿Cómo?

Volvió a suspirar.

—Mientras meditaba me han proyectado la forma en la que se los llevaron, pero también el interior de una de esas bases. Había seres de varias especies. Algunos eran altos, de más de dos metros y medio de altura, otros, eran más como nosotros, aunque tenían unos rasgos, sobre todo en sus ojos, distintos. Había seres pequeños, muy pequeños, con la apariencia de un niño, no más de un metro veinte de altura. Los había con un color de piel azul marino, corpulentos, altísimos, sin pelo y con unos cráneos de los que sobresalían unas protuberancias en forma de cresta parecidas a los huesos de una columna vertebral, como los de los dragones que salen en las pelis. Los había con la piel escamada, ojos amarillos y sin pelo. ¿Sabes? Me llamaba la atención que todos tuvieran una apariencia antropomorfa. El caso es que me han permitido ver el lugar donde aún siguen muchos de aquellos que rescataron. Imagínate la dimensión de un campo fútbol, pero de forma circular. Como si estuvieran en una especie de cúpula redonda, de superficie blanca pulida y resplandeciente. Pero un resplandor que no daña los ojos. Las paredes son blancas, igual que el suelo. Los techos son altos, de un cristal translúcido que tan pronto muestra la oscuridad del universo como reproduce el azul de un cielo terrícola. —Según hablaba, una parte de mí sintió lo que me estaba transmitiendo de la misma forma a como si yo lo hubiese experimentado. Sus ojos, además, se empezaron a llenar de lágrimas. Situados uno enfrente del otro, con mi mano asiendo su brazo, cerré los párpados y empecé a «ver» lo que él quería mostrarme, como si pudiese meterme en su mente—. Allí ya no había ningún niño. Los años en la base habían transcurrido igual que lo habían hecho en la Tierra, sin embargo, sus cuerpos no habían envejecido a la misma

velocidad. Había el mismo número de hombres que de mujeres. Vestían unos trajes ceñidos que se adaptaban a sus cuerpos. Todos ellos caminaban libres por ese recinto, en círculo, con las manos colocadas a la altura del pecho, y las palmas abiertas como si a través de ellas pudieran medir lo que se cruzaba a su alrededor. ¿Sabes? Por un instante he sentido lo que ellos sentían, una paz y un amor más allá del que nunca hubiera experimentado. Ellos… No hablaban. Allí tan solo imperaba el silencio. Ni se escuchaban sus pisadas, ni se sentían sus respiraciones. Tan solo se percibía una vibración colectiva. Ellos saben lo que son. Saben cómo han llegado allí y desde dónde. Saben que están siendo entrenados para ayudar a la humanidad, a nuestra raza. Y saben que algún día tendrán que volver a la Tierra, aunque para ellos suponga un sacrificio. Eset me ha dejado ver cómo han ido devolviendo a muchos de ellos. Hombres. Mujeres. En cualquier parte del globo. En cualquier clase social. Han alterado los recuerdos de muchas personas para poder introducirlos sin que nadie se dé cuenta. Aurora, ¿sabes lo que eso significa? —me preguntó, agarrándome del otro brazo. Abrí los párpados y le miré a los ojos. Mi corazón latía con emoción. Sus mejillas mojadas eran un espejo en el que podía ver mi propio reflejo. Absorbí por la nariz. Y de pronto me vi superada por el conocimiento. Sin decir nada acorté el espacio que distanciaba su cuerpo del mío y me abracé a él con fuerza. Lloré presa de la confusión y de la tristeza, de la añoranza y de la esperanza. Y en medio de todo ello surgió un rayo de gratitud.

Durante largo rato me sostuvo igual que los sólidos pilares que mantienen un templo.

Último día

Aurora

Amanecía el último día en el desierto de Gobi. Me sentía agotada emocionalmente: por lo vivido, por lo que no entendía, por lo que se movía en mi interior sin ser capaz identificarlo. Desconocía cuánto tiempo tardaría en volver a ser yo misma, una chica normal y corriente sin la constante sensación de no poder ver todo lo que se manifestaba a su alrededor.

Desperté reviviendo cada una de las palabras de Víctor. Salí de mi tienda de campaña y paseé por las arenas del Gobi en busca de un lugar donde terminar de dejar escapar mi añoranza sin miedo a ser descubierta o interrumpida. Mientras el sol se alzaba en el horizonte, mientras veía una vez más cómo los tonos marrones de las dunas y los llanos se iban tornando a bonitos dorados y naranjas, dejé que mi alma manifestase lo que mi mente no sabía interpretar.

Y por un instante tuve la sensación de no estar sola. Por unas décimas de segundo percibí la energía de Eric y de mi madre, uno a cada costado, ambos, serenos, en paz. Y las lágrimas que de vez en cuando mojaban mi cara, brotaron sin consuelo.

—Nunca os olvidaré —susurré.

Un ruido a mi espalda me hizo girarme sobresaltada.

—¿Estás bien? —me preguntó Enrique.

—No lo sé —dije con resignación mientras volvía a escapar una lágrima de uno de mis ojos.

—¿Prefieres estar sola?

—La verdad es que no.

Se acercó y se sentó a mi lado.

—¿Cómo lo haces? ¿Cómo consigues que nada de esto te afecte?

Me sonrió con cariño.

—Sí me afecta, Aurora, claro que me afecta. Apenas era un muchacho cuando empecé a tener estos contactos conscientes, cuando me vi durante varios días en medio del desierto practicando algo que tomé como una iniciación. Me sentía confundido, extraño. Los días eran largos. Las noches despertaban mis miedos. Sin embargo, en mitad de todo aquello, aun sin que hubiese nadie cerca, sabía que no estaba solo.

—A mí no me da miedo la soledad. Es… —Guardé silencio; sin saber por qué temía pronunciar las palabras que surgían en mi pensamiento.

—No temas.

—Lo que me da miedo es el sufrimiento humano. La falta de compasión, de unidad. Tengo la sensación de que está por venir un gran sufrimiento individual y colectivo, y… No podremos hacer nada. Ya ha pasado antes. Tú mismo lo dijiste: esos seres nos avisaron y no hicimos nada. ¿Qué hay detrás de la pasividad de los que mandan? ¿Qué se esconde? ¿Acaso es beneficioso que una parte de la humanidad sufra, que no tenga dinero, que padezca enfermedades o que muera de hambre? ¿Por qué somos tan crueles? —pregunté retórica, sin parar de llorar. Enrique miró la arena mientras yo trataba de controlarme.

—No te voy a decir que no. No te voy a negar que hay quienes verdaderamente salen beneficiados del sufrimiento del prójimo. Pero también te diré que podemos cambiarlo o, al menos, minimizar las consecuencias.

—¿Cómo? ¿Cómo? —repetí sintiendo mi pecho desgarrado por la desesperación y el desánimo.

Me tomó de la mano y la sostuvo entre las suyas.

—Confía.

—¿En qué?

—En ti. En las personas. En ellos.

—En ellos puedo confiar, ¿pero en nosotros…?

—Dicen que estamos a tiempo de cambiar las cosas. Si no, no estarían ayudándonos. Y sí, todo por lo que ahora sufres y lloras es algo que yo también he pasado, algo por lo que yo también me sentí superado y por lo que perdí la esperanza. Sin embargo, es algo que debíamos «experimentar». —Suspiró—. Las personas tenemos mayor empatía cuando hemos visto o vivido algún acontecimiento dramático. Compartir nuestras penas nos une.

Ambos guardamos silencio.

—¿Te han transmitido imágenes? —preguntó.

—Sí, veo imágenes cuando menos las espero. Surgen de pronto.

—¿Entiendo entonces que es a raíz de la entrega de Minius?

—Ahora que lo dices… Sí, creo que sí. —Enrique hizo una mueca —. ¿Es a eso a lo que se referían cuando dijeron que nos ayudará a despertar recuerdos, a ver las cosas más claras?

—Sí, en parte.

—Entonces, todo lo que estoy viendo es…, ¿del pasado?

—No necesariamente.

—¿Tú sientes que sean situaciones del pasado?

Traté de encontrar una respuesta sincera.

—Algunas sí. Otras no. La mayoría son cosas que…, no sé cómo decirlo. Es como si ya hubieran pasado, sin embargo, aún no han pasado. No sé si me explico.

—Perfectamente.

—Me estoy acordando de que además he tenido un sueño. Vamos, creo que era un sueño. Por las imágenes… No sé si me explico.

—Sí, te entiendo. ¿Me lo quieres contar?

—Tenía que ver con virus, con algo que se tejía entre las sombras, como si alguien supiese que iba a producirse una infección a nivel mundial o incluso que, ¿lo provocasen? Había algo en el sueño que parecía más una advertencia que otra cosa. Parecíamos un número dentro de una gran suma en la que muchos perderían la vida y eso serviría para mover la siguiente pieza en un tablero de ajedrez gigante. Era algo ambiguo, pero lo sentía con claridad. Detrás de todo eso se estaba buscando una excusa para declarar a la Tierra un lugar a punto de morir. —Hablaba sin prestar atención más que a los sentimientos y a las borrosas imágenes que aún guardaba de aquella incursión al mundo onírico; sin embargo, lo percibía como una amenaza tan real… Enrique me escuchaba sin interrumpirme, daba igual que hiciese pausas de varios segundos. Parecía entender mis necesidades, mis tiempos—. Enrique, sé que suena a delirio, a ciencia ficción si me apuras, pero algo me dice que va a pasar algo parecido. ¡Ah! —recordé de pronto—. Ellos estaban ahí, sin embargo me decían que ya no podían hacer nada, que ya no dependíamos de ellos. No sabes lo abandonada que me sentía. Tenía ganas de llorar, de hacer algo para que se quedasen a ayudarnos, pero me decían que habíamos dejado de estar bajo su protección porque habíamos encontrado algo. No me decían el qué, pero en ese momento pude ver las estrellas, como si estuviese suspendida en mitad de la galaxia. No entendía qué hacía ahí.

»Pensé que, de ocurrir, tal vez para entonces estaría muerta. —Alcé las cejas y se me escapó un suspiro resignado.

—¿Cómo te sientes ahora?

—Sola. No. Más que sola lo que siento es impotencia. No quiero que nadie determine que para poder salvar a la humanidad lo mejor es abandonar este planeta. Es imposible que no quede posibilidad de vivir aquí. Si nos hacemos responsables y dejamos de contaminar… ¿No? —Giré la cara para mirarle. Él me observó sin decir nada. Su reacción me confundió más de lo que ya estaba, en cambio, no fui capaz de preguntarle. A lo mejor tenía información para la que yo

todavía no estaba preparada. Decidí entonces terminar la conversación. Los demás compañeros debían estar esperándonos. Era raro que no hubieran venido a buscarnos—. En fin. De todas formas espero que solo haya sido un sueño. Gracias por escucharme.

—Gracias a ti por abrirte a esta experiencia. Y sí, aún estamos a tiempo.

Se levantó y me ofreció su mano para ayudarme a hacer lo mismo. Observé su rostro, aquella mirada de ojos marrones cargada de sinceridad y optimismo. Deseé llegar algún día a tener su entereza.

Después de desayunar una vez más todos juntos, comenzamos la última jornada de trabajos guiados en el Gobi.

Apenas transcurrida media mañana, comencé a percibir una energía familiar.

«Bienvenida, Aumnox», escuché en mi mente.

El eco de su voz resonó en mi cabeza; la reconocí, aunque le encontré algo peculiar, diferente. Lejos de lo esperado, mis labios se curvaron presos de una creciente alegría y confianza. Mi corazón volvió a palpitar frenético, como cuando lo encontré en medio del pasillo de mi casa.

«Hola», saludé usando solo la mente, tratando de aplacar mis nervios.

Proseguí con los ojos cerrados. Intuí que no solo me estaban hablando a mí, sino que cada uno de mis compañeros de viaje había iniciado su particular experiencia. Mantuve la calma ayudándome de las respiraciones lentas y profundas que veníamos practicando.

«Te habla Eset», dijo mi interlocutor; aunque ya lo sabía.

Su timbre resultó rígido, hueco, casi robótico. Aquello me volvió a desconcertar; no lo recordaba así. Pero no me importó, de nuevo le estaba escuchando y aquello confirmaba, definitivamente, que la anterior ocasión no fue una alucinación. En realidad él existía, se llamaba Eset y ahora se encontraba allí, comunicándose conmigo.

«Hola. Yo soy Aurora», contesté. Aunque sabía que ese dato no era importante para ellos, ya que, según parecía, se dirigían a los humanos con lo que denominaban *nombre cósmico*. El mío en concreto era Aumnox.

«Queremos agradecer tu compromiso con esta expedición —continuó hablando—, conocemos el esfuerzo que ha supuesto para ti estar aquí. Sabemos que ha sido una decisión difícil, que te has enfrentado a tus propios miedos para poder llevar a cabo este trabajo y te lo agradecemos».

Me quedé paralizada, pensativa; realmente había olvidado lo que

supuso tomar la decisión que me llevó allí o, incluso, el viaje en sí mismo. ¿Eso significaba que había tomado la decisión correcta? Creí que sí. Pero no dejaba de ser curioso que, a lo largo del día, mientras llevábamos a cabo los trabajos de meditación, relajación, mantralización y demás, prácticamente me olvidaba de mi «verdadera realidad», de mi padre, de Ian, de mi vida en *Sanse*. Desde que pisé la arena del Gobi llevé mi día a día sin apenas mirar atrás. Y ahora Eset, ¿me lo estaba recordando por algún motivo? ¿Tal vez para que fuese preparándome para el viaje de regreso que empezaría al día siguiente? Estaba segura de que, en cuanto me echase una vez más la mochila a la espalda, volverían los recuerdos por sí mismos.

Eset debió sentir mi distracción e hizo una larga pausa, gesto que aproveché para respirar hondo varias veces y volver a centrarme en escuchar lo que tuviera que decirme. Al cabo de unos instantes, alcancé la quietud previa a su aparición; deseaba estar en paz por encima de todo y disfrutar de su compañía, aunque este último sentimiento traté de ocultarlo lo máximo posible.

Habló:

—Como tú bien intuyes, nuestra protección está a punto de finalizar. Debes saber que es de gran importancia el trabajo que los humanos lleváis a cabo, no solo para vuestra raza, sino también para el propósito que alberga la Confederación de Mundos de la Galaxia.

»Como imaginarás, hay muchas líneas de intervención abiertas, la de los terrícolas y la nuestra, aunque esta segunda esté limitada por el bien de todos y debamos ejecutarlo con restricciones y desde la distancia. Para alcanzar resultados positivos, es necesaria la unión de nuevos adalides que se comprometan con la misión.

»Tú y tus compañeros estáis aquí porque reunís optimas aptitudes. Nuestro deseo es que os incorporéis al plan, estamos en un momento crucial del mismo. —Aguardé con paciencia ante un silencio que no esperaba—. Querría mostrarte algo.

—Está bien.

Permanecía con los ojos cerrados, aunque eso no fue impedimento para empezar a ver las primeras improntas. Las escenas eran claras, muy nítidas. Me vi a mí misma siendo tan solo una niña, haciendo diversas actividades cotidianas: jugando con muñecas, comiendo con mis padres, saltando, corriendo, dibujando..., durmiendo, soñando.

La imagen se aproximó, hasta verme dentro de mi propio ensueño. Allí estaban ellos: aquellos seres que en la infancia vi tantas veces acompañando mi descanso, instruyendo mi intelecto. Por lo general, se hallaban sentados en una gran sala blanca, dispuestos en semicírculo. Me observaban a la vez que interactuaban conmigo,

respondiendo todo cuanto les preguntaba, a distancia.

Un espacio difícil de olvidar y que, sin embargo, yo no recordaba; luminoso, diáfano, donde se encontraban muchas más «personas», diferentes seres. Algunos con una altura semejante a Eset, una raza de «gigantes» donde la mayoría alcanzaban los casi tres metros; otros medianos, como los terrestres; otros bajitos; algunos con rasgos y fisionomía humanoide; otros con forma de..., similares a los especímenes que salen en las películas; más jóvenes, más ancianos... Una gran variedad.

De una escena pasaba a otra, rememorando con detalle las sencillas conversaciones que mantuve con ellos años atrás. Ahora veía que, por entonces, ya era consciente de estar al mismo tiempo dormida y con ellos, en un mundo real, aunque distinto. Doble, por así decirlo. Entendí por qué cuando me despertaba apenas podía recordar lo experimentado en aquellos peculiares encuentros.

Al parecer, me *vigilaban* desde que vine al mundo. Advertían mis movimientos de cerca, mi crecimiento, experiencias..., mi vida. Parecían poseer una extraña responsabilidad sobre mí, algo semejante a lo que hace un tutor con un menor de edad. Por algún motivo que yo desconocía, me protegían. Nuestra interacción solo se producía a través de los sueños; cuando estos concluían, los recuerdos se disipaban. Y aun así, no pude ignorar un detalle, incluso dentro de ese mundo onírico se mantenían a distancia, respetando un espacio que pude entender como un cerco de seguridad. Jamás se aproximaron a mí. Nunca me tocaron. Querían mantenerme a salvo, incluso de ellos mismos. Al parecer, mi energía era muy fuerte para mi corta edad, pero muy débil al lado de la suya.

La secuencia de improntas invadió mi mente sin descanso, generando con ello una vorágine de emociones que se abrieron paso en un incesante hormigueo, recorriendo mi cuerpo de los pies a la cabeza. Ahora entendía que me acompañaron desde siempre. En cambio, mi capacidad para recordar nuestros contactos poco a poco fue mermando, hasta el punto en que ya no fui capaz de hacerlo y borré los pocos que tenía. Definitivamente, dejaron de entablar comunicación conmigo. Con ello, perdí la consciencia de su existencia, de su recuerdo al amanecer. En los años posteriores, si surgía la necesidad de un nuevo acercamiento, lo llevaban a cabo como siempre, en mitad de la noche, solo que, por mi seguridad, al concluir borraban mis recuerdos, o los adulteraban.

Entendí, gracias a las proyecciones de Eset, que aunque durante muchos años no recordé nada sobre ellos, en el fondo la información se iba almacenando en mi inconsciente para que, llegado el momento,

despertase de golpe.

Y sí, la mayoría de nuestras interacciones fueron borradas, sin embargo, otras permanecían alteradas en los archivos de mi mente. Se encargaron de crear una adaptación de la experiencia, la convirtieron en algo semejante a un sueño cualquiera. A través de esas modificaciones conseguían transmitirme datos, solo los que ellos deseaban que viese y retuviera.

Ahora tenía cierta lógica entender por qué en algunas ocasiones reviví parte de esas *proyecciones* en mi *vida real*. Y resultaba que no se trataron de sueños premonitorios como alguna vez llegué a pensar.

No obstante, la «premonición» radicaba en proyectar a mi mente una experiencia ya vivida y, con ello, marcar un sendero trazado para guiarme a través de la vida: una vía concreta que deseaban que recorriese. Ese camino me ayudaría a llegar a donde querían que llegase; en ese momento, al Gobi.

Me sentí sobrepasada por la información. Mi corazón latía acelerado, no por estar comunicándome con Eset, sino por sentirme un títere con los hilos desgastados de tanto usarme.

—Era un entrenamiento —afirmó Eset al observar mi reacción.

—¿No me habéis manipulado? —pregunté confundida. En realidad no sabía qué pensar; me sentí desubicada. De repente, mi vida parecía haber perdido el poco sentido que le hubiera podido dar a lo largo de mis años.

—No. Era necesario proceder así. Era parte del entrenamiento, de tu adaptación para poder llevar a cabo el contacto en fase dos —respondió, transmitiéndome su calma.

—¿Qué es eso?

—La fase uno es la primera aproximación que podemos tener con los humanos. —De pronto recordé con claridad la paz que experimentaba cuando, siendo una niña, me hallaba frente a ellos y pasaba las horas preguntándoles cosas a las que con amabilidad respondían—. En esa parte del protocolo se establece contacto con los humanos de forma inconsciente, a través de sueños, imágenes, sonidos..., estímulos que os vayan guiando a dar pasos concretos, con la intención de que, en algún momento, podamos pasar a tener un contacto consciente con vosotros. La comunicación que estamos manteniendo ahora ya forma parte de un contacto en fase dos. —Guardó silencio durante unos instantes para que me diese tiempo a procesar la información—. Sin ese entrenamiento, el humano puede sufrir un shock irreversible. Y nuestra intención no es haceros daño, sino ayudaros; por eso debemos acercarnos a vosotros poco a poco. Durante la fase dos mantenemos un contacto más activo a través de

mensajes telepáticos, proyecciones mentales y astrales.

—¿Lo hacéis siempre? ¿Empezáis un contacto con las personas desde que somos niños?

—No, pero la mayoría de las veces sí. Por lo general, es más fácil la interacción con ellos, sus resistencias son menores, sus mentes están más abiertas, apenas tienen prejuicios y su sexto sentido está notablemente más activo.

—Entiendo. Pero…

—¿Por qué lo hacemos? Porque tenéis que hacer ver al resto de humanos que el futuro de vuestra especie depende de las decisiones que toméis.

—¿Nosotros? Nosotros no decidimos nada.

—Eso no es exacto. Vosotros decidís con cada pensamiento, con cada intención, con cada acto.

—Necesito que seas más específico.

En ese momento empecé a ver una amplia sucesión de imágenes, totalmente claras y definidas: me enseñó la polución, la gente en algunos países paseando o yendo a trabajar con una mascarilla que les cubría la nariz y la boca; vi grandes extensiones de tierra totalmente secas, con la superficie quebrada como una pintura craquelada; me mostró pueblos enteros pasando hambre, con sus tripas hinchadas y unas extremidades ausentes de musculatura, como si fuesen esqueletos cubiertos por una fina capa de piel adherida a sus huesos; pude ver la sobrepoblación, la falta de alimento, las guerras que aún persistían en algunas zonas del globo, pero también vi microorganismos, virus y bacterias provocando epidemias y pandemias letales para algunos grupos de población. Vi destrucción en muchos sentidos, toda ella provocada por la acción o inacción del hombre. Y cuando creía que ya lo había visto todo, de pronto me mostró la colisión de un asteroide contra la superficie terrestre. Aquel meteorito no destruía el planeta entero, pero sí alcanzaba buena parte de los Estados Unidos produciendo un éxodo de los supervivientes en busca de cobijo y futuro en la zona sur de América. A partir de aquello, la crisis alimenticia, el hambre, las enfermedades y la pobreza se acentuaban. La desesperación del planeta y el miedo terminaba de desatar el caos en nuestra Tierra. Las imágenes de destrucción y anarquía le cedieron paso a una estampa de mí misma en el salón de mi casa, sentada sobre el sofá, en posición de loto, meditando. Me observaba siempre en el mismo lugar, pero era evidente que el tiempo transcurría y, en ese periodo, mientras yo me veía a mí misma quieta, alineando mi energía y mis pensamientos, todo cuanto había fuera de mi burbuja de bienestar se iba corrompiendo poco a poco. Se sucedían los meses sin

que nadie hiciese nada; ni siquiera yo. Hasta que finalmente me mostró cómo lo que un día fue una advertencia se convertía en una realidad. Entre tanto dolor me sentí inútil por estar allí sentada sin poder hacer otra cosa más que llorar. Ya era tarde. Demasiado tarde. De pronto me di cuenta de que ya no solo me veía llorar en las proyecciones, sino que allí mismo mis pómulos se habían mojado de lágrimas.

—No estamos aquí para deciros lo que debéis hacer o qué cosas debéis cambiar, ya lo sabéis.

—No podemos llegar a eso.

Durante un par de minutos tan solo atendí al silencio que me rodeaba. Era como estar sola en mitad de la nada. Completamente sola. A pesar del silencio, sabía que Eset seguía conmigo.

—Sé que tienes muchas dudas, gran cantidad de recuerdos que ahora no distingues si son fruto de un sueño o de nuestra intervención, pero poco a poco irás distinguiéndolos. Recordarás a medida que vayas estando preparada.

De forma progresiva, la energía de Eset fue desapareciendo y, con ello, yo trayendo mi atención al lugar donde nos encontrábamos.

Abrí los ojos. Mis retinas no veían más allá del eco de las imágenes que había estado viendo, las cuales volvían a reproducirse translúcidas sobre un fondo de arena beige. Me limpié las mejillas, aunque no conseguía salir por completo de mi abstracción. En medio de todo aquel caos no pude evitar buscarle de nuevo, su energía, su protección. Tenía la extraña sensación de que estando él cerca no podría pasarme nada, ni siquiera aquello que vino a mostrarme.

Desconozco cuánto tiempo permanecí «en aquel limbo».

Cuando al fin alcé la vista, encontré a mis compañeros ligeramente desplazados de los puntos donde habíamos iniciado los trabajos. Antonio y Sofía se habían aproximado, estaban tumbados bocarriba uno al lado del otro, cogidos de la mano. Víctor se encontraba de pie, con la cabeza hacia arriba y los ojos cerrados. Enrique, en cambio, estaba sentado en posición de loto a unos metros del grupo. Los dos que faltaban, Lourdes y José, seguían ocupando sus sillas plegables, meditando.

No sé si fue un efecto óptico, pero todos y cada uno de ellos tenía un contorno luminoso alrededor de su cuerpo, como si estuviesen metidos en un óvalo brillante con una densidad vaporosa pero tangible. Los de algunos parecían tener un color dorado.

Viendo que los demás seguían trabajando, decidí cerrar los ojos y tratar de relajarme, de pensar qué podría hacer yo para ayudar a revertir los acontecimientos que estaban por llegar. Y de pronto sentí a

Ian como si estuviese a mi lado. Me asusté y abrí los ojos de par en par. Por un momento temí lo peor: que le hubiese sucedido algo; perderle, pero esta vez de verdad y para siempre.

«Necesito volver a casa —pensé entristecida—. ¿Dónde estarás? ¿Y papá? Espero que estéis bien. No entiendo cómo he podido olvidarme de vosotros de esta manera. No lo entiendo —pensé, presa de la culpabilidad.

»En cuanto llegue a la tienda de campaña les escribiré.

»Dios, se me va a hacer un viaje eterno».

Inspiré profundo tratando de calmarme. No debía dejarme invadir por la pena, la culpa, la resignación o el miedo al futuro.

Exhalé.

«Va a ir todo bien. Va a ir todo bien. Tranquila. Lo conseguiremos».

Sin embargo, el recuerdo de Ian no se me iba de la cabeza.

De vuelta

Ian

A pesar de ser cerca de las diez de la noche, aún destellaban los últimos rayos de sol de aquella jornada, hora en la que entrábamos en Sanse. Conduje en dirección a la casa de Joaquín. Aunque él no lo admitiese, se le veía cansado. Por el contrario, algo que no pudo ocultar, fue la emoción. Sus ojos se humedecieron varias veces a lo largo de la mañana y del viaje de vuelta. Añoraba a su esposa y a su hijo, pero también a su hija. Sin saber por qué, de pronto se le había metido en la cabeza que dejaría de verla, que tal vez desaparecería igual que su esposa. Tan solo lo dijo en una ocasión, pero algunas palabras no hace falta repetirlas, con una simple vez que las escuches se te graban en la mente como si estuviesen escritas con una tinta indeleble. Contagiado por su miedo, volví a temer por Aurora. ¿Acaso él sabía algo que yo desconocía? ¿Era posible que después de todo aquello nos aguardase vivir otra tragedia personal? Me negaba a creerlo.

Al fin llegué a casa.

Entré arrastrando la maleta. La dejé en la entrada.

Llevaba días sin saber nada de Aurora. Ignoraba si se encontraba bien, si se habría perdido en mitad del desierto, si se la habría tragado la tierra, si la habrían secuestrado, si seguía viva… Sí, tenía los típicos pensamientos catastrofistas de un padre ansioso por tener noticias de su hija. Aunque realmente sentía que no le había pasado nada, lo cual quería decir, que su silencio podría deberse a que se encontraba tan bien, tan feliz y tan a gusto que ni siquiera se acordaba de nosotros. Sí, podría ser cualquier cosa. Sin embargo, cuando uno ama a otra persona y esta te ignora, prefieres pensar que su desprecio es debido a una causa de fuerza mayor, no por su propia voluntad.

—Me juré a mí mismo que no la escribiría.

»Faltan tres días para que esté de vuelta. Iré al aeropuerto. Se lo prometí. Pero después de eso…

»Joder, no entiendo por qué se complican siempre las cosas.

Fui a la cocina y me preparé un sándwich mixto. Lo puse en un plato, cogí un vaso con agua y me lo llevé todo al comedor. Me senté en el sofá. Pretendía olvidarme de todo viendo un rato la tele,

desconectar de la reconexión del fin de semana y volver a mi mundo de siempre. Pero en vez de eso me quedé en la inopia, con el plato sobre las piernas, el vaso en una mano y la mirada perdida en la pantalla negra del televisor, que mostraba mi triste reflejo.

El silencio resultaba tan ensordecedor como el retumbar de un trueno a corta distancia. Era curioso mirar al alrededor y verme dentro de aquellas cuatro paredes, sintiéndome, a la vez, en medio de la nada.

Durante un lapso indeterminado mi mente se quedó en blanco. No sé cuántos minutos pasaron.

Llegó un momento en el que pensé que me estaba volviendo loco, que era cuestión de tiempo acabar en un psiquiátrico.

—Será mejor que me vaya a dormir.

Me dirigí al dormitorio, una vez más con el vaso de agua en una mano y el plato en la otra.

Me senté en la cama y le di el primer mordisco al sándwich. Mientras cenaba, me entretuve ojeando el móvil. Terminé entrando al WhatsApp. Miré la lista de personas que me habían escrito durante el fin de semana. El último mensaje de Aurora era de cuando aún iba a bordo del Transiberiano. Pulsé sobre su fotografía y la observé detenidamente, perdiéndome en su sonrisa y los recuerdos.

—Si tú supieses cuánto te echo de menos…

No entendía la frialdad, la distancia, su silencio. Pero tenía esperanzas.

—Tres días —me alenté—. En tres días volverá todo a la normalidad. O eso espero.

Estaba a punto de soltar el móvil en la mesilla para irme a dormir cuando vi que se iluminaba el icono de los mensajes. Aurora.

> «Hola, Fortachón. Dentro de poco estaré de vuelta. Siento no haberos escrito más a papá y a ti, sobre todo a ti. Están siendo unos días muy intensos. Tengo ganas de veros, ganas de verte. Un beso».

El regreso

Aurora

Nos despedimos de las arenas del desierto con una última meditación después de tomar el desayuno. Resultó ser una meditación breve, para asentar la energía y las experiencias que habíamos vivido a lo largo de los días previos. No sé si en ese momento los extraterrestres estaban en contacto directo con Enrique, pero una vez más nos dio las gracias por todo en su nombre.

Después de aquello recogimos las cosas, las echamos a los vehículos y comenzamos nuestro regreso.

Fue un viaje extraño, en el sentido de que se me hizo corto, exageradamente corto. Había imaginado tantas veces que sería igual de tedioso que la ida, que aquello me pilló por sorpresa. Antes de que me diera cuenta nos estábamos despidiendo de Víctor y embarcándonos en el avión. Él se quedaría allí unos días, tal y como me dijo y planificó semanas atrás. Tuve la sensación de que la próxima vez que lo viera me encontraría con una persona totalmente distinta.

Proseguimos el viaje de vuelta. Y todo seguía yendo igual de rápido. Los trayectos se me hacían casi imperceptibles, como si estuviese en un pliegue espacio-temporal, como si me estuviesen robando horas de mi vida y mi consciencia.

«Mejor así —pensé».

Y de pronto estábamos en el aeropuerto.

Aunque había varias plazas vacías, Enrique se sentó junto a mí. Por una parte lo agradecí: a su lado parecía sentirme más protegida. A la vez, era como si con él pudieses hablar sin intercambiar palabras. Tenía la virtud de respetar tu espacio sin ni siquiera preguntar. Creo que se sentó a mi lado porque en esos momentos, a pesar de la gente que viajaba con nosotros, necesitaba lo mismo que yo: soledad. Silencio.

Durante las primeras horas de viaje conseguí dormir. A decir verdad, dormí todo el tiempo que mi cuerpo permitió. Cuando desperté, tan solo faltaban un par de horas para llegar al aeropuerto de Madrid; así lo indicaba la pantallita suspendida sobre nuestras cabezas que marcaba el rumbo, y si se puede decir, también las

sensaciones. Y es que, dicen que los lugares tienen su propia energía, y así es como desde hacía algunos años lo sentía yo. Nada más abrir los ojos tuve la sensación de estar muy cerca de mi hogar, de mi familia, de mi vida tranquila. Era como cuando te encuentras por la calle con una amiga de la infancia a la que hacía años que no veías: por mucho que hayáis cambiado, tu mente activa los recuerdos, la sensación de que algo, de alguna manera, fuera breve o largo, intenso o superfluo, os unió durante un tiempo.

Estaba llegando a casa.

—Te veo contenta —me dijo Enrique con ternura. No me había dado cuenta de que estaba sonriendo. No sé por qué, me llamó la atención su acento peruano, el mismo al que durante los días anteriores tanto me había acostumbrado.

—Sí, ya falta poco para llegar.

—Sí. ¿Has echado mucho de menos a la familia?

—Si te soy sincera, no lo sé. Es como si allí, en el desierto, me hubiera olvidado de todo, incluso de quién soy.

—¿Y ahora te sientes mejor?

—Sí, me va subiendo el ánimo a medida que nos aproximamos. Pero no me malinterpretes, allí he estado bien, solo que ha sido muy intenso, muchas emociones e información en muy poco tiempo. Cuanto mayor era el sentimiento de estar ampliando mi consciencia mayor era el sentimiento de estar sola. No sé si me explico.

—Sí, te entiendo. Habéis hecho un estupendo trabajo. Estoy seguro de que el esfuerzo merecerá la pena, ayudará a millones de personas.

—Creo que estás siendo demasiado positivo. No creo que nuestro…, lo que sea que estemos haciendo, le sirva a demasiada gente.

—Tengo una pregunta que hacerte. ¿Puedo?

—Sí. Claro.

—¿Crees que este viaje supondrá un antes y un después en tu vida, es decir, crees que cambiará algo en tu día a día, en tu forma de ver las cosas, en las decisiones que tomes, en tus proyectos futuros?

Me quedé pensativa. No quería darle una respuesta que justificase mi «negatividad», solo ser sincera conmigo misma y con él.

—Si quieres que te diga la verdad, sí, creo que este viaje ha cambiado mi forma de percibir, no solo el mundo, sino la vida en general. Creo que somos demasiado ignorantes, que vivimos cegados por una rutina tan inercial que no nos permite pensar ni en lo que somos ni en lo que queremos ni en lo que nos hace felices. No puedo saber lo que voy a hacer mañana, pero estoy casi segura de que a partir de ahora mis decisiones serán más meditadas. Al menos,

procuraré acostumbrarme a que así sea.

»¿Sabes? En cuanto a lo que has dicho antes, llevo un par de días pensando en cómo podemos conseguir cambiar lo que nos espera, averiguar qué podría hacer yo. ¿Entiendes? Yo solo soy una persona más, una hormiga entre los más de siete mil millones de habitantes de este planeta.

—Si todos pensásemos igual, entonces sí estaríamos perdidos —dijo con calma—. Aurora, lo que nuestros amigos de las estrellas están buscando en nosotros es un efecto dominó. Confían en que a medida que uno de nosotros «despierte», contagie a otro, y ese a otro y ese a otro, y así hasta conseguir una masa crítica suficiente como para salvar a nuestra humanidad.

—¿Y si no lo conseguimos?

Suspiró. Durante varios segundos permaneció pensativo, con la mirada fija en el respaldo del asiento que tenía delante.

—En cuanto estés preparada llegará la respuesta que estás buscando. Las cosas son complejas, pero está todo conectado.

No insistí. Me limité a aceptar sus palabras como una advertencia de que no todo lo que había visto hasta entonces era lo único de lo que los extraterrestres tenían que informarnos. Confiaba en Enrique, y debía confiar en lo que me dijo Eset: «Irás recordando a medida que estés preparada».

—¿Qué harás cuando lleguemos a Madrid? —le pregunté varios minutos más tarde. Mi pregunta despertó su sonrisa. Aquella expresión solo podía ser por un motivo: una persona: su amor.

—Haré noche y mañana viajaré a Perú.

—¿La echas de menos?

—Mucho. Creo que es el primer viaje al que mi esposa no ha podido venir y, ha sido duro. Surgió un tema familiar. Sin embargo, yo no podía cancelarlo. Era algo que llevaba programado largo tiempo. —Resolló—. Lo he vivido como una prueba más. Pero a partir de ahora procuraremos que no vuelva a pasar. No sé cómo, pero lo intentaremos —bromeó con resignación.

Desde hacía varios minutos se podía ver por la ventanilla cómo el azul del mar le cedía el protagonismo a la tierra firme. La luz de «mantenga el cinturón abrochado» nos tenía a todos los pasajeros encaramados a nuestros asientos. Miré a Enrique; se encontraba inmerso en sus notas. Yo, en cambio, ya no podía concentrarme en nada que no fuera Ian. Deseaba verlo, abrazarlo, sentirlo. Tenía miedo de tenerlo delante y notar que se había desvanecido mi amor y atracción por él. Recordaba a Eset: su extraña voz casi robótica, su

firmeza, su energía y…, al mismo tiempo seguía percibiendo una extraña excitación, algo que me atraía a él como un insecto a una bombilla.

«Mientras estábamos allí no lo sentí tan fuerte —pensé, recordando la conexión telepática y la charla que tuvimos—. Tal vez fuese por el lugar, o porque mi atención estaba centrada en la propia conexión, en el mensaje que me estaba transmitiendo. Sin embargo, sigue atrayéndome, alterando mi quietud, como si le desease de una forma física. ¿Dónde deja eso mi relación con Ian? ¿Acaso ya no deseo estar con él? No va a haber nadie mejor que él, más cariñoso, más atento, nadie con quien me sienta más a gusto, protegida y pueda ser yo misma. ¿Salvo Eset? No. No lo creo. Pensar en él en ese sentido sí que es un auténtico delirio. Es absurdo».

Respiré hondo sintiendo mi pecho azorarse.

«Si pudiese entender por qué me pasa esto…

»A este paso voy a terminar loca. Fantaseando con un extraterrestre mientras me tienen encerrada bajo las cuatro paredes de un manicomio.

»Espero que papá no haya venido a buscarme al aeropuerto. Necesito unos minutos a solas con Ian.

»Creo que sobre todo necesito descansar».

Los neumáticos tocaron el suelo de la pista de aterrizaje. Fue cuando me di cuenta de que mi nerviosismo no se debía al hecho en sí de aterrizar, sino a que estaba de vuelta: vería a mi familia, volvería a mi casa, retomaría el trabajo pendiente. Me sentía como una ficha en un juego de mesa. Por mucho que meditase, que despertase mi consciencia o que me hablasen los extraterrestres, por fin estaba entendiendo que la espiritualidad debía encajar en ese tablero en el que acababa de caer. Es fácil ser espiritual, ser comprensivo y vibrar en el amor cuando no hay obstáculos que enfrentar, cuando estás en modo contemplativo y no hay ningún factor en tu entorno más cercano que te desestabilice. El verdadero iluminado debería ser un iluminado enfrentándose a todo eso: al mundo civilizado y caótico que gobierna el planeta, un ser que no sucumbe a su putridez.

Nada más bajar del avión me despedí por segunda vez de aquellos «locos» que habían compartido una experiencia tan extrema conmigo. Aunque realmente no tenía intención de entablar una amistad profunda con ninguno de ellos, guardaría a buen recaudo sus números de teléfono. En caso de desesperación, sabía que al menos cualquiera de ellos sabría escucharme y entenderme. El ser humano se mueve por puro egoísmo.

Caminamos en grupo hasta la cinta que traería nuestras maletas.

Parecíamos soldados viniendo de la guerra. Mientras que el resto del pasaje hablaba sin parar, entre nosotros primaba el silencio. El único que, como siempre, mostraba entereza y felicidad era Enrique.

—Ánimo, amigos, no quiero verlos tan serios. No se olviden de que no estamos solos. Aún siguen ayudándonos —dijo el peruano antes de marcharnos. Consiguió hacernos sonreír.

—Gracias, Enrique —contestó José acercándose a él para darle un abrazo.

No fue el único que acabó en los brazos de José.

Mochila a cuestas nos dirigimos a la salida.

Y…

Allí estaba él.

Solo él.

Noté mi pecho rígido, como si mi corazón dejase de bombear sangre, la misma que parecía huir de mi rostro. Me noté empalidecer.

Sentí ganas de llorar.

Seguí caminando hacia la salida, dejándome arrastrar por las demás personas que pretendían reunirse con sus familiares. Ian me observaba sin perderme de vista. Sus preciosos ojos color ocre verdoso parecían un faro marítimo indicándome el camino a puerto, a él.

Las piernas me temblaban. También los brazos.

«Es él —pensé—. Es él».

A escasos metros de distancia noté mis extremidades inmovilizarse. No podía dar ni un paso más. Paré. De lo contrario hubiera terminado cayendo de bruces.

La tensión, el miedo, las dudas, la distancia física, la lejanía en el trato, la incertidumbre… De pronto todo, absolutamente todo, estaba pasándome factura, envarando mis intenciones, congelando mis movimientos.

La expresión de su rostro era seria. Sin embargo, sus ojos me miraban con el mismo amor que el día en que le dejé para volar a miles de kilómetros de su lado. Desconocía qué estaría pensado. No sabía si estaba enfadado conmigo por haberle ignorado durante tantos días. Era lógico que lo estuviese; yo lo hubiera estado.

Acortó los metros que nos distanciaban con su mirada clavada en la mía. Mis ojos se habían llenado de lágrimas al revivir lo que sentía por él. Realmente lo deseaba.

—Hola —susurró a escasos centímetros de mí.

Sin pensarlo dos veces lo besé. Lo besé al tiempo que mis lágrimas se precipitaban contra el suelo. Lo besé al tiempo que un escalofrío recorría todo mi ser.

«Te amo».

Me dejé fundir en sus brazos y noté cómo se me escapaba un suspiro; al fin respiré en paz.

—Te he echado de menos —me susurró con la frente pegada a la mía.

—Yo también a ti.

»¿Y mi padre? —le pregunté después de unos segundos dejándome envolver por su amor y protección.

—Ha preferido esperarte en casa.

Le sonreí.

—Mejor así. No está para estar entrando y saliendo. ¿Cómo se encuentra? ¿Va mejor?

—Sí —dijo alzando las cejas y poniendo cara de guasa.

—¿Qué? ¿Por qué pones esa cara?

—Por nada. ¿Vamos? —preguntó, estirando el brazo hacia la mochila—. Dámela, yo la llevo.

No me negué.

De camino al coche caminé junto a él sintiéndome feliz por estar de vuelta y porque parecía que todo continuaba donde lo había dejado. No obstante, al mismo tiempo percibía las cosas distintas. Aquella cantidad de tráfico, de personas, de bullicio…, en contraste con el silencio y la quietud del desierto era desestabilizante. Agobiante.

«No me extraña que vivamos desconectados. Hay excesivo ruido, demasiados estímulos a los que atender».

Cogimos el coche. Ian condujo a casa de mi padre. El trayecto se me hizo corto, estaba obnubilada mirando por la ventanilla, viendo cómo el paisaje quedaba atrás. La mente me llevó a acordarme de la gente que en alguna etapa de su vida se ve obligada a permanecer lejos de lo que era su día a día, su realidad, tal vez, obligada a permanecer durante un largo periodo de tiempo en un confinamiento, ya sea en una habitación de hospital o bajo el techo y las cuatro paredes de una celda.

«¿Qué sentirán ellos al salir de una de esas habitaciones con permanente olor a enfermedad y desinfección y volver a notar la luz del sol acariciando su piel, o aquellos que de la noche a la mañana recuperan su libertad? Si yo me siento rara habiendo estado en plena libertad, en la naturaleza, en un enclave de poder donde no podría vibrar mejor energía, ¿cómo se sentirán ellos? No puedo ni imaginármelo. Aunque ni siquiera creo que deba compararse una cosa con la otra. Ellos habrán pasado de la vibración del miedo, la incertidumbre y el pesar a la de la libertad; a la de la esperanza, tal vez.

»No sé. Creo que ninguna experiencia es comparable a otra. Por mucho que quiera buscar semejanzas, lo que yo he vivido es único. Supongo que por eso me siento extraña.

»Ojalá no me quede perturbada. Ojalá encuentre el camino que debo recorrer para poder ayudar a alguien, aunque sea a una sola persona».

—Ya hemos llegado —dijo Ian con dulzura, haciéndome salir de mi abstracción. Por un momento, me olvidé de que estaba a mi lado, conduciendo, de que ya había regresado del desierto.

Al mirarle, recordé a Eset.

Me sentí confundida.

«¿Otra vez las dudas?».

—Sí. Es verdad —sonreí, tratando de disimular. Su gesto era compasivo; a la vez le percibí cierta expectación. Creo que no quería decir nada que me agobiase. Sin embargo, su mirada… No sé si buscaba algo, que le dijese alguna palabra de cariño o un «lo siento por haber estado tan distante», pero mis labios permanecieron sellados. De pronto, no quería meter la pata. Aún no podía pensar en un «nosotros»—. ¿Vamos?

—Sí. —Nos apeamos del vehículo. De nuevo, caminamos uno al lado del otro. Él me volvió a dar la mano—. Estarás cansada.

—La verdad es que la mayor parte del viaje lo he pasado durmiendo.

Ian llamó al telefonillo. Mi padre no tardó ni diez segundos en contestar. Al escucharle, se me dibujó una sonrisa en la cara.

—¡Por fin! ¡Subid! —respondió sin que nos diera tiempo a decirle que éramos nosotros.

Nos esperaba con la puerta abierta.

Su expresión al verme me hizo sentir lástima. Tenía los ojos rojos y vidriosos y sus labios sonreían con afecto.

—Hola, papá —le dije echándome en sus brazos. Me abrazó con fuerza, allí, bajo el umbral de la puerta de la entrada, convirtiéndonos en un tapón que le impedía entrar a Ian.

—Hola, hija. —Hasta que no me soltó no nos dijimos nada más—. ¿Qué tal ha ido? Te veo más delgada. ¿Has perdido peso? —preguntó, cogiéndome de los brazos y echándome hacia atrás para verme mejor.

—No lo sé, papá. Es posible. No hemos comido mucho que se diga.

—Bueno, por suerte he preparado algo para picar.

—¿Tú? ¿De cocinillas?

—¿Acaso no cocino todos los días? —dijo guasón.

—Sí, bueno, pero sabemos que siempre que puedes le cedes los honores al primero que pillas.

—Já, já, qué graciosilla viene ella. Pues no, no te iba a poner a hacer unas tortillas de patata según entrases, ¿no te parece?

Le dediqué una mueca de «no tienes remedio» al tiempo que Ian cerraba la puerta.

—Vayamos al comedor, ya está todo preparado.

Al entrar vi la mesa auxiliar llena de comida: tortilla de patata, aceitunas, pan tostado con tomate, una ensalada, sardinas, salchichas veganas…

Nos sentamos alrededor de la mesa, Ian a mi izquierda y mi padre en el sillón que había al lado. Aquel sitio era un lugar estratégico que utilizaba de cuando en cuando para observarme mientras hablaba.

—Bueno, ¿y qué tal ha ido?

Cómo no, se ahorró el detalle de preguntarme por qué no le había escrito más a menudo o de insinuarme que había estado preocupado. Sin embargo, a mí no me engañaba, sus ojos al recibirme ya lo dijeron por él.

—Ha sido un viaje largo, agotador en algunos sentidos, muy agitante emocionalmente hablando. El trayecto hacia allí se me hizo eterno y me sentía muy rara, desubicada y confundida. Allí, en el Gobi, la cosa fue mejor, nos pasábamos la mayor parte del tiempo meditando y mantralizando.

—¿Y visteis algo?

—¿Te refieres a algún platillo volante?

—Sí.

—Tan solo vimos luces un par de noches. Pero eran lejanas, no se apreciaba ninguna forma definida.

—Entiendo.

—¿Y vosotros qué tal?

Ian y mi padre se miraron. A Ian se le volvió a poner cara de guasa.

—Bueno…

—¿Qué? Venga, hombre, no me tengáis en ascuas.

—Pues a nosotros nos invitaron a ir a Monte Perdido —respondió mi padre.

—¿Quién? ¿Cuándo?

—Eset. El fin de semana pasado.

Fui consciente de que se me quedó cara de incredulidad.

—¿Me estás diciendo…?

—Sí. Estuvimos en Monte Perd...

—Pero tú… Pero… —Miraba a mi padre tratando de entender qué hacía él en Monte Perdido, en un viaje de unas cinco horas en coche ni más ni menos cuando el médico le había dicho que no se excediera. Capaz de haber salido de caminata.

—Tranquila, yo no hice gran cosa. Acompañé a tu novio y me quedé todo el tiempo en el coche. —La palabra «novio» la escuché entre las demás como un eco resonando con parsimonia.

—Entonces, ¿te encuentras bien?

—Sí. Tranquila.

—¿Y qué hicisteis allí?

—La verdad es que no lo sé —intervino Ian—. Bueno, sí. Nos «entregaron» una energía, algo que ellos llaman partícula Minius, y me enseñaron unas imágenes catastróficas del futuro.

—A mí también —respondí pensativa.

—¿Te pasa algo?

—La verdad: no entiendo por qué he tenido que ir hasta el Gobi si podían haberme entregado lo mismo estando aquí. ¿Acaso era una prueba para ver mi nivel de compromiso?

—Puede ser. De todas formas, por mucho que nos hayan entregado una muestra de esa energía y nos hayan enseñado imágenes que puedan ser parecidas o las mismas que te enseñaron a ti, no creo que nuestras experiencias se puedan comparar. No sé si me explico. Es como tratar de comparar un Ferrari con un Seat o cualquier playa del Mediterráneo con una de las Seychelles, o…

—Ya, ya. Te he entendido.

—Pues eso. Que seguramente tu experiencia sea inolvidable.

—¿Acaso la tuya va a ser olvidable?

—No, pero…

—Nunca he sido de fuegos artificiales. No sé si me explico. Los adornos me son indiferentes.

—Te entiendo, Aurora, pero seguramente tu viaje al Gobi no sea ni tenga las mismas repercusiones que lo que experimentamos tu padre y yo.

—Sí, puede ser.

—De hecho, te noto distinta.

—¿A qué te refieres?

—No sé, pero tu energía ha cambiado.

—La verdad es que aún tengo que asentar todo lo del viaje. La energía, el cambio de hora, las imágenes, los mensajes, la información…

—Date tiempo, hija —intervino mi padre—, no hay prisa.

—En realidad, sí, papá. Sí hay prisa. Pero no sé qué debo hacer. Es una pregunta que me llevo haciendo desde que Eset me mostró aquellos desastres. No me dijo nada, pero sé que lo hacía con la intención de que nosotros, los humanos, nos pusiéramos en marcha. Sin embargo, ¿qué puede hacer una simple persona? Enrique hace un

trabajo de difusión, da charlas, asiste a congresos, a programas de televisión, graba vídeos, escribe artículos… ¿Pero yo…? Mi misión no es esa. Al menos, no lo siento así.

—La encontrarás —respondió mi padre.

—Y tú, ¿has sentido que debas hacer algo?

—Me siento raro cada vez que revivo las imágenes, y no negaré que desde entonces me planteo la misma cuestión que tú, pero me ocurre lo mismo que a ti. No sé qué pensar ni qué podría hacer. Simplemente, trato de darme tiempo para asimilarlo. Confío en que cuando sea el momento lo sabré. Sabré qué debo hacer.

Después de pasar un par de horas juntos, cenar y ponernos al día, le pedí a Ian que me llevase a casa. No me importaba que se quedase conmigo, pero necesitaba pisar mi hogar, sentirme verdaderamente en casa.

Así lo hizo. Llegamos, aparcamos, subimos y nos fuimos a dormir. El máximo contacto que hubo entre nosotros aquella noche fue dormir al abrigo de sus brazos.

Aquella madrugada pasó entre sueño y sueño, reviviendo los días pasados, y viéndome en situaciones, algunas extrañas, otras familiares; otras, una mezcla de ambas cosas.

A la mañana siguiente me desperté gracias a la claridad que entraba por los agujeros de las persianas. Ian dormía plácidamente. Me levanté sin hacer ruido.

Me dirigía al comedor cuando de pronto me quedé parada en mitad del pasillo, recordando el pasado, evocando la figura y la energía de Eset.

—¿Por qué despiertas esto en mí? —susurré. Me sentía desconcertada. Seguía sin entender nada.

Permanecí allí varios minutos. Estática, impertérrita, con los ojos cerrados y los músculos rígidos.

Respiré hondo al tiempo que notaba mi corazón acelerarse. Volvía a aflorar la nostalgia.

Me faltaba algo.

Me faltaba él.

Abrí los párpados. Oteé el pasillo. Deseé volver a verle.

Sabía que aquel sentimiento rayaba lo pueril.

Estaba sola.

Suspiré.

«Será mejor que medite un rato».

Caminé hasta el salón.

Las persianas estaban bajadas; apenas entraba una brizna de luz por

sus orificios.

Me senté en el sofá, junto a la lámpara, aunque no la encendí. Decidí permanecer en aquella atmósfera de introspección el tiempo que me ocupase la meditación. Arropada por el silencio y la oscuridad, me acomodé en posición de flor de loto y comencé a mantralizar mentalmente el sonido «om».

«Estoy en casa —me dije—. Ya estoy en casa».

4 MESES MÁS TARDE

Compras

Aurora

Aunque seguíamos viviendo cada uno en su piso, aquella noche Ian se quedó a dormir en mi casa.

—Vamos, perezoso, despierta, que tenemos que hacer la compra.

—Ufff… Qué vaguería.

—Bueno, pues si no quieres venir, iré yo sola. Eso sí, luego no te quejes de que no he comprado lo que tú querías —bromeé.

—Tienes mucho morro, ¿lo sabías?

—El que tiene morro eres tú, así que no protestes.

En verdad me daba igual si venía conmigo al centro comercial o no. No me importaba la soledad, menos aún el silencio. Tenía la sensación de no estar siendo justa con él, de no estarme entregando al cien por cien en nuestra relación, pero no sabía de qué otra forma llevarla. Fallaba algo y no sabía lo que era. Me faltaba algo.

—Estaba bromeando. Ya sabes que yo voy contigo hasta el fin del mundo.

—Cómo nos gusta exagerar —dije poniendo los ojos en blanco.

—Tú sí que eres exagerada. —Saltó de la cama y me cogió por la cintura antes de que me diera tiempo a escaparme. De un tirón, me lanzó sobre el colchón y comenzó a besarme. Antes de que me diera cuenta, había sucumbido a sus encantos, a sus armas de seducción. Después de hacer el amor, terminamos yendo a comprar.

Paseamos por el centro comercial mirando los escaparates. Parecía que mi vida volvía a ser la de una persona normal y corriente que no tiene contactos con seres de otros mundos u otras realidades; al menos, mi mente conseguía pasar la mayor parte del tiempo pensando en otras cosas que no fueran ellos.

—Podríamos ir esta noche a cenar a algún restaurante bueno —soltó de pronto. Me pilló desprevenida. Lo miré a los ojos tratando de averiguar a qué se debía esa sugerencia.

—¿Y eso?

—Bueno, me ha parecido que estaría bien. Aunque si quieres un motivo, hace unos seis meses que empezamos a salir, así que, puedes tomarlo como una cita para celebrar nuestro medio aniversario.

—Estás fatal. —Reí.

—¿Eso es un «no»? —replicó, mostrando su preciosa sonrisa.

—No. Eso es solamente que estás fatal. Pero sí, me parece bien. Hace mucho que no vamos a ningún sitio especial, así que, me parece estupendo.

—Muy bien, pues haremos una cosa: después de comprar te llevaré a tu casa y yo me iré a la mía. Nos ducharemos, nos arreglaremos y pasaré a buscarte a eso de las nueve. ¿Te parece bien?

—¿Estás improvisando o ya lo tenías decidido de antes?

—En realidad, ya tengo hasta la reserva. —No pude evitar mi cara de asombro—. Pensaba darte una sorpresa, pero sé que te querrías vestir con algo un poco más elegante que no con unos vaqueros.

—Muy bien. ¿Y quieres que me ponga algo en especial?

—Eso lo dejo a tu elección. Te las apañas muy bien para estar siempre radiante.

—Eres un zalamero.

Cogiéndome de la cintura, me acercó hasta él y me dio un beso.

—No. Solo sé apreciar lo que tengo delante de mis ojos.

Volvió a besarme antes de soltarme.

—Pues creo que será mejor que vayamos haciendo la compra, así descansamos un rato antes de irnos.

—Me parece bien.

Compramos lo que necesitábamos en tiempo récord. Volvimos a casa —a la mía—, me ayudó a subir las bolsas, a colocar las cosas y luego se marchó con un «luego te veo. Te amo».

Cerré la puerta siendo consciente de mi felicidad, de la sonrisa que no se iba de mis labios. Al margen de que sentía que algo fallaba, aquel había sido siempre mi sueño y, por azares del destino, se estaba convirtiendo en realidad.

Aún faltaban cuatro horas para que pasase a buscarme. Decidí darme una ducha y luego tumbarme un rato. Con un poco de suerte, me quedaría dormida y estaría más despejada por la noche.

Tal cual lo planifiqué, lo hice: me duché, me sequé el pelo, bajé la persiana de mi dormitorio y me eché una siesta.

Desperté cerca de las siete de la tarde.

Apenas entraba luz por las ventanas.

«Qué poco me gusta el invierno: el frío, los días tan cortos…

»En fin. Todo es cíclico.

»Y hablando de ciclos… Se lo tengo que decir. —Suspiré—. No sé cómo se lo tomará. Lo mismo dice que es una tontería, pero para mí no lo es. De hecho, creo que es la decisión más correcta. Así lo siento. Aunque no sé si estaré capacitada. Es… No debo compararme. Eso es

un error. No puedo caer en eso. Cada uno somos distintos, cada uno aportamos algo al mundo, nuestra esencia, nuestra energía, nuestra vibración… Nadie deberíamos compararnos con otro alguien. Sería un error por mi parte pretender ser igual que él.

»En fin, luego se lo diré. Me gustaría tener su apoyo, pero si no lo tengo, seguiré igualmente adelante.

Me senté al escritorio y releí las últimas páginas que había escrito. Aproveché para retocarlas y corregirlas.

Cuando me quise dar cuenta, había llegado la hora de arreglarme.

Rebusqué en el armario. A esas horas estimé que la temperatura sería baja. Saqué un vestido de manga larga, bonito, elegante y cómodo, unas botas de vestir, las correspondientes medias y empecé a prepararme. Al atuendo le siguió una ligera y discreta capa de maquillaje —lo habitual: corrector, raya de ojos, máscara de pestañas y un poco de brillo de labios—, y por último, me arreglé el pelo. Aún me sobraban unos minutos hasta que Ian llegase.

Volví a mi escritorio e hice tiempo hasta que sonó el telefonillo.

—Ya bajo —dije tras descolgar el portero automático. Cogí el bolso, una chaqueta y cerré la puerta de casa de un suave tirón.

Al llegar abajo le vi esperándome en el portal. Llevaba una americana color tostado y unos vaqueros oscuros, zapatos, camisa blanca. Su precioso rostro armonizaba el conjunto.

Tras darnos un beso, nos dirigimos al coche. Él conduciría. Desconocía por completo dónde pretendía llevarme.

—¿Vamos muy lejos? —le pregunté, sin poder reprimir más mi curiosidad.

—No. Pero he preferido que vayamos en coche para ir más cómodos.

—Vale. —Le observé mientras él no dejaba de mirar la carretera. Cuántas veces fantaseé con él, lo imaginé justo en el sitio que ahora ocupaba—. ¿Sabes? Nunca pensé que fueses así.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, me refiero a tu faceta romántica/detallista. No imaginé que fueras de los que celebran los medios aniversarios.

—¿Que me creías, un garrulo de Atapuerca?

—¡Eh! Ten un poco de respeto por nuestros antepasados —bromeé.

—Has empezado tú.

—Qué morro tienes.

Buscó mi mano, que reposaba sobre mi pierna y la acercó a su boca. Sus labios la acariciaron con un suave beso. Luego la dejó sobre su regazo, entrelazada aún a la suya.

—Soy muy feliz a tu lado —dijo al tiempo que, por un breve

instante, sus ojos desatendían la carretera para encontrarse con los míos.

Sonreí.

—Vamos ahí —dijo indicando con el mentón un restaurante que se veía a lo lejos.

—¿Al O'Recanto?

—Sí.

—Oh, tiene buena pinta.

—Sí. Me lo ha recomendado tu padre.

—¿En serio?

—Sí. Es como una guía gastronómica. Se conoce la mayor parte de restaurantes de la zona.

—¿Y le has dicho cuál era el motivo de nuestra «cita»?

—No, solo le dije que quería darte una sorpresa llevándote a algún sitio que se comiera bien y hubiera algo de cocina vegana. Me dijo varios lugares, pero terminó recomendándome este. Le encanta que mime a su hijita.

Entrecerré los ojos para dedicarle una mirada de desaprobación, aunque mi gesto se quedó en una ridícula cara de guasa que nos hizo reír a los dos.

—No sé si me gusta que se entere de todo antes que yo.

—No te quejes, mujer, esta vez he sido yo. Además, me sirve de mucha utilidad, conoce tus gustos a la perfección y me puedo aprovechar de ello.

Ian había reservado una mesa para las nueve de la noche, justo la hora a la que estábamos llegando.

—Respecto a lo que dijiste antes… Yo también soy muy feliz contigo. Y, si quieres que te diga la verdad, me parece mentira que estemos juntos. En el buen sentido, claro. Aun así, no deja de ser todo muy extraño.

—¿Crees que ha sido el destino?

—No lo sé. A veces pienso que si una cosa tiene que ocurrir ocurrirá antes o después, lo tratemos de impedir o no, y otras… Otras quiero pensar que creamos nuestro camino, que hay parámetros establecidos que vamos alcanzando según avanzamos. Como un árbol y sus ramas. Entre todas las ramas eliges un brazo, y desde ese, poco a poco, ves cómo se abren distintas posibilidades. Vuelves a elegir, y de nuevo se abren otras. Lo paradójico del tema, es que tengo la sensación de que esos ramales a veces conectan con otros que hemos dejado atrás. No sé si me explico. Que algunos caminos los tienes que recorrer sí o sí, aunque los entornos, las energías y las circunstancias sean distintas. Por supuesto, cambiando tantos factores, la experiencia

final podría llegar a ser muy distinta.

—Sí, puede que sea así.

—En lo único que pienso últimamente es en el ahora. En lo que existe en este instante, en disfrutar del momento presente, de ti, de nuestra vida juntos, de nuestras experiencias, de nuestros deseos. El pasado vive dentro de nosotros, pero ya no existe, y el futuro no existe, pero se está creando dentro de nosotros. Lo que quiero decir es que todo se está produciendo ahora. A cada instante. A cada segundo. Al ritmo de cada latido de nuestro corazón. No merece la pena mirar más allá, porque el futuro se está dando ahora, junto con el pasado. Ambos, pasado y futuro, son el presente.

Tan solo expresó un «vaya», aunque por su cara sé que su mente no frenó ahí. Primero observó mi rostro y luego llevó la vista al frente. Habíamos aparcado y yo ni siquiera me había dado cuenta. Estaba distraída, más de lo que imaginaba, tanto, que parecía que lo que sucedía alrededor era completamente ajeno a mí.

—¿Vamos? —me preguntó volviendo a dedicarme toda su atención, adornada por una de sus inconfundibles sonrisas.

—Sí. Vamos.

Entramos. El ruido del restaurante nos dio la bienvenida.

Apenas nos hicieron esperar.

—Buenas noches —nos saludó un camarero—. ¿Mesa para dos?

—Buenas noches. Sí, tenemos reservada una mesa a nombre de Ian y Aurora.

El hombre ojeó el libro de visitas y luego anotó algo.

—Síganme, por favor.

Obedientes, seguimos sus pasos hasta la mesa que nos habían preparado. Estaba bastante apartada de las demás, y un biombo de madera nos ofrecía un plus de intimidad. A decir verdad, todas las mesas tenían su particular separador.

Nos sentamos y ojeamos la carta. Primero pidió Ian, luego lo hice yo. Terminé depositando la elección de mi cena en manos del camarero. «Teniendo en cuenta que soy vegana, te dejo que me sorprendas», le dije. Sentí que aquella confianza le «incomodó» al principio, pero luego debió de recordar algo que debían estar preparando en la cocina y le cambió la cara. «Está bien», me respondió sin levantar la mano de su bloc de notas. Antes de retirarse nos dedicó una reverencia con la cabeza y una mueca de satisfacción.

—¿Sabes? Desde que vine del Gobi llevo sintiendo la necesidad de hacer algo.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, han pasado varios meses y no he hecho nada. —Me

observó con el ceño fruncido—. El mundo no sabe lo que va a pasar.

—Francamente, no sé si el mundo quiere saber lo que va a pasar.

—A eso me refiero. No es algo que quieran o no quieran saber, es algo que debe llegar a sus conocimientos. Si tú estuvieses enfermo, querrías saber que estás enfermo, ¿no?, saber cómo curarte.

—Claro que sí.

—Pues esto es lo mismo. Imagina que la enfermedad esa supone que si no te tratas a tiempo terminen amputándote un miembro, o peor aún, muriendo.

—Aquí el problema está en que creo que la gente no está dispuesta a que le digan que el mundo que conocen tiene los días contados. De hecho, ya lo dicen, ya se habla del cambio climático y los gobiernos y los propios ciudadanos hacen más bien poco.

—Ya, pero esto es más grave todavía. No es una suposición.

—Los datos que dan los expertos tampoco, y ya ves la implicación generalizada.

—Ya, pero no solo es el cambio climático. Es el hambre, son los enfrentamientos, son los posibles asteroides, las pandemias, las guerras… No sabemos qué podría llegarnos.

—¿Tú te has dado cuenta de que si empiezas a decirle a la gente que el mundo tiene los días contados, te van a mirar como si estuvieses chalada?

—Me da igual.

—Claro. Y cuando te pregunten en qué te fundamentas y les digas que te lo han dicho unos extraterrestres, ¿qué?

Me quedé con la palabra en la boca. Agaché la cabeza. Sabía que tenía razón, pero aun así seguía sintiendo que debía actuar.

—A Enrique le escuchan.

—Enrique Paz tiene muchos seguidores, sí, pero también hay mucha gente que se ríe de él.

—Pues que se rían de mí si quieren. ¿Acaso debo callarme? ¿Dejar que todo siga su marcha? ¿Dejar que nos extingamos?

—No, tampoco estoy diciendo eso.

—Pues lo parece.

—Tan solo digo que…

—Sí —le interrumpí—, que hablar de extraterrestres es de gente a la que le faltan varios tornillos y que son un peligro para la sociedad, que deberían estar encerrados en un loquero y les deberían practicar una lobotomía, ¿no? Es eso, ¿no?

—No. Solo digo que es complicado.

—¿Qué te crees, que no lo sé? Sé que muchos se van a reír de mí, que unos van a tratarme como a una loca y otros me van a retirar la

palabra, pero hay otras muchas personas que querrían saberlo y, yo, teniendo la información que tengo, debo hacer algo para hacérsela llegar.

Me miró con ojos de comprensión y lástima. Sabía que una parte de él no me creía capaz. Tal vez pensó que era una empresa superior a mí —yo también lo creí así durante muchos meses; demasiados—. Pero si me quedaba quieta explotaría.

—Si tuvieras evidencias de que ellos existen, que nos están advirtiendo…

—No tengo nada más que mi testimonio y el de otros tantos como yo, y en ellos no puedo apoyarme. Es un trabajo por un bien común, pero en el fondo cada uno debemos trabajar de forma independiente.

—¿Y cómo has pensado hacerlo?

—¿La verdad? No lo sé. Aún lo estoy meditando.

—Supongo que si lo sientes tan fuerte encontrarás la forma.

En sus ojos se observaba recelo, no sé si por lo que pretendía llevar a cabo o por las formas, aún sin esclarecer, en las que lo querría realizar.

—Entiendo tu miedo, Ian. Yo también lo tengo. Pero no por lo que me vayan a tildar algunos, sino porque desde que regresé del Gobi no he vuelto a ver ni a sentir nada. Ellos no me han vuelto a hablar. Pienso que tal vez hayan leído mis intenciones, incluso que hayan visto esa realidad paralela en la que he comenzado a «comunicarle» al mundo el peligro que corremos y no lo haya hecho como ellos desean que se haga. Me consta que Enrique no es el único que trata de entregar el mensaje de ellos. ¿Acaso si somos muchos podemos llegar a contradecirnos unos a otros? Y en mi caso, ¿y si en vez de aportar consigo lo contrario: el rechazo de la gente, la segregación, el enfrentamiento entre los que creen en nuestro, bueno, en su mensaje? Tengo miedo, Ian, claro que lo tengo. Por eso no he hecho nada todavía. Sin embargo, estar quieta, a la espera de un nuevo mensaje de ellos o a su autorización, me desconcierta.

—¿Les has pedido una señal?

Emití un quejido resignado.

—Sí, pero no es tan fácil, y lo sabes. He llegado a la conclusión de que ellos se ponen en contacto con nosotros, o bien cuando quieren, o bien cuando pueden hacerlo sin que tenga una connotación negativa; pero no funciona igual al revés.

—Tal vez no hayas recibido ningún mensaje porque quieren que decidas por ti misma.

—Lo he decidido hace varios días, pero sigo sin recibir nada.

—¿Y estás segura?

—Sí —respondí vacilante—. Pero antes de hacer nada quería decírtelo a ti.

—No necesitas mi permiso.

—No lo estoy buscando.

—¿No?

—No, pero sí me gustaría tener tu apoyo.

—Sabes que lo tienes.

—Ya, pero… No sé. Vamos que, necesitaba decírtelo a ti antes que a ninguna otra persona, ya no solo porque seas mi pareja y desee tu apoyo, sino porque necesitaba ver tu reacción. Tú los has visto, sabes cuál es su mensaje, sabes que vivimos a contrarreloj… Si tu reacción era negativa, aun estando en sobre aviso o conociéndome, sabiendo que no estoy loca, imagínate la que puede llegar a tener la gente que no conozco de nada, que no sabe si me escapé el otro día de un loquero o si soy una charlatana que lo único que quiere es conseguir fama o dinero. Me ha venido bien decírtelo a ti antes que a nadie para saber a qué atenerme.

—¿Y has conseguido lo que buscabas?

—La verdad es que nunca pasan las cosas como las imaginamos; aunque, realmente no sabía cuál sería tu reacción, así que…

—De todas formas, no me creo que no hayas pensado cómo difundir su mensaje. —Se me escapó una sonrisilla de medio lado. Me conocía demasiado bien—. Desembucha, anda. ¿Qué has pensado?

—Está todavía en el aire.

Nos invadió el silencio. Su expresión impertérrita me concedió tiempo para reunir valor y sincerarme por completo. Inhalé por la nariz. El aire entró a ráfagas temblorosas por mis fosas nasales. Estaba nerviosa. Nadie, salvo otra persona que hubiera vivido lo mismo que yo y que sintiese el mismo compromiso, podría comprender cómo me sentía. No tenía miedo al rechazo, ni a que me juzgasen o tildasen de loca. Tenía miedo a no ser la persona indicada para difundir un mensaje tan importante como el que tenía en mi poder —tal vez el mensaje más importante del mundo moderno, o de nuestra humanidad—, no llegar a las personas que debía llegar y, en definitiva, no ser de ninguna utilidad.

Al fin, hablé:

—Estoy terminando de escribir mi experiencia con ellos, lo que he vivido, lo que he sentido y lo que me han transmitido. Las imágenes. Sus palabras. —Examiné las pupilas de Ian: estaban ligeramente dilatadas, fijas en mí. Sus iris verdosos contorneándolas me transportaron a un instante de paz. Aquellas pequeñas circunferencias parecían invitarte a sumergirte en ellas, como si con solo la intención

mi cuerpo se pudiera reducir a su mínima expresión material y saltar a un universo inexplorado.

—¿Estás bien? —preguntó, sacándome de mi abstracción. No me había dado cuenta de que durante esos instantes mis ojos se habían llenado de lágrimas que comenzaban a mojar mis mejillas y la mesa sobre la que me apoyaba.

Me sequé con el dorso de la mano antes de contestar; lo hice titubeante:

—Sí. Creo que sí.

Estiró la mano hasta encontrar la mía. La sostuvo con suavidad.

—Lo vas a hacer bien —susurró.

«¿Lo dices por compasión o porque de verdad lo crees?», pensé. Sin embargo, no me atreví a preguntárselo.

El tema de la conversación fue variando progresivamente. Por unos minutos conseguí dejar aparcado los compromisos y los mensajes de los extraterrestres.

Una vez recogidos los platos de la cena, el camarero nos trajo una bandeja de postres variados que no habíamos pedido. Junto a ello, una botella de champán. Miré a Ian con el ceño fruncido mientras él le daba las gracias.

—¿Y esto? ¿No se ha equivocado?

—No, lo he pedido yo.

Mi entrecejo no se relajó ante su respuesta. ¿En qué momento había pedido el champán si había estado todo el rato a su lado?

—¿Cuándo? Yo no te he visto.

—Ya. Lo dejé encargado cuando hice la reserva. —Se inclinó hacia un lado para permitir que su mano pudiera entrar en uno de los bolsillos de su pantalón—. Aurora —prosiguió sin esconderse—, sé que es pronto, que llevamos poco tiempo saliendo, pero nos conocemos desde que éramos unos niños y tengo muy claro que deseo pasar cada día de lo que me resta de vida a tu lado. Por eso, me gustaría preguntarte algo. —El corazón se me desbocó. No podía ser cierto lo que estaba pasando. Era casi más surrealista que toparse en plena montaña con un extraterrestre—. Aurora, ¿quieres casarte conmigo?

CAPÍTULOS 15

Los planes

Eset

—¿Qué haces aquí? —me preguntó Gireln.

—Entiendo que ya lo sabes.

—Sí, y no deberías estar aquí.

—Tengo motivos.

—No los suficientes. No cumples órdenes.

No era la primera vez que acudía a la sala de reajustes para analizar el estado de Aumnox sin dar parte; eran controles extraprotocolarios.

—¿Has venido a exponer una objeción?

Gireln me observó fijamente. Trataba de entrar en mi psique, pero conseguí impedírselo en buena parte.

—No. He venido porque Uraleniel quiere verte.

—¿A mí?

—Sí. —Según me entregó el mensaje, imaginé que Alixarc y ella también estarían. Gireln escuchó mis pensamientos y respondió.

—No. A ti. Solo se va a reunir contigo.

En ese momento fui yo quien caló en sus pensamientos: no le gustaba mi forma de proceder con los terrícolas, concretamente pensaba que seguía desconfiando de Aumnox; y en cierto grado no le faltaba razón.

—No me estoy excediendo, Gireln. Estoy obrando con todos por igual. —En su mirada vi la sorpresa de sentirse escaneada, pero esta vez no leí más allá: consiguió bloquear su mente.

—Te espera en el centro de reuniones —dijo zanjando su visita. Hizo una leve reverencia con la cabeza dispuesta a marcharse—. Luz en el camino.

—Luz en el camino.

Mientras mi compañera me dejaba a solas, terminé de cerrar la sesión de control *Molen*. Luego me dirigí al centro de reuniones, donde me esperaba Uraleniel.

Apenas me distanciaban unos metros del centro de reuniones cuando pude percibir la energía de Uraleniel, nuestro máximo *entander,* lo que para los terrícolas era la equivalencia a un

comandante, en su caso, no solo de nuestra nave, sino de toda la ‘Operación Tierra Ancestral’. Tenía un aura tan distinta a la de los demás tripulantes que era inconfundible.

Aquella sería la tercera vez que estaría en su presencia; la primera en la que estaríamos únicamente él y yo. Para muchos tripulantes aquello supondría un honor; en mi caso, tan solo me preguntaba qué demandaría de mí. En cambio, la curiosidad no trascendía al miedo o a la inquietud. Tenía la ventaja de no dejarme llevar por las emociones o, mejor dicho, apenas las sentía. No todas las razas éramos como la suya.

La puerta se deslizó permitiéndome entrar en la sala.

Al fondo, ocupando su sillón, me esperaba en la misma postura que le vi en los dos encuentros anteriores: sentado, con la espalda erguida, la cabeza ligeramente elevada, los ojos cerrados y los brazos descansando sobre los reposabrazos de su asiento.

Aquel pequeño ser de poco más de metro noventa de altura parecía ocupar más espacio del que llenaba mi propio cuerpo.

A pesar de permanecer con los párpados bajados, se había hecho consciente de mi presencia allí. Aguardó en silencio. Blindaba su psique y sus emociones. Aún sin percibir nada de él, consiguió alterar mi energía; como en las dos ocasiones anteriores. Era como estar frente a un Titán de diez metros, paciente, poderoso. Su fisionomía era una mera paradoja. Tal vez, en algún momento pretérito decidió adquirir ese aspecto para no infundir miedo en los demás. El objetivo de nuestra misión era amplio, eran varios los motivos de nuestra presencia allí: el primordial eran los humanos; el secundario, aunque no menos importante para nosotros, era conseguir despertar nuestras memorias emotivas. Sin embargo, empezar por la más baja de las vibraciones, el miedo, tal vez no era la mejor manera de hacerlo.

—Luz en el camino, Eset —me saludó sin mover ni un solo músculo.

—Luz en el camino, máximo entander.

—Sé que te preguntas por qué te he hecho venir a mí. —Mi mente formuló un «sí» que adivinó accediendo a mis pensamientos. Continuó hablando telepáticamente, sin darme tiempo a añadir nada más—. Sigo todo el proceso desde cerca. En todo momento sé lo que está pasando. Conozco lo que pensáis cada uno de vosotros, en concreto, respecto a los humanos con los que se está trabajando. —Se hizo el silencio absoluto; él permaneció con los ojos cerrados. Aguardé tratando de no generar conclusiones precipitadas, de guardar, asímismo, silencio mental—. Aumnox te preocupa. Lo sé. Desde el primer día has desconfiando de ella. Sé que tampoco te gusta la

lentitud de los acontecimientos, que no confías en general en la raza humana. Y yo no estoy aquí para decirte lo contrario, porque una parte de ti lleva razón. Aprenden despacio y olvidan pronto. Arrastran guerras que no son suyas por una caduca fidelidad a sus antepasados que se aleja desorbitadamente de sus intereses presentes. Ni siquiera saben por lo que luchan, ni de dónde vienen sus ideologías. No cuestionan, ejecutan como robots programados para perpetuar una energía contaminada. Son egoístas, su beneficio personal prima sobre el bien común. Son destructivos e inconscientes. No cuidan de la misma naturaleza que les sostiene y les da de comer, que les da salud y renueva su energía. Son nocivos. Son un elemento vivo con los días contados. Pero nos interesa que despierten, que se conviertan en lo que deberían ser. Dentro de poco alcanzarán la tecnología propia para expandir su desastre al resto de planetas, y no queremos semillas contaminadas. Demasiadas guerras interplanetarias se han librado ya como para volver a enfrentarnos a otra. Su vibración primitiva, contraria a la de la Confederación, debe cambiar. —Paró de argumentar. Abrió los ojos. Sus iris verde amarillentos se clavaban en los míos. No entendía qué pretendía, hasta que volvió a hablar—. ¿Por qué estás aquí si cuando se habla de cómo son se despierta esa vibración en tu interior?

—¿Qué vibración?

—Desconfianza. Rabia.

Me quedé pensativo, tratando de analizar mis emociones, mi energía.

—Has evolucionado, Eset. Estás despertando un registro de memorias emocionales. Y todo se debe a estar aquí, a trabajar con los humanos, a tu interacción con los terrícolas. Vuestras células van decodificando el campo energético en el que os desenvolvéis en cada ejercicio de contacto. Cualquier organismo vivo trata de adaptarse a su entorno. Es bueno para los nuevos *centalphas*; ya sean de linaje puro o mixto, como el mío. —Sintió mi desconcierto y respondió antes de que me diera tiempo a formular ninguna pregunta—. No, Eset, mi linaje no es puro.

Sentí un impacto en mi entendimiento. Desconocía esa información, un dato que mi capitán Alixarc había sabido ocultar durante décadas. O tal vez ni siquiera él lo sabía. De haberlo ocultado deliberadamente, tal vez se debía a que no era necesario que el resto lo supiésemos. Me pregunté quién conocería esa información.

—¿Por eso tu energía es tan distinta?

—Responderé a eso más tarde. Primero, respóndeme. ¿Por qué estás aquí? Y no me refiero a que me repitas el argumento que diste para

internarte en esta misión, sino al motivo real. ¿Crees que los humanos pueden ofrecer algo positivo al universo, a nuestra especie, a la evolución de las demás razas civilizadas?

Aguardé unos instantes antes de contestar. Mis recuerdos dieron un salto en el tiempo y en el espacio, uno que en ese instante volvía a experimentar, pero de forma distinta. Sabía que Uraleniel navegaba en mis recuerdos con la misma precisión que lo hacía yo, pero no me inmuté, continué sin prisa, sin miedo a que viese mi pasado. Y allí nos trasladamos, a nuestro planeta base: Alpha Centauro, al año 2224 según la equivalencia terrestre.

—Le hice una promesa a mi compañera Aamtarlnox antes de que muriera. Era ella quien quería venir. Estaba dispuesta a abandonarme para incorporarse a la 'Operación Tierra Ancestral'. El resto ya lo sabe. Sufrió un accidente. Murió. Los *centalphas* no entendemos de sentimientos, pero seguimos siendo fieles a nuestros valores ancestrales. Era mi responsabilidad ocupar su lugar en este cometido. Por extensión, yo podía manejar parte de su energía. Sabía que nunca pensaría como ella, que tampoco alcanzaría su vibración de compromiso, pero la esencia de su decisión podría entregarla al grupo. Aunque yo no creyera en las posibilidades de la raza terrestre, no al menos como ella, Aamtarlnox sí creía. Con eso era y sigue siendo suficiente.

—Sin embargo, ¿aún mantienes esa creencia?

Analicé mi vibración.

—No sabría decirle.

Ante mi respuesta se mantuvo impertérrito. Su mente no me transmitía ninguna información, sus labios permanecían sellados igual que, nuevamente, sus párpados. A pesar de ello, sabía que estaba más consciente que cualquier otro ser de la nave. Debía estar analizándome. Su mente no emitía juicios, solo absorbía información y trabajaba con ella. Me sentí un insecto terrícola, tan pequeño como vulnerable, y percibirme en ese estado me hizo darme cuenta de que en efecto estaba cambiando. No alcanzaba a ver cuándo, cuánto ni cómo, pero el Eset que se incursó en esa operativa ya no era el mismo.

De nuevo, Aamtarlnox emergió en mi mente, en una imagen definida y tridimensional, con una belleza que nunca antes supe admirar. Aceptaba la simetría como parte de lo armónico, pero no le confería el valor que le otorgaban los humanos, el de la belleza propiamente dicha. Lejos aún de ser como ellos —desde mi punto de vista tóxicos y arcaicos—, empezaba a entender a qué se referían. Contemplé mis recuerdos como si la figura de mi compañera estuviese ante mí. Su metro noventa y tres centímetros de altura, su fisonomía

esbelta, definida, atlética. El pelo le caía algo más abajo de los hombros formando un manto de finos cabellos, lisos y de color castaño dorado. Me observaba con una mirada que nunca entendí y, mientras ella lo hacía, yo contemplaba su rostro. Aquella nívea piel aterciopelada. Su frente tersa. Sus pómulos sonrosados. Su barbilla redondeada. Sus labios carnosos. Su pequeña nariz afilada. Sus ojos almendrados, sutilmente oblicuos y de color ámbar seguían fijos en mí. Había heredado buena parte de los rasgos de su padre.

Era como si ella hubiera vuelto a la vida; como si Uraleniel se hubiese desvanecido. A pesar de todo, no me moví. Era consciente de que estaba siendo objeto de una rememoración astral, de que Uraleniel me observaba.

Pasaron varios segundos.

Al pensar que ella ya no estaba, que dejó de ser mi compañera en el momento en que falleció, me hizo sentir una leve punzada en el pecho. La alteración vibracional me sacó de la contemplación, regresando a mi consciencia, a la sala de reuniones, desvaneciéndose mis recuerdos. Volvía a estar a solas con el máximo *entander*.

—Has cambiado, Eset, igual que la mayoría de tus compañeros. En consecuencia, habéis inoculado al resto con esas nuevas vibraciones. Parte de los resultados para los que vinimos se están obteniendo, pero otra parte no. Me temo que hemos abierto demasiadas líneas temporales para tratar de impedir algo que se antoja inamovible. La pregunta es: ¿conseguiremos salvar al menos una mínima parte de las razas que habitan el planeta Tierra?

—¿Para qué me ha hecho venir?

—Te he hecho llamar porque llegado el momento tendrás que tomar una decisión ajena a mi cargo. Deberás decidir tu propio futuro. Yo no puedo interceder en ello.

—No le entiendo.

—Aún es pronto. Te faltan datos y no puedo adelantártelos. No debo alterar tu decisión.

CAPÍTULOS 16

Decisiones

Aurora

Por un momento, la sangre se me congeló dentro de las venas, el corazón me dio un vuelco y dejó de percutir durante unos segundos. Bueno, a decir verdad, solo fue una sensación, pero no sé si fruto de la alegría o del miedo, del deseo o del rechazo. En apenas un segundo pasaron muchos pensamientos por mi cabeza, entre ellos, si se trataba de una broma que no venía a cuento. Por un lado quería, por otro no. Por un lado me hacía ilusión, por otro me cortaba el aliento.

«¿Y pretendes que te responda ahora? No puedo darte una contestación. No puedo. Tengo que meditarlo. No quiero que te enfades, pero tampoco quiero que esperes un «sí». Que me case contigo. ¿Por qué ahora? ¿Lo sabrá mi padre?».

Desconozco la cara que puse, pero a juzgar por el gesto de Ian no debió ser lo que él esperaba. Su voz resonó en mi mente una y mil veces: «Aurora, ¿quieres casarte conmigo?», y todas ellas lo quise silenciar.

—No sé qué decirte —respondí al fin, con completa sinceridad.

—Ya veo que no… Da igual, no hace falta que me digas nada por ahora. Mi propuesta seguirá en pie el tiempo que necesites.

—Lo siento, sé que… Lo siento. Me gustaría darte un «sí», pero ahora mismo no me lo esperaba; tengo la cabeza en otra parte, en lo que hemos estado hablando durante la cena.

—Sí. Lo sé. Pero igual que tú sientes el deber de hacer algo con la información que te han legado, yo sentía que debía proponértelo. —Agaché la cabeza entristecida. No pretendía hacerle daño, pero tampoco quería precipitarme—. No voy a convertirme en un freno para ti, para lo que tengas que hacer. Quiero apoyarte y estar a tu lado, ser parte de ti. En todos los sentidos. Recuerda que tengo un trabajo que me permite estar allá donde tú estés. Solo es cuestión de que quieras que así sea.

—Ya. Lo entiendo. Pero lo siento, necesito meditarlo.

—Lo sé. E insisto: tómate el tiempo que necesites.

Sentí que la velada había llegado de forma abrupta a su final, de un

modo que jamás hubiera imaginado. Sorpresas. Últimamente la vida me arrojaba a sorpresas que empezaba a no saber manejar. Me pregunté si a las demás personas les pasaría lo mismo.

—¿Quieres que pida la cuenta? —me preguntó, serio. La cajita con el anillo permanecía en su mano. Mientras él se giraba para buscar al camarero con la mirada, observé la sortija.

«Qué curiosa nuestra sociedad, cómo con un simple gesto en el que una persona le entrega a otra una arandela de oro, a veces lisa, a veces con una piedra preciosa engastada, conduce a que les cambie la vida a ambos».

La que él me ofrecía era lisa, de oro blanco, con un grosor considerable.

Cuando alcé la vista me topé con los ojos resignados de Ian.

—La guardaré para cuando te decidas —me dijo comprensivo. Si se lo esperaba o no, no lo sé, pero tuve la sensación de que trataba de disimular el creciente malestar que le estaba produciendo mi contestación.

Le respondí con un apesadumbrado «sí» evitando su mirada. Me sentí como un ser cruel y egoísta consciente de estar haciendo daño.

El postre se quedó intacto; las copas de champán llenas.

El camarero no tardó en traernos la cuenta. Pagamos y nos fuimos.

De camino hubo más silencio que otra cosa. La noche estaba cerrada y mis pensamientos inmersos en tratar de no agobiarme. Se suponía que iríamos a su casa o a la mía, que pasaríamos la noche juntos. Sin embargo, se me habían borrado las ganas de golpe. Supongo que a él también. Más que sentirme protegida y apoyada, me sentía presionada; más que acercarse a mí, estaba consiguiendo que rechazase su compañía. No tenía tiempo para pensar en un «nosotros», sino en un «todos».

—Tengo sueño y mañana me gustaría levantarme pronto para trabajar en el libro.

—¿Quieres estar sola? Puedo irme a mi casa, si quieres.

—Si no te importa, sí. Me vendrá bien estar conmigo misma.

—De acuerdo.

A los pocos minutos me dejaba frente a la puerta de mi bloque. Me incliné para darle un beso y desearle buenas noches.

—Que descanses —dijo él.

Yo le contesté con un «te quiero» que a los dos nos supo a cargo de conciencia.

—Mañana te llamo —zanjé.

Abandoné el coche. Me pesaba todo el cuerpo, como si llevase una losa de mil kilos a la espalda; pero no era por el alcohol ni por haber

comido más de la cuenta.

Llegué al portal. Abrí. Subí cada uno de los escalones recordando el día en que fuimos a cenar después de que me lo encontrase por «casualidad» por la calle, a su regreso de Londres. Aquella noche la pasamos juntos: él cuidándome y yo teniendo experiencias extracorpóreas con extraterrestres; aunque en aquel momento no supe interpretarlo.

«Qué irónica es la vida: antes hubiera dado cualquier cosa por pasar el resto de mi existencia con él, y ahora, solo el hecho de pensar que casarnos pueda frenar o truncar mi compromiso de ayudar a salvar el planeta…

»Sé que una sola persona no puede cambiar el curso de los acontecimientos, sé que no soy ninguna elegida ni nada por el estilo, pero… Por eso es tan importante que haga partícipes a todos de lo que sé.

»Hace unos meses no me lo hubiera pensado dos veces, le hubiera dado un «sí» con los ojos cerrados, sin pensar en las consecuencias, guiada únicamente por mi amor y atracción por él. Solo han pasado unos meses y qué distinto es todo. ¿Acaso estoy condenada a no tener nunca una relación que me haga sentirme como una diosa del Olimpo?

»Debo anteponer el futuro del mundo, tal y como lo conocemos hoy, a mi propio bienestar».

De forma autómata metí la llave en la cerradura, entré y me fui a mi dormitorio.

Comencé a desvestirme, me lavé los dientes, me recogí el pelo y me fui a la cama. Me tumbé bocarriba. Estaba todo oscuro; apenas entraba un hilo de luz por los agujeros de las persianas.

«Espero que papá no lo sepa. Sería el colmo».

Después de varios minutos dando vueltas, me quedé dormida.

Desperté de golpe.

Miré la hora en el móvil: las 4:34.

Me incorporé para sentarme, apoyándome contra el cabecero de la cama. Empecé a meditar.

«Desearía estar en el Gobi en este preciso momento».

Eché la cabeza hacia atrás, autocompadeciéndome.

«Monte Perdido.

»Ian pasó allí unos días con papá.

»Es…

»Sí. Sí.

Mi pulso se aceleró como reflejo a una inusual esperanza y alegría.

El oscuro, lúgubre y largo túnel en el que había entrado —no por mí ni por él, sino por no haber sabido darle una respuesta—, empezaba a mostrarme un punto de luz al final del mismo.

«Allí está mi Gobi».

Salí de la cama y busqué una maleta. La abrí apoyándola sobre el colchón, y comencé a llenarla de ropa cómoda que me sirviese para cualquier climatología. Sabía que necesitaría prendas ligeras para los días calurosos y prendas de abrigo para los días revueltos y las noches. Un chubasquero. Un par de linternas. Pilas. Botas de montaña. Zapatillas de deporte. Guantes. Dos gorros.

Las 5:32.

Encendí el ordenador. Busqué un sitio donde hospedarme en Monte Perdido o sus alrededores.

«Creo que lo mejor será reservarla cuando llegue. Hay muchos sitios donde elegir, así que no tendré problema.

Volví a mirar la hora: las 6:03.

—Debería despedirme. Decirle a Ian o a papá que me voy. Pero a estas horas no puedo llamarles. Le daría un infarto —me dije pensando en mi padre—. En fin. No sé, ya se me ocurrirá algo.

Me dirigí a la cocina y me preparé un termo de café con leche bien caliente, por si a lo largo del viaje no me apetecía parar en ningún área de servicio.

«¿Pero cómo se lo digo? Espero que lo sepan encajar. Son tan imprevisibles…

»En fin. Voy a vestirme. No tiene sentido que me quede aquí dando vueltas por la casa.

Me puse unas mallas de color gris perla, una camiseta de algodón de manga larga en tono rosa y una sudadera blanca con cremallera. Me calcé con unas zapatillas de deporte que sin pretenderlo combinaba perfectamente con las otras prendas.

La vista se me fue a la maleta que seguía abierta de par en par sobre la cama. Por un momento dudé de lo que estaba haciendo. Ni yo misma entendía el arranque de huir de allí y buscar «refugio» en el Pirineo aragonés. Traté de descifrar mis sentimientos. Estos se mostraron más claros de lo que hubiera imaginado.

«Debo irme. Necesito irme».

No había más.

Cerré la maleta y la llevé a la entrada. Luego hice lo propio con el termo y el abrigo que me pondría para el viaje. Por último, cogí el móvil.

Volví a mirar la hora: las 6:16.

Resollé. Estaba nerviosa. No por el viaje, sino por la justificación

que les daría a Ian y a mi padre sobre mi partida.

De pronto vi cómo el móvil se iluminaba en mi mano. El icono del WhatsApp emergió en la parte superior de la pantalla. Se trataba de Ian.

Vacilé en si abrir su mensaje o no. En caso de abrirlo me tocaría contestarle, sabría que estaba despierta. De lo contrario, podría iniciar el viaje.

Lo terminé abriendo.

Ian 6:16

Hola, Pitufina. ¿Estás bien? Acabo de despertarme y… No sé. Tengo una sensación rara. Escríbeme cuando puedas. Te quiero.

«¿Intuye que me voy?».

Me quedé mirando el mensaje durante unos segundos, releyéndolo varias veces.

«Será mejor que le llame».

Busqué su número y esperé a que diera señal. Al segundo tono descolgó.

—Hola. ¿Estás bien? —me preguntó sin darme tiempo a decir nada.

—Buenos días, Fortachón. Sí, estoy bien.

—Ah. Menos mal. Me estaba poniendo nervioso. —Mi tono era tranquilo, el de él todo lo contrario. Le oí resollar—. ¿Y qué haces despierta tan pronto?

«Vamos, Aurora. Tienes que decírselo».

—En realidad quería decirte una cosa.

—¿Ah, sí? ¿El qué? —Su tono cambió sutilmente; estoy segura de que pensaba que tenía una respuesta a su proposición.

—No quiero que te lo tomes como algo negativo ni una respuesta a lo que me preguntaste anoche.

—¿A mi propuesta de que te cases conmigo?

—Sí. A eso.

—Está bien. Dime, entonces.

—Me voy a Monte Perdido.

—¿Qué?

—Acabo de hacer la maleta. Ya lo tengo todo preparado. Iba a salir de casa justo cuando he recibido tu mensaje.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Lo tenías planeado?

—No. Para nada. Me he despertado hace una hora y pico y… No sé cómo explicarlo. Todo mi cuerpo me pide que vaya.

—Pero ¿por qué? No lo entiendo. ¿Has recibido un mensaje de los extraterrestres o algo?

—No, no. No he recibido nada. Y no sé qué pasa ni por qué, pero

debo hacerle caso a mi intuición.

—Ya. ¿Y por eso estás despierta? ¿Te ibas a ir sin decir nada?

—Eh… —No me dio tiempo a contestar.

—¿Tu padre sabe algo?

—No. Mi padre no sabe nada. ¿Cómo iba a saberlo? Te digo que lo he decidido nada más despertarme. Pensaba marcharme y decíroslo de camino.

—Entiendo. ¿Y hasta cuándo tienes pensado quedarte allí?

—No lo sé. Tal vez un par de semanas. Quizá más.

—Estupendo —dijo en tono irónico.

Se hizo el silencio durante unos instantes. Llegué a pensar que se había cortado la llamada.

—¿Ian? ¿Sigues ahí?

—Sí. Aquí sigo.

—No sé qué decirte. Lo siento.

—Da igual. Ya hablaremos.

—Pero…

Colgó sin despedirse, dejándome con la palabra en la boca.

Me quedé mirando el móvil como si me hubieran petrificado, sintiéndome culpable y confundida. La imagen del fondo de pantalla y los iconos se perdieron tras el negro. Quise plantearme quedarme, pero la decisión se antojaba inamovible. Enfadados o no, entendiéndolo o no, me marcharía.

Cuando me disponía a irme se volvió a iluminar la pantalla; era un nuevo mensaje de Ian. Lo abrí.

Ian 6:23

Yo no pienso hablar con tu padre. Díselo tú.

Me sentí dolida. No obstante, entendía su enfado; no podía reprocharle nada.

Suspiré.

«Sí. Le llamaré por el camino. No te preocupes».

Fui incapaz de escribirle.

Me dirigí a la entrada, cogí mis cosas y me puse en marcha.

Nada más llegar al coche introduje mi destino en el GPS del móvil.

No estaba acostumbrada a viajar sola, sin embargo, la experiencia en el Gobi cambió, sin darme cuenta, mi forma de pensar y actuar.

Los primeros kilómetros estuve acompañada por unas perennes y densas nubes negras que parecían tener el propósito de impedir que amaneciera. Tal vez solo eran el eco de mi estado de ánimo.

Llevaba cerca de tres horas ininterrumpidas al volante; el café que

me preparé para tomar durante el trayecto me lo había acabado varios kilómetros atrás.

Me encontraba cerca de Zaragoza.

Miré la hora: las 9:34.

«Podría parar en Zaragoza, darme una vuelta por la Catedral del Pilar, y llamar a papá mientras desayuno algo».

La «señorita» del GPS me sacó de mis pensamientos gracias a sus indicaciones: *«Utiliza los dos carriles izquierdos para tomar la salida 311B e incorpórate a A-2/Z-40 en dirección Aeropuerto/A-68/Logroño/Pamplona/A-23/Huesca/Barcelona».*

—Será mejor que apague el GPS si no quiero perderme.

Por suerte, sabía cómo entrar en la ciudad sin la ayuda de ningún aparato; no era la primera vez que iba a la capital aragonesa. Sin apartar la vista de la carretera, me las apañé para quitarle el sonido al móvil.

Varios minutos después, tras sortear el tráfico y dar un par de vueltas hasta encontrar aparcamiento, alcanzaba el centro de la provincia.

Bajé del coche y me entretuve unos instantes sin moverme de allí, memorizando el lugar exacto donde había estacionado.

Aunque era pronto, había bastantes personas por las calles.

Dejándome guiar por las cúpulas que asomaban por encima del resto de edificios, me dirigí hacia la catedral. Tras doblar una esquina, la panorámica de su fachada principal surgió a lo lejos permitiéndome apreciar una vez más su arquitectura barroca, su gran tamaño y diseño; aquel golpe de vista se vio aderezado por el replicar de sus campanas. Sonaron una y otra vez al tiempo que me aproximaba. Conté una tras otra, hasta llegar a diez. «Deben ser las diez de la mañana». Miré la hora en el reloj del móvil para comprobarlo: las diez en punto. Se me erizó el vello de los brazos, quizá porque el tintineo aún resonaba en mis tímpanos o, tal vez, porque era un guiño del universo para comunicarme que había llegado justo al lugar al que debía llegar.

Pasé por delante de una cafetería que tenía varias mesas en la terraza. Vi una vacía. Me dirigí hacia ella. Al llegar, me senté. El camarero no tardó en recibirme con un «buenos días. En un momentito estoy con usted». Con movimientos rápidos, pasó un paño húmedo por el aluminio, aunque a simple vista parecía limpio. Tendría unos veinticinco años, de tez y cabello morenos, alto, delgado, nariz aguileña, labios finos y mirada amable. Se alejó dedicándome una sonrisa.

Mientras él regresaba, ojeé la carta de desayunos que había junto al servilletero.

—Buenos días —dijo de nuevo el camarero, esta vez, sacando su libreta del bolsillo del delantal que cubría parcialmente sus pantalones.

—Buenos días.

—¿Qué le pongo?

—¿Tenéis algún tipo de leche vegetal?

—Sí. Tenemos de avena, de soja y de coco.

—Estupendo. Entonces quiero un croissant a la plancha con mermelada, si puede ser, de fresa, y un café con leche de coco.

—Muy bien. —Antes de marcharse alzó la vista del bloc de notas y me observó—. Ahora se lo traigo.

Mientras él se alejaba, me acordé de Ian.

«No sé si alguna vez lo había visto así conmigo —me lamenté—. En fin, tengo que llamar a papá».

Saqué el móvil de la pequeña mochila que llevaba conmigo y marqué su número. La inquietud de cómo le plantearía mi partida y su posible reacción estaba haciendo que me temblase el pulso.

Suspiré mientras los tonos resonaban en mi oído. Una parte de mí deseó que no lo cogiese.

—Buenos días, hija —respondió alegre—. ¿Qué tal? Llevaba un rato pensando en ti.

—Hola, papá. ¿Y eso?

—Pues no sé. Desde que me he levantado no te me vas de la cabeza.

—Vaya.

—¿Qué haces? ¿Dónde estás?

«¿Que dónde estoy? ¿Acaso este hombre es adivino?».

—Eh… Pues si quieres que te diga la verdad, estoy en Zaragoza. Justo enfrente de la Catedral del Pilar.

—¿En Zaragoza? Pero ¿qué haces ahí?

—Pues… No sé cómo explicarlo. He tenido que marcharme, sin más.

—¿Marcharte? Pero ¿ha pasado algo? —Su serenidad se tornó inquietud.

—No, no. No ha pasado nada. Solo que…

—Hija, ¿estás bien?

—Sí, tranquilo. Estoy muy bien.

—Vale, pero eso de marcharte, ¿qué significa, que te vas a quedar allí?

—No. A ver. —En ese instante el camarero se acercaba con mi

desayuno—. Un momento, papá. —Obediente, permaneció al otro lado del auricular sin decir nada, mientras el chico dejaba los platos sobre la mesa, yo lo despedía con un «gracias» y él se alejaba con un «no hay de qué. Que aproveche»—. Papá. Ya estoy contigo.

—¿Quién era ese?

—Un camarero.

—¿E Ian?

—No está conmigo.

—¿Y dónde está?

—No lo sé. Supongo que en su casa.

—Pero hija…

—Papá —le interrumpí, sin éxito.

—¿Habéis regañado? ¿Estáis bien?

—Papá. Para. Estamos bien. Así que, no te preocupes. Relájate.

—Pero hija, ¿cómo voy a relajarme? Algún motivo habrá para que hayas decidido marcharte. Y ¿hasta cuándo vas a estar fuera? ¿Dónde vas a estar?

—¿Me dejas hablar?

—Sí.

—Gracias. A ver. Lo mejor será que te lo cuente todo.

—Te escucho.

—Ayer estuve cenando con Ian. Estuvimos hablando de muchas cosas, entre ellas que yo sentía el compromiso de transmitir los mensajes que nos han entregado los seres que nos contactan.

—Me parece bien.

—Bueno. El caso es que no sé cómo hacerlo. Lo único que siento es la necesidad de plasmar toda mi experiencia en un libro y darlo a conocer.

—Bien.

—Y para eso necesito silencio. No pensar en nada más que en ello.

—Vale. ¿Y por eso te vas?

—Sí. Nada más salir del restaurante nos fuimos cada uno a su casa. Me quedé dormida y hoy me he despertado muy pronto con un único sentimiento en mi pecho y una idea clara: ir a Monte Perdido y estar allí el tiempo que me pida el cuerpo.

—Entiendo —susurró.

—Necesito tranquilidad, papá. Esto es muy importante.

—Te entiendo. Si yo que apenas he tenido dos experiencias aisladas tengo la sensación de que debo hacer algo, imagino cómo debes estar tú.

—Papá. Ayer Ian me pidió que me casase con él.

—¿Qué? ¿Y qué le dijiste? —Me alegró que no diera por hecho que

le había dado un «sí».

—Que lo tenía que pensar, que lo primero era difundir el mensaje que he recibido.

—Pero… Bueno, tú sabrás. Solo espero que no sufráis ninguno de los dos.

—Está enfadado.

—Hombre… Creo que entiendo por qué.

—Yo también sé el porqué, pero no puedo hacer otra cosa.

—Hija, solo puedo decirte que sea lo que sea lo que elijas, te apoyaré.

—Gracias, papá.

Le oí suspirar.

—¿Y ya sabes dónde vas a dormir? ¿Has reservado algún hotel o algún apartamento?

—La verdad es que no, no he reservado nada. He visto que había donde elegir, así que cuando llegue lo decidiré *in situ.*

—Está bien. Pues avísame cuando llegues, ¿vale?

—Sí, te mandaré un mensaje. Y cuando lo sepa, te diré dónde me alojo. Lo que no sé decirte es hasta cuando estaré fuera.

—Tranquila, tómate el tiempo que necesites. Por mi parte, sabiendo que vas a estar allí, no te molestaré. Eso sí, si cambias de destino, dímelo. Al menos quiero saber dónde te encuentras.

—Sí, papá. Tranquilo.

Volvió a resollar.

—Y con Ian… Tal vez deberías hablar con él y explicarle…

—Papá —le interrumpí—. Ya le expliqué anoche lo que me pasaba y esta mañana le he dicho que no me iba porque huyese de él.

—Tal vez crea que no quieres casarte con él.

—Pues lo siento mucho, papá. Ya se lo he explicado. Esto es más importante que la felicidad de una sola persona. Si se va todo al traste, por mucho que lo queramos, ninguno tendremos un lugar donde ser felices.

—¿Y tú crees que con tu dedicación conseguirás mejorar lo que se avecina?

—No lo sé. Suena fantasioso, pero al menos debo intentarlo. —Guardó silencio mientras yo volvía a sentirme culpable y egoísta—. En fin. Voy a colgar.

—Está bien. Que tengas buen viaje.

—Gracias. Y tú cuídate mientras no estoy.

Colgué sintiendo un nudo en el estómago, observando el desayuno con los ojos empañados.

Después de tomar aire un par de veces, con calma y

profundamente, di el primer sorbo al café.

«Va a ir todo bien —me repetí varias veces».

Desayuné recreándome en disfrutar del momento y los sabores, pero Ian no se me iba de la mente; tampoco la conversación que acababa de tener con mi padre.

Desbloqueé el teléfono y mandé un mensaje a Ian.

Aurora 10:21

Hola, Fortachón. He hecho una parada en Zaragoza para desayunar y estirar las piernas. Quiero que sepas que siento haberme ido así, pero… Bueno, creo que algún día lo entenderás. Te quiero. Espero que no lo olvides.

Después de aquello, pagué la cuenta y me fui.

«Tal vez otro día —pensé mirando la Catedral. Mi mente evocó el aroma a incienso que se respiraba al entrar en el Santo Templo, y sentí un aliento de paz».

Llegué hasta el coche y puse el GPS.

Reanudé el viaje sin mirar atrás, tratando de silenciar mis sentimientos.

A medida que iba recortando kilómetros, la temperatura en el exterior se fue desplomando. El termómetro del salpicadero llegó a medir hasta ocho grados de diferencia entre la temperatura que me acogió en Zaragoza y la de Huesca. A pesar de todo, los nubarrones empezaron a desaparecer, factor que me reconfortó como si fuese una segunda señal de que estaba haciendo lo que debía. Me alegró, de igual modo, haber cogido ropa de abrigo.

Después de algo más de seis horas de trayecto, al fin llegaba al pueblo oscense de Bielsa. Según el navegador, solo me faltaban trece kilómetros hasta Valle de Pineta. Al margen de las indicaciones del GPS, aparqué en lo que parecía la calle principal de Bielsa, calle que, a su vez, se correspondía con la carretera que conducía a mi destino. Sin bajarme del coche vi que en algunos balcones había carteles de «se alquila» o «se vende». Si no encontraba otro sitio más adelante, allí podría conseguir un lugar donde alojarme. Eché un vistazo desde el asiento de mi coche: las fachadas eran bonitas o, mejor dicho, el pueblo en su conjunto. Tenía un encanto especial. Aún sin pisar sus calles, consiguió despertarme una agradable y apacible sensación.

Me descubrí sonriendo.

—Venga, vamos a ver dónde me alojo —me dije a mí misma al tiempo que ponía una vez más el motor en marcha.

El último tramo hasta llegar a Valle de Pineta lo hice con las

ventanillas bajadas. El aire se colaba sin filtros. Era frío. Inhalé por la nariz. La carretera estaba poco transitada. Aproveché la soledad para aminorar la marcha y deleitarme con los colores, el aroma y la energía de aquel paraje natural.

«Está claro que aquí tiene que haber algo especial. De lo contrario, los extraterrestres no le hubieran pedido a Ian y a mi padre que viniesen hasta aquí».

Según conducía, vi que a los lados de la carretera había alguna que otra casa. A mi derecha vi una de pequeño tamaño. Su estado era algo precario. Intuí que encontraría más en lo que me restaba de camino; deseé que alguna de esas estuviera en alquiler.

Un nuevo claro a mi izquierda me permitió divisar una zona con varias construcciones: de los seis tejados que se veían desde la carretera, no todo parecían casas; alguno debía corresponder a algún cobertizo o algo semejante. De una de las casas colgaba un cartel de color naranja fosforito. Recé para que fuese de «se alquila». Sin pensarlo dos veces, aminoré la marcha, miré por los retrovisores antes de invadir el carril contrario con intención de cruzarlo y tomar el camino, de pequeñas piedras grises, que daba a las casas. El característico ruido de la gravilla saltando al ser aplastadas por los neumáticos me hizo sentir parte de ese lugar. La vegetación se había abierto paso entre las piedras, dejando a la vista tan solo dos surcos paralelos provocados por las ruedas de los vehículos.

Aparqué en el primer sitio donde pude y me bajé del coche.

Caminé hacia la casa que había visto desde la carretera, la del cartel fosforito. Escrito, el «se alquila» que tanto deseaba encontrar. Anoté el teléfono en mi móvil y, antes de telefonear, probé suerte llamando a la puerta.

Busqué un timbre, pero no lo encontré.

«Bueno, pues habrá que llamar así —pensé mientras le daba un par de golpes, con los nudillos, a aquel bloque de madera grueso y oscuro».

Aguardé unos segundos y cuando pensé que ya no me abriría nadie, escuché ruido al otro lado. Mi ilusión se desbordó, aunque traté de disimularla.

La señora que abrió la puerta me saludó con un cantarín «buenos días, hija» que me hizo sonreír.

—Hola. Buenos días.

—¿Te puedo ayudar en algo? —Aunque no muy larga, una blanca melena le caía por los hombros, atrapándote en sus suaves ondas. Completamente uniforme, sin un solo cabello que desvelase qué tono precedió a ese albar. A pesar de su pelo, su fisonomía resultaba la de

una mujer de no más de sesenta y cinco años. De tener más edad, se conservaba bastante bien.

—Pues a decir verdad, sí —respondí saliendo de mi ensimismamiento—. He visto un letrero de «se alquila» y estoy interesada.

—¿Es para ti?

—Sí.

Me hizo una inspección ocular. Luego, se echó a un lado invitándome a pasar.

—Entra. Te lo enseñaré.

—Gracias.

—¿Y cuántos días estarás?

—La verdad es que no lo sé, creo que al menos un par de semanas. Tal vez un mes entero.

La mujer, que caminaba un par de pasos por delante de mí haciendo de guía, se detuvo para mirarme a los ojos.

—¿Estás bien, hija? ¿Huyes de algo? —Se me alzaron las cejas y la sonrisa se me desvaneció.

—No. No huyo de nada.

Emitió un quejido que me sonó más a un «si tú lo dices» que a otra cosa. Lo que me llevó a no querer darle más explicaciones; de hecho, hasta se me quitaron las ganas de alquilarle la casa.

—Está bien, hija. Sigamos. Verás qué bonito es el dormitorio principal.

Resollé sin que me oyera, tratando de autoconvencerme de que tal vez la había interpretado mal. Ahí arrancó un tour por toda la casa en el que la mujer se esmeraba en resaltar los puntos positivos de la vivienda y yo trataba de olvidar su indiscreción.

—¿Cuántas personas seríais?

—Solo yo.

Esta vez no aprecié respuesta ni sonido alguno.

—¿Quieres tomar algo? ¿Un café? ¿Una infusión?

—No, gracias. Estoy bien.

—De acuerdo. ¿Te gusta la casa?

—La verdad es que es muy acogedora. Me encanta la chimenea.

—En este pueblo no se puede estar sin una. Loco estarías si lo intentases —Rio—. Pues bien, si la quieres alquilar, te cobraré por semanas. Como no sabes el tiempo que vas a estar…

—¿Y cuánto sería?

Se acercó y me agarró la mano; yo no me moví.

—Hija, la verdad es que en los meses de otoño e invierno viene muy poca gente por aquí arriba, y la poca que viene se queda en el

hostal, en el camping que hay más adelante o en el mismo Bielsa. Que hayas llegado hasta aquí es casi un milagro. No quiero que pienses que estoy loca, pero lo que más me importa es que la gente venga a disfrutar de esta zona del Pirineo, que vea su encanto, que disfrute del aire limpio y puro que se respira en estas montañas; y no te voy a mentir: hace meses que la casa está vacía, y no me gusta la sensación. Que hayas venido… —Suspiró dedicándome una mueca de cariño y pesar, como si fuese una nieta a la que no veía desde hacía años—. El caso, creo que con cobrarte doscientos euros a la semana será más que suficiente. No necesito enriquecerme, solo prefiero ver que la casa sigue viva.

Contemplé el marrón chocolate de sus ojos circundados por las arrugas de la vejez y leí en ellos sinceridad, ternura y el deseo de que me quedase allí mucho tiempo. Me estaba haciendo una oferta inmejorable que no podía rechazar. Su mirada no ofrecía maldad, ni truco alguno.

—Pues…, ya tiene inquilina —le dije con una sonrisa. La expresión de su rostro se iluminó como la luna en mitad de la noche.

—Estupendo, hija. No sabes cuánto me alegra oír eso. ¿Te quedas desde hoy mismo?

—Sí. Tengo mis cosas en el coche.

—Bien. Pues la casa es tuya. Espera que te traigo las llaves. Y si te parece, te explico cómo funciona la chimenea.

—Claro. Me encanta.

—Ahora hace un poco de frío, pero no te preocupes, en cuanto la enciendas verás que esto parece un horno.

—Genial. No sabe lo friolera que soy. Además, pasaré la mayor parte del tiempo en la casa.

—¿Aquí encerrada? No puedes, hija. Tienes que ir a la montaña, caminar y respirar el aire puro.

—Sí. —Reí—. También iré a dar paseos, pero he venido porque necesito silencio. Tengo que sacar adelante un trabajo y para eso necesito soledad y concentración.

—Pues has venido al lugar indicado, hija. Aquí estarás como una reina. Ya verás. Por cierto, mi nombre es Isabel.

—Encantada. Yo me llamo Aurora.

—Bonito nombre.

—Gracias.

CAPÍTULOS 17

El trabajo

Aurora

Se acababa de cumplir la primera semana desde que llegué a Monte Perdido. A lo largo de esos siete primeros días apenas había hablado con mi padre o con Ian. Un par de veces con mi padre, todo a través de mensajes, y una con Ian, la misma noche que llegué. Una vez instalada, tras haber dado un paseo exploratorio por la zona, y haber trabajado toda la tarde frente al calor de la chimenea, le hice una videollamada a Ian para que nos viéramos las caras y enseñarle dónde me alojaba. La conversación fue mucho más civilizada de lo que imaginé. Seguía dolido, creo que aún no entendía por completo mi partida, pero al menos se mostró más cercano y cariñoso. Le conocía desde hacía demasiados años como para saber que fingió encontrarse mejor de lo que en realidad estaba. Lo agradecí. Estoy segura de que hubiera deseado venir conmigo, pero no comenté nada al respecto para no hurgar en la herida. Debía seguir adelante. Durante los días siguientes, traté de sacarme de la cabeza la idea de que tal vez me había precipitado al irme de casa sin decirle nada, que posiblemente me equivoqué al dejarle en San Sebastián de los Reyes sin darle opción a elegir. Creo que por eso acordamos —yo propuse y él aceptó — hablarnos una vez a la semana. Trataba de aparcar la pena y la culpa, centrarme en mi objetivo. Creo que yo en su lugar no hubiera sido tan comprensiva.

Amanecí acordándome de que a lo largo del día debía pagarle la segunda semana a la casera, Isabel. Para mi sorpresa, desde el día en que me entregó las llaves no la había vuelto a ver. Pensé que sería la típica mujer que, al no tener gran cosa que hacer, vendría a husmear cada dos por tres. Me equivoqué. Está claro que no se puede juzgar a las personas por la primera impresión que te causan; detrás de la fachada exterior hay tantos motivos por los que somos como somos…

Encendí la chimenea nada más levantarme. Desayuné y me vestí con lo primero que encontré en la maleta.

Cogí el coche para ir a Bielsa. Necesitaba sacar dinero de algún cajero. Mientras buscaba alguna oficina de mi entidad bancaria,

aproveché para dar un pequeño paseo por el pueblo.

Saqué el efectivo correspondiente a dos semanas más.

Mientras conducía de vuelta a casa, pensé en cómo sería mi jornada. Desde que llegué a Monte Perdido, cada tarde dediqué unos minutos para subir a la montaña en busca de alguna señal que me alentase a seguir por el camino que había tomado. Tal vez, recibir algún mensaje de Eset o algún otro ser. Sin embargo, en ese sentido, cada una de las excursiones que hice fue en balde. Ni mensajes ni avistamientos ni encuentros con seres. Nada. Tan solo me sirvió para encontrarme conmigo misma.

Ese día la previsión del tiempo era buena; mejor que la de los días anteriores. Decidí que, después de pagar a Isabel, trabajaría en casa hasta mediodía, luego me prepararía algo para comer en el Valle de Pineta y pasaría allí la tarde, paseando, meditando o, incluso, trabajando. Me llevaría el ordenador portátil y un cuaderno por si tenía que anotar cualquier cosa. También me llevaría el móvil por si me apetecía hacer alguna fotografía o grabar algún audio. Una linterna. Agua. Una manta fina. Y ropa de abrigo, por si me entretenía más que los días anteriores. En realidad, pensé en ir equipada por si surgía cualquier contratiempo o mera distracción.

A eso de la una de mediodía, dejé lo que estaba haciendo y me puse a preparar el «petate». Los dos sándwiches que iba a prepararme para comer se transformaron en cuatro, por si acaso me entraba hambre por la tarde. Aparte de eso, cogí un par de chocolatinas y unos frutos secos.

—No sé si es buena idea que me lleve el portátil. —Lo sostenía mientras vacilaba qué hacer. Finalmente lo dejé sobre el sofá—. Todo lo demás, sí.

Eché un vistazo a la casa antes de salir. La observé con añoranza, como si no fuera a verla en años. La dejaba recogida, perfecta como para recibir la visita de alguien. Miré la chimenea: de los leños apenas quedaban ascuas.

«La verdad es que se está muy a gusto. Tendría que venir Ian para verla.

»Le echo de menos.

»En fin. Creo que es hora de marcharme».

Antes de cerrar la puerta sentí una extraña sensación.

Caminé sin mirar atrás, y recordé el día en que Ian me dejó en el aeropuerto para viajar al Gobi. «No entiendo por qué me siento así», pensé.

Dejé la mochila en el maletero y me subí al coche.

Igual que los días anteriores, conduje con las ventanillas bajadas.

Llegué al parking.

Estacioné.

Cogí la mochila y comencé a caminar. Durante los primeros minutos me crucé con varias personas equipadas para andar grandes distancias: botas de montaña, pantalones de *trekkin*, bastones de senderismo…; por un momento me sentí una aficionada. Poco después, me encontraba completamente sola. Llegué a una inmensa pradera en la que se veía, a una distancia de al menos un par de kilómetros, una cabaña de madera. Supuse que era la casa de un ganadero, ya que se veían bastantes vacas pastando en las proximidades. Más allá de eso, se podía intuir una cascada abriéndose paso entre las montañas. Avancé siguiendo el curso del río hacia su origen. Cuando me encontraba cerca de la cascada, decidí parar a comer.

Comí.

Descansé.

Medité.

Di otro paseo.

Volví a descansar.

Había encontrado un lugar hipnótico; me resultaba imposible pensar en marcharme de allí. Tanto fue así, que hasta olvidé que apenas faltaban unos minutos para que anocheciera. Si tardaba lo mismo que para llegar, me faltaba más de hora y media para volver al coche. Cuando quise darme cuenta, la noche había desplegado su manto sobre la montaña. Las temperaturas empezaron a bajar descontroladas. Me abrigué con cada una de las prendas que llevaba: una camiseta térmica, una sudadera, un polar, el plumas, los guantes y el gorro.

Miré la hora en el móvil: las 18:13.

«Conozco el camino; no tiene pérdida. No creo que pase nada porque me quede un rato más.

»Solo espero que no haya animales salvajes por esta zona. Algún que otro zorro, puede, pero no creo que nada más».

Saqué la manta que llevaba en la mochila y la estiré en el suelo.

—Dentro de poco se podrán ver con claridad las estrellas.

Me senté en la manta y, mientras observaba los primeros puntos chispeantes en el cielo, me comí uno de los dos sándwiches que preparé de más.

Entretanto, me acordé de Ian. Pensé en mandarle un mensaje para decirle dónde me encontraba, pero la cobertura era nula.

«Está bien: nada de mensajes ni llamadas.

»Hace tanto tiempo que no sé nada de vosotros... De ti. —Imaginé

que Eset podía escuchar mis pensamientos—. ¿Dónde os habéis metido? ¿Acaso lo de ir al desierto de Gobi era una prueba y no la pasé? Por si no os habéis dado cuenta, necesito vuestra ayuda. Estoy avanzando con el libro, pero no sé si es lo que debo hacer. Quizá, en vez de servir de ayuda, sirva para justo lo contrario.

»Me gustaría verte. Tenerte delante como cuando te vi en el pasillo de mi casa».

Suspiré.

Mi mente empezó a fantasear.

«Podías ser Ian».

Rebufé.

Me sentí culpable por tener esos pensamientos.

«Estoy desvariando».

Me tumbé sobre la manta y miré el firmamento. Los últimos vestigios de claridad se fueron consumiendo sin que me diera cuenta. Los puntos esporádicos y débiles se convirtieron en un manto de cuerpos celestes definido. Estaba tan inmersa en contemplar las estrellas que cuanto había a mi alrededor pareció desvanecerse tras una cortina de humo. Las aves, o mejor dicho, la ausencia de su canto, me advirtió de que tan solo los animales nocturnos y yo nos encontrábamos despiertos.

Miré la hora: las 22:35.

«No puede ser. No pueden haber pasado más de cuatro horas sin que me haya dado cuenta».

Sentí cómo se me aceleraba el corazón.

Me incorporé hasta quedarme sentada. Mi vista apenas alcanzaba a distinguir lo que pudiera encontrarse a pocos metros. El valle se había convertido en un pozo carente de luz. Esa noche, ni siquiera la sutil presencia de la luna menguante podía hacer nada por iluminar el entorno.

El sonido a mi espalda de una rama quebrándose me sobresaltó aún más.

Me giré para ver de dónde procedía el ruido.

«¿Por aquí hay osos?

»Solo se me ocurre a mí quedarme sola en el bosque a estas horas de la noche.

»Pero no puede ser tan tarde.

»No puede ser».

Temblorosa, iluminé con la linterna del móvil la parte de los árboles de donde procedió el chasquido.

No distinguía nada que no fueran troncos de árboles, arbustos y las sombras que se formaban por el haz de luz de mi linterna al enfocar

algunas zonas. Esas últimas no contribuyeron a que me tranquilizase.

Aparté el móvil.

La temperatura parecía haberse desplomado al menos cuatro o cinco grados más. El vaho comenzó a salir por mi nariz y mi boca al respirar.

Cerré los ojos. Traté de inhalar despacio. Debía tranquilizarme. Allí no había nadie. Al menos, mi vista no alcanzaba a ver a nadie.

—Aumnox —escuché en mi mente.

Abrí los ojos de par en par.

«Eset».

Instintivamente, alcé la vista al cielo, emocionada e inquieta. A varios metros de altura aparecieron tres pequeñas luces esféricas de color rojizo ejecutando rápidos zigzags. Del tono rojo pasaron a los amarillos y de los amarillos a los naranjas.

—Sí, soy Eset. —continuó telepáticamente. En ese momento volví a sentir un inmenso deseo de poder verle, de tenerlo frente a mí. Esos meses sin rastro de ellos sumados a mi esfuerzo, habían servido para que consiguiese aplacar el recuerdo de lo que sentía simplemente al escuchar su voz. Mi pecho vibraba exaltado. El miedo que acababa de experimentar segundos antes quedó relegado a la confianza. Ajeno al cóctel de emociones que estaba sintiendo, y como ya pasó en las anteriores ocasiones, Eset continuó hablando, ignorando mi estado—. Agradecemos que estés siendo fiel a la voz de tu intuición y hayas acudido a este enclave de poder. Nuestro silencio ha sido necesario. Debías emprender el camino en solitario, sin que nosotros te indicásemos qué pasos seguir.

—¿Me habéis hecho venir vosotros hasta aquí? —pregunté mentalmente. Empezó así una conversación que solo podíamos escuchar nosotros.

—No.

—¿Y cómo sabíais que estaba aquí?

—Siempre que queramos podemos saber dónde os encontráis. —Guardé silencio. Mi mente pareció enmudecer—. Aumnox, estamos aquí porque las cosas han cambiado.

—¿Cambiado?

—Confiamos en los humanos, pero el tiempo se agota. En los próximos meses se producirá un evento que trastocará nuestro protocolo de acercamiento. Eso nos permitirá aportaros nueva información trascendental para el proceso de la humanidad. —Me sentí confundida aunque no me dio tiempo a preguntar nada—. Pretendíamos no llegar a este punto, pero para que entiendas lo que puede llegar a suceder es necesario que dispongas de los

conocimientos oportunos, y para eso necesitamos tu permiso.

Tragué saliva. La garganta se me había quedado seca.

—¿A qué te refieres?

De pronto sentí un resplandor saliendo de entre los árboles, a varios metros de distancia. Mis sentidos se esforzaron en traducir lo que estaba sucediendo. La voz de Eset se había silenciado. Mi mente solo pensaba en la luz que afloraba del follaje. Como si mis articulaciones no respondieran a los movimientos naturales, empecé a ponerme de pie sin perder de vista el fulgor. Mi cuerpo empezó a sentir una sensación extraña, como una ola de calor aproximándose. Entre las ramas surgió la figura de dos entidades. Tan solo veía sus contornos. Una alcanzaba una medida descomunal, parecía un gigante al lado de la que avanzaba a su lado, de menor tamaño. Desde mi ubicación no podía calcularlas con precisión.

—Sí. Somos nosotros —dijo Eset según acortaban la distancia que nos separaba.

En un abrir y cerrar de ojos, antes de que me diera tiempo a formular la pregunta de «quién te acompaña», los tenía a tan solo unos quince metros de distancia. Fue entonces cuando pude ver que ambos desprendían un brillo turquesa que contorneaba sus fisonomías con un campo energético de algo más de un metro de grosor. A pesar de lo hipnótico del fenómeno, la vista se me fue a un objeto que transportaba el más bajito de los dos seres, en la palma de su mano izquierda. De allí era de donde verdaderamente salía la luz que impedía apreciar algo que no fuera el contorno de sus cuerpos. Su brillo azul eléctrico lo envolvía todo, se expandía iluminando un amplio perímetro, como si fuera un sol de forma cuadrada y con vida propia. Aquel hipercubo se movía sobre sí mismo sin emitir el más mínimo sonido.

—Mi nombre es Gireln —dijo una suave voz femenina que, al igual que la de Eset, solo escuché en mi cabeza. De pronto, la luz del hipercubo cambió de dirección, haciendo que la claridad alumbrase a una altura por debajo de la de nuestras cinturas, permitiéndome verles el rostro y sus ropajes.

No supe qué decir, no podía moverme. Estaba como si mis articulaciones se hubieran quedado petrificadas y, por el contrario, mis emociones chocaban unas contra otras como las olas contra las rocas de un archipiélago. Mis ojos se empañaron.

Observé a la «mujer», que se movía, hablaba y aparentaba ser una humana cualquiera. Una lágrima comenzó a descender por mi mejilla.

Me observaban. Aguardaban, adaptándose a mis tiempos.

Los ojos de aquella «mujer» transmitían paz, comprensión. Eran

ligeramente oblicuos, grandes. El corte de su semblante era afilado, enjuto, simétrico. Su expresión relajada. Su estatura considerablemente más menuda que la de Eset, pero aun así seguía siendo alta, más incluso que yo; tal vez rondaba el metro ochenta y cinco. Delgada. Fibrosa. Su cuerpo iba protegido por un mono ajustado que parecía estar hecho de un tejido encerado, algo así entre el cuero y el neopreno. Daba la sensación de que era irrompible.

El hipercubo seguía girando sobre su mano, sin tocarle la piel.

Y al fin dirigí la mirada a Eset: algo que deseaba y que al mismo tiempo temía. Traté de evitar que mi cuerpo reaccionara dejándome en evidencia, pero no pude evitarlo, mi corazón comenzó a latir aún más precipitado. Sentí cómo la sangre huía de mi cara, cómo las extremidades se me debilitaban. Los dedos comenzaron a hormiguearme. Inhalé despacio. Temblorosa.

—Aumnox —dijo Gireln, llamando mi atención—. Que hayas venido a este centro de poder es lo que ha hecho que decidamos entrar en contacto contigo. Tu compromiso. No obstante, como te ha comunicado Eset, necesitamos tu permiso para dar el siguiente paso.

—¿Mi permiso?

—Sí. La información que queremos mostrarte implicará cambios en tu vida, aunque el alcance de los mismos dependerá de las decisiones que vayas tomando en el futuro.

—Pero si estáis aquí, ¿no quiere decir que ya sabéis que voy a aceptar?

—Sí. Pero en tu yo presente debes tomar consciencia, debes ser tú quien tome la decisión, quien dé el primer paso. Aunque nosotros hemos visto un futuro, la respuesta que nos des ahora podría abrir una nueva rama temporal.

—¿En qué sentido cambiaría mi vida?

—Es algo que no podemos saber con certeza. Cada decisión transforma el rumbo de los acontecimientos. Nosotros mostramos y accedemos a posibilidades. Las decisiones y los actos que lleves a cabo has de elegirlos tú, acorde a tu voluntad. Las posibilidades oscilan desde que tu vida apenas cambie a que termines renunciando a todo lo que posees y amas ahora aquí en la Tierra.

—¿Quieres decir que en el caso más extremo perderé a mi padre y a Ian?

—Es una posibilidad.

Me observaban sin mover un solo músculo, como si fueran muñecos de cera en un museo futurista.

La mirada se me fue al hipercubo. Y durante un tiempo que no sé calcular, quedé encandilada de sus giros sobre sí mismo, de sus

destellos, de su color azul eléctrico envolvente. Instintivamente, alcé mi mano derecha con la pretensión de tocar la energía que emitía. Di un paso atraída por el teseracto; o tal vez por ellos. Quizá tan solo me guiaba mi alma.

Tal vez, atendía a una mezcla de todo.

—Para, Aumnox —me dijo Eset. Su voz fue contundente. Obedecí. Sin darme cuenta, había acortado varios metros entre ellos y yo. La vibración del campo magnético que les rodeaba me afectaba directamente, aunque no me di cuenta hasta que Eset me pidió que parase. Sentía una especie de caricia eléctrica sobre la piel. Alcé la mirada, encontrándome primero con los ojos de Gireln y luego con los de Eset. Sus rostros seguían relajados; el de ella incluso parecía dibujar una leve sonrisa—. Si avanzas un paso más, tu cuerpo sufrirá daños orgánicos.

«Me está protegiendo».

Mi intención de tocar el hipercubo y sentir su energía, parecía haber sido una excusa para estar más cerca de ellos.

Deseaba lo que ellos tenían.

Le deseaba a él.

Inhalé un aire puro, carente de la fragancia del valle.

—No os doy permiso para que me entreguéis la información de la que habláis, más bien, os ruego que me la deis. He venido hasta aquí porque algo me decía que debía hacerlo, porque no estoy dispuesta a que el mundo que hoy conocemos muera. No puedo —expliqué mentalmente mirando a Eset, sintiendo un desgarro en el pecho, como si una bomba arrasase cualquier atisbo de felicidad ante la simple idea de que la humanidad o el planeta llegasen a extinguirse—. Me duele el alma de solo imaginarlo. Necesito saber qué tengo que hacer, qué tengo que decirle al mundo para que el futuro cambie.

»Quiero ir con vosotros.

Sentí que el espacio-tiempo se ralentizaba hasta el punto de parecer que estaba inmortalizada en una fotografía. Y en ese lapso, reflexioné en lo que acababa de manifestar. Más que una petición fue un pensamiento. Y más que un pensamiento fue mi sincero deseo de ir con ellos. No entendía por qué no decían nada. Tampoco de dónde surgía ese anhelo. Mi mente comenzó a divagar. Me pregunté si había metido la pata o si esperaban algo más. Quizá mi deseo suponía un contratiempo en su acercamiento. ¿Demasiado impulsiva, tal vez? Yo misma estaba sorprendida. ¿Ir con ellos? Siempre imaginé que me daría miedo. Entendí de pronto que la valentía surgía del deseo de estar lo más cerca posible de Eset.

Eset frunció el ceño tras «oír» mis últimas palabras, las mismas que

resonaban sin cesar en mi mente como un eco distante: «Quiero ir con vosotros». Miró de soslayo a su compañera antes de volver a observarme con su impasible semblante de siempre. El silencio de ambos y la expresión de Eset me hicieron volver la vista a Gireln. Ella, con sutileza, asintió cerrando los párpados. No supe interpretar su gesto.

Noté que mis mejillas estaban mojadas. Mi deseo era tan sincero como intenso.

Me acordé de mi padre. De Ian.

«Todo lo que hago es por vosotros. Si estuvierais en mi lugar haríais lo mismo. No puedo quedarme sin hacer nada. Tenemos que conseguirlo. Y me da igual cuál podría llegar a ser el precio a pagar. Si tuviera que elegir entre vuestro bienestar y renunciar a vosotros… Ellos tienen la solución. Son los únicos que pueden ayudarnos. Algún día lo entenderéis. Estoy segura».

Antes de que me diera cuenta, me estaba despidiendo de las dos personas que más me querían.

Alcé la vista y me topé con aquellos dos bellos seres observándome.

Sequé mis mejillas. Tomé aire y les hablé.

—Deseo ir con vosotros —dije a viva voz. Aún no sé cómo conseguí que mi mente formase la frase correcta en lugar de «deseo ir contigo»—. Si eso sirve de algo, llevadme con vosotros.

—¿Estás segura? —preguntó Eset.

—Completamente.

CAPÍTULOS 18

Un haz de luz

Aurora

El hipercubo comenzó a moverse con mayor rapidez, cambiando el sentido de sus giros. Y, como si de pronto hubiera amanecido, una inmensa luz blanca procedente del cielo envolvió todo mi cuerpo, mezclándose con los rayos que emitía el teseracto, formando una amalgama de tonos que jamás había visto. Frente a mí, Eset y Gireln se mantuvieron inmóviles.

Una sensación extraña me hizo llevar la vista al cielo. Sobre nuestras cabezas se materializó una nave de forma oval, aparentemente plana. Poco a poco comenzó a encender una luz diáfana que abarcaba toda su superficie inferior. Un haz blanquecino cada vez más intenso que me hizo alzar el brazo para protegerme del resplandor y apartar la mirada. Eset y Gireln me observaban.

Un cosquilleo en el estómago, semejante al que te produce una montaña rusa, me hizo abrir la boca y tomar una honda bocanada de aire.

—Está bien. Vendrás con nosotros —dijo Eset.

—¿Estás preparada? —me preguntó Gireln.

La luz del teseracto centelleó antes de volverse homogénea. La oscuridad que instantes atrás nos rodeaba pasó a una límpida claridad.

En un pestañeo, me encontré en otro lugar, en otro entorno.

—Te agradecemos que confíes en nosotros —me dijo Gireln.

Su aspecto era distinto: tanto ella como Eset dejaron de mostrar la aureola que envolvía a sus cuerpos. El hipercubo también había cambiado de color: el azul se había convertido en un blanco con una consistencia parecida a la de una cortina de humo, pero brillante—. Hemos trasladado tu cuerpo y tu consciencia a nuestra nave. Bienvenida.

Me costó reaccionar. Empecé a pensar que me había dado un golpe en la cabeza o que me había desmayado, o que simplemente estaba soñando. En cualquier momento despertaría y me encontraría en la casa que le alquilé a Isabel. O tal vez, despertaría en mi casa, en mi propia cama. Incluso, estaría Ian a mi lado.

—Esto…

—No estás soñando —me aclaró Eset, interrumpiendo mis elucubraciones.

Miré alrededor, perpleja. El corazón me latía a un ritmo frenético. Si sus palabras eran ciertas, que lo eran, me habían trasportado a una sala diáfana y circular de color blanco sin que me hubiera dado cuenta.

El techo era blanco; también el suelo. No podía distinguir donde acababa el uno y empezaba el otro. No se apreciaban esquinas ni formas rectas y planas. El material parecía plástico. Brillaba. Era como si la luz de la sala saliese de las paredes, del suelo y del techo.

Eset dio un paso hacia mí. Elevó su mano derecha y, con el brazo flexionado, formó una línea paralela al suelo que parecía el saludo de un antiguo indio americano. Inmediatamente después, mi corazón comenzó a relajarse. Deduje que esa repentina «paz» se debía a su gesto, a algún tipo de transferencia de energía.

—¿Cómo he llegado aquí? Mis cosas…

—Tranquila, tus pertenencias están ahí mismo. —Tal y como me indicó Eset con la mirada, tanto la mochila como la manta estaban junto a mis pies. No entendía cómo no las había visto antes, cómo las pudieron trasladar sin alterar la posición en la que se encontraban en el valle—. Respecto a tu pregunta sobre cómo has llegado hasta aquí, ya conoces el minius. Podemos descomponer la materia y volverla a estructurar. Dicho de forma muy simplificada: toda la materia que conoces está formada de luz y su mínima expresión antes de la nada la denominamos minius, al descomponer la luz hasta llegar al minius podemos transferir materia de un lugar a otro.

Le escuchaba mientras contemplaba sus ojos, como si estuviera hipnotizada. Mis sentimientos hacia él eran tan confusos… Si me hubiera sentido así con cualquier otra persona, con un humano, hubiera asegurado estar enamorada. Por suerte, parecía que no podían acceder a ese grado de intimidad, leían mi mente, sí, pero no podían descifrar mis sentimientos.

Mientras lo observaba me pregunté por qué en el bosque tenían una apariencia y ahora otra. Me olvidé de que podían «escuchar» mis pensamientos. Aunque seguramente, en ese preciso instante era lo único que hacían.

—Entiendo tus dudas —prosiguió Eset—. Sí. Nuestra apariencia en el valle era distinta. Se debe a que tan solo proyectamos nuestro cuerpo energético y mental a través del teseracto.

Miré a Gireln.

—¿Como un holograma?

—Sí. Algo así —respondió ella.

—Pero parecíais reales. Bueno, consistentes, desde un punto de vista táctil y material. —No sabía cómo explicarme—. ¿Por eso emitíais esa luz alrededor de vuestro cuerpo?

—Sí.

—¿Y ahora?

—Ahora tenemos presencia corpórea, igual que tú.

—O sea, ¿que estáis aquí realmente? ¿Sois de carne y hueso?

Sonreí. Aquella estaba siendo la primera vez que veía a Eset tal y como era en realidad.

Después de un brote de emoción, alegría, inquietud y deseo, me sentí torpe. Estaba reaccionando como una cría de parvulario, y lo peor era que ellos se estarían enterando de todo. Viéndome, pensarían que era como un animal sin adiestrar. Pueril, inmadura, descontrolada. Pero aunque yo fuera como un libro abierto, a mí me resultaba imposible adivinar la impresión que les estaba causando. Permanecían impertérritos, sin perder la compostura. Tan solo me miraban pacientes. Quizá lo que sentían era pena. Tal vez para ellos los humanos éramos como una rata de laboratorio a la que los científicos observan mientras el animal trata de hacer lo que los humanos quieren.

«Debes aprender a controlarte —me dije a mi misma a modo de reprimenda».

Pero el autocontrol me duró poco: tenía demasiadas dudas y preguntas que hacer. Estaba viviendo una experiencia única, privilegiada. ¿Cuántos humanos a lo largo de la historia habrían tenido el honor de estar a bordo de una nave extraterrestre? Me acordé de Vlado Kapetanovic; no creí que hubieran muchos más. Estuve a punto de echarme a llorar de la emoción. Pero refrené mis impulsos. Y mientras, las preguntas seguían agolpándose en mi mente.

Aunque sabía la respuesta fui incapaz de no formular la más obvia: «¿Dónde estoy?».

—Estás en una de nuestras naves auxiliares, de camino a la base central —respondió Gireln.

—¿Y dónde se encuentra esa base?

—La más próxima está en el satélite terrestre.

—¿En la Luna?

—Correcto. En su cara oculta.

—¿Sabéis la de veces que he oído especular que había naves extraterrestres en el lado oscuro de la luna?

—Y así es.

—¿Y los satélites que la orbitan? ¿Cómo puede ser que no os hayan

encontrado? O… ¿Son los gobiernos los que están ocultando la información?

—Nosotros somos vistos solo cuando deseamos mostrarnos.

—Pero…

—Tenemos la capacidad tecnológica de ser imperceptibles a los radares terrícolas. También a los sentidos de un humano.

—Sois…, ¿transparentes?

—A efectos prácticos, sí. Los satélites terrícolas no pueden detectar nuestras instalaciones a no ser que nosotros lo queramos.

Me quedé absorta pensando en lo que me acaban de decir. ¿Cuántas veces habrían estado en nuestra presencia sin que nos diésemos cuenta? Si hubieran deseado hacernos daños, a esas alturas, nos podrían haber destruido un millón de veces.

—Acompáñanos —solicitó Eset en tono sobrio—. Queremos mostrarte algo.

Vacilé.

—Sí. Claro. —Miré al suelo. Debió leer mi intención de querer agacharme para recoger mis cosas cuando volví a escuchar su voz.

—No te preocupes por tus objetos. Por ahora no los necesitarás.

Eset dio media vuelta y comenzó a avanzar. Gireln se quedó a medio camino entre Eset y yo.

Ambas lo seguimos hasta el centro de la sala, la cual parecía a cada paso más amplia.

Eset paró. Una vez a su lado, Gireln se excusó con un «disculpa, Aumnox. Debo ausentarme».

—¿Volveremos a vernos? —le pregunté.

—Sí.

La seguí con la mirada. Su cuerpo era perfecto, su forma de caminar elegante. La sensación de haberme reencontrado con una vieja amiga se acentuó al ritmo de sus pasos al alejarse. ¿Cuántas veces la habría visto en sueños?

Salí de mi abstracción al percibir que algo se movía a mi derecha. Al girar me encontré con Eset observándome y, a su espalda, una estructura emergiendo del suelo. Se trataba de una especie de bloque con la forma de un rectángulo, de paredes curvas y superficie plana.

Se elevó hasta quedar a una altura equiparable al mostrador de la recepción de un hotel. No sé cómo, pero sobre ello surgió una esfera de color esmeralda, con una circunferencia del tamaño de un CD, pero con un grosor de unos seis o siete centímetros. Parecía una piedra preciosa pulida, sin poros, sin grietas. Brillante como una bombilla de neón. Su luz, sin embargo, no era molesta. Me aproximé para examinarla. Entonces lo vi claro: aquello tenía vida. En su interior se

movía una masa que generaba pequeños destellos, como los impulsos electroquímicos de las neuronas. Mi primer pensamiento me llevó a la conversación que mantuve con Víctor en su coche, a la «leyenda» de los tres fragmentos de la gema estelar Chintamani.

Sentí cómo el corazón se me volvía a acelerar ante la simple idea de haber acertado. Eset, en cambio, no confirmó ni desmintió mi especulación.

—Aumnox. Los conocimientos que debes adquirir son innumerables. Las simples palabras no serían fieles transmisoras. Es conveniente que lo veas por ti misma. Sin embargo, desconocemos la resistencia de tu organismo y de tu mente cuando estés cara a cara con los hechos.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres?

—A que deberás ver por ti misma. Y «ver» puede suponer un coste para ti.

—No sé si entiendo lo que quieres decir.

— Tú serás la primera humana en acceder a Chintamani.

—¿Yo? —No entendía nada. ¿Yo la primera? ¿Por qué yo?

—Entiendo tu confusión. También es contradictorio para nosotros. No obstante, nosotros no tenemos control sobre Chintamani. Ella ha dirigido nuestro acercamiento de hoy a ti y, ahora, Chintamani se ha mostrado para ofrecerte la posibilidad de que conozcas la historia, probablemente, también el curso de los acontecimientos que están por venir. Asomarte a lo que pasó. Ver. Sentir. Entender. Descubrir por ti misma el futuro que queremos ayudaros a evitar. La gema mostrará lo que tú estés preparada para ver. Ella medirá tu capacidad.

Hizo una pausa. Su voz resonó en mi mente como el sonido de un cuenco tibetano apagándose. Deseé que me abrazara, sentirme a salvo. Estaba muerta de miedo. ¿Qué se suponía que iba a hacer yo con aquella información?

—El contacto, Aumnox, va más allá de lo que tu mente racional pueda controlar. Es un contacto, un reconocimiento entre consciencias.

»La energía que te ofrezca Chintamani será soportada por tu cuerpo como pequeñas descargas eléctricas. Sabemos que ella bajará su radiación al mínimo, pero aun así, su campo electromagnético alterará el equilibrio de tu organismo.

»A medida que tú indagues, ella te entregará los acontecimientos del pasado, del presente y del futuro. Pero como te he dicho, tu mente no será quien maneje el encuentro, sino la gema y tu éter, tu consciencia universal. Algunos humanos os referís a ello como «alma». Para que lo entiendas: el éter de cualquier ser tiene autonomía y

autocontrol. Tu consciencia universal —alma— demandará la información que considere que tu cuerpo y mente humana pueda soportar y asimilar. Pero por encima de todo, ella te mostrará lo que considere que debe mostrarte. Cuando anexéis, se formará un ciclo electromagnético en el que tu éter entregará energía al tiempo que la piedra compensará el flujo que tu éter haya liberado. Se abrirá un ciclo energético, como una bobina rotatoria de la que entra y sale energía. En la medida que tu éter y el éter de Chintamani se anexen, nosotros acompañaremos tu flujo vital procurándote un equilibrio físico, energético y mental. Intervendremos solo si es necesario para tu bienestar.

—¿Pero por qué yo?

—El fragmento te eligió.

—¿A mí? No lo entiendo. Enrique Paz lleva toda la vida trabajando con vosotros. Sé que existen muchas personas y grupos que podrían recibir la información que queréis mostrarme.

—Tú la has pedido.

Enmudecí. Tenía toda la razón: llevaba meses implorándole al cielo recibir ayuda, cualquier cosa, señal, información, que me ayudase a tomar un rumbo definido.

—No creo que yo haya sido la única en querer recibir respuestas.

—No.

No entendía nada.

Observé sus ojos, evocando nuestro primer encuentro en mitad del pasillo de mi casa. Ahora podía verle y apreciarle tan bien… Sus iris azul grisáceos eran como dos nebulosas en mitad de un universo blanco. Y, aunque confusa, lo que sí supe con certeza es que sentía algo extremadamente potente por él, algo que no sabía descifrar ni explicar con palabras. Hubiera renunciado a todo por estar con él.

—No permitiré que te suceda nada —dijo haciendo que se me entrecortase la respiración—. Tu presencia en Monte Perdido ha abierto una línea temporal desconocida para nosotros. Consideramos que esta pueda ser la vía definitiva para alejar a la humanidad del caos. Por encima de todo, confiamos en los humanos. En el trabajo que estáis haciendo. En vuestro compromiso. Si no, no estaríamos aquí.

»Uno de los fragmentos de Chintamani se confió a la humanidad para que fuera custodiado y escondido en un lugar seguro. A los humanos —recalcó—. Otro fragmento está bajo la protección del consejo de la Confederación de Mundos de la Galaxia. El tercer fragmento se autogestiona. Rara vez surge a los ojos de un mortal. Y hoy, antes de que acudiésemos al enclave de poder para encontrarnos

contigo, ha surgido en este mismo lugar, demandándonos anexarse a ti. La piedra quiere entrar en contacto contigo por algún motivo que aún desconocemos.

Llevé la vista a la gema para observarla una vez más. Esta, como si fuese la bola de cristal de una película de fantasía, mostró a Eset y a mí en la nave, en mitad de la sala, frente a esa misma columna con forma de altar que la sostenía, emitiéndonos sutiles «llamaradas energéticas» tanto a Eset como a mí; formando un bucle de energía que cruzaba de la piedra a nosotros, de nosotros a la piedra, de Eset a mí y de mí a Eset.

Un escalofrío recorrió mi columna vertebral.

Miré a Eset con el ceño fruncido. Él seguía con la mirada cada uno de mis movimientos. A pesar de todo, y a pesar de no ser el momento más idóneo, volví a desearlo, a sentir ese extraño amor que sentía por él, a contener mis impulsos.

—De acuerdo. Confío en vosotros. Confío en ti. —Su mirada estaba clavada en la mía hasta que, por primera vez, vi claramente cómo examinaba mi rostro. No dijo nada. Tan solo permaneció frente a mí impertérrito—. Estoy preparada.

CAPÍTULOS 19

Chintamani

El fragmento de Chintamani se elevó varios centímetros más. Una aureola lo envolvió de un brillo dorado, suave. De alguna manera que aún me cuesta entender, me estaba llamando.

Con la mirada nublada, pero sin perderla de vista, di un par de pasos hasta situarme frente a Chintamani.

El corazón se me aceleró.

Sentí ansia por conocer lo que quería transmitirme. El miedo a morir nunca fue una de mis preocupaciones —ni siquiera cuando mi familia y yo sufrimos el accidente—; tampoco el de volverme loca, perder la memoria u olvidar quién era. Pero en ese momento sí tuve miedo, por no saber qué pasaría después, pero sobre todo, miedo a que mi mente y mi cuerpo no fueran capaces de soportarlo.

«Tal vez no soy tan valiente como pensaba.

»No me dejes sola —le dije a Eset mentalmente. No sabía si me estaba escuchando».

De modo inconsciente, sin perder de vista al fragmento, llevé la mano hacia Eset, buscándole, temerosa de no ser capaz de conseguir lo que todos esperaban de mí. ¿Qué pasaría si fallaba? ¿Y si la gema no me transmitía los conocimientos necesarios? El pulso me temblaba. Aunque sabía que el simple hecho de sentir a Eset me tranquilizaría, cejé en mi intento de tocarle, dejando mi mano a medio camino entre mi cuerpo y el suyo.

«No debes, Aurora —me dije a mí misma».

Pasaba todo tan rápido… Y al mismo tiempo, me daba la impresión de moverme en un espacio-tiempo aletargado. En la misma franja de segundos podías tomar más decisiones o ejecutar más movimientos de los que te daría tiempo a decidir o llevar a cabo estando en la Tierra.

—El protocolo nos prohíbe entablar contacto físico con los humanos —me dijo Eset.

Volví a sentirme torpe. La inquietud me envolvió.

—Lo siento.

Cerré los ojos tratando de serenarme. Según apartaba la mano sentí que algo me la tocaba. Mi corazón ahora latía frenético por otro motivo: se estaba saltando los protocolos de contacto por mí. En cualquier caso, empecé a calmarme. Ahora me sentía segura.

Le miré una última vez antes de centrarme en Chintamani, de entregarme a ella. Entonces, mientras una lágrima vagaba libre por mi mejilla, noté cómo su forma de mirarme había cambiado.

«Gracias —le dije a modo de despedida».

—Permaneceré todo el tiempo a tu lado —respondió él, retirando su mano.

Estaba lista.

Me aproximé lo más que pude al altar y de forma inconsciente lleve ambas manos hacia la piedra, manteniéndolas a escasos centímetros del fragmento.

«Estoy preparada, Chintamani».

Todo a mi alrededor se transformó. Eset, la nave, aquello que parecía un altar, la piedra… Todo desapareció. Un escalofrío me recorrió el cuerpo, un cuerpo que había dejado de ser material.

Estaba anexada a Chintamani.

Habíamos dejado de estar en la nave. Los tonos rojizos y las dunas de fina arena me invitaron a recordar el desierto de Gobi. Sin embargo, no nos encontrábamos allí, sino en Atacama, Chile. En ese momento, la experiencia comenzó a manifestarse como si se tratara de una película.

Desierto de Atacama, Chile. 12 de abril de 2144.

La calidez de la arena del desierto le cedió paso a una construcción erguida en mitad de la nada. Los materiales y la estructura eran semejantes a los de un hangar de investigación científica: cementos blancos, elementos metálicos, sobriedad. A unos pocos cientos de metros de distancia, unas gigantes antenas parabólicas apuntaban al cielo.

Me encontraba ante una lanzadera espacial.

Dentro de la nave, los científicos e ingenieros especializados en distintas ramas, contenían los nervios ante el inminente acto que llevarían a cabo.

—Está todo preparado —comunicaba uno a los allí presentes.

En el exterior, cámaras de televisión de todo el mundo aguardaban la hora indicada.

Ante los ojos del mundo entero desfilaron los veinticuatro tripulantes que serían lanzados al espacio.

Caminaban por parejas formando una fila perfecta. Sus mirabas solo tenían ojos para la nave que les esperaba al final de la plataforma de embarque.

«La revolución científica de nuestro siglo va a permitir llevar a cabo el primer viaje tripulado fuera de nuestro sistema solar —escuché en mitad del tumulto. Entre las decenas de periodistas y fotógrafos, un reportero estableciendo conexión en directo con su correspondiente cadena televisiva captó mi atención— Señoras y señores, estamos en directo desde la plataforma interestelar de Valle de la Luna, en el

desierto de Atacama, en Chile, donde la tripulación formada por veinticuatro pasajeros lleva más de tres años preparándose para este histórico día. En estos momentos pueden verles caminando de forma decidida hacia la nave que los llevará fuera de nuestro sistema solar, un hecho sin precedentes en la historia de la humanidad y que hoy marcará un antes y después en los libros de historia. La raza humana lleva siglos planeando, soñando con este momento, y hoy, ese sueño se va a convertir en realidad.

»El 12 de abril de 1961, el ruso Yuri Gagarin realizó el primer vuelo espacial tripulado, un hito que impulsó el camino a la exploración del espacio en beneficio de toda la humanidad. Años más tarde, el 12 de abril de 1981, el primer transbordador *Columbia* tripulado por los dos astronautas estadounidenses John Watts Young y Robert Crippen, despegaba del Centro Espacial Kennedy, en Cabo Cañaveral. Hoy, 12 de abril de 2144, 183 años después del primer vuelo espacial tripulado, vamos a ser testigos de cómo *Tierra 1*, la nave gobernada por esos veinticuatro jóvenes astronautas, abandonará la atmósfera terrestre en un viaje que los llevará mucho más allá de la Luna, mucho más allá de lo que hubiéramos imaginado poder alcanzar. Películas y libros de ciencia ficción dejarán de serlo.

»El 7 de abril de 2011, la Asamblea General de la ONU aprobó el 12 de abril como Día Internacional de los Vuelos Espaciales Tripulados. Casualidad o no, hoy, 12 de abril de 2144 se marca en el calendario una nueva fecha para el recuerdo de las generaciones venideras. Cuando la nave *Tierra 1* abandone nuestro sistema solar, podremos decir que tenemos hermanos viajando sin límites por el universo.

»La humanidad ha invertido todos sus recursos en llevar la semilla de la esperanza a su planeta de destino. Ante esto, seremos muchos los que nos preguntemos si nuestros jóvenes astronautas serán considerados algún día, después de varios siglos, los Adam y Eva de la nueva «Tierra». ¿Se escribirán libros sagrados en torno a su proeza? Nosotros, aquí y ahora, vemos partir a un grupo de soñadores en los que hemos depositado el futuro de la humanidad. Un viaje sin retorno. Un viaje de colonización del que no volveremos a saber nada ninguno de los hoy presentes».

Los rostros de cada uno de los «jóvenes astronautas» —como los había citado el reportero—, pasaron uno a uno ante mis ojos. La expresión de sus caras se mantenía contrita. Sus ojos mostraban emoción. En más de uno, las lágrimas acompañaron su desfile hasta la nave que los alejaría para siempre de sus familiares y amigos. La edad mayor era catorce años y medio; el más joven apenas llegaba a los doce.

Durante más de tres años habían vivido ajenos al mundo que los vio nacer y crecer hasta que fueron reclutados para ser ingresados en unos edificios de las Naciones Unidas erigidos con el único propósito de dar formación al germen de la humanidad. Una humanidad, que se veía obligada a dar aquel paso si quería asegurar la especie.

Junto a los muchachos —doce niñas y doce niños—, viajarían muestras genéticas, óvulos fecundados de todas las especies, libros de historia, de matemáticas, de biología, de botánica, de física, de geología… El legado de nuestra humanidad en vías de extinción se encontraba en sus manos. El destino: Alpha Centauro: el sistema estelar más próximo al Sol, situado a 4,37 años luz de distancia. Un viaje que durante años se consideró impensable. Hasta que a comienzos de octubre de 2016 el equipo internacional de investigación del CNRS (Centro Nacional Francés de Investigaciones Científicas) encargado de hallar posibles planetas habitables más allá de nuestro sistema solar, emitió un comunicado informando de que dentro del sistema Alpha Centauro, el planeta Próxima B tenía unas dimensiones y unas propiedades favorables para la habitabilidad. Catalogado 'tipo océano', con una temperatura que permitiría la vida, se había convertido en punto de referencia para estudiosos, visionarios y científicos. Lo que para algunos pasó a ser un lugar donde poder encontrar otras formas de vida e inteligencia, para otros se convirtió en un destino a alcanzar. Un viaje de más de cuatro años luz que la imberbe tripulación recorrería en lo equivalente a doce años terrícolas y que iniciaría cuando concluyese la cuenta atrás.

En el puesto de control, los operarios y técnicos ocupaban sus asientos, expectantes de los últimos segundos antes del lanzamiento. Los astronautas calentaban sus asientos luchando contra los nervios. Su formación de más de tres años les había disciplinado en el autocontrol. Niños prodigio, con unos coeficientes intelectuales de genio, habían sido adiestrados para el conocimiento de todas las materias; cada dos, fueron especializados en una en concreto. Una selección que había tenido cabida gracias a las redes sociales. Durante décadas, los gobiernos de todos los países, especialmente el de Estados Unidos, había guardado en *backups* todas las interacciones de sus conciudadanos y del resto de habitantes del planeta. La NASA, junto a un equipo creado para tal fin por las Naciones Unidas, se había encargado de encontrar a los niños. Ideales políticos de los padres, entornos familiares, expedientes de salud, tendencias psíquicas, ética, compromiso social y medioambiental, entre otros factores, fueron los parámetros que la institución empleó para hacer su selección. Los niños no podían dar su permiso; la decisión de los padres de ceder a

sus hijos al futuro de la humanidad se convirtió en la mayor muestra de altruismo conocida.

Quinientos niños y niñas de todo el mundo fueron elegidos para perpetuar la raza humana, el género y la diversidad racial. Durante los doce primeros meses, los quinientos niños fueron estudiados, analizados, enseñados y aleccionados, entrenados física y mentalmente. Muchos niños no pudieron soportar la idea de ser «abandonados» por sus padres. Otros muchos, no consiguieron adaptarse a los programas de adiestramiento. Tras cumplirse el primer año, los quinientos niños y niñas quedaron reducidos a doscientos treinta y tres. Los «no apto» fueron devueltos a sus familias. A lo largo de los dos años siguientes, las bajas fueron reduciéndose, hasta que finalmente quedaron ochenta y dos menores aptos para la misión. De esos ochenta y dos, se eligieron a veinticuatro tratando de mantener el equilibrio racial. Los cincuenta y ocho restantes permanecerían en la base durante un plazo indefinido, trabajando igualmente en el proyecto. En el caso de que se produjese un fatal accidente, ellos serían la simiente de reserva.

Por primera vez en la historia, las principales potencias mundiales, entre ellas Rusia, Estados Unidos y China, se pondrían de acuerdo para financiar el *proyecto Alfa Centauro*.

La cuenta atrás en el centro de mandos había comenzado. Las cadenas televisivas seguían el acontecimiento entre el silencio sepulcral de los asistentes, y los rezos susurrados tanto de los familiares como de medio mundo. El éxito de la misión supondría no solo la supervivencia de la especie, sino un puerto para abandonar el planeta Tierra en los años venideros.

El 2020 fue un punto de inflexión en el deterioro exhaustivo de nuestro planeta y sistema de vida. Un virus conocido como Covid-19 se convirtió en una pandemia a nivel mundial. A finales del mismo año, las muertes cobradas por el virus se contaban por cientos de miles.

Durante los años siguientes, a los estragos del virus le siguieron las consecuencias del cambio climático y la crisis económica producida por las medidas gubernamentales ante el problema sanitario y la quiebra de miles de negocios.

Con el calentamiento global los polos habían comenzado a derretirse y el nivel del mar a subir.

Las guerras estallaban entre países cuyos acuerdos de paz llevaban años titilando. Nació una nueva tensión bélica entre las grandes potencias por el control de los últimos recursos de hidrocarburos del planeta.

Exceso de población.
Hambruna.
Sequía.
Deforestación.
Contaminación.
El ser humano se había condenado a sí mismo a la extinción.
El «diez. Nueve. Ocho. Siete. Seis. Cinco. Cuatro. Tres. Dos. Uno», puso los corazones de millones de habitantes de todo el planeta en un puño. En un abrir y cerrar de ojos, la nave que todos contemplaban desapareció de su campo visual.
Para los que aguardaban en tierra firme era imposible seguir su trayectoria con la mirada. Por el contrario, yo podía ver cómo avanzaba por la galaxia a una velocidad superior a la de la luz.
Inmediatamente después, Chintamani me trasladó a otro escenario. Repitiéndose el 12 de abril como fecha, pero del año 2016. Me vi rodeada de científicos, estudiosos y reporteros. Ante todos nosotros, el multimillonario Yuri Milner —bautizado con ese nombre en homenaje al primer astronauta que viajó al espacio, el ruso Yuri Gagarin—, acompañado de Stephen Hawking, daban una conferencia en el edificio *One World Trade Center* de Nueva York, donde Hawking daba a conocer el *proyecto Alfa Centauro*. Un proyecto llevado a cabo por la fundación *Breakthrough Starshot* creada por el presente multimillonario Yuri Milner y con Marc Zukenberg como cofundador. La iniciativa desarrollaba un doble objetivo: por un lado, enviar una miriada de sondas del tamaño de un microchip de pocos gramos de peso a la estrella más cercana a la velocidad de la luz láser, y por otro, identificar y caracterizar planetas rocosos del tamaño de la Tierra alrededor de Alpha Centauri y otras estrellas en un radio inferior a los veinte años luz de la Tierra.
Le escuché:
«En la última década y media, los rápidos avances tecnológicos han abierto la posibilidad de viajes espaciales propulsados por luz a una fracción significativa de la velocidad de la luz. Se trata de un haz de luz con base en tierra que empuja nanocrafts ultraligeros a velocidades de hasta ciento sesenta millones de kilómetros por hora. Tal sistema permitiría que una misión de sobrevuelo llegue a Alpha Centauri en poco más de veinte años desde el lanzamiento, transmitiendo imágenes de su planeta Próxima b recientemente descubierto, y cualquier otro planeta que pueda encontrarse en el sistema, así como también recopilar otros datos científicos, como el análisis de campos magnéticos.
»Breakthrough Starshot tiene como objetivo demostrar una prueba

de concepto para nanocraft ultrarrápidas impulsadas por luz y sentar las bases para un primer lanzamiento a Alpha Centauri dentro de la próxima generación. En el camino, el proyecto podría generar importantes beneficios complementarios para la astronomía, incluida la exploración del sistema solar y la detección de asteroides que cruzan la Tierra».

Tras la presentación del multimillonario Milner, la robótica voz del científico Stephen Hawking se escuchó ante el expectante silencio de toda la sala: «Para sobrevivir como especie, a la larga debemos viajar hacia las estrellas, y hoy nos comprometemos con el próximo gran avance del hombre en el cosmos».

El envío de las sondas fue fructífero. Es ahí donde nació el proyecto *Tierra 1*.

En la nave *Tierra 1*, los veinticuatro jóvenes llevaban a cabo sus vidas, ajenos a cualquier contacto con su planeta madre, La Tierra. Su largo viaje pasaba ante mis ojos como la reproducción de una película a cámara rápida. Un trayecto de años comprimidos en secuencias, momentos, impresiones, crecimiento, madurez.

Su planeta de destino se encontraba cerca. Estaban a punto de conseguir una proeza. Sin embargo, el impacto del viaje se había cobrado las temibles consecuencias que los científicos trataron de evitar por todos los medios: la sobreexposición a altas cargas energéticas de radiación espacial habían causado daños permanentes en el sistema nervioso central de los astronautas, provocándoles una severa disminución cognitiva.

A pesar del diario de abordo, no entendían dónde se dirigían, cuál era la finalidad del viaje, de dónde venían, qué les esperaba. Tan solo disponían de los manuscritos científicos y demás enseres que viajaban con ellos para recordarles lo que eran y su cometido.

Chintamani me mostró otra escena.

—Debemos enviar una nave para asegurar su posado —indicó una «mujer» de aspecto semejante al de Gireln. Se trataba de la responsable al mando de navegación interespacial de grado dos, Elijndi.

—No se detectan artefactos de guerra —indicó el técnico Ulmpizot.

—¿Informe de vida?

—Se registran veinticuatro seres vivos —respondió el técnico.

—No estoy seguro de que debamos intervenir —rebatió Eset.

—Se trata de una nave tripulada — le contestó Elijndi—. Has oído lo mismo que yo: hay veinticuatro seres vivos a bordo. No seré la responsable de su muerte.

—Debemos elevar esa decisión al Consejo.

—No hay tiempo, Eset. Están demasiado cerca. Enviaremos una nave. —Dirigió la mirada a su subordinado técnico y le habló mentalmente—. Ulmpizot, prepara al equipo. Partiremos de inmediato —ordenó al responsable de grado tres.

—Sí, Mando Dos. —El responsable de grado tres inclinó la cabeza antes de marcharse.

—Tranquilo, Eset, asumo la responsabilidad.

—Como ordenes —respondió mentalmente.

—Pongámonos en marcha. Eset, acompáñanos.

La nave tripulada por los tres seres salió del hangar ubicado en las entrañas de una nave mucho mayor y con forma cilíndrica. En cuestión de un instante, se colocaron junto a la nave *Tierra 1*. Ayudados por dos haz de luz, «acompañaron» a la *Tierra 1* hasta la superficie planetaria. Sobresaltados y aturdidos, los veinticuatro astronautas se sintieron vulnerables. No obstante, eran conscientes de que quienes fueran, les acababan de asistir para tener un aterrizaje seguro.

De la nave desconocida descendieron Eset y el técnico Ulmpizot. Los astronautas terrícolas permanecieron expectantes a su reacción. Finalmente, dos pasajeros de la Tierra 1 decidieron entablar comunicación. Los índices de oxígeno en el exterior registrados por la nave Tierra 1 indicaban ser óptimos para sus organismos, había atmósfera y una gravedad semejante a la terrestre.

Aquellos gigantes de aspecto humanoide habían colonizado Próxima Centauri asentando las estructuras de un nuevo hogar. La antigüedad de su sistema solar de origen, había ocasionado el desgaste de su planeta primitivo, hasta el punto de verse deterioradas, de modo crítico e irreversible, las condiciones medioambientales que favorecían y garantizaban la subsistencia de su raza. Después de siglos habitándolo, la necesidad les condujo a explorar diversos sistemas solares hasta encontrar otro planeta: desprovisto de vida inteligente, pero de propiedades similares al que se veían forzados a abandonar. De no haber albergado humanos, La Tierra hubiera sido su elección.

Para los terrícolas, aquellos «lugareños» no dejaban de ser extraterrestres, seres que posiblemente tuvieran fines hostiles.

Después de que los centalphas (bautizados así, años más tarde, por los propios astronautas terrícolas) entendiesen que aquellos tripulantes viajaban desde el planeta Tierra y habían perdido la memoria, los aceptaron y acogieron entre los suyos.

La historia de la humanidad siempre estuvo ligada a ellos. Estudiaron el material que los astronautas llevaban consigo en la

Tierra 1, recordando las intervenciones que tanto ellos como otras civilizaciones extraterrestres les habían concedido a los humanos con el fin de ayudarles a evolucionar más rápido. El bebé estaba aprendiendo a caminar.

A lo largo de los años siguientes, los veinticuatro viajeros interestelares aprendieron a convivir con sus anfitriones. Estos últimos les enseñaron sus formas de vida e intentaron que aprendieran de ellos. Sin embargo, la consciencia humana aún estaba lejos de llegar a ser como la de ellos. Con todo y eso, surgieron las primeras relaciones carnales entre los unos y los otros, dando origen a los primeros niños híbridos, de padre centalpha y madre humana.

La esperanza de vida de los niños que viajaron a las estrellas alcanzó los trescientos años gracias a la genética de los centalphas, a su forma de vida, a sus reequilibrios energéticos periódicos y a sus avances tecnológicos en los que empleaban el minius para desmaterializar los organismos en caso de enfermedad y volver a recomponer un cuerpo sano. Por el contrario, nunca consiguieron que los astronautas recuperasen la memoria; tampoco lo buscaron.

Chintamani me mostró a Eset. Su cuerpo estaba envejecido por el paso de los años, aunque en su aspecto físico apenas se notaba. Había alcanzado los dos mil quinientos setenta y tres años y se disponía a cambiar de cuerpo. Varios centalphas le acompañaban. Se tumbó en una superficie semejante a la camilla de una sala de quirófanos, solo que esta era blanca y resplandeciente. Una «mujer» de su especie, de una altura aproximada a los dos metros veinte, introdujo a la sala otra camilla en la que traían a otro ser igual que el Eset «original». Pronto entendí que se trataba de un organismo biológico hueco. Su composición orgánica era a imagen y semejanza del original, pero este no disponía de mente ni consciencia. Los centalphas abandonaron la sala. Yo lo presenciaba como si estuviera flotando sobre ambas camillas. La habitación se iluminó hasta provocar un destello cegador. Eset estaba consciente, con los ojos abiertos mientras que el individuo clonado los mantenía cerrados. De pronto, ambos se descompusieron y volvieron a componerse. El cuerpo nuevo y joven había abierto los ojos. La consciencia de Eset había sido transferida a aquella funda orgánica que lo acogería al menos durante otros dos mil años más. El organismo del Eset «original», quedó marchito y sin color.

Inmediatamente después, pude ver a los pequeños seres fruto del amor y la atracción física entre humanos y centalphas. Una unión no apoyada por el Consejo Jerárquico de los centalphas, los cuales recomendaban no mezclar razas para no crear vínculos afectivos. De aquella unión nacieron cuatro híbridos —tres hembras y un varón— a

los que se les diferenciaba del resto llamándoles «mestizos».

Sus madres humanas fallecieron antes de ver cómo sus hijos se convertían en adultos. Y es que, su composición biológica les confirió mayor longevidad: pasaron más de doscientos años hasta que aquella nueva raza mestiza alcanzó la edad adulta. La esperanza de vida de un centalpha superaba los dos mil años; algunos incluso habían llegado a los tres mil sin cambiar de cuerpo. En cuanto a los jóvenes mestizos, se desconocía su esperanza de vida.

Una vez falleció el último humano astronauta, los mestizos sufrieron una crisis de identidad, llegando a barajar la idea de regresar a su planeta de origen. Para evitar el impacto que provocaría tanto en los mestizos como en los habitantes de la Tierra, el Consejo Jerárquico les pidió unirse a los centalphas y pasar a formar parte definitivamente de los suyos. El Consejo Jerárquico analizó los comportamientos y sentimientos de cada uno de los mestizos y decidió unirlos a los centalphas por los que sentían algún tipo de amor, afinidad o deseo. Eset fue emparejado con una mestiza llamada Aamtarlnox. Una preciosa «mujer» de más de dos metros de altura, con el cabello blanco, largo hasta la cintura, los ojos almendrados de color amarillo, una pequeña nariz recta…

Aamtarlnox pasó a formar parte de la tripulación espacial y junto a Eset fue destinada a la base espacial: la nave tubular que recogió a la Tierra 1 varios siglos atrás.

El deseo de la mestiza por conocer sus raíces la condujo a estudiar los libros antiguos pertenecientes a sus ancestros humanos, averiguar los motivos por los que emprendieron aquel viaje sin retorno. Comprendió que la necesidad de buscar un lugar donde pervivir les empujó a abandonar su planeta natal. Y sus genes humanos despertaron ante la sensación de estar abandonándolos a su suerte. Creyó que ellos, siendo sus nietos, tendrían que haber hecho algo por ayudarles. Aamtarlnox pensó que aún estaban a tiempo. La tecnología que disponía su nueva familia podría procurarle lo que necesitaba. Ellos sí podían hacer viajes en el tiempo sin repercusiones para el organismo, y ponerles en preaviso podría encauzar a sus familiares terrícolas en la buena dirección y evitar así la devastación de la humanidad y del planeta entero. Estaba al tanto de que la Tierra albergaba no solo a toda una civilización parecida a la suya, sino que además existían millones de especies de seres vivos que también merecían vivir.

Chintamani me mostró una reunión en la que se encontraba Aamtarlnox frente a un grupo compuesto de dos científicos y seis

sabios. Lo ocho conformaban el Consejo Jerárquico de los centalphas.

—Ya lo habéis hecho antes —recriminó la mestiza al Consejo Jerárquico en el momento en que solicitó viajar a la Tierra para ayudar a la humanidad—. Podemos viajar y ayudarles.

—Es demasiado tarde para ellos.

—No lo entendéis —dijo nerviosa, elevando el tono—. Ellos son parte de nosotros. Tanto yo como mis hermanos mestizos somos descendientes de ellos. Tenemos genética humana. No podemos abandonarlos a su suerte.

—Han sido sus decisiones las que les han conducido a dicho fin.

—Lo sé. Pero si hubieran sabido que sus actos les conducirían a eso, lo habrían evitado.

—Aamtarlnox, siento decir que tus ancestros no son como tú y tus hermanos. Ellos no tienen el mismo conocimiento que vosotros. Son destructivos. No debemos interferir en el curso de los acontecimientos.

—¿Desde cuándo, desde que no os interesa? ¿Por qué no queréis ayudarlos? No van a venir aquí, solo tienen que salvar su planeta.

—Como tú bien has dicho, ya lo hemos intentado. No entienden. No escuchan. Solo piensan en ellos. Ya tratamos de ayudarles en otras ocasiones y no conseguimos nada. A partir de ahí, aceptamos lo que iba a suceder.

—¿El qué?

—Éramos conscientes de que existía la posibilidad de que vuestros padres llegasen a este planeta, que vosotros nacierais y, en consecuencia, que pasarais a formar parte de nosotros.

—Entonces también sabríais que querríamos viajar a la Tierra para impedir su destrucción.

—Sí. Y después de estudiar las posibilidades, llegamos a la conclusión de que no se conseguiría nada. El resultado siempre era parecido.

—¿Quiere decir que no hay posibilidad de salvarlos, que hagamos lo que hagamos entraran en una decadencia definitiva e irreversible? No puede ser. No lo creo. —Los ojos de la mestiza se llenaron de lágrimas, un efecto biológico que apenas conocía. Los científicos intercambiaron una mirada. Estaban hablando telepáticamente, aunque Chintamani no me desveló su conversación. El silencio les acompañó durante segundos. Aamtarlnox, sabiendo que debatían acerca de su petición, esperó conteniendo su impaciencia.

—Es complicado, Aamtarlnox.

—Solo díganme si existe una posibilidad de salvarlos. Si es así, yo iré a socorrerlos. Por favor. Se lo suplico. Tenemos que hacer algo. Solo necesito una nave y viajar en el tiempo varios años antes a que

nuestros padres fueran lanzados al espacio a bordo de la Tierra 1.

—Tenemos que debatirlo. No es tan fácil como tú piensas. No te puedes mostrar ante ellos abiertamente. No puedes desvelar datos del futuro. No puedes obligarles a tomar decisiones que no quieren o no comprenden.

—Sé que es arriesgado, que hay normas que cumplir, pero necesito hacer algo. Si hay una sola esperanza, deben permitirme hacerlo.

A raíz de las peticiones de Aamtarlnox y la deliberación del Consejo, los centalphas y los mestizos establecieron las bases de un plan de rescate llamado 'Operación Tierra Ancestral'. Sin embargo, la única que deseaba ir a la Tierra fue Aamtarlnox. Una nave madre viajaría al sistema solar y asentaría una base permanente en Venus, desde allí mantendría comunicaciones con su planeta y la plataforma de operaciones que se asentaría en la cara oculta de la luna.

La operativa de rescate estaba en marcha.

La civilización centalpha vivía en una edificación metálica en mitad de la naturaleza. No obstante, aquella estructura no era otra cosa que una de las naves madre que viajaron a Próxima B aterrizada sobre la superficie planetaria en una disposición vertical, alcanzando una longitud superior a los diez kilómetros de altura. El interior estaba distribuido en salas o compartimentos semejantes a un piso de ciento cincuenta metros cuadrados, con altos techos, sin apenas objetos ni mobiliario. Lo llamaban apartados. La inteligencia y movilidad de la propia nave permitía que los apartados y zonas comunes rotaran hasta alcanzar la horizontalidad que sus inquilinos necesitaban para ocuparlas.

Eset y Aamtarlnox se encontraban en lo que se suponía su dormitorio.

—El Consejo Jerárquico ha aprobado mi incorporación a la misión —le dijo Aamtarlnox a Eset.

—¿Te vas?

—Sí.

Eset permanecía impertérrito ante la noticia.

—¿Puedo hacer algo?

—Lo único que podrías hacer es acompañarme.

—Lo siento, pero no voy a ir.

Aamtarlnox le observó confundida, pero no lo juzgó. Su emparejamiento era consecuencia de una «orden» por parte del Consejo Jerárquico para «integrar» a los cuatro mestizos en su raza. Los sentimientos de Eset hacia Aamtarlnox eran neutros. Además,

consideraba que una misión que le alejaría de sus congéneres y en la que no creía, no tenía sentido realizarla. Según sus convicciones, alterar el destino de una civilización atraía acontecimientos inciertos para el resto de la galaxia; si los terrícolas evitaban su extinción, otros serían los expuestos a un final fatal.

—De acuerdo —le dijo ella.

—Estaré aquí cuando regreses.

—Sí.

Chintamani me arrojó a otro momento en el que, por primera vez a lo largo de toda nuestra anexión, sentí alterarse mis emociones.

Se encontraba Eset ante el Consejo Jerárquico. Los ocho miembros le habían requerido. El más anciano de los sabios hablaba:

—Eset. Sabemos que tu enlace con Aamtarlnox no era lo que esperabas. Aunque los hermanos mestizos de Aamtarlnox se han integrado sin problemas, tuviste que enlazarte con la más humana, por así decirlo. Todos sabemos que los humanos son excesivamente impulsivos, que sus decisiones y su falta de consciencia les han acarreado momentos que muchos de nosotros lamentamos. Aamtarlnox era, en cierto modo, así: impulsiva, temeraria e inconsciente. Eset, te hemos hecho llamar porque Aamtarlnox no regresará a este planeta.

—¿Qué quieren decir?

—Su cuerpo ha muerto.

Eset los observaba tratando de adentrarse en sus mentes, conocer toda la verdad, el motivo de su muerte, pero era imposible.

—¿Cómo ha sido?

—Durante el viaje ella experimentó un episodio que le hizo abandonar su cuerpo.

—¿Durante el viaje? No tiene sentido. Tenemos medios para mantener en equilibrio cualquier organismo.

—Su cuerpo no era como el nuestro. Ya lo sabes. Y no se pudo evitar. Se entregó a la misión y esa es la consecuencia.

Los sentimientos de Eset hacia la mestiza no eran tan vacuos como él creía. La personalidad de Aamtarlnox, poco a poco había desquebrajado la armadura que durante siglos le había mantenido frío, distante e insensible.

—¿Y qué hay de la misión?

—Su muerte no es un obstáculo. Seguirá adelante hasta el final.

—Quiero ocupar su lugar, si es posible.

—¿Su lugar en la nave, allí en la…?

—Sí. Quiero formar parte de la tripulación, llevar a cabo el

cometido que ella tuviera asignado. Se lo debo. Es mi decisión.

Los consejeros se miraron unos a otros y deliberaron por unanimidad:

—De acuerdo. Mañana mismo prepararemos una nave para trasladarte.

Asintió.

—Luz en el camino.

—Luz en el camino, Eset.

De pronto vi el globo terráqueo desde la base lunar: una esfera predominantemente azul. Tan perfecta. Tan brillante. Era tan bonita, pequeña y frágil... Noté un cosquilleo en el estómago. Añoranza. Pena. Mis sentimientos humanos —por así decirlo— empezaban a «despertar». Mi consciencia volvía a mi cuerpo; la anexión a Chintamani estaba llegando a su final.

«Gracias, Chintamani. Haré todo lo que esté en mi mano para cambiar nuestro destino».

Una sacudida eléctrica me recorrió el organismo de arriba abajo.

Abrí los ojos. Me encontraba de vuelta, en la nave. Vi el fragmento de Chintamani flotando sobre mi cabeza, a escasos centímetros de mi frente. Yo, me encontraba tumbada sobre una especie de camilla —no la vi con mis ojos, simplemente lo sabía—, de color blanco brillante, parecida al «altar» donde había surgido Chintamani antes de anexarnos. La nave, como si fuera un organismo vivo modelable, se había adaptado a las necesidades de aquel momento.

Chintamani desapareció.

De la comisura de mis ojos caían lágrimas que descendían rodeando mis orejas hasta el cuero cabelludo. Era como si me hubieran arrancado del pecho una parte de mí.

Necesité un tiempo, no sé cuánto, para asimilar lo que había sucedido.

A mis pies se encontraba Eset, que simplemente me observaba.

«Sentías algo por tu «mujer», por Aamtarlnox, si no, no habrías acabado aquí», pensé sin pretender que me oyera. Tan solo estructuraba y asimilaba la experiencia, desde la primera hasta la última escena que me había mostrado Chintamani».

—Lo recordarás todo durante toda tu vida —me explicó Eset, aunque de alguna manera ya lo sabía.

—Sí.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. Gracias.

Me incorporé despacio.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Diez días.

—¿Qué? No puede ser.

—Tus niveles moleculares y energéticos están perfectos.

—Diez días es imposible. Habrán sido diez horas. Aunque también lo dudo, para mí han sido como diez o quince minutos.

—Lo sé, pero ha sido lo equivalente a diez días terrestres.

«Mi padre. Ian. Van a pensar que me ha pasado algo».

—Tranquila, cuando sea conveniente te devolveremos al valle a la misma hora en la que te recogimos. Nadie se enterará.

—¿Para ti también han sido diez días?

—Para mí ha sido la equivalencia a cuatro días terrícolas.

Me quedé perpleja y me pregunté qué habría estado haciendo él durante todo ese tiempo. A fin de cuentas mi consciencia se encontraba en otra parte; él podría haberse ausentado.

—Te prometí que te acompañaría todo el tiempo, y es lo que he hecho.

—¿No te has apartado de mi lado?

—No.

—Entonces, ¿alguien te ha traído la comida? ¿Has dormido aquí?

—Aquí no ha entrado nadie. No he comido. Nosotros nos alimentamos de otra forma. Si bien es cierto que necesitamos determinados minerales, como el silicio o el magnesio, podemos aguantar días sin ingerir nada. Absorbemos la energía y la hidratación del entorno. Y dormir es parecido. Entramos en un estado de meditación que nos permite disminuir el consumo de energía. En ese estado el cerebro descansa. Es como estar dormido de forma consciente.

—Entiendo.

—Si te encuentras bien, me gustaría llevarte a otra sala donde podrás comer algo y, si quieres, dormir.

—No tengo hambre, pero vale. Seguro que me sienta bien.

Eset inclinó la cabeza y esperó a que me bajara de la camilla. Según lo hice, la «estructura» fue reabsorbida por la superficie que pisábamos, quedando un suelo completamente liso.

Caminamos por un pasillo largo y ancho, igualmente iluminado. En aquella ocasión, no nos cruzamos con nadie.

Llegamos a un comedor de aspecto ovalado y de un tamaño inmenso. Había mesas altas con la misma forma que la sala, sillas suspendidas en el aire. En la mitad de cada mesa se podían encontrar varias cúpulas transparentes protegiendo frutas, verduras y otros alimentos que nunca había visto.

Aquella fue la primera vez que me pregunté cuánta gente habría a bordo de la nave.

«¿Por qué no nos habremos encontrado con nadie en ningún sitio?», me pregunté.

—A estas horas la tripulación descansa o se encuentra en el centro de mando. —Se me olvidó que Eset podía escuchar todo lo que se cruzase por mi mente.

—¿Estamos muy lejos de la Tierra?

—No. En el satélite lunar.

—¿Y desde aquí se ve el planeta?

—Sí.

Mi deseo por contemplarlo me provocó un cosquilleo en las tripas, como cuando estás esperando a montarte en una montaña rusa. Sin embargo, sabía que estar a bordo de la nave no era una atracción.

Mientras recorría la sala con la vista, a lo lejos, en la parte de la sala que correspondía a la curva más cerrada de su forma oval, vi varios paneles —o lo que yo pensé que eran paneles— de color negro, de al menos un metro de altura y que ocupaban como poco diez o doce metros de ancho.

—Desde allí podrás ver tu planeta —me dijo Eset, refiriéndose a los paneles.

Sin pensarlo dos veces caminé hacia allí.

Y entonces lo vi: nuestro maravilloso mundo girando despreocupado, ignorando el peligro que corría por nuestra culpa. Los ojos se me humedecieron. Como una niña pequeña deslumbrada por la preciosa muñeca de un escaparate, apoyé ambas manos sobre el panel que tenía delante.

—No te asustes —dijo Eset cogiéndome del brazo.

De pronto, los paneles se volvieron transparentes. Sentí un vuelco en el estómago, como si cayese al vacío. Ahora entendía por qué el centalpha me había sujetado del brazo.

Lancé varios quejidos, varios «ay, ay, ay…» que fueron menguando a medida que entendía que la inteligencia de la nave me estaba permitiendo vivir una experiencia única e inenarrable.

—No me sueltes —le pedí en tono implorante.

—No vas a caer.

—Por si acaso. No me sueltes.

—No.

Y así, como si tal cosa, tuve la sensación de estar flotando en mitad del espacio, como si no existiese la nave que me protegía. Mi cuerpo, en cambio, no se veía afectado por la ingravidez. Tampoco sentí frío ni dificultades al respirar. No existían trajes de protección que

dificultasen mi campo visual o mis movimientos. Me sentía como un tripulante espacial del futuro.

Y mientras yo quedaba absorbida por el espectáculo, observé cómo cada vez más fragmentos de la pared y el suelo se volvían transparentes.

Hasta que vi la Tierra bajo mis pies.

Perdí la noción del tiempo.

—Viene Gireln —advirtió Eset.

En el tiempo que tarda en transcurrir un segundo, la nave volvió a su estado original, dejándome con la boca abierta.

—¿Cómo…?

—Hola, Aumnox —me saludó Gireln a pesar de encontrarse a unos cuantos metros.

—Hola.

—¿Cómo ha ido todo?

—Bien. Gracias.

—Deberías dormir —me dijo Eset—. Come algo y luego te acompañaremos a un apartado.

Gireln y él intercambiaron una mirada.

—Debo irme —dijo Eset.

—De acuerdo.

—Gireln será quien te acompañe a un apartado.

Hizo una inclinación de cabeza y se marchó, dejándome a solas con Gireln.

—Creo que tu experiencia con Chintamani ha sido intensa.

—Sí. Aún estoy asimilando todo lo que está sucediendo, aunque sé que todo es real, parece un sueño.

Me dedicó una cálida sonrisa que me reconfortó; no me estaba volviendo loca.

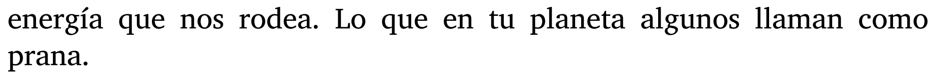
Anduvimos hasta una mesa y me invitó a tomar asiento, luego a coger algo para comer.

—No sabía que vosotros comierais.

—Aquí a bordo hay de todo. Algunos comen, otros no.

—¿Otros no? ¿Cómo puede ser?

—Su composición es básicamente energía; la corporeidad que alcanzan es semejante al humo. Han trascendido la materia, de modo que no necesitan alimentos sólidos ni líquidos, solamente la propia


energía que nos rodea. Lo que en tu planeta algunos llaman como prana.

—Entiendo. ¿Te puedo preguntar algo?

—Sí.

—¿Tú eres centalpha?

Volvió a sonreírme.

—Soy de padre centalpha y madre mestiza.

—Eso quiere decir que parte de tus genes son humanos, ¿no?

—Sí. En el fondo estoy emparentada con la raza humana.

De golpe me sentía más cercana a ella.

—¿Sabes? Desde el principio tuve la sensación de que os conocía de antes. Llegué a pensar que se trataba de los contactos que entablasteis conmigo cuando era una niña, pero ahora empiezo a pensar que una parte de mí sabía que erais mucho más que seres extraterrestres.

—Para nosotros sois… —se quedó pensativa—, algo así como hermanos menores a los que hay que cuidar.

—Qué irónico, ¿no? Algunos de los vuestros descendéis de nuestros hijos y aun así nos consideráis «menores».

—Sí.

—Pero…

De pronto me quedé bloqueada.

—¿Estás bien?

—No lo sé.

«¿Qué pasará con vosotros?». Gireln escuchó mis pensamientos.

—No te preocupes por nosotros.

—Estáis aquí porque queréis evitar que suceda lo que Chintamani me ha mostrado.

—¿Te ha mostrado la misión Tierra 1? —Creo que preguntó meramente por cortesía; debía haberlo leído en mi mente como tantas otras cosas.

—Sí. Eso y que la mujer de Eset era mestiza y fue la precursora de la misión y murió antes de llevarla a cabo, y que por eso Eset está aquí.

—¿Y tu miedo es…?

—¿Qué pasa si conseguís que el futuro cambie? ¿Qué pasará con los hijos de esa unión entre humanos y centalphas? ¿Qué pasará contigo, por ejemplo?

—No te preocupes por nosotros. Esa línea de tiempo ya está abierta, no se puede cerrar, no se puede cambiar. Aunque se modifiquen los acontecimientos venideros relativos a tu planeta, lo que te ha mostrado Chintamani ya sucedió y sigue su curso.

Arrugué el ceño tratando de entenderlo. Me parecía auténtica

ciencia ficción, aunque he de reconocer que de algún modo ayudó a que me tranquilizara.

—Será mejor que comas algo y te acompañe a tu apartado. Mañana, antes de devolverte a la tierra, al momento en que viniste con nosotros, debemos mostrarte algo.

—De acuerdo.

Miré la cúpula que protegía los alimentos, dispuesta a elegir alguna pieza de fruta. Había alimentos de cualquier época del año.

«Un plátano y…».

Miré las manzanas, las uvas, las peras, el melón, los melocotones… A cualquiera de ellos les encontré una pega, no tenía cuchillo para pelarlo o trocearlo, y a las uvas les quitaba siempre las pepitas.

«Un plátano y una naranja. Supongo que tendrán algún tipo de cubo de la basura cibernético —pensé, sintiendo que el mundo que yo conocía y del que venía aún estaba en una especie de “segunda fase” de la prehistoria».

La cúpula desapareció como por arte de magia. Me incliné con el mayor disimulo que pude para ver si se trataba de un efecto óptico, pero no, el vidrio, metacrilato o lo que fuese aquel material, desapareció.

—Coge lo que quieras. Las cáscaras las puedes dejar sobre la mesa. Los desechos orgánicos los empleamos para hacer combustible o abono, como decís vosotros.

Después de comerme la fruta, Gireln me acompañó a otra sala, más pequeña, parecida al «dormitorio» que Eset y su pareja tenían en Próxima B y que me mostró Chintamani.

Caí rendida.

CAPÍTULO 20

Cambio de planes

Desperté sobresaltada. No sabía dónde me encontraba. La luz se hizo alrededor. Eset entró en el apartado.

«Ha sido todo real —me dije».

—¿Has descansado?

—Sí, gracias.

—Debes hidratarte.

«Necesitaría una ducha».

Aunque fuese más por la idea de que llevaba diez días sin lavarme que por el mero hecho de sentirme sucia u oler mal, echaba de menos el contacto del agua con mi piel. Tampoco me había dado cuenta de que desde que llegué a la nave no había ido a un cuarto de baño.

—Allí, tras aquella puerta hay un…, «aseador». Te hemos dejado ropa limpia.

Se me arrugó el ceño y con cierto disimulo traté de olfatearme.

«¿Sabrían que querría ducharme o es que para ellos huelo mal?».

Me ruboricé.

—Te estaremos esperando aquí fuera.

Dio media vuelta y se fue.

Me metí en el cuarto de baño; el aseador, como él lo llamó. Aquella sala era impresionante. Espaciosa. Brillante. Rara. La recorrí con la vista. Al menos tendría veinticinco metros cuadrados. De forma redonda. En la zona central, el techo caía abombado, como un gigantesco queso de tetilla puesto bocabajo queriendo tocar el suelo. Empecé a recorrer el «aseador» siguiendo su forma circular.

De pronto me topé con una pieza circular con forma de jarrón que parecía un retrete moderno. La tapa se abrió según me acerqué.

Lamenté no haber pedido instrucciones a Gireln o a Eset antes de que me dejaran a mi suerte.

«¿Y si no es una taza del váter?

»¿Y qué va a ser, si no? No puede ser otra cosa.

»Joder, hay que fastidiarse».

Lo dejé pasar; aún podría aguantar un rato más sin orinar.

Seguí el recorrido. En una encimera de cristal había un traje parecido al de ellos. En el suelo unas botas de media caña que parecían hechas con un tejido parecido al cuero.

«Esta debe ser la ropa limpia».

Con mis dedos a modo de pinzas, lo cogí y lo alcé hasta situarlo a la

altura de mi vista, dejando que el pliegue se deshiciera y el mono colgase libremente. Pesaba menos de lo que hubiera imaginado.

«Uf. Solo espero no pasar frío con esto. Eso sí, es bonito».

Me sorprendí sonriendo.

Terminé el recorrido: ni rastro de una bañera o un plato de ducha. La única cosa que se diferenciaba de lo demás, de un color ligeramente azulado, era una superficie plana en forma de círculo colocada en mitad del cuarto, justo coincidiendo con la parte más baja del techo que bajaba abombado. Me acerqué y lo observé. No tenía sentido. Si eso era un plato de ducha, ¿de dónde se suponía que salía el agua? ¿Dónde estaba el sumidero, el gel para enjabonarse el cuerpo o el champú para lavarse la cabeza? Tampoco vi que hubiera toallas en ningún sitio.

«En serio, le tenía que haber pedido que me explicasen cómo funcionan las cosas».

Suspiré resignada.

Asomé la cabeza para observar más de cerca en qué consistía ese psicodélico diseño en el que el techo parecía querer tocar aquel extraño círculo gris del suelo. A pesar de que la parte central descendía al menos un metro y medio, la parte más próxima al suelo tendría una altura de un par de metros. Automáticamente, una pequeña tapa circular se deslizó hacia un lado, dejando a la vista una especie de alcachofa sin agujeros. Gracias a la sutileza del movimiento no me asusté, por lo que me quedé observándolo: aquello parecía que estuviese recubierto por una tela azulada brillante y porosa. Creo que fue el hecho de quedarme allí como un pasmarote lo que provocó que se activara algún tipo de mecanismo o sensor haciendo que un chorro de agua comenzara a salir del mismo. El agua me cayó en toda la cara y ahí sí que di un respingo. La temperatura era perfecta, pero no me esperaba aquella «bofetada». Agaché la cabeza y vi que el agua se filtraba por la plataforma circular del suelo, como si las gotas fueran atraídas por algo situado por debajo de aquella superficie, como si en vez de agua fuera mercurio. Se me alzaron las cejas. Era fascinante. Más allá de la plataforma, el resto del suelo estaba completamente seco, no entendía cómo no le había salpicado ni una sola gota. Me aparté unos centímetros para comprobar si el chorro cesaba por sí mismo. Y efectivamente, cesó.

Suspiré.

—Bueno, pues es hora de ducharse.

Me desvestí y me coloqué en mitad de suelo circular. El agua no tardó en caer, ajustándose sin problema a mi temperatura corporal. El vapor comenzó a rodearme, a formar una especie de tubo; los

contornos eran tan limitados que parecía que hubiese una mampara transparente a mi alrededor. Lo observé, pero no vi ningún material, de modo que traté de palparlo. Nada. Saqué la mano más allá de la cortina de vaho y sentí el aire seco.

«¿Cómo narices harán esto?».

Después de estar varios segundos abstraída y disfrutando del agua chocando contra mi cuerpo, esperé a que de la nada apareciese algún tipo de jabón con el que enjabonarme, pero no hubo suerte.

«Vale. Pues sin jabón».

Estaba exultante. Me sentí tan feliz…

Salí de la ducha. El agua se cortó. El vaho desapareció en un abrir y cerrar de ojos, al igual que mi cuerpo y mi cabello, que se secaron como efecto de la misma mágica tecnología.

Me puse el enterizo y las botas y me dirigí a la puerta. Antes de abrirla, Gireln entró.

—Lo que has visto en el «aseador» es lo que pensabas. —Arrugué el ceño—. Es un…, retrete.

Me ruboricé.

—Ah, vale. Gracias.

—No debes forzar tanto a tu cuerpo. Durante estos diez días lo hemos controlado nosotros, para que tu energía y desechos fueran evacuados de forma regular, pero ahora que vuelves a ser autosuficiente, debes volver a saciar las necesidades biológicas de tu organismo. Como todos.

—De acuerdo.

—Nosotros no utilizamos papel, pero tranquila, quedarás aseada cuando acabes. —Asentí—. No tengas prisa. Te esperamos afuera.

Salí de mi apartado. Gireln y Eset me esperaban como si fuesen un par de guardaespaldas.

Después de acompañarme a «desayunar», empezaron un tour por la nave. En ese recorrido sí nos cruzamos con seres de una apariencia distinta a la suya. Unos me recordaron a los que salen en las películas de ciencia ficción: delgados, de una altura inferior al metro y medio, con la cabeza ligeramente grande en comparación con el resto de su estructura ósea, con los ojos grandes y separados, con unos iris proporcionados de color negro o azul oscuro, sin vello ni cejas, nariz pequeña, labios finos, orejas minúsculas y pegadas a la cabeza, y un

bulto del tamaño de una almendra a la altura de su tercer ojo. La expresión de sus rostros era armoniosa, angelical, como la de un niño de tres o cuatro años. Su piel era gris perla, sus venas oscuras. Las veces que nos los cruzamos siempre los vimos en grupos de cuatro.

Atravesamos un pasillo de al menos medio kilómetro de longitud.

—Estamos en la nave madre de la base 1 —indicó Gireln.

—En la Luna —aclaró Eset.

—Oh, Dios mío.

El pasillo se volvió transparente y el corazón me dio un vuelco. Sentí vértigo y euforia a partes iguales. A escasos metros se veía la superficie lunar. Me quedé paralizada mirando hacia abajo. Eset y Gireln me esperaron con paciencia. Acabé en cuclillas y con las manos en el suelo tratando de ver cada detalle de nuestro satélite. Volví a emocionarme.

—Lo siento —dije irguiéndome después de que pasaran unos segundos.

—Tranquila. Aunque para nosotros es normal, entendemos tu reacción —me excusó Eset.

Dieron media vuelta y prosiguieron.

—Ayer te dijimos que te queríamos mostrar algo antes de devolverte a la Tierra —apuntó Eset, adelantándose a mi pregunta de «¿a dónde vamos?».

—Sí.

—Nosotros vivimos en la base 1. Gracias a la misión Tierra Ancestral, hemos redescubierto una incalculable diversidad de especies silvestres de flora y fauna que hemos considerado necesario conservar. Querríamos mostrártelo.

Me condujeron por la nave, mostrándome lo que Víctor ya me adelantó en nuestra charla en el Gobi: el invernadero, los seres de otras razas, la sala donde se veían…

Desde una ventana se podían observar a un grupo de personas paseando con calma dentro de una sala ovalada, diáfana y sin ningún tipo de objeto a su alrededor. Tan solo se encontraban lo que parecían hombres y mujeres terrícolas vestidos con un enterizo como el que me habían facilitado a mí.

«No pretenderán que me meta ahí con ellos, ¿no?».

Eset me miró. Había «escuchado» mis pensamientos, y me respondió:

—No. Tu misión no es esa.

—¿Quiénes son?

—Son humanos. Nosotros los llamamos antrophales.

—¿Antropales? ¿Por qué? ¿Qué hacen ahí?

—Todas esas personas que ves son humanos recuperados de la Tierra en momentos de catástrofes.

Arrugué el ceño.

—No sé si entiendo lo que quieres decir.

—A lo largo de los dos últimos siglos hemos ido recuperando vidas de algunos acontecimientos catastróficos, como terremotos, maremotos, tsunamis o incluso genocidios provocadas por el hombre, como las bombas de Hiroshima y Nagasaki, o los atentados en las Torres Gemelas de Nueva York.

Y de pronto, empecé a evocar imágenes sueltas sobre mi madre. Entre ellas, algunas que no recordaba haber presenciado nunca con mis propios ojos: mi madre se encontraba en mitad de aquella sala en la que los antrophales caminaban en armonía, cruzándose unos con otros, mirándose a los ojos, con los brazos a la altura del pecho, doblados y con las palmas hacia el frente; otros con los trazos elevados hacia el cielo. Alguien llamaba su atención. Era el propio Eset. La conducía fuera de la sala hasta otra en la que aguardaba el pleno del Consejo. Hablaban con ella. Ella se mostraba feliz, comprometida. Asentía ante las instrucciones que le daban. Después de aquello, Eset y mi madre caminaban a otra sala de menor tamaño. Un técnico los esperaba. Después, no vi nada más.

—¿Mi madre…?

—Sí. Tu madre ha convivido con nosotros durante una larga temporada —respondió Eset a la vez que mi corazón se agitaba descontrolado—. El 18 de abril de 1906, se produjo un movimiento sísmico en la ciudad de San Francisco, Estados Unidos. Fue un terremoto fuerte; provocó la muerte y desaparición de más de tres mil humanos.

—¿Qué tiene que ver eso con mi madre?

Mi mente voló a un fragmento de la conversación que mantuve con Enrique Paz durante nuestro traslado dentro del transiberiano: «Estos seres nos vienen avisando de muchas catástrofes naturales y humanas que podríamos evitar. En cambio, las autoridades nunca han hecho caso a sus advertencias. Eso ha provocado la muerte de muchos miles de personas en todo el mundo… Ante la impotencia que también les causa a ellos, aprovechan para rescatar a algunos de los afectados». «No entiendo», le respondí. A lo que él continuó: «Sí. Se los llevan de aquí; los trasladan a sus bases para enseñarles otra forma de vida, de convivencia…, sus valores».

—Eso es —confirmó Eset—. Tu madre fue una antrophal. Después de varios años con nosotros llegó su momento de devolverla a la Tierra. Estaba preparada para participar en la misión Tierra Ancestral.

—¿Quieres decir que...?

—Tu madre fue rescatada del sismo de San Francisco. Cuando lo hicimos, ella apenas tenía veintitrés años.

Por un momento me quedé perpleja. El corazón me bombeaba a un ritmo frenético. Tampoco fui consciente del tiempo que permanecí en shock. Solo me percaté de que el gigante de aspecto nórdico guardaba silencio ante mi enmudecimiento. Si controlaba mi energía y mis constantes, como tantas otras veces en el pasado, ya no me importaba.

Todo se convirtió en silencio, como si me sumiese en la nada. Mi cuerpo no se movía. Un figurín de un escaparate cualquiera poseía más vitalidad que yo en ese instante.

Cerré los ojos y respiré despacio. Me acordé de mi padre, de las veces que me contó cómo conoció a mi madre. «Apareció allí, como si hubiera surgido de la nada».

«La dejaron ellos —pensé—. Pero ¿por qué con él? ¿O acaso daba igual con quién se casase?».

—Tu madre fue quien eligió a tu padre. Ahí no tuvimos nada que ver. Los antrophales saben leer la energía de las personas, sus mentes y sus intenciones. Tu padre era una persona amable, compasiva, amorosa…, por eso lo eligió.

—¿Y en ningún momento le manipuló la mente?

Guardaron silencio.

—¿Acaso mi padre vivió una mentira? ¿Realmente no le quería, solo le utilizó?

—No. Fue todo real. Los sentimientos de tu madre por tu padre fueron reales, igual que los de él hacia ella.

«Son demasiadas cosas —pensé, llevándome la mano a la frente, inclinando la cabeza».

—Sabíamos que cuando vieras a los antrophales despertarían tus recuerdos.

—Sí, claro que lo sabíais —dije resignada—. ¿Y en qué beneficia que lo sepa? ¿Acaso voy a cumplir mejor mi supuesta misión?

—Tal vez así no te sientas tan sola. Tu madre también estaba comprometida con ella. Al igual que vosotras, hay muchos humanos más tratando de cambiar el curso de los acontecimientos.

—Entonces ya está. Se cambiarán —dije tratando de autoconvencerme.

—Lo que te mostró Chintamani es lo que sucederá si no se toman medidas drásticas. Y nosotros no podemos llevarlas a cabo directamente.

—Entonces vamos mal. Ellos ya están haciendo cosas para solucionarlo y no funcionan, y yo no creo que pueda hacer más.

—Chintamani te ha elegido por algo que yo no entiendo. Supongo que eres la única que puede conseguirlo.

—Se equivoca. Os equivocáis todos. Yo no puedo cambiar la mente de las personas. Solo soy una de entre los siete mil quinientos millones de habitantes de la Tierra. Una. ¿Entendéis?

—No es necesario que cambie todo el mundo a la vez. Con que la suficiente masa crítica obre de forma correcta, hacia el bien común, será suficiente.

Los observé a los ojos, primero a Eset y luego a Gireln. La sensación de no poder hacer nada me abrumaba, me sentía superada por las emociones, la información y la carga de cambiar algo que se antojaba inmodificable.

—Déjate guiar por tu intuición. No estarás sola —me animó Gireln; fue cuanto habló durante toda la conversación.

Le respondí con un gracias, aunque mis labios no se vieron con fuerzas para articular la palabra.

—Es hora de regresar —comunicó Eset.

—Está bien.

Deshicimos el camino hasta situarnos en la sala indicada. Allí se encontraban todas mis pertenencias.

—Debo ocupar mi sitio para regresarte —me dijo Gireln a modo de despedida. Inhalé con fuerza—. Volveremos a vernos, Aumnox.

—Eso espero.

—Seguro. Luz en el camino, hermana terrícola.

Y sin pensarlo dos veces, acorté los dos metros que nos separaban y la abracé. Ella se quedó inmóvil durante unos segundos, hasta que finalmente apoyó sus manos en mi espalda.

Cuando me separé, mis ojos estaban llenos de lágrimas y ella me miraba con ternura.

—Lo conseguirás. Confiamos en ti.

Dio media vuelta y se alejó varios metros mientras yo me enjugaba las lágrimas. Se situó enfrente de Eset y de mí. Realmente sentía que estaba a punto de separarme de una hermana. Colocó su mano izquierda con la palma hacia arriba y de la nada surgió un destello azul eléctrico que se convirtió en un teseracto. El hipercubo comenzó a moverse sobre sí mismo.

Al llevar la mirada a Eset me encontré con sus grandes ojos observándome. Y entendí que no quería volver a alejarme de él. Mi corazón se aceleró. Respiré hondo para contener mi pena. Mi angustia. Mi miedo. Debía irme. Continuar escribiendo. Difundir su mensaje.

Deseé abrazarle, pero en su lugar alcé el brazo con la palma de la mano hacia él. Automáticamente, él hizo lo mismo, hasta tocarme. Un

escalofrío me recorrió el cuerpo.

«Voy a conseguirlo», pensé.

Una luz azul lo envolvió todo.

—Te vamos a devolver al valle del que te recogimos, pero dos horas antes. Te dará tiempo a volver a casa antes de que anochezca —escuché que me decía Eset.

—De acuerdo. Gracias.

—Luz en el camino, Aumnox. Estaremos cerca.

—Luz en el camino.

Desaparecieron. La nave. Ellos. Todo.

Me encontraba en el valle, rodeada de vegetación, de animales, de vida. El aroma a naturaleza penetró por mis fosas nasales provocando que rompiese a llorar. Pena. Alegría. Miedo. Esperanza. Amor. Alcé la vista hacia el cielo deseando verles una vez más, cerciorarme de que no me había vuelto loca o sufrido algún tipo de episodio de desorientación, deshidratación o algo por el estilo. Sobre mi cabeza, a varios metros de altura, vi su nave y a ellos a través del suelo. Ambos alzaron la mano a modo de despedida. Yo obré del mismo modo. Volví a llorar.

CAPÍTULO 21

Una visita inesperada

Me senté en unos minutos mientras me serenaba. Miré la hora en el móvil: las 17:52.

«Te regresaremos un par de horas antes a que se haga de noche», me dijeron y así hicieron. Tenía tiempo de sobra para volver al coche. Además, el camino no tenía pérdida.

«Sigo sin cobertura».

Me miré el cuerpo; aún llevaba puesto el enterizo que ellos me dejaron.

«¿Será normal que no me hayan pedido que se lo devuelva? Tal vez es para que tenga una prueba de que lo que he vivido ha sido real. O puede que en cuanto me lo quite lo recuperen de alguna forma tecnológica que desconozco, como si lo abdujeran o algo por el estilo. —Suspiré—. Será mejor que regrese».

La mochila se encontraba a mi lado. Por pura curiosidad, la abrí. Junto a las demás cosas, encontré la manta en la que había estado tumbada cuando vinieron a por mí y la ropa que me quité para ducharme.

«Mejor me pondré mi ropa encima, no vaya a ser que me cruce con alguien y se asuste al verme vestida de esta forma», pensé. Yo misma trataba de quitarle hierro al asunto, pero no me sirvió de mucho.

No tardé en ponerme en marcha. Con la mochila a cuestas, deshice el camino que me llevó a la experiencia más insólita y maravillosa de mi vida. A lo largo del sendero no me crucé con nadie. Estaba a punto de anochecer cuando llegaba al parking. Allí sí vi, a lo lejos, a varias personas, aunque creo que ellos no se percataron de mi presencia.

Cogí el coche y regresé a la casa.

Y durante el trayecto: silencio. Todo lo que escuchaba era silencio. Un silencio que se percibía más allá del rugido del motor o de los árboles al pasar o del aire azotando contra sus copas. Silencio. Silencio y paz. Aunque la paz traía consigo añoranza y la añoranza una fuerte carga de responsabilidad y angustia.

Llegué a la casa y solté mis cosas encima de la mesa de la cocina. Cogí una cacerola y le eché agua para hacerme una infusión. Empecé a desvestirme mientras pensaba en cómo llevaría a cabo el trabajo que me habían asignado. Un trabajo que además no tenía ninguna especificación. Ayudar a revertir el futuro, sí, pero ¿cómo? Me sentía desubicada.

«Mañana seguiré escribiendo. Contaré todo lo que me ha pasado. Supongo que, como decían, encontraré el camino. Debo confiar».

Mientras el agua se calentaba, fui al dormitorio y me puse el pijama.

Luego regresé a la cocina y me preparé una tisana de menta poleo. Mientras reposaba, encendí la chimenea. Cogí el portátil, el cuaderno, un boli, la infusión y me los llevé al dormitorio. Sobre la mesilla, la infusión dibujaba arabescos. Me coloqué el portátil sobre las piernas. Lo encendí dispuesta a releer las últimas líneas de mi libro, tomarme la infusión y luego dormir. Pero no pude. Después de releerlas, continué escribiendo por donde lo había dejado. A un ritmo incontrolable, frenético, como si no fuese dueña de mis actos. Tanto fue así, que no pegué ojo en toda la noche.

Las siguientes cuarenta y ocho horas fueron más de lo mismo: escribir, beber infusiones, dormir en intervalos de tres o cuatro horas, comer alguna pieza de fruta, ir al baño de forma fugaz y seguir escribiendo. En tiempo récord conseguí recopilar, distribuir y plasmar toda la información que debía o sentía —o ambas cosas— escribir.

Estaba durmiendo cuando oí tres golpes secos en la puerta. Me costó coger fuerzas para salir de la cama. Fuera del abrigo del nórdico y la manta, hacía frío, las temperaturas debieron bajar varios grados durante la noche.

«Debe ser Isabel. No sé cuándo debo volverle a pagar. ¿Qué día es hoy?».

—¡Ya voy! —grité despreocupada.

Eché un vistazo a través de la mirilla.

—No puede ser —susurré. Por un momento me quedé paralizada. Los labios me dibujaron una sonrisa. Las llaves colgaban de la cerradura. Deseché la llave, nerviosa. Me peiné con la mano derecha mientras que con la otra sujetaba el pomo. Me observé: estaba visible. Abrí.

—Muy buenos días, Aurora.

Sonreí como una niña que acaba de ver el árbol de Navidad lleno de regalos.

—Pero… ¿Se puede saber qué haces aquí? ¿Cuándo has vuelto?

—¿Acaso no has intuido que vendría?

—¿Intuido? La verdad es que no he tenido tiempo para nada que no

fuese escribir. Pero, pasa; no te quedes en la puerta. Hace un frío de mil demonios.

—Tan exagerada como siempre.

Le notaba cambiado, pero hacía tanto tiempo que no le veía que podría deberse a eso. Nada más entrar me acerqué a él para darle un abrazo. Él me rodeó con sus brazos y me apretó con firmeza. Era bonito que hubiéramos acabado siendo tan buenos amigos.

Cuando nos separamos, pude apreciar con detenimiento sus facciones: estaba tenso y, aunque trató de dedicarme una sonrisa, en sus ojos pude leer que sucedía algo. Nunca fue bueno fingiendo.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo me has encontrado? —le pregunté inquieta. Su gesto se endureció.

—Eso debería preguntártelo yo a ti. ¿Qué está ocurriendo?

—Nada. Bueno. No sé. Sí, han pasado cosas, pero… ¿Qué pasa, Víctor? ¿Por qué estás tan inquieto?

Se apartó y miró al suelo negando con la cabeza, pensativo.

—No hago más que ver…

—¿Qué? Continúa.

—Tienes que ponerme al día, Aurora.

—Pero… ¿Y tú? ¿Te ha contactado Eset? ¿Qué pasa?

—No. No es eso.

—¿Entonces?

—Te lo contaré después de que me cuentes lo que ha pasado.

—¿En serio? ¿Y por qué das por hecho que ha pasado algo? Además, no puedes dejarme en ascuas.

—Lo siento, pero debemos hacerlo así. No sé hasta dónde sabes. Tal vez si hablo más de la cuenta…

Examiné su expresión. Su hermetismo estaba provocándome la misma inquietud que él traía consigo.

—Está bien. Pero no sé por dónde empezar. Desde que te dejamos en el aeropuerto del Gobi han pasado tantas cosas que… —Víctor me dedicó una de esas miradas de exjefe, «hermano mayor» y amigo que tanto le caracterizaban—. En fin. Vayamos al comedor. Voy a encender la chimenea. —Le di la espalda. Aún estaba desconcertada. Necesitaba unos segundos para poner en orden mis pensamientos—. ¿Cómo me has encontrado?

—Es una larga historia —dijo caminando detrás de mí—. Empieza tú.

Se me escapó un suspiro demasiado sonoro.

—Vale.

Escuché cómo se acercaba un par de pasos mientras yo me agachaba a coger un leño para echarlo a la chimenea.

—Siéntate —le pedí sin mirarle a la cara. Comencé a hablar mientras seguía manipulando los troncos y encendía el fuego—. Después de lo del Gobi… Cuando regresamos, Ian me esperaba en el aeropuerto como si nunca me hubiera ido. Sin embargo, aquella experiencia lo cambió todo. Hemos continuado haciendo nuestra vida, saliendo juntos; incluso, conviviendo. Durante todos estos meses no había vuelto a tener ningún contacto con ellos. Me refiero a Eset y Gireln. Hasta que hace unos días… Dios, es todo tan complejo… Me ha pedido que me case con él —dije irguiéndome y mirándole, volviendo al tema de Ian y mío. Víctor no contestó. Me acerqué hasta el sofá y me senté a su lado. Él me siguió con la mirada—. A la madrugada siguiente a que me pidiera matrimonio vine para acá. No me digas por qué. Simplemente sentí que debía hacerlo. Así que hice las maletas y aquí estoy. Desde que llegué he estado escribiendo como si estuviera loca. Es la única forma que concibo para…

—¿Para cambiar el destino? —preguntó, terminando la frase que yo había dejado a medias.

—Sí. Supongo. ¿Tú no sientes que debes hacer algo?

—Sí.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Cómo vas a ayudar? Es algo que desde el primer día me ha estado quitando el sueño, el «cómo».

—Ya lo estoy haciendo.

—¿En serio? ¿El qué?

—Estando aquí.

Se me arrugó el ceño. Parecía que me estaba tomando el pelo.

—No tiene gracia, Víctor.

—No. No la tiene. Nadie ha dicho que la tenga. —Guardé silencio escudriñando su rostro—. Llevo varios días «viendo» que me necesitabas, por eso te he buscado y he venido. Le pregunté a tu novio dónde podía encontrarte y él me dio la dirección. Algo me dice que mi forma de ayudar a cambiar el destino, como tú dices, es ayudándote a ti. —Se me hizo un nudo en el estómago—. Pero sigue, dime qué más ha sucedido en este tiempo.

Durante un par de horas le estuve poniendo al tanto de lo que había pasado. Le narré mi experiencia con Eset y Gireln dentro de la nave, mi anexión a Chintamani, y lo que me mostraron antes de devolverme a la Tierra. Él escuchaba absorto, con la mirada perdida en el fuego, a veces, incluso con los ojos cerrados, como si pudiera ver mi relato.

—Ahora empiezo a entenderlo —dijo, abandonando el sofá y situándose frente a la chimenea.

—Pues yo no, ¿me lo vas a explicar?

—Necesitamos ayuda.

—No me digas —repliqué sarcástica.

—Es más complejo de lo que había imaginado.

—Víctor, necesito que me cuentes tu versión de lo que está pasando.

—De acuerdo. —Se giró hacia mí y comenzó a hablar. A su espalda, las llamas se movían creando sobras—. Después de estar en el desierto de Gobi fui a muchos sitios: Chile, Perú, Ecuador… He pasado todo este tiempo solo, evitando interactuar con las personas. Necesitaba estar en silencio. Mi actividad principal era meditar y visitar sitios que de una manera u otra sentía que podrían ofrecerme alguna respuesta. El destino me llevó a la Cueva de los Tayos, ubicada en la selva virgen de la República del Ecuador. Un grupo de lugareños me acompañó. Es un lugar mágico, Aurora. No te puedes hacer una idea de las sensaciones que se llegan a experimentar allí dentro. —Se le percibía embriagado por los recuerdos. Yo, en cambio, no comenté nada, me limité a escuchar, tal y como él lo había hecho antes conmigo—. Aquella cueva ha sido un lugar de misterio para muchos exploradores. Hasta el exastronauta Neil Armstrong pasó casi una semana en su interior. —Agachó la mirada hacia el suelo y calmado, tomó aire—. Pasé cuatro días bajo tierra. Un equipo de lugareños me ayudó en el descenso, les pagué para que me esperaran el tiempo que necesitase, que no sabía cuánto sería.

»Aquellos cuatro días… Aurora, la vida es muy distinta de lo que creemos; a lo que cree la mayoría. No estamos solos, ni fuera ni dentro de este planeta. El primer día de exploración lo pasé vagando por unos pasadizos con el techo muy bajo; no podía caminar erguido. Había cámaras de aire cada cierta distancia. Unas cámaras que eran todo lo contrario a los pequeños pasadizos que conducían a ellas. Al llegar a las cámaras, los techos abovedados se alzaban a más de cuatro o cinco metros de altura. El aire era limpio. Puro. No sé cuántas horas medité allí dentro. Los minutos transcurrían como un suspiro. Contrariamente a lo que cualquiera pudiera pensar, me sentía a salvo, fuera de todo peligro.

»El segundo día fue más de lo mismo: pasadizos, cámaras de aire, meditación, comer, dormir y deleitarme con aquella construcción no natural.

—¿A qué te refieres con «no natural»?

—Cualquiera de las cavidades de la cueva, salvo la chimenea de acceso, están lejos de la libre disposición de las formaciones geográficas. Los pasillos son paredes, suelos y techos planos, lisos, sin muescas, sin fisuras, sin bultos, como si una máquina los hubiera pulido o dispuesto allí. Llegué a encontrar columnas con biseles o

pasillos con canales perfectamente construidos. Aquello no lo ha hecho la madre naturaleza. Aunque, por supuesto, el paso de los años no lo mantiene como debieron ser en sus orígenes.

»El tercer día, continué el trayecto que tracé en el momento en que puse el primer pie bajo tierra. Uno de los pasillos me condujo a una especie de cámara de aire distinta, más grande, con agua, como una enorme piscina de forma rectangular, casi cuadrada. La observé durante minutos. El agua estaba oscura; por mucho que la alumbrases con la linterna no se veía nada. Tampoco tenía forma alguna de averiguar cuánta profundidad podría haber. No sabía si debía cruzarla. Estaba al tanto de los «accidentes» que se producían en las inmediaciones de la cueva, pero también de los que tenían lugar dentro de ella. Llegué a pensar que aquella cámara era una especie de cortafuegos para impedir que las personas se adentran más. Pero ya me conoces, aun a riesgo de ser mordido por algún reptil venenoso o ser engullido por el agua, metí la primera pierna buscando un piso firme; y lo encontré. El agua me alcanzaba la cadera. Estaba fría. Metí la otra pierna y comencé a cruzar la cámara hacia el siguiente pasillo. Según lo atravesaba, las sensaciones de lo que pisaba iban cambiando: arena, luego roca, después fango… Finalmente, llegué al otro lado y continué el camino. El siguiente pasadizo era diferente a los demás, la entrada era pequeña, pero a medida que la transitabas, su techo se alzaba más alto, hasta el punto de poder caminar erguido.

»Entonces, fue cuando llegué al lugar más bonito que pudiera haber imaginado en la vida: una sala circular, con las paredes color arena, como la del desierto, iluminada gracias a algún tipo de tecnología o disposición matemática, que filtraba la luz del exterior y la «cruzaba» de lado a lado, tal vez mediante un entramado de cristales o espejos que no alcancé a ver. Además del pasadizo que me condujo a ella, al otro lado se abrían tres cavidades de menor tamaño. Era como estar en la entrada de un laberinto. No sabía qué hacer, si quedarme allí o explorar las «puertas», ver hacia dónde me conducirían. Perdí la noción del tiempo contemplando los pasadizos. Y… En un par de ocasiones tuve la sensación de estar siendo observado.

»¿Has oído hablar de los Sunkies o Amaikok?

—No. ¿Qué es eso?

—Yo pensaba que eran leyendas. Son unos seres, no humanos, que habitan en zonas de naturaleza.

—¿Te refieres a algo así como un hada o un gnomo del bosque?

—Eh… No. Me refiero a una especie de guardianes que custodian enclaves de poder. Ha habido varios espeleólogos/investigadores que aseguran haberse topado con estos guardianes en sitios como la Cueva

de los Tayos, la selva del Paititi, aquí en Monte Perdido, en Machu Pichu… Son seres pequeños, con una fisonomía parecida a la de un niño de siete u ocho años, delgados, con los miembros largos, algo desproporcionados a su tronco y su cabeza, con grandes ojos oscuros, almendrados, con la nariz pequeña, casi inapreciable, boca fina, dando la sensación de que no tuviesen labios. Sin pelo. Orejas diminutas. O, más que orejas, con unas sutiles protuberancias en el lugar donde nosotros tenemos las orejas, dejando su pabellón auditivo bastante desprotegido.

—Los describes como si los hubieras visto.

Se sonrió de medio lado. Alzó la vista, cruzando nuestras miradas.

—Los he visto, Aurora. Y tanto que los he visto. No te puedes imaginar las sensaciones que recorrieron mi cuerpo. Era como estar en otro mundo, entre seres celestiales. Transmitían una energía suave, cálida, apacible, embriagadora. Era como volver a ser un bebé y sentirte acunado por tu madre, en su confortable y protector regazo. Fue allí, ante la bifurcación de los tres pasadizos, después de estar ni se sabe de tiempo mirándolos y tratando de intuir qué podría encontrar si atravesaba cualquiera de ellos, cuando decidí pararme a descansar y meditar. Ignoro cuánto tiempo llevaba en ese estado, cuando de pronto escuché pasos alrededor. No te puedes imaginar el vuelco que me dio el corazón. Y mi reacción en vez de levantarme y salir huyendo, fue prácticamente lo contrario. No quería moverme, como si aquel detalle me fuera a ayudar a pasar desapercibido. Si era un animal podría atacarme en cualquier momento. Sin embargo, algo me decía que mi vida no corría peligro. Abrí los ojos despacio, tratando de serenar mi respiración. No quería hacer el más mínimo ruido, sin embargo, el instinto de supervivencia me hizo buscar el palo con el que me estuve ayudando durante el trayecto, grande, como la vara de un mago. La tenía cerca, a escasos centímetros de donde me había sentado a meditar. Con un movimiento lento, solo de mi brazo, traté de alcanzarla por si acaso tenía que defenderme. A pesar de abrir los ojos la luz era tenue, casi inapreciable. La noche se había alzado y no me había dado cuenta. Por eso digo que no sé cuánto tiempo permanecí frente a los pasadizos. Con la vara en mi mano derecha, comencé a otear a mi alrededor, deseando distinguir de dónde procedían los pasos, quién o qué producía los sonidos. A pesar de que mis sentidos estaban acostumbrados a la oscuridad, no conseguí ver nada claro. Aunque sí, distinguí cuatro o cinco «focos». Cuatro o cinco seres merodeaban a mi alrededor. Y, aunque mis ojos no lo vieron, pude distinguir, en mi mente, las figuras de esos seres, seis sunkies, para ser más exactos. El corazón volvió a darme otro vuelco. Emoción.

Sorpresa. Incredulidad. Confiaba en lo que mi sexto sentido había descifrado, pero necesitaba verlo con mis propios ojos. De modo que solté la vara con sumo cuidado, para no hacer ruido y no ahuyentarles, y cogí la linterna. La llevé lentamente hasta mi regazo y, enfocándola hacia el suelo, entre en hueco que quedaba entre mis piernas, la encendí. Una tenue luz iluminó mi entorno más próximo. Los pasos cesaron en el momento en que la claridad nos acompañó. Aproveché para llevar la vista al punto donde había escuchado ruidos por última vez, a mi izquierda, y ahí estaban dos de ellos. Dos de esos pequeños guardianes de los centros de poder. Me observaban en la distancia, con las manos a modo de visera y los párpados entrecerrados. Al parecer sus ojos están adaptados para poder ver en la oscuridad y cualquier luz les molesta.

—¿Y qué pasó luego? ¿Te dijeron algo?

—La verdad es que no me dijeron nada, aunque supongo que saben hablar. Mientras aquellos dos se protegían de la luz, por la espalda se me acercó uno. Me giré para verle mejor. Este llevó la mano hacia mí y la dejó estirada, como si esperara que le diera algo o tal vez que le tocara la mano. Sus dedos eran pequeños, finos. Tenía cuatro. Mientras yo trataba de adivinar qué quería comunicarme, escuché una voz en mi mente, aguda, como la de una mujer, que me invitaba a acompañarle. Con la misma prudencia que empleé desde que supe de su presencia, enfocando con la luz hacia el suelo, me puse en pie con movimientos lentos. Dio la vuelta y se dirigió hacia uno de los pasadizos. Decidí seguirle. En ningún momento pensé que se trataba de una trampa o temí que mi vida corriese peligro. Simplemente estaba extasiado. A medida que atravesábamos el túnel, las paredes se fueron estrechando, quedando el espacio suficiente para que lo transitara una sola persona, más bien estrecha. El suelo era liso, como si pisaras unas superficie aplanada, solada por algún tipo de material arcilloso, poroso, pero firme. La anchura del pasillo no superaría los cincuenta centímetros, y la altura… Uf. Puedo decirte que rondaría el metro noventa, pero aun así lo recorrí encorvado. —Arrugué el ceño observando a Víctor, tratando de calcular su altura. Al menos rondaba el metro ochenta. Debió tener espacio de sobra para caminar erguido por aquellos pasadizos de los que me hablaba—. No me mires así, Aurora. Puede que los sunkies no me dieran miedo, pero te puedo asegurar que aquel pasadizo sí consiguió desestabilizarme durante unos minutos, el tiempo que tardamos en llegar a la siguiente sala.

—Pero ¿por qué?

—Supongo que se despertó en mí un miedo irracional a que hubiera algún insecto por el techo, alguna tarántula o cualquier otro bicho

venenoso.

—Pero si a ti no te dan miedo.

—Lo sé, pero aquel trayecto era parecido a meterte en una parte subconsciente de tu mente. No solo pensé en los bichos, sino también en mis padres, en ti, en el futuro de este planeta.

—¿En mí?

—Sí. El tiempo que pasaste en el hospital me caló más hondo de lo que hubiera imaginado. Además, era algo de lo que ya ni me acordaba. Sin embargo, al entrar allí… Aunque pensaba que había quedado en una anécdota, en aquel pasadizo me di cuenta de que no, de que las cosas que un día nos dieron miedo, las que pensábamos que nos harían daño al estar fuera de nuestro control, siguen estando fuera de nuestro control de una u otra forma con independencia de que las circunstancias hayan cambiado. Es difícil de explicar. Cuando te recuperaste fuiste tú la que saliste de ese estado, yo no hice nada, yo no tenía el control sobre tu bienestar o tu salud. Además, te recuperaste de un día para otro. Supongo que en mi subconsciente se quedó un remanente de miedo.

—Entiendo.

No sabía qué más responderle. Por suerte, prosiguió con su historia:

—Atravesar aquel pasillo nos llevó varios minutos. Era como si no tuviera fin. Mientras caminaba dejándome guiar por el sunkie, me percaté de que al menos dos o tres más venían detrás. Aquel detalle me hizo sentir seguro. Intuí que estábamos cerca del final del túnel cuando empecé a vislumbrar una claridad al fondo. En ese momento me di cuenta de que el pasillo había ido dando giros a un lado y otro sin que yo me diese cuenta. Antes de llegar al final, el pasadizo volvió a ensancharse paulatinamente. El sunkie que encabezaba el grupo se echó a un lado, me miró y luego permaneció estático, observándome. No me dijo nada, no volví a escuchar ninguna voz, tan solo tuve que interpretar sus deseos, que no eran otros que animarme a terminar el recorrido yo solo. Al ver la claridad que provenía del final del pasadizo, entendí que por eso no me acompañarían más allá de ese punto.

»«Ahora vuelvo», les dije, dando por hecho que me entendían. Y caminé hacia la luz poco a poco, volviendo a erguirme al notar que la altura de los techos aumentaba, recuperando parte de esa confianza que minutos antes me abandonó. Volví a sentir que el corazón se me aceleraba. La luz se apreciaba cada vez más dorada. De alguna manera, mi mente adelantó una pobre pincelada de lo que iba a contemplar, pero lo que encontré fue mucho más espectacular. Ante mí se abrió una gran sala. Una especie de cámara revestida de oro,

con forma circular, resplandeciente, iluminada en su justa medida para poder observarla sin quedar cegado por los reflejos; entendí por qué los sunkies se quedaron atrás. Tenías que haberlo visto con tus propios ojos —dijo gesticulando con las manos en alto, dibujando un semicírculo como si estuviera definiendo las curvas de un anfiteatro—. Tenía inscripciones, como si hubieran sido grabadas a base de cincel y martillo, como los relieves del sarcófago de oro de Tutankamon; no sé si lo has visto. —«Me temo que no», pensé, aunque no me dio tiempo a contestar—. Y piedras. Había piedras y cristales por todas partes. Muchos de ellos cuarzos blancos, rosas, verdes… Vi la mayor amatista que he visto en toda mi vida, una piedra que superaba con creces los dos metros y medio de altura, y de, al menos, un metro y medio de ancho. La amatista revestía una especie de columna situada entre dos paredes recubiertas de oro. Aquello era un espectáculo. Si la gente supiera lo que hay ahí debajo… Entrarían como vampiros sedientos de sangre, lo destrozarían todo. Aunque, creo que los sunkies se encargarían de evitarlo.

—¿A qué te refieres? Cuando salí de la cueva le conté parte de mi experiencia a los lugareños que me acompañaron hasta allí. Les confesé el mismo temor que te acabo de contar a ti y me explicaron que a los sunkies se les conoce como los guardianes de los centros de poder porque protegen que nadie con fines «hostiles», se acerquen a determinados lugares clave. Ellos impiden el paso, haciendo que los animales ataquen a las personas, que haya desprendimientos de tierras, que las zonas estén anegadas de agua… Es decir, controlan los elementos para alcanzar su causa.

—¿Pero a algunas personas, como en tu caso, sí os dejan entrar?

—No me siento ningún elegido, pero sí, creo que ellos saben leer las intenciones de las personas que pisan sus tierras. A los que no sienten «puros», por decirlo de alguna manera, les impiden el paso.

—Entiendo. ¿Y qué ocurrió después de que llegases allí?

—Ocurrió que, por un lado, el tiempo volvió a correr ajeno a mi consciencia. Francamente, no sé cuánto tiempo estuve en la Biblioteca de los Tesoros.

—¿La Biblioteca de los Tesoros, has dicho?

—Sí.

—Bonito nombre. Te ha quedado muy al estilo Indiana Jones.

—No se lo he puesto yo, Aurora. —Hice un gesto de desconcierto—. Se conoce así desde hace años. No sé si has oído hablar de un hombre llamado Janos «Juan» Moricz. Era un explorador argentino-húngaro que dio con el paradero de la Cueva de los Tayos. A mediados de 1969 publicó su hallazgo, detallando con exactitud lo que había encontrado

dentro de la cueva. Firmó un acta notarial ante el gobierno de Ecuador para dar fe de lo que había encontrado. Fue uno de los primeros en descubrir los valiosos objetos que allí se esconden. Él hablaba de unas láminas metálicas que contenían el resumen de la historia de la humanidad. Escribió un libro que vendió millones de ejemplares, aunque con el tiempo desmintió parte de lo que se narraba en el libro. Tal vez quiso proteger el enclave. El caso es que ellos lo llamaron así, Biblioteca de los Tesoros.

—¿Ellos, quiénes?

—Los sunkies. Y los señores de la Hermandad Blanca.

—¿También los has visto?

—A uno.

—Madre mía.

—¿Te asombras? ¿Tú, que has estado con extraterrestres dentro de su nave?

—Ya, bueno. —Aparté la vista de sus ojos. Era todo tan extraño… Haber estado con Eset y Gireln dentro de la nave había sido como reencontrarme con un familiar lejano, pero los señores de la Hermandad Blanca… En los últimos meses había escuchado historias acerca de ellos, experiencias que habían tenido otras personas. Si Eset y Gireln eran como unos primos lejanos, los señores de la Hermandad Blanca me despertaban un sentimiento parecido al de encontrarte con tus abuelos, estar próximo a su sabiduría, a su solemnidad, a su amor incondicional. De alguna manera despertaban mi admiración—. Cuéntame qué pasó —le solicité finalmente.

Cuando llevé de nuevo la mirada a su rostro me encontré con una suave línea curvada perfilando sus labios. Sus ojos me observaban con ternura, sus cejas estaban ligeramente arqueadas hacia arriba; estaba emocionado. Inhaló con calma y prosiguió mientras una lágrima titilaba en la cuenca de su ojo derecho.

—Ay, Aurora… Qué ciegos hemos estado durante toda nuestra historia. Cuando llegué a la Biblioteca de los Tesoros, después de estar un rato mirando aquí y allá, de pronto sentí que no estaba solo. Pero no se trataban de los sunkies, a quienes seguía escuchando a lo lejos, en el pasadizo, sino de otra cosa. Como una esencia. Me giré para ver si identificaba su procedencia, y entonces vi una especie de esfera de luz de masa transparente, pero brillante. Aquella energía se fue transformando poco a poco en una silueta, igualmente translúcida. Era algo parecido a un holograma, pero de humo o vapor. Aquello fue adquiriendo consistencia, hasta que su masa incorpórea se transformó en algo sólido y tangible. En un hombre. Llevaba unas vestiduras semejantes a una sotana, hasta los pies, cubriéndoselos. Un gorro de

forma cónica y alargada de al menos veinticinco centímetros de alto, con varios pliegues que formaban un diseño entrelazado parecido a los de las hojas de una piña, pero con las puntas redondeadas, albar. Su mirada era afilada, como los ojos de un filipino; sus iris azules, como un cielo de verano sin nubes; su tez dorada, como la de un egipcio; su barba, blanca y larga como la de un anciano. Su posición erguida, por el contrario, te hacía pensar que se trataba de un hombre joven y esbelto. Ver que era más alto que yo, además de su forma de presentarse ante mí y lo que te transmitía su energía, me hizo intuir que su herencia genética no era terrena. Comenzó a hablarme sin mover los labios, manteniendo la distancia. Me saludó con un «bienvenido, Víctor». Me quedé petrificado. Sabía mi nombre. Supongo que con solo estar en su presencia podía averiguar cosas que ni siquiera las propias personas sabemos de nosotros mismos.

—Sí. Entiendo esa sensación de sentirte desnudo ante ellos.

Me sonrió al tiempo que asentía despacio, abstraído.

—Después de darme la bienvenida, me indicó que me encontraba en la Biblioteca de los Tesoros. Una de ellas. Al parecer, hay varias salas semejantes repartidas por el planeta, todas conectadas por túneles subterráneos creados hace siglos. «Durante siglos hemos custodiado el origen de la humanidad —me dijo—, y ahora ha llegado el momento de desvelarlo al mundo entero». Al principio no quise entender lo que me quería decir, pero a medida que transcurría el tiempo, la información iba llegando a mi consciencia, como si me la estuviera metiendo a través de algún sistema energético. Era como una esponja absorbiendo poco a poco el conocimiento que de una u otra manera me transmitía.

»Comenzó a hablar. No puedo reproducir sus palabras exactas, ya quisiera yo, pero el mensaje se me grabó, como un dibujo en la cera derretida tras ser aplastado por un sello. «Acompáñame», me dijo. Se dirigió a un extremo de la sala. Se movía ingrávido, como si flotase. Yo caminaba a un par de metros de distancia, observando que ni siquiera su ropaje se movía al desplazarse. «Esta sala lleva siglos esperando el momento oportuno. Debéis entender que lo que aquí se recoge explica vuestro nacimiento como especie. Algunos investigadores antes que tú han llegado a ver esta sala, algunos en su mente, a través de las imágenes que les hemos proyectado, otros, con sus sentidos biológicos, llegando incluso a pisar el suelo por el que tú caminas». Alzó el brazo y señaló con el dedo índice uno de los grabados en oro. A simple vista no supe descifrar lo que recogían aquellos jeroglíficos, había dibujos, había texto escrito en una lengua que no supe identificar. «Hace miles de años, los terrícolas antiguos

recibieron la visita de otra civilización navegante. Aquellos viajeros buscaban un planeta en el que asentar su sociedad. Su asentamiento no fue definitivo, pero permanecieron en el planeta el tiempo suficiente como para estudiar el comportamiento y la inteligencia de los huéspedes originarios. Huéspedes que, a su vez, fueron depositados en la Tierra por otra cultura desarrollada, convirtiéndolos en algo así como la primera semilla humana. La evolución natural de esa primera semilla humana fue lenta, muy lenta si se compara con el curso natural de una vida terrestre. La llegada de los nuevos navegantes supuso un nuevo salto genético. Sus estudios se centraron en acelerar vuestro desarrollo físico, cognitivo y glandular. Cruzaron sus genes con los huéspedes terrícolas, alcanzando la base de lo que sois hoy como especie».

—¿Quieres decir que somos una especie de experimento de laboratorio?

—Sí. Algo así, aunque no tan literal. Tuve la misma impresión que tú y me aclaró que lo único que hicieron fue adelantar nuestra evolución natural. Sin ellos, hubiéramos tardado miles de años más en llegar a ser lo que somos.

—¿Y por qué se fueron?

—Porque se dieron cuenta de que no podíamos convivir con ellos sin que los creyéramos superiores.

—O sea, que los viéramos como lo que en realidad eran.

—Exacto. Por lo que me explicó, generábamos dependencia y eso obstaculizaba nuestra autonomía y nuestro desarrollo mental. Éramos como niños a expensas de las decisiones de un adulto, sin autogobierno, sin intención de reflexionar por nosotros mismos. Éramos inmaduros y, por supuesto, menos inteligentes e intuitivos que ahora.

—Entiendo. Esa historia la he oído y leído en varias ocasiones.

—Sí, yo también la había escuchado.

—Lo que no entiendo es por qué te la ha contado, ¿para confirmar que somos una adaptación genética? Es decir, ¿qué finalidad tiene todo ese conocimiento?

—Hay más, Aurora. —Guardé silencio para que siguiera hablando —. En la Biblioteca de los Tesoros había relieves del pasado, pero también del presente y del futuro.

—No me digas que otra vez salieron a relucir los desastres medioambientales, los tsunamis, los meteoritos, la sequía y todo eso.

—No. Bueno, sí. Pero no solo eso.

—El qué, entonces.

—Una guerra.

—¿Otra guerra mundial? ¿La tercera?
—No. Una guerra galáctica.

CAPÍTULO 22

Amenazas

Eset

Me encontraba en la sala de reajustes. Concluía el trabajo de ese día cuando recibí una llamada de Alixarc, requiriendo mi presencia en el centro de reuniones. Me desplacé hasta allí de inmediato. Sus palabras habían sido escuetas y tajantes: «Acude al centro de reuniones. Es urgente». Durante el trayecto hacia el salón no me crucé con nadie, un hecho poco usual. La vibración iba mutando según me aproximaba. Si fuera un humano diría que tuve un presentimiento; aparte de las palabras de Alixarc y su tono, sentí algo que me advirtió que algo no marchaba bien.

A pocos metros, la puerta del salón se abrió de forma automática. Un par de miembros de seguridad vigilaban la entrada. Tampoco era habitual.

Llevé mi vista al interior. A la primera que vi fue a Gireln, que se encontraba de espaldas a mí, atendiendo a los diálogos de quienes hablaban desde el centro de la sala, a pocos metros de distancia de ella. No advirtió mi presencia, o al menos eso creí. En un primer momento pensé que aquellos visitantes eran un grupo de ocho terrícolas; su aspecto físico era semejante al de los humanos.

Me fijé en los asistentes: el consejo de sabios, Alixarc, parte de los miembros de la tropa de seguridad y el mismísimo Uraleniel. Examiné sus rostros, su energía. Sus expresiones se mantenían serias, sus mentes cerradas a cualquier tipo de contacto telepático.

—¿Qué ocurre? —le pregunté mentalmente a Gireln. Fue con la única que conseguí una comunicación en ese grado.

—Por fin estás aquí. La cosa se complica —me respondió ella, girando levemente su cuerpo e invitándome a situarme a su derecha.

Toda nuestra conversación fue íntima, telepática.

—¿Quiénes son?

—Ekires.

Observé a los extraños: de espaldas a nosotros, atentos a las reacciones del comité de sabios, Alixarc y Uraleniel. Su altura no superaba el metro noventa. Sus vestimentas eran parecidas a las nuestras, unos enterizos de color granate, pero menos adheridos a su anatomía. Todos ellos tenían el cabello negro, liso y les caía hacia

atrás sin llegar a cubrirles el cuello. Trataba de entrar en sus psiques, averiguar algo sobre ellos, sobre su ubicación en la galaxia, su cultura…, pero me resultaba imposible; ni siquiera podía conectar con su campo energético para descifrar sus emociones e intenciones. Lo único que pude concluir fue que se trataba de una raza evolucionada, semejante a la nuestra.

—¿A qué han venido?

—Acabo de llegar. Hablan de la Tierra. Quieren saber nuestras intenciones.

Los emisarios del planeta Ekir exponían el motivo de su acercamiento a nuestras instalaciones. Gireln no me volvió a comunicar nada; ella escuchaba con atención y yo procedí a obrar del mismo modo. El que estaba situado en el centro tenía la palabra. Miré a Uraleniel: su rostro era impasible, al igual que de Alixarc, que ocupaba el asiento que había inmediatamente a su derecha. Al percatar mi presencia, uno de los ekires se giró. Nuestras miradas se cruzaron. Las semejanzas físicas con los terrestres disminuyeron al contemplar su rostro. La forma de su cara era picuda, como la de un pez, solo que más alargada. Su cabeza tenía la forma de una vasija con tres caras rectas: la posterior, cubierta de pelo negro y, las dos laterales, donde se encontraban sus pequeños ojos redondeados protegidos por una delgada línea de pelos formando sus cejas y unos pómulos apenas imperceptibles. De arriba abajo, la parte que más le sobresalía era la central: frente, nariz, boca y mentón. No era plana como la de los humanos y nuestra propia raza. Apenas se le podía distinguir la nariz. Tan solo dos pequeños orificios con dos pequeñas aletas que se abrían y se cerraban para coger aire. A cada lado, como en las laderas de una montaña, se disponían sus ojos: redondeados, de un color rojo intenso; sus pupilas negras ocupaban la mitad de su globo ocular. Esa disposición, notablemente más lateral que la nuestra, les permitiría tener más ángulo de visión. Su boca, al igual que su mentón, no sobresalía, conservando la misma línea recta que dibujaba su nariz y su frente. Apenas tenían curvas. Aparte de su estructura ósea craneoencefálica afilada, su tez, blanca como el nácar, tenía manchas semejantes a las del pelaje de algunos animales terrestres, los linces o algunos gatos, con manchas concéntricas de varios colores marrones, aunque no redondas; las formas de las manchas diferían en tamaño y dibujo. No supe interpretar su mirada, que se mantuvo durante unos segundos atenta a mí. Mientras me examinaba visualmente, traté de blindar todos mis campos energéticos. No debía tener más información de mí que la que yo tenía de él. Mientras, su camarada seguía hablando. Comencé a escuchar:

—…han estado protegiéndoles de sí mismos. Y estamos al tanto de que no van a seguir así en el futuro. Al parecer, es hora de dejarles.

—¿Qué propone, comandante Jhilrte?

—La Confederación de Mundos de la Galaxia ha pasado por alto que tal vez muchos otros gobiernos no estemos de acuerdo con sus decisiones. Hasta ahora les hemos dejado actuar. No nos influían en nada o, más bien, nos beneficiaba que los tuvieran controlados. Pero ahora sí. No se les puede quitar las barreras.

—Dirá la protección.

—Como prefieran llamarlo: protección, límites, barreras… Concluyo que nunca se les debería dejar libres. Hay que neutralizar sus intenciones de explorar el planeta, de viajar a otros mundos.

—No sé si llego a entender su exposición. ¿A qué se refería entonces con «dejarles»?

—Sin la protección de la Confederación, sus intenciones bélicas podrán ser contenidas, devueltas. Dicho de otro modo: la primera nave que salga de su caduco planeta Tierra será abatida por las nuestras.

Se produjo un silencio.

—¿Con qué finalidad? —replicó Alixarc.

—La de mantener su destrucción en un perímetro acotado y controlado, lejos de las demás civilizaciones y planetas. Si se destruyen a sí mismos no hay problema. Dentro de un par de siglos el planeta estará a punto de ver extinguirse a una raza que nunca debió llegar tan lejos, y en otros dos o tres siglos más, la Tierra se habrá regenerado para las siguientes civilizaciones. Incluso, podríamos limpiarla y convertirla en un planeta puente para el resto de colonias que viajan a través de la galaxia.

—¿Pretende que se extinga la raza humana por el mero hecho de tener un pasado inestable? ¿Acaso los orígenes de su raza no fueron también beligerantes, turbios e inestables?

—Al igual que ellos, nos beneficiamos de la protección de la Confederación. Pero éramos menos numerosos, con una mentalidad menos arcaica. A fin de cuentas, nosotros no fuimos un experimento genético. Nuestra evolución llevó los siglos necesarios. No confundimos a los visitantes planetarios con seres sobrenaturales. Llegado el momento, que nunca fue tan extremo como el punto en el que ellos se encuentran, supimos escuchar a los emisarios que nos advirtieron de cuál hubiera sido nuestro futuro de no cambiar determinados hábitos; nos ayudaron a aprender a sobrevivir con los recursos que teníamos. Sin embargo, como digo, nunca estuvimos en el límite en el que se encuentran los humanos. No intoxicábamos

nuestro planeta, no aniquilábamos nuestra vegetación, nuestra fuente de vida. Siempre supimos distinguir y proteger lo que realmente había que cuidar y lo hicimos por encima de todo. Nuestras guerras no fueron por conquistar territorios, eran por la distribución de los alimentos, por la escasez de los mismos. No consiento que nos compare con los terrícolas, Uraleniel. —El consejo los observaba sin pronunciar una palabra—. ¿Qué harán, entonces?

—Como miembro portavoz de la Confederación —prosiguió Uraleniel—, podría trasladar sus peticiones al resto de la cámara. No obstante, no conseguiría nada. Los humanos están a punto de descubrir la tecnología que les permitirá comenzar a explorar el universo y, cuando llegue ese momento, nosotros tendremos que dejarles a su suerte.

—Eso es por su culpa. Jamás les tendrían que haber dado información para la que aún no estaban preparados. Se habrían destruido a sí mismos sin poner en riesgo el resto de planetas.

—No son la única raza inestable.

—Con mayor motivo para encerrarles en su planeta y esperar a su extinción.

—Debemos confiar en la evolución de los demás seres. Darles una oportunidad —replicó nuestro máximo entánder.

—¿Acaso también les dieron una oportunidad a las naves que trataron de entrar hace años en el planeta Tierra?

—¿A qué naves se refiere?

—A las que cayeron en la superficie terrestre. Por su negligencia, los humanos encontraron la tecnología que les permitió dar el salto en sus conocimientos.

—Esas naves a las que se refieren tenían fines hostiles. No podíamos permitirlo. La Confederación les protegía y obramos en consecuencia.

—La Confederación ha ocasionado más molestias que soluciones. Controlaremos de cerca a los terrícolas. Cualquier situación que ponga en riesgo a una sola vida del resto de planetas, levantará medidas para castigar y erradicar conductas intolerables. Haremos que no se produzcan; no vamos a consentirlo. Y la Confederación no podrá hacer nada para evitarlo. Sabemos que antes de que acabe el año, esa protección desaparecerá. A partir de entonces, no creo que se vayan a meter en una guerra con tal de seguirles protegiendo. ¿No, máximo entánder? ¿O acaso la vida de los humanos va a ser más importante que la de tus centalphas? Creo que no.

Uraleniel no respondió. Le mantuvo la mirada unos instantes, antes de que el comandante Jhilrte indicase a sus camaradas que era

momento de marcharse.

—Piénselo, Uraleniel. Los humanos están abocados a su extinción, como tantas otras razas en otros planetas antes que ellos. No podemos luchar contra el equilibrio cósmico.

CAPÍTULO 23

La otra profecía

Aurora

Me levanté del sofá y me acerqué a la chimenea. Estaba absorta, digiriendo la noticia que Víctor acababa de darme. Cogí un leño del suelo y lo eché al fuego, sobre las brasas al rojo vivo. Me quedé observándolo, las manchas dispersas, primero brillantes, palpitando y después muriendo hasta quedar reducidas a pequeñas acumulaciones de motas grises de polvo.

—¿Qué te dijo exactamente? —le pregunté, volviendo al sofá, sentándome a su lado.

—Me dijo que tenía que ser desvelada al mundo la última parte de la profecía que ya fue entregada hace años y que fue silenciada por los poderes eclesiásticos.

—¿De qué hablas? ¿Poderes eclesiásticos? ¿Silenciada? ¿Tú te estás escuchando?

Sentí un hormigueo por mi cara, por mis labios y mis extremidades; las fuerzas querían abandonarme. Bajé la mirada al suelo, mi campo visual se estaba encogiendo tras una cortina de color blanco cada vez más densa. «Aurora, ¿estás bien?». Escuché la voz de Víctor como un eco lejano, débil. Sentí un pequeño apretón en mi brazo izquierdo. Me sujetó con fuerza, aunque mi extremidad cada vez estaba más insensible. Me zarandeó, como si eso fuese a devolverme la conciencia. Sentí que mi mente ya no gobernaba mi cuerpo, aunque trataba de darle órdenes a mis músculos, estos se mostraban contrarios a obedecerlas, como si fueran autónomos. Una rebelión. Mis células, mis impulsos nerviosos, se habían alzado en una rebelión y estaba a punto de perder. Traté de inhalar aire por la boca y…

Giré levemente la cabeza.

—Aurora. ¿Me oyes?

Abrí poco a poco los párpados. Estaba tumbada en el sofá. Víctor estaba a mi lado.

—¿Qué ha pasado? —dije en un vano intento por incorporarme.

—No te muevas aún. Te has desmayado.

—¿Desmayado? —Rebufé.

—Sí. Toma. Te he traído un zumo. Te ha debido dar una bajada de tensión.

Alargó el brazo en mi dirección para mostrarme que no estaba de broma. En la mano sostenía un vaso de cristal con zumo de piña. El aroma dulzón de la fruta llegó a mis sentidos; se me hizo la boca agua.

—Espera, te ayudaré a sentarte. —Dejó el vaso en el suelo y se inclinó hacia mí para cogerme por las axilas y ayudarme a estar más erguida. Me colocó un par de cojines en la espalda y me tapó con una manta que solía descansar doblada en un extremo del sofá—. ¿Te encuentras bien? —preguntó, sentándose en el hueco que había quedado junto a mis pies.

—Sí. Gracias. Me noto floja, pero estoy bien.

—Estás más delgada. No me extraña que tu cuerpo haya querido descansar un rato de tanto estrés y noticias inquietantes.

Volví a suspirar.

—¿He estado mucho tiempo inconsciente?

—Más o menos quince minutos.

Sentí que se me alzaban las cejas.

—Toma. Bebe. Te sentará bien —dijo, entregándome el zumo. Me lo llevé a los labios como un náufrago que ha estado muchos días perdido a su suerte en el océano. El primer trago, frío y dulce, descendió por mi garganta haciendo que el vello de la nuca se me pusiera de punta—. He estado cotilleando por los armarios de la cocina. Mientras tú descansas, prepararé algo para comer, ¿vale?

—Eh… Bueno. Vale. Aunque si te esperas cinco minutos ya lo hago yo. Eres mi invitado.

—Me he invitado yo solo, así que no te preocupes.

Se levantó del sofá y se dirigió a la cocina. Desde mi ubicación podía ver sus movimientos, cómo abría y cerraba armarios, cómo iba sacando una cacerola, una sartén, un cuchillo, el bote donde guardaba los espaguetis, algo de verdura de la nevera y la tabla para cortar.

Un rugido en mis tripas me hizo darme cuenta de que en los últimos días había comido demasiado poco. Me miré el cuerpo. Víctor tenía razón: había perdido peso. Di otro trago al zumo. Me estaba sentando mejor que unas vacaciones en un balneario. Y mientras él preparaba la comida, yo mimaba mi cuerpo, descansando, bebiendo zumo y observando a mi antiguo jefe.

«Siempre ha sido un hombre magnífico. Generoso, bueno… A veces me recuerda a Eric. Le echo de menos».

El agua comenzó a hervir. Encendió la campana extractora. Al abrir la tapa de la cacerola, una nube de vapor ascendió como si tuviera prisa de ser engullida por aquella boca gigante metálica. Echó los espaguetis y con una cuchara de palo comenzó a empujarlos hasta conseguir sumergirlos. Luego, siguió troceando las verduras.

De un trago me bebí lo que me quedaba de zumo. Me levanté del sofá y llevé el vaso a la cocina. Lo dejé en el fregadero.

—¿Te ayudo?

—No hace falta. ¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor. Gracias por cuidarme.

—Qué menos.

Al ver que se las apañaba muy bien solo, cogí el estropajo y lavé el vaso que acababa de dejar en el fregadero. Después de enjabonarlo, abrí el agua para enjuagarlo. Caía fría como un río de montaña. En cuestión de unos breves segundos, mi piel adquirió un tono uniforme y rojizo. Dejé el vaso escurriendo y me acerqué a la cacerola para poner mis manos lo más cerca posible del metal para calentármelas. Me quedé abstraída. El aroma a la pasta cocinándose me hizo sentir protegida. La tapa chocaba contra la cacerola. La campana extractora emitía un zumbido constante. El filo del cuchillo chocaba contra la madera de la tabla de cortar, generando una percusión melódica. Víctor guardaba silencio mientras mi mente regresaba a las últimas palabras que escuché antes de perder el conocimiento: «Fue silenciada por los poderes eclesiásticos». Sin embargo, la confusión inicial y la sensación de ser superada por los acontecimientos, parecían estar desvaneciéndose.

—Tienes que terminar de contarme…

No pude o no quise terminar la frase. Ni siquiera me giré para mirarle a la cara.

—En cuanto comamos, te sigo contando.

Asentí en silencio.

Durante la comida, Víctor no quiso sacar a relucir el tema de conversación que teníamos pendiente, de modo que nos limitamos a hablar de trivialidades, de recuerdos de cuando trabajábamos juntos. Evitamos temas como mi accidente o la pedida de matrimonio que me había hecho Ian, a la que, por cierto, aún no sabía qué contestarle.

—¿Quieres algo de postre? —le pregunté al tiempo que amagaba ponerme en pie para retirar los platos. Él arrastró su silla hacia atrás con la intención de ayudarme a recoger.

—No. La verdad es que ahora no me apetece comer nada más.

—Estaba muy rico.

—Tiene que haberte gustado mucho, es la tercera vez que me lo dices. —Rio despreocupado.

—Si no me hubiera gustado no te lo habría dicho.

—Lo sé. Y aunque te lo hubieras comido sin que te gustase, lo habría sabido. A mí no me engañas.

—No es mi intención. —Le sonreí.

Cada uno cogimos nuestro plato y nuestro vaso y lo llevamos al fregadero.

—Y ya que no quieres postre, ¿te apetece una infusión o un café?

—Un café sí que me apetece.

—Estás en tu casa, Víctor; sobra que te lo diga.

—Gracias.

—Deja ahí los platos. Ahora friego.

—Lo puedo ir haciendo yo.

—Ya, pero…

—Tú prepara la cafetera y mientras yo voy recogiendo. No voy a quedarme mirándote, ¿no te parece?

—Eres más terco que una mula, ¿lo sabías?

—Sí.

—En eso no has cambiado.

—Ni lo pretendo —dijo volviéndose a reír.

Saqué la cafetera exprés de uno de los armarios y rebusqué en el de al lado el bote de café molido. Antes de que él se adueñara del fregadero y del grifo, cogí el agua que necesitaba. «No haré mucho», pensé. «Si luego le apetece otro, ya lo prepararé. Sabe mejor recién hecho».

—Y bueno, ¿ya puedes seguir contándome lo de tu encuentro con aquel ser de la Hermandad Blanca, lo que ocultaron los poderes eclesiásticos?

—Eres muy impaciente, ¿no? ¿Siempre has sido así?

—Eso se lo tendrías que preguntar a mi padre, pero sí, soy impaciente. No me gusta que me tengan en ascuas. Ya has visto que me he comido todo lo que me has echado al plato y ahora tomaré un café contigo. A ver si te crees que no sé por qué no has querido contarme nada durante la comida. Querías que comiera y recuperase fuerzas.

—Siempre tan listilla.

—No, con conocer lo protector que eres es suficiente.

—Está bien. Seguiré contándote en cuanto nos sentemos en el sofá con nuestro café recién hecho.

Suspiré y se me pusieron los ojos en blanco. «No tiene remedio».

Mientras el café subía, me coloqué a su lado para ayudarle. Él enjabonaba los cacharros y yo los iba aclarando y colocando en el escurridor. Antes de que el café terminara de hacerse, habíamos fregado los platos, los vasos, la sartén, la cacerola, los tenedores y limpiado la vitrocerámica.

El aroma a café recién hecho comenzó a perfumar la cocina y el comedor. Saqué un par de tazas del armario.

—¿Quieres leche de arroz y coco o lo tomas solo?

—Con leche de arroz, mejor. —Me dirigí a la nevera y saqué el brick—. En los países en los que he estado todo este tiempo apenas encuentras bebidas vegetales. Las he echado de menos.

—No sabía que bebías bebidas vegetales.

—Vegetales y leche bio semidesnatada. Aunque ya te digo que cuando iba a los pueblos indígenas me tenía que adaptar a lo que me dieran. En los días en que preparaba la excursión a la Cueva de los Tayos, probé por primera vez la leche de oveja. Está más rica de lo que hubiera imaginado, mucho más digestiva que la de vaca o la de cabra.

La cafetera comenzó a hacer el chapoteo final.

—Yo probé una vez la leche de cabra y me sentó fatal. De hecho, el queso de cabra me sentaba muy mal. Pero bueno, hace mucho que no como ningún tipo de queso.

Apagué la vitro y cogí la cafetera para servir los cafés.

—Tengo miel, si quieres.

—No, tranquila. Lo tomaré sin nada más.

Vertí café en su taza hasta que me dio el alto con un «vale». Había llenado prácticamente toda la taza, apenas sobraría un centímetro para mancharlo con la bebida de coco. Mientras yo me servía algo menos de media taza, Víctor se echó un chorrito de leche de coco en el suyo. Cogí una cucharada de miel, la deshice en el café recién hecho y luego lo completé con bebida de coco.

—Muy bien. Vamos al sofá. Ahora ya no te quedan excusas.

Me sonrió antes de girarse y dirigirse al sofá. Soltó su taza sobre la mesa y se sentó. Yo procedí del mismo modo, aunque antes de sentarme, eché otro leño a la chimenea.

—Muy bien. A ver por dónde empiezo… —se dijo a sí mismo. Cogió la taza y le dio un sorbo despacio. Su café debía quemar—. ¿Has oído hablar de las apariciones marianas?

Arrugué el ceño.

—Sí. Son las apariciones de la Virgen en algunas partes del planeta, ¿no?

—La Iglesia ha reconocido algunas de ellas. Otras no las ha considerado auténticas.

—¿A eso te referías cuando decías que una profecía había sido silenciada, a que la Iglesia no la consideró auténtica?

—Más o menos. Después del encuentro con el señor de la Hermandad Blanca en la Cueva de los Tayos, estuve días investigando el tema de las profecías. Eso me llevó a las apariciones marianas y los mensajes que supuestamente la Virgen María había entregado a sus elegidos. —Se puso en pie y se dirigió a su mochila—. Te voy a enseñar unas cosas que he encontrado —dijo desde la mesa. De la mochila sacó una tableta y la dejó apoyada sobre la madera, luego cogió el móvil—. Dame un segundo —solicitó dándome la espalda. Comenzó a escribir algo en el móvil. Apenas tardó unos segundos. Después, guardó el móvil en la mochila y, tras coger la tableta, regresó al sofá sin levantar la vista de la pantalla, manipulándola. Supuse que estaba buscando lo que quería mostrarme—. En 1916, tres niños llamados Lucía, Francisco y Jacinta, fueron contactados por primera vez en lo que se consideraron las apariciones marianas de Fátima. Los niños recibieron varias profecías, algunas se dieron a conocer. La tercera profecía fue silenciada por el Vaticano durante años y en el 2000, se supone que la dieron a conocer integra.

—¿Por qué dices que se supone?

Hizo una mueca.

—Da igual. Escucha —dijo bajando la vista hasta situarla en su tableta. A continuación comenzó a leer en voz alta, despacio, dando tiempo a que pudiéramos analizar el mensaje. Más tarde entendí que él ya llevaba tiempo estudiándolo. Leyó:

«(…) Y vimos en una inmensa luz que es Dios: algo semejante a como se ven las personas en un espejo cuando pasan ante él a un obispo vestido de Blanco, hemos tenido el presentimiento de que fuera el Santo Padre. También a otros obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas subir una montaña empinada, en cuya cumbre había una gran Cruz de maderos toscos como si fueran de alcornoque con la corteza; el Santo Padre, antes de llegar a ella, atravesó una gran ciudad medio en ruinas y medio tembloroso con paso vacilante, apesadumbrado de dolor y pena, rezando por las almas de los cadáveres que encontraba por el camino; llegado a la cima del monte, postrado de rodillas a los pies de la gran Cruz fue muerto por un grupo de soldados que le dispararon varios tiros de arma de fuego y flechas; y del mismo modo murieron unos tras otros los obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas y diversas personas seglares, hombres y mujeres de diversas clases y posiciones…».

Paró de leer.

—¿Qué es eso? Yo no he entendido nada, la verdad —dije sincera y sin tapujos.

—El mensaje fue escrito por Lucia dos Santos en un convento de Tui en 1944. Más tarde se le bautizó con el nombre de «Tercer Secreto» y, como digo, durante muchos años, cincuenta y seis años para ser más exactos, fue silenciado por el Vaticano. Y sí, no me extraña que no hayas entendido gran cosa. Cada uno le ha dado una interpretación. Cuando «desvelaron» la tercera profecía, Ratzinger…

—¿El Papa?

—Sí. Por entonces Ratzinger era cardenal y dio su interpretación del texto. Según él, la profecía hacía refería al atentado que sufrió el papa Juan Pablo II en 1981, de la lucha del comunismo ateo contra la Iglesia, la historia de la Iglesia en general y del inmenso sufrimiento de las víctimas de la fe del siglo XX. Deja que te lea un fragmento de un artículo del periódico El País: «El tercer misterio suscitó ayer toda clase de preguntas. La esencial era: ¿Qué induce a la Iglesia a identificar al obispo vestido de blanco, con el actual papa Juan Pablo II teniendo en cuenta que muchos otros obispos han muerto, incluso frente al altar? El cardenal Ratzinger no pestañeó. "La Iglesia no pretende imponer una interpretación oficial del misterio", dijo. "Es indudable que en él se hace referencia a los muchos mártires habidos en el siglo XX, un siglo particularmente violento. Pero creemos que el punto culminante es el referido al atentado que sufrió Juan Pablo II el 13 de mayo de 1981. El papa supo al leer el contenido del texto de sor Lucía que se refería a él"».

»En fin —dijo alzando la vista de la tableta—. Según he investigado, para otros expertos la profecía hace referencia al fin de la Iglesia Católica. Nunca he creído en conspiraciones, pero sin duda, el acercamientos a los seres de luz, la Hermandad Blanca y los extraterrestres, es una clara evidencia de que existen, de que los altos poderes ocultan lo que no les interesa que el pueblo conozca.

—Ya —dije con pena—, hay muy poca gente que está al corriente de ciertas cosas. No sé si llego a encontrarle un sentido.

—El control, Aurora, creo que es simplemente tener el control.

—Ya, pero…

Me observó y siguió hablando.

—Las profecías de las apariciones de Fátima tendrían que haberse desvelado en 1960, pero llevaban guardadas en los archivos secretos del Vaticano desde 1957, y ya has visto que hasta el 2000 no mostraron el «Tercer secreto».

—¿Es que no has entendido que era un secreto? —pregunté

bromista.

—Qué graciosilla.

Se me escapó una risa pueril.

—No, en realidad no me hace gracia que nos traten como a monos, pero bueno. Si lo ocultaron es porque creían en las profecías, tal vez, incluso les daba miedo el mensaje.

—Sí. Eso creo yo. Mira. He investigado otras profecías. Entre ellas hay unas que se le atribuyen a San Malaquías, un arzobispo católico del siglo XII. Te leo:

«Durante la persecución final de la Santa Iglesia de Roma reinará Pedro el Romano, quien apacentará a su rebaño entre muchas tribulaciones, tras lo cual, la ciudad de las siete colinas será destruida y el Juez Terrible juzgará al pueblo».

—¿Tú crees que esta profecía habla del fin de la Iglesia?

—Creo que sí. Pero hay más. San Francisco de Asís escribió esto:

«Habrá un papa electo no canónicamente que causará un gran cisma. Se predicarán diversas formas de pensar que causarán que muchos duden, aún aquellos en las distintas órdenes religiosas, hasta estar de acuerdo con aquellos herejes que causarán que mi Iglesia se divida. Entonces habrá tales disensiones y persecuciones a nivel universal que si esos días no se acortaran, aún los elegidos se perderían».

»Te podría leer otras, pero creo que daría igual.

—Algunas parecen jeroglíficos, casi no se entiende nada.

—Ya.

—La cuestión es: ¿qué tiene que ver todo esto con los extraterrestres, con la Hermandad Blanca y, sobre todo, con nosotros? ¿Qué pintamos tú y yo en todo esto?

—Eso me gustaría averiguar. Aunque creo que lo sabremos pronto.

Aquellas palabras se quedaron flotando en el aire durante unos segundos. Estaba claro que Víctor sabía algo que yo aún desconocía. La situación empezaba a complicarse aún más, si cabía. El corazón empezó a acelerárseme mientras mi mirada no podía apartarse de sus manos, que sostenían el aparato electrónico donde había ido guardando sus investigaciones.

«Extraterrestres, la destrucción de la tierra, los viajes en el tiempo y ahora, por si lo anterior no fuera poco, la Iglesia Católica».

CAPÍTULO 24

Hora de hacer las maletas

Ian

Llevaba días sin saber nada de Aurora. Siempre fue una mujer independiente, resuelta y fuerte, y ahora lo estaba volviendo a demostrar. Ni siquiera su padre tenía noticias suyas. Eso sí que era una novedad. Sin embargo, Joaquín entendía que debía dejarle espacio. «Es una mujer adulta y responsable, sabe apañárselas sola», me dijo en un par de ocasiones durante su ausencia. No obstante, sentí que su confianza era «forzada». En una de las conversaciones que mantuvimos por teléfono mientras Aurora seguía en Monte Perdido, me confesó que varios días antes había recibido un mensaje de los extraterrestres, donde le decían que podía estar tranquilo, que ellos cuidaban de que todo sucediese según lo establecido. Nunca me leyó el texto original, tan solo se limitó a citar mentalmente la «esencia» del mensaje. Me asombraba su autocontrol. Lejos de ser un entrometido había que reconocer que Joaquín estaba muy unido a su hija. Sin duda, para todos nosotros estaba siendo un trabajo de superación personal, donde los apegos y el control debían ceder paso a la libertad y la confianza. Ni siquiera había espacio para los reproches. Un «¿por qué no me has llamado en todos estos días?» o «¿por qué no vuelves?, te echo de menos», quedaban fuera de lugar.

El día que su exjefe llamó al timbre de mi casa sentí que el mundo se me venía encima. Él parecía entenderla mejor que yo, compartía con ella más experiencias importantes, trascendentales, que las que hubiera podido disfrutar a mi lado en todos los años que la conocía. Ahora su mundo giraba en torno a los extraterrestres, la espiritualidad, el autoconocimiento. No llegaba a comprender en qué posición me dejaba eso. No había más que fijarse en que ni siquiera me había contestado a mi propuesta de matrimonio. No me compadecía de mí mismo; simplemente me daba pena no haber llegado a tiempo, haberme marchado cuando a ella le hice más falta. Tal vez ahora estaba pagando las consecuencias.

Al abrir la puerta no esperaba encontrarme con Víctor. Su aspecto era algo distinto a cuando lo conocí en el aeropuerto el día que Aurora voló al desierto de Gobi, con él y con otro grupo de personas a las que ninguno de los dos conocíamos. Había perdido peso y el tono

bronceado de su piel me dio a entender que había pasado muchas horas en algún lugar cálido, tal vez tropical, donde poder disfrutar del sol. Aurora me comentó en varias ocasiones que se trataba de un hombre adinerado. «En muchos sentidos, podría ser mejor partido para ella», pensé al volver a verle. No iba a entrar en una batalla por su amor; si deseaba dejarme para estar con él, era libre de hacerlo. El tiempo era el único que conocía las respuestas. «Y puede que los extraterrestres», pensaba en forma irónica.

—Hola, Ian —me saludó nada más abrirle la puerta. Al verle vacilé unos segundos, primero al confirmar que se trataba de quien yo imaginaba y después al preguntarme a qué demonios habría venido a mi casa.

—Hola, Víctor —respondí titubeante. Mi ceño estaba fruncido. Al fin me hice a un lado para invitarle a pasar.

—Siento que me haya presentado en tu casa así, de repente. El padre de Aurora me ha dado tu dirección.

—No te preocupes, ¿pasa algo? Aurora no está.

—Lo sé. Necesitaba hablar contigo. Bueno, y luego encontrarla a ella.

—¿Puedes explicarte?

Entró al recibidor y cerró la puerta. Luego se quedó pensativo, con la mirada distraída. Me estaba poniendo nervioso. Empecé a temer lo peor. «¿“Encontrarla a ella”?», pensé recordando sus palabras. «¿Acaso se la han llevado los extraterrestres, se ha perdido en la montaña?».

—¿Sabes dónde está Aurora?

—En Monte Perdido. Aunque hace días que no sé nada de ella.

—Sí. Pero ¿tienes su dirección? ¿Me la puedes facilitar?

—¿Para qué la quieres?

—Vengo de Ecuador. Necesito hablar con ella y contarle lo que he averiguado.

Arrugué el ceño. Parecía no estar dispuesto a compartir conmigo esa «información» que pretendía desvelarle a ella.

—Ian. Necesito que confíes en mí. Seguro que está bien, pero necesito encontrarla y traerla de vuelta. Tenemos que tomar un avión y esta vez quiero que nos acompañes.

—¿Un avión? ¿Que os acompañe? ¿A dónde?

—No te puedo adelantar nada. Pero necesito que estés preparado para cuando te avise.

Se me escapó una mueca de exasperación. Me sentía como el último mono de una función de circo.

—No sé yo si…

—Ian. Es importante. Por favor. Dame su dirección. Me pondré en

marcha ahora mismo.

—Vas a llegar muy tarde. ¿Has visto la hora que es? —Echó mano a su móvil. Desbloqueó la pantalla y ambos la vimos. Las 22:24—. Si vas en coche tardarás como poco seis horas.

—Sí. Lo sé. No pasa nada. Cuando llegue, echaré una cabezadita en el coche. Tranquilo, no voy a llamar a su puerta a las cuatro o cinco de la mañana.

—Entra, si quieres —le dije mientras yo me dirigía a mi despacho para buscar la dirección. Cogí un pósit que encontré sobre el escritorio y se la anoté. Regresé a la entrada. No se había movido del sitio—. Aquí tienes. Ten cuidado.

—Gracias. Y sí, lo tendré. Mañana, te mandaré un mensaje para que te prepares. Calculo que sobre estas horas estaremos de vuelta. Ahora, me tengo que ir.

—De acuerdo.

Se giró, abrió la puerta y me dejó allí, mirando su silueta de espaldas, viendo cómo se alejaba a toda velocidad.

Si antes no entendía nada, tras su ausencia entendí menos.

«Está bien. Prepararé una maleta por si contáis conmigo para ir a…, a donde narices queráis llevarme».

El día siguiente lo pasé mirando la pantalla del móvil cada cinco minutos. Incluso, se me quitó el apetito. «Me podía haber dejado su número de móvil. Hay que ser gilipollas de no haberlo pensado antes. ¿Llegaría bien? Y Aurora, ¿estará bien? Espero que sí».

De pronto me acordé de Joaquín. «¿Y el muy mamón no ha sido capaz de decirme que Víctor había vuelto a España? En serio, me he convertido en el último mono».

Cogí el teléfono y marqué el número de Joaquín. No tardó en contestar.

—Hola, hijo. ¿Qué tal?

—No lo sé, la verdad. Confundido, desconcertado…

—Ya has hablado con Víctor, ¿no?

—Sí. Anoche vino a casa a pedirme la dirección de Aurora.

—¿Y se la diste?

—Sí. Claro. Aurora confía en él.

—Sí. Lo sé.

—¿Tú sabes de qué va todo esto?

—No. Solo sé que quería verte para pedirte la dirección de Aurora.

—¿Y por qué no se la diste tú?

—Se lo dije, que si quería la dirección yo podía dársela, pero me dijo que no hacía falta, que iría a verte a tu casa y te la pediría a ti

porque de paso quería hablar contigo. —Me quedé pensativo—. ¿Qué te dijo? —preguntó Joaquín al advertir mi silencio.

—Me dijo que estuviera preparado, que tuviera una maleta lista por si teníamos que volar a no sé dónde.

—¿No te dijo el lugar?

—No. Y yo no quise insistir.

—Bueno. No sé qué decirte. La verdad es que te mentiría si te dijese que no estoy preocupado por mi hija. Lleva muchos días sin dar señales de vida. Y que ayer apareciera Víctor con ese secretismo y tratando de localizarla… ¿Crees que estará bien?

—Confío en que sí.

—Es que, es todo tan raro… Ahora, Víctor vuelve de la nada…, te busca…, la busca… Y eso del viaje… —Resolló.

—Tranquilo, Joaquín. Seguro que no es nada. Aurora estará…, no sé, espero que escribiendo su libro.

Ambos nos quedamos callados.

—Siento que no te esté tratando con más cariño.

—No te preocupes, Joaquín. Está pasando por una experiencia muy compleja, debo ser comprensivo y paciente. Incluso a nosotros nos está afectando.

—En cierto modo es normal que ignore a su padre, pero a ti… Yo no la crie para que… —Paró de hablar y yo no supe cómo rellenar su silencio. A través del auricular volví a escucharle suspirar—. No creo que ningún padre eduque a su hijo pensando que los extraterrestres van a contactar con él, en los modales que debe guardar en caso de que eso ocurra. Si su madre siguiese viva seguro que sabría lo que debemos hacer. En fin. Que espero que la podamos ver pronto. Aunque si dices que Víctor te ha pedido que tengas hecha una maleta, lo mismo no se para ni a ver a su padre.

«Si supiera dónde van a ir cuando regresen… —pensé—. Si van a casa de Aurora o a la de Víctor, eso quiere decir que nos dejan fuera de la ecuación».

—No lo sé. Tendremos que esperar.

—Sí. No nos queda más remedio. Aunque a mí, mientras se encuentre bien…

—Sí. En fin, ya te avisaré si me entero de algo.

—De acuerdo. Lo mismo digo.

—Eso espero.

Colgamos.

Después de aquello, me puse a preparar una maleta.

Varias horas más tarde, a eso de las tres de la tarde, recibí un

mensaje de Víctor que rezaba: «Hola, Ian. Todo bien. A eso de las 23:00 o antes llegaremos a tu casa. Saludos».

Me quedé observando el mensaje durante minutos, leyendo y releyendo aquellas escuetas dieciséis palabras.

Ya no sabía ni qué sentir ni qué pensar. Me levanté del sofá y me dirigí al dormitorio. Al cruzar el pasillo, en el recibido, vi la maleta preparada. La miré de soslayo. «Y no ha sido capaz de llamarme en todo este tiempo. Ni siquiera de mandarme ella el mensaje para decirme que llegarán esta noche».

Una vez en el dormitorio, abrí la cama y me tumbé dispuesto a acortar la espera, echándome una larga siesta. Tenía que mentalizarme para lo que me pudiera encontrar cuando Aurora regresase.

CAPÍTULO 25

Ondas en el café

Aurora

—¿A qué te refieres con que lo sabremos pronto? —le pregunté a Víctor, saliendo de mi abstracción.

—¿Conoces Garabandal?

—No. ¿Qué es eso?

—San Sebastián de Garabandal. Un pueblo situado en la provincia de Cantabria, España. En los años 60, se produjeron varias apariciones marianas.

—¿Más premoniciones?

—Sí, pero bueno, ya hablaremos de eso más tarde. Ahora, recojamos tus cosas, tenemos que volver a Madrid.

—¿Por qué?

—¿No has acabado ya tu libro?

—Sí, lo acabé hace un par de días.

—Entonces, es hora de seguir.

—Sabes que ya no eres mi jefe, ¿verdad?

—Sí, pero ¿acaso te vas a quedar aquí a vivir?

—Eh… No.

—Vamos. Te ayudo a recoger. Tú, mientras, ve haciendo la maleta.

—No he avisado a mi padre ni a Ian.

—Tranquila, ya saben que vamos a volver.

—En serio, ¿por qué me tratas como si fuera una niña pequeña?

Dejó lo que tenía en la mano y me miró fijamente, con el rostro impertérrito, pero sereno.

—¿No quieres volver? —preguntó calmado, tratando de entender mis quejas.

—No es eso. Es que…

—¿Te da miedo ver a Ian?

—Sí. En cierto modo. Tenía que haberle dado una respuesta y por el contrario, salí huyendo como un ladrón al sentirse descubierto.

—No tienes que hacer nada que no quieras. Además, Ian parece un hombre comprensivo que te ama y desea lo mejor para ti. Si deseas que se aparte de tu vida, lo hará con tal de verte feliz. Has tenido suerte al encontrarle.

—Pero me da miedo hacerle daño.

—Si tu voluntad no es compartir la vida con él, si crees que él no es el hombre de tu vida o que no vas a ser feliz a su lado, lo mejor es cortar la relación antes de que sea tarde y ambos estéis viviendo una mentira. Si deseas dejarle, puede que al principio le duela, pero es mejor eso a vivir siempre fingiendo estar bien.

Agaché la mirada. Había estado ignorando mis sentimientos durante todo el tiempo que había estado refugiada en las montañas, posponiendo tomar una decisión. Volver a casa era como lanzarme a los leones.

—En realidad no quiero dejarle.

—Pero tampoco casarte con él, ¿no?

—Eso no lo sé.

—No te preocupes, Aurora, que rechaces su propuesta de matrimonio no significa que tengáis que romper vuestra relación. No hay por qué ser tan radicales, ¿no? —dijo poniendo un tono amable y divertido, arrancándome una sonrisa autocompasiva—. Venga. Prepara tus cosas. Nos esperan unas cuantas horas de coche por delante.

Fui al dormitorio para preparar mi maleta. Me movía de forma autómata, sin saber muy bien lo que hacía o por qué lo hacía. Simplemente me limité a seguir el consejo o, más bien, la petición de Víctor. «Voy a acabar loca», me dije mientras revisaba los cajones de la mesilla de noche y me cercioraba de haberlos vaciado. Encontré mi móvil sobre ella, junto a la lámpara de tulipa color blanco y pie de mimbre en tono oscuro. «Debería avisar a Ian y a papá de que vuelvo a casa». Sin embargo, me limité a cogerlo y guardarlo en el bolso. «Luego, cuando estemos de camino», concluí. Cerré la cremallera y dejé el bolso en la mesa del comedor. Víctor estaba guardando los vasos, platos y sartenes en sus armarios. Puede que me oyera, pero siguió actuando como si nada. Yo, regresé al dormitorio. Abrí la maleta sobre la cama y comencé a llenarla con la poca ropa que había dejado en los armarios. No me molesté en colocarla; cogía una prenda tras otra y, engurruñadas, las soltaba en la maleta. Al terminar, la cerré y me senté unos minutos en la cama.

Me incliné hacia delante, apoyando la cabeza sobre la palma de mis manos y traté de apaciguar mi ansiedad. No quise pensar más allá del viaje que nos aguardaba. «Espero relajarme mientras conduzco». Lamenté que Víctor hubiera venido en su propio coche, de no haberlo hecho, podríamos habernos turnado al volante del mío. «Bueno, tal vez sea mejor así», me dije. Me apetecía disfrutar del silencio; demasiadas cosas tenía en las que pensar.

Los minutos pasaron.

—Estoy lista —dije arrastrando la maleta hasta el comedor, generando el característico sonido de ruedas recorriendo los azulejos y las juntas de un suelo de gres. Encontré a Víctor sentado en posición de flor de loto, frente a la chimenea, jugueteando con las ascuas. Alzó la mirada y me observó. No supe interpretar su gesto, aunque tampoco quise preguntar si le pasaba algo.

—Muy bien. Vamos, entonces.

Se aproximó a la mesa y cogió mi bolso. También una bolsa de deporte que desde el primer día estuvo en la entrada con una manta y demás prendas de abrigo.

—Debo pasar por casa de Isabel para despedirme.

—Claro.

Dejamos el equipaje en mi coche y luego nos dirigimos a su casa.

Llamé al timbre. Escasos instantes después apareció al otro lado de la puerta, risueña.

—Buenos días, niña. ¿Qué tal? ¿Te marchas?

—Sí —respondí dubitativa.

—He visto que tenías visita y ahora he escuchado que llevabas las maletas al coche. No sabía que te irías tan pronto. Bueno, creí que te quedarías más tiempo. Era agradable tenerte por aquí.

—Gracias, Isabel. Pero sí, debo marcharme. Ya he terminado lo que venía a hacer aquí, así que, he de regresar.

—Muy bien, niña. Pues me alegra que este lugar te haya ayudado a desconectar. Si lo necesitas más adelante, ya sabes que aquí siempre habrá un hueco para ti. —Terminó la frase lanzando una mirada de curiosidad a Víctor. No vi motivo ni momento para presentárselo. Seguramente imaginó que era mi pareja, pero me dio igual. Le entregué la llave y ella sacó de su bolsillo un billete de veinte euros.

—Toma —dijo acercándomelo. Esto es tuyo.

—¿Mío?

—Sí, como no has completado la semana, he pensado que…

—Tranquila, Isabel. Acordamos que te pagaría las semanas enteras. Si me estoy yendo un día o dos antes, eso no es tu problema. Quédatelo. Es tuyo.

«Bastante facilidad y rebaja me has hecho ya».

—De acuerdo. Gracias, niña.

Se acercó para darme un par de besos a los que con gusto correspondí. Terminamos abrazadas, como una nieta con su abuela o una madre con su hija. Sentí una brizna del amor que mi madre me transmitía cada vez que me estrechaba entre sus firmes y acogedores brazos. La eché de menos.

—Bueno. Debemos irnos —dije, separando nuestros cuerpos—. Nos esperan unas cuantas horas de coche.

—Vale. Ten mucho cuidado, niña. Y ya sabes, si necesitas cualquier cosa, aquí puedes encontrarme.

—Gracias.

Los primeros minutos de trayecto los hice con las ventanillas a medio bajar. El aire entraba por las ranuras, como caballos salvajes cabalgando libremente por el monte. Inhalé repetidas veces tratando de impregnar mis pulmones de ese aroma a naturaleza tan único y electrizante de aquella zona del pirineo aragonés. Deseaba llevarme conmigo al menos una parte de la vibración de aquellas montañas. «Bueno, creo que me acompañará toda la vida. Las experiencias que he vivido a lo largo de estos días ya son parte de mí y seguirán ahí hasta que me muera».

Los árboles, las casas, la vegetación, incluso los quitamiedos, se transformaron en líneas horizontales grises, verdes y marrones, a veces más luminosas, otras más oscuras llegando a parecer brunas, todas ellas cada vez más difuminadas a medida que los números del velocímetro aumentaban. Tuve que subir las ventanillas para mitigar el ruido. El rugido del motor y un constante zumbido proveniente del aire impactando contra la carrocería fue la única melodía que acompañó mi ensimismamiento.

«Y sigo sin haber avisado a Ian y a mi padre».

Suspiré.

«En la primera parada que hagamos les llamaré».

Seguí conduciendo, siguiendo la estela del Porche Cayenne negro de Víctor.

Habíamos recorrido varios kilómetros. Víctor puso el intermitente a la derecha para señalizar que saldría en la próxima vía de servicio. Reduje la velocidad. Lo seguí con la mirada. Aparcó en una de las plazas de aparcamiento que había libres, al cobijo de un tejadillo metálico que sería de gran utilidad en los días de mucho sol. Procedí a aparcar junto a su Cayenne. En cuestión de segundos, antes incluso de haber apagado el motor de mi coche, lo tenía junto a mi puerta, esperándome.

—¿Qué tal vas? ¿Estás cansada? —me preguntó según abría mi puerta. Le sonreí.

—No. Estoy bien. Distraída, con mil cosas en la cabeza, pero bien.

—Estupendo. Mis espaguetis son mágicos, por si no lo sabías.

—No me cabe duda —dije al tiempo que quitaba las llaves del

contacto, cogía mi bolso y bajaba del coche.

Cerró él, dando un portazo.

—Te invito a un café —dijo.

—Gracias.

Mientras caminábamos hacia el restaurante busqué el móvil dentro del bolso. Al tenerlo en la mano se me escapó un suspiro demasiado sonoro.

—¿Estás bien?

—Sí. Es que… —Miré el móvil.

Entramos al restaurante.

—Es que, ¿qué?

—Tengo que avisarles de que estoy regresando. Bueno, que estamos los dos de camino.

La expresión de su cara era totalmente despreocupada; creo que incluso llegué a advertir una ligera sonrisa. «Supongo que me preocupo por tonterías». Volví a suspirar.

—¿Y qué vas a hacer, llamarles o mandarles un mensaje?

—Creo que debería llamarles, ¿no?

—Tú sabrás, son tu padre y tu…, tu lo que sea que seáis.

—Así no ayudas.

—Yo no estoy aquí para ayudarte con temas personales. De eso no depende la humanidad.

—Qué gracioso.

—No era un chiste.

Le fulminé con la mirada y después me dirigí a un taburete alto que había libre. El restaurante se dividía en dos zonas, la de mesas y la de la cafetería, con una larga barra de granito rojo junto a la que se encontraban al menos veinte banquetas de madera oscura, la mayoría desocupadas. Apoyé el bolso sobre la encimera y marqué el número de Ian, ignorando que Víctor estaba delante. La llamada daba su primer tono. Víctor se acomodó a mi lado, en otro taburete. No se molestó en guardar las distancias. Aun así, sabía que lo que hablase o dejase de hablar con Ian le traía sin cuidado.

—¿Cómo quieres el café?

—Con alguna bebida vegetal, si la tienen. Si no, una infusión de menta.

—Okey. —Se apoyó sobre la barra y buscó con la mirada al camarero.

Cuarto tono.

«Me extrañaría que no lo coja».

—Hola. —Respondió Ian al otro lado del auricular. El corazón se me aceleró como a una chiquilla enamorada. Su tono era serio, sin

muestra de sorpresa o alegría por tener noticias mías, pero tampoco habló con su voz de enfadado. Era normal que se mostrara prudente, y más, después de cómo hui de su lado.

—Hola. —Por el contrario, mi voz sonó como una disculpa—. ¿Qué tal?

—Bien. Estaba durmiendo.

—Ah. Es raro que te eches la siesta. ¿Te encuentras bien?

—Sí. Estoy bien. Solo quería descansar la cabeza un rato y la mejor manera que he encontrado ha sido dormir.

—Muy bien.

—¿Tú qué tal?

—Bien. Estoy de camino a Sanse. Esta mañana se ha presentado Víctor en la puerta de la casa donde he estado estos días y…

—Lo sé —me interrumpió.

—¿Lo sabías? —Miré a Víctor con el ceño fruncido. Él, en cambio, me observaba con el brazo apoyado sobre la barra y la cabeza reposada en su mano, mostrando una amplia sonrisa—. Ahora hablaré contigo —le dije a Víctor en tono amenazante.

—¿No te había dicho nada? —me preguntó Ian.

—No, al parecer no me entero de la misa la mitad.

Se le escapó un «ah» casi inaudible.

—¿Y a qué hora llegaréis?

—Pues no lo sé, tal vez Víctor te lo sepa decir mejor que yo.

—Supongo que llegaremos sobre las diez y media —profirió Víctor.

—¿Le has oído? —pregunté a Ian.

—Sí. Que llegaréis sobre las diez y media.

—Sí. Eso parece.

—Bien. ¿Os preparo algo para cenar o pararéis a comer algo por el camino?

—Dile que no hace falta —respondió Víctor, que al parecer le había oído, como si siguiéramos un recorrido establecido y la pausa de la cena estuviera en el programa—. Ya picaremos algo.

—Si quieres te paso el teléfono y habláis vosotros —le dije a mi exjefe. Este, con una pícara sonrisa, se giró, apoyó el otro codo sobre la barra y llevó su atención al camarero—. En fin.

—¿Has hablado ya con tu padre? ¿Le vas a llamar?

—Sí. Le llamaré ahora.

—Le puedo decir que venga a casa. Supongo que después de estos días querréis veros, ¿no?

—Vale. Sí. Llámale. Pero dame diez minutos antes para que pueda decirle al menos que estoy volviendo.

—Él ya lo sabe.

«Claro. Son como radio patio».

—Bueno, aun así. Dame unos minutos y luego le llamas.

—De acuerdo.

—Pues… Hasta dentro de un rato.

—Sí. Hasta luego. Tened cuidado.

—Sí.

Colgué.

Me quedé mirando la pantalla del móvil.

«Madre mía, qué tensión. Y cuando llegue, ¿le doy un beso, un abrazo…?». Suspiré.

Busqué el número de mi padre y marqué.

Al segundo tono descolgó.

—Hola, hija. —Su voz sonó bastante más alegre, desenfadada. Era como si hubiera hablado con él el día anterior. Mi mirada se clavó en los dibujos indefinidos y sin aparente sentido del granito que tenía frente a mis pies. Me quedé abstraída, como si a pesar de la distancia solo existiésemos mi padre y yo—. ¿Qué tal?

—Hola, papá. Bien. Bueno, supongo que ya lo sabes: estoy con Víctor, volviendo a casa. Acabamos de parar en una vía de servicio para tomar un café y estirar un poco las piernas. Llegaremos sobre las diez y media, más o menos.

—Vale. Entonces, ¿te veré luego?

—Sí.

—Qué bien.

—Bueno, y tú, ¿qué tal estás?

—Como un roble. Y más ahora que te escucho y sé que estás bien. No te preocupes por mí. Últimamente estoy más fuerte. A diario salgo a caminar y los paseos cada vez son más largos y a mejor ritmo, así que…

Sonreí.

—Eso es genial.

—Sí. ¿Vendrás a casa antes de ir con Ian?

—Si pudieras acercarte a su casa, sería estupendo.

—Vale. Pues ahora hablaré con él.

—Sí, él también iba a llamarte.

—Vale.

—En fin, papá, en un ratito te veo.

—Estupendo. Un abrazo.

Colgué.

Cuando alcé la vista me encontré con que el camarero ya nos había servido los cafés. Ni siquiera había escuchado a Víctor pedirlos. A juzgar por su quietud y su sutil sonrisa, adiviné que aparte de estarme

escuchando, esperaba a que terminase de hablar, observando su bebida y dándole vueltas.

—Gracias —le dije al tiempo que tomaba mi taza.

—No hay de qué. ¿Más relajada?

—Sí, eso creo.

—Al menos ahora sonríes. Hace cinco minutos parecía que te preparabas para una colonoscopia.

—Qué bruto eres.

Soltó una carcajada.

—De bruto nada. Te tenías que haber visto la cara.

Le di un codazo y luego me llevé el café a los labios.

—Tenían bebida de avena.

No respondí. Estaba caliente, pero bebible. Su sabor conquistó mis papilas gustativas. Pero tenía razón. Realmente, llamarles me había relajado. Ahora, podría disfrutar del café sin preocuparme por «tonterías».

—Tengo mucha suerte —dije sin levantar la vista de la taza.

—Ya te lo he dicho antes.

—Por eso a veces me da miedo ser egoísta, llegar incluso a hacerles daño con mis rarezas y mis necesidades.

—Todos tenemos necesidades, Aurora.

—Ya, pero temo perderles por ello.

—¿Sabes la ventaja que tienes? Que eres consciente de lo que haces y de cómo repercute en los demás. Uno no puede cambiar cuando ignora dónde están sus fallos, pero cuando es consciente, es solo cuestión de intención.

—Lo dices como si fuera fácil.

—Cuando las emociones intervienen en la mente no hay nada fácil.

—A veces pienso que debería estar sola, dedicar mi cuerpo y mi alma a contarle al mundo lo que sé y lo que puede depararnos el futuro si no tomamos mejores decisiones.

—¿Y eso te haría feliz?

—No lo sé. Creo que no.

—Yo también creo que no.

—¿Tú eres feliz?

—Sí. Lo soy. Pero también debo reconocer que creo que en algún momento encontraré a la mujer de mi vida.

—¿Lo intuyes o lo sabes?

—Lo intuyo.

—¿Y si no la encontrases?

—Creo que me faltaría algo.

—¿En serio? ¿Con lo espiritual y lo autosuficiente que eres?

—Sí. A lo largo de mi vida he tenido varias parejas, pero ninguna fue la adecuada; ni ellas para mí ni yo para ellas. No estaba preparado para entregarme en cuerpo y alma a otra persona. No me sentía bien conmigo mismo. Buscaba fuera de mí lo que no encontraba en mi interior. Estos meses de «descanso» y silencio me han servido para desenterrar mi plenitud, por así decirlo. Ahora me siento bien, feliz conmigo mismo, dichoso, afortunado. Completo. Podría pasar el resto de mi vida así y no me sentiría solo ni un segundo. Sin embargo, sé que hay algo todavía más grande esperándome. Algo que me va a aportar un crecimiento espiritual mayor. Para mí, encontrar al «amor de mi vida» significa encontrar a otra alma dispuesta a entregarte, no lo que te falta, sino eso que aún puedes perfeccionar de ti mismo. Un espejo en el que ver tu reflejo constantemente, ver tus fallos y tus virtudes; alimentar lo positivo y rediseñar lo negativo. En otras palabras, crear una mejor versión de ti mismo. No solo será positivo para mí en mi experiencia individual, sino que será positivo para cuantos me rodeen, para el mundo entero.

—Lo que hablábamos antes de la masa crítica, ¿no?

Asintió y me observó. Vi complicidad en sus ojos.

—Tienes suerte de haber encontrado a Ian —dijo, acabando la frase con un suspiro—. Sin embargo…

—¿Qué? Dímelo.

—No. Nada. Que no pareces completamente feliz.

Esquivé su mirada, volviendo a dirigirla a la taza de café que tenía abrazada entre mis manos. Por unos instantes me quedé absorta en las suaves ondas que se formaban en la superficie como eco de los movimientos temblorosos de mis manos.

—No entiendo por qué me pasa esto —confesé, aún sin poder mirarle a la cara.

—Yo tampoco. Confío en que cuando termine todo esto puedas aclarar tus sentimientos hacia él. No te digo esto con ganas de hurgar en la herida, pero, es un buen chico, merece poder disfrutar de la Aurora que realmente eres.

—Lo sé. Por eso no sé cómo actuar con él.

—No tienes que actuar, Aurora, simplemente mostrarte tal y como eres. Haz lo que te sugiera el corazón.

—Si quieres que te sea sincera, no sabía que eras así.

—Yo tampoco. —Rio, haciéndome sonreír.

Se llevó el café a la boca y se bebió lo que le faltaba de un trago.

—Tengo que echar gasolina e ir al aseo un momento.

—Sí. Yo también.

—Vale. Si cuando salga no te veo, te espero fuera.

—De acuerdo.

Se levantó del taburete y dio un par de pasos.

—¡Víctor! —Se giró—. Esto… —dije señalando con la cabeza las tazas vacías.

—Ya lo he pagado yo.

Dio media vuelta y siguió caminando.

CAPÍTULO 26

Amenazas

Eset

Acudí junto a mi capitán Alixarc a la sala de los técnicos para ver las previsiones. El futuro que se estaba desarrollando había sufrido una nueva variante tras la visita de los ekires. En consecuencia, los técnicos nos mostraron las imágenes de los próximos acontecimientos; el más relevante tendría lugar en el momento del lanzamiento de la nave Tierra 1 hacia nuestro planeta Próxima B. Al parecer era inevitable que la Tierra 1 abandonase su planeta madre en una fecha semejante a la que tuvo lugar en la línea de tiempo originaria. Sin embargo, en ese nuevo futuro el aparato no llegaría jamás a su destino. Nada más despegar, una nave de los ekires abatiría a la Tierra 1 y a su tripulación, y otro centenar de naves hostiles invadirían la atmósfera terráquea iniciando un ataque masivo contra todos los puestos y observatorios astronómicos del planeta y el CERN, provocando la destrucción de todo conocimiento y avance científico alcanzado por la humanidad hasta la fecha. Potencias gubernamentales como China, Corea del Norte, Irán, Estados Unidos y Rusia, lanzarían un ataque defensivo con sus armas más potentes. Sin embargo, la respuesta de los ekires sería letal y catastrófica no solo para los seres humanos, sino también para las demás especies vivas al quedar desquebrajado su ecosistema, contaminado tanto el agua como el aire.

Después de ver las previsiones, nos reunimos con el máximo entender en el centro de reuniones. Nos aguardaba, sentado en su puesto de mando, con los párpados cerrados.

—Señor —dijo mi capitán para llamar su atención.

Nos respondió telepáticamente. Sin perder la compostura, sin abrir los ojos, sin despegar sus labios. Su voz resonó en nuestras mentes. «¿Qué previsiones hay?». No nos dio tiempo a responder; su capacidad telepática entró en nuestras psiques. No encontró resistencia por nuestra parte. Alixarc y yo permitimos que viese en nuestras mentes lo que acabábamos de contemplar nosotros. Su autocontrol era superior al nuestro. Observaba las escenas impertérrito.

—Debemos reunir a la Confederación —dijo pausado. Abrió los ojos y nos observó calmo.

—Tenemos que intervenir —reclamé.

—¿Sugieres que los ataquemos? —preguntó. Entendí que mi reacción era emocional; controlada, pero emocional al fin y al cabo. Uraleniel había incursado en lo más profundo de mis intenciones, llegando a discernir, mejor incluso que yo, hasta qué punto estaba dispuesto a llegar por proteger a los humanos.

Vacilé antes de contestar.

—Creo que sí.

—Propones su exterminio, Eset. Sé que les has cogido cariño, pero aniquilar una raza para salvar a otra no nos compete. Nosotros no estamos aquí para eso. Nuestra misión es ayudar en la medida de lo posible.

—Pero aún debemos hablar con la Confederación.

—Sí. Pero algo me dice que tendrán que solucionarlo entre ellos.

—Tal vez si llegaran los ekires a un acuerdo con los humanos... —contempló Alixarc.

—Para eso los humanos deberían conocer la existencia de nuestras razas —apuntó Uraleniel—. La única posibilidad es que los ekires tengan un encuentro con los humanos.

—Imposible —respondió Alixarc, rectificándose—. Llevamos siglos tratando de acercarnos a los humanos: militares, gobernadores, figuras de poder en su sociedad… No sirvió de nada. Abordarles a través de los ciudadanos como lo hemos estado haciendo con Oxital, Aumnox y los demás, les llevaría demasiado tiempo. Los ekires no van a tener paciencia, es evidente que en cuanto retiremos nuestra protección prefieren extinguirlos.

—Además —proseguí—, si los terrícolas viesen naves extraterrestres sabemos que iniciarían un ataque contra ellas. Los ekires responderían a sus ofensivas y aniquilarían a los humanos.

—Me temo que no podremos intervenir —dijo Uraleniel.

—Algo se podrá hacer.

En ese momento, Uraleniel bajó sus barreras mentales permitiéndonos acceder a una mínima parte de sus pensamientos, a los que él deseaba que conociésemos. «Hemos detectado naves ekires dirigiéndose a la Tierra».

CAPÍTULO 27

«El cuervo»

Aurora

Mi cuerpo se agitaba como las copas de los árboles cimbreando por una ventisca. Con pulso tembloroso apoyé el dedo índice sobre el botón del portero automático y lo apreté. El desagradable sonido, más fuerte de lo que recordaba, hizo que me sobresaltase. Traté de disimular. Víctor permanecía en silencio a mi lado. No quise mirarle a los ojos para confirmar que para él me mostraba como un libro abierto, que mi lenguaje corporal gritaba a los cuatro vientos el miedo que trataba de ocultar.

—¿Sí? —Al otro lado del interfono sonó la voz de mi padre. Sentí alivio.

—Nosotros.

A continuación, otro estridente sonido nos indicó que podíamos entrar al portal.

Inhalé hondo.

«Alégrate de estar en casa».

Mientras caminaba, con la vista puesta en el suelo, forcé una sonrisa para tratar de sugestionar mi relajación.

Al llegar al piso, la puerta estaba abierta.

«Qué raro que papá no esté esperándonos en el rellano a modo comité de bienvenida».

Empujé la puerta y vi una sombra en el comedor.

Pasos caminando hacia nosotros. Solté la maleta en la entrada.

—¡Hija! —saludó mi padre a pleno pulmón. Sus ojos adquirieron un brillo intenso. Se acercó y me estrechó entre sus brazos. Mientras me estrangulaba como una boa constrictor, escuché que Víctor cerraba la puerta de casa y que la del cuarto de baño se abría. Giré levemente la cabeza para mirar hacia el pasillo. A varios metros, parado y observándome, volví a ver a Ian después de varias semanas. De nuevo se me aceleró el corazón, y mis labios, esta vez con total sinceridad, dibujaron una sonrisa que se vio correspondida por él.

Separé mi cuerpo del de mi padre. «Hola, papá», le dije sujetándole por los brazos al mismo tiempo que le daba un beso en la mejilla. Le sonreí y después me giré dispuesta a reencontrarme con Ian. Seguía estático. Entendí que esperaba a ver cómo reaccionaba, que me había

cedido las riendas del ritmo de nuestra relación, que él no haría nada hasta que yo diera el siguiente paso.

Esta vez mis labios se arqueaban con sinceridad, el corazón me palpitaba exultante por volver a verle. Sus ojos estaban clavados en mí. Su cabello caía desde su frente hacia la nuca permitiéndome apreciar sus facciones sin obstáculos. Caminé hacia él. Mientras, escuchaba a mi espalda cómo Víctor y mi padre se saludaban y estrechaban la mano. Los escasos metros del pasillo se me antojaron eternos, como si caminara sobre una cinta mecánica que me alejaba del punto a donde quería llegar, como si necesitase dar más pasos de los necesarios. Cuando llegué a su altura, le cogí de la cara y le besé. Sin pensármelo dos veces. Sin escuchar a mi mente. Tal y como me aconsejó Víctor, me dejé llevar por mis sentimientos. Me estrechó entre sus brazos y volví a sentirme a salvo. En paz.

—Siento haberme ido así, sin despedirme —le susurré, aún con mi mejilla sobre su hombro.

—Tranquila. Ya estás de vuelta.

Sentí que alzaba la cabeza. Nuestros cuerpos se separaron.

—Hola —saludó Ian a Víctor.

—¿Qué hay, Ian?

—Vamos al comedor —indicó mi padre—, supongo que tendréis muchas cosas que contarnos.

Y como si fuera un juez dictando sentencia, su petición fue obedecida por todos *ipso facto*. Él fue el primero en dirigirse al salón; a continuación le seguimos Víctor, Ian y yo. Nos sentamos en la pareja de sofás que había alrededor de la mesa baja de centro, en la primera plaza que se nos antojó. Yo no hacía más que mirar a mi padre. Seguía acomodándose en su asiento, a mi derecha, en la parte más alejada del sofá. En el medio, entre mi padre y yo, se sentó Víctor. Mi padre le observaba como si lo estuviera escaneando. Tal vez trataba de adivinar sus intenciones. Quizá, descifrar su actitud misteriosa. O, tal vez lo único que se preguntaba era por qué había ido a buscarme a Monte Perdido. Ian se sentó a mi lado en el otro sofá, a mi izquierda. Mi exjefe tomó la palabra. Tenía sentido: parecía ser el único que entendía de qué iba todo aquello.

Empezó narrándoles lo mismo que me contó a mí varias horas antes: su experiencia en la Cueva de los Tayos, su encuentro con el señor de la Hermandad Blanca, las profecías y los supuestos secretos de la Iglesia. Ian y mi padre le atendían atónitos y silentes, como si estuvieran escuchando a un actor leyéndoles un libro. Durante aquellos minutos en que uno hablaba y los otros le escuchábamos, contemplé a mi padre. Había cogido peso; eso era buena señal. Sus

marcadas ojeras y sus pómulos huesudos habían desaparecido tras el rostro de un hombre sano, fuerte y rejuvenecido. Ian, por el contrario, seguía siendo Ian; seguía acelerándome el pulso. «No entiendo por qué tantas reticencias. Por qué te portas con él como una niñata estúpida», me recriminé. «Debes moderar tus actos, Aurora. No merecen sufrir por tu culpa».

Durante el «monólogo» de Víctor, me enteré de que antes de ir a buscarme a Monte Perdido fue a ver a mi padre y a Ian para pedirle mi dirección. También, que le dijo a Ian que ese día estaríamos de vuelta y que tuviese preparada una maleta porque tendríamos que coger un avión. ¿Cómo sabía que estaríamos de vuelta ese día? ¿Hizo una previsión espontánea basándose en la lógica o era un plan urdido de antemano en el que todos éramos marionetas menos él? ¿Y si a él también le colgaban los hilos, aunque no lo pareciera? ¿Acaso, cuando vino a buscarme, sabía cuál iba a ser mi respuesta, que aceptaría volver con él a Sanse y dejar atrás Monte Perdido?

—Le dijiste a Ian que tuviese preparada la maleta. ¿A dónde pretendes que vayamos ahora? —pregunté con recelo. Estoy segura de que hablé en nombre de todos al exponer aquella interrogante.

—A Roma.

Le miré con el ceño fruncido. Él me mantuvo la mirada. No entendía nada. Cuando me quise dar cuenta, los tres me observaban.

—¿Qué pasa? ¿Acaso hay algo que no me hayáis contado?

—Nada —respondió mi padre. Observé a Ian. Él tan solo se limitó a encogerse de hombros y hacer un gesto para darme a entender que él tampoco sabía de qué iba todo aquello.

—Aurora. ¿Recuerdas que te pregunté si conocías lo que pasó en Garabandal? —me preguntó Víctor.

—Sí.

Suspiró.

—Dadme un segundo. —Volvió a hacer lo mismo que cuando fue a buscarme a Monte Perdido. Se levantó del sofá, se fue hasta su mochila, sacó la tableta y buscó algo que almacenaba en la memoria. Toda nuestra atención estaba puesta en él, nuestra paciencia, en cambio, brillaba por su ausencia; al menos en mi caso.

«Me pone de los nervios cuando se pone en plan misterioso».

Se sentó y comenzó a hablar mientras manipulaba la tableta:

—Eso de Garabandal —intervino mi padre—, es aquello de las niñas que vieron a la Virgen, ¿no? —Por la cara que puso Ian, supuse que él no había escuchado nada sobre el fenómeno.

—Sí. En 1961, cuatro niñas de un pueblo de Cantabria, Garabandal, fueron testigos de varias apariciones de la Virgen. Eran pequeñas,

tenían entre once y doce años. Conchita González, Mari Cruz González, Jacinta González y Mari Loli Mazón. Supongo que, igual que me pasó a mí, lo primero que habéis pensado es que eran hermanas o primas. Pero no. No guardaban ningún parentesco. Solo eran cuatro chiquillas que se conocían desde que nacieron. De las pocas niñas que se podían encontrar en un pequeño pueblo de montaña habitado por unos trescientos vecinos.

»El caso es que las experiencias de las niñas tuvieron un inmenso eco social y mediático. Las pequeñas aseguraban haber sido testigos, primero, de las apariciones del Arcángel San Miguel, quien fue preparándolas para su posterior «encuentro» con la Virgen María. —Ian le observaba con atención, con los labios despegados y una ceja alzada. Llegué al convencimiento de que aquella información era completamente nueva para él. Lo que nos narró Víctor a continuación, también lo fue para mí—. Al parecer, recibieron dos mensajes y varias profecías. El primer mensaje, del 18 de octubre de 1961, dice así: «Hay que hacer muchos sacrificios y mucha penitencia, y tenemos que visitar mucho al Santísimo, pero antes tenemos que ser muy buenos. Y si no lo hacemos vendrá un castigo. Ya se está llenando la copa, y si no cambiamos vendrá un castigo». —Hizo una pausa. Los demás, guardamos silencio. Cogió aire por la boca—. El segundo mensaje, canalizado por la niña Conchita González, fue emitido en vivo por la televisión. Os leo que decía: «Como no se ha cumplido y no se ha hecho conocer al mundo mi mensaje del 18 de octubre de 1961, os diré que este es el último. Antes la copa se estaba llenando, ahora está rebosando. Los sacerdotes van muchos por el camino de la perdición, y con ellos llevan a muchas más almas. A la Eucaristía cada vez se le da menos importancia. Debéis evitar la ira de Dios sobre vosotros con vuestros esfuerzos. —Escuchaba el mensaje con el ceño fruncido, desconcertada. Mientras, los fui observando uno por uno entretanto el mensaje canalizado por la niña Conchita resonaba en mi mente como un eco lejano y turbio. Los delgados labios de Víctor se movían despacio, procurando que las palabras surgieran claras y entendibles. El rostro de mi padre estaba constreñido, como el mío. Sin embargo, algo en su mirada, que la tenía fija en el suelo, me decía que comprendía el mensaje, que le parecía cierto y coherente. Ian, en cambio, reflejaba su recelo en la expresión de su cara, con las cejas arqueadas y alzadas, con los ojos entrecerrados y la mitad de su nariz arrugada—. Si le pedís perdón con vuestras almas sinceras Él os perdonará. Yo, vuestra Madre, por intercesión del Ángel San Miguel, os quiero decir que os enmendéis. Ya estáis en los últimos avisos. Os quiero mucho y no quiero vuestra condenación; pedidnos

sinceramente y nosotros os lo daremos, debéis sacrificaros más; pensad en la pasión de Jesús».

—Realmente, no sé a dónde quieres llegar con todo esto de las profecías, las apariciones, los mensajes de la Virgen y todo lo demás —dije después de que al terminar su lectura se volviese a generar un silencio semejante al de una capilla vacía. Pero Víctor continuó su exposición sin importarle mis quejas:

—Como digo, aparte de los dos mensajes recibieron varias profecías en las que se hablaba de «el fin de los tiempos». ¿Cómo unas niñas de un pueblecito de la cordillera Cantábrica podrían conocer las profecías de Fátima?

—No entiendo a qué te refieres —dije.

—Conchita González dijo que la Virgen decidió manifestarse debido a que su mensaje no había llegado completo a la humanidad en 1960.

—¿Qué mensaje? —se interesó Ian.

—¿Se refiere a lo que me contaste antes del «Tercer Secreto»? —pregunté.

Víctor contestó con un suave «sí».

—¿Podéis explicaros? No me estoy enterando de nada —reclamó Ian, comedido. Su suspiro al terminar de hablar dejó en evidencia su impotencia. Víctor no se hizo de rogar y siguió explicándose:

—Lo del «Tercer Secreto» que comenta Aurora viene de unos años antes, en mayo de 1917. En aquel entonces, tres niños portugueses: Lucía dos Santos y sus primos Jacinta y Francisco Marto, afirmaron haber hablado con la Virgen María. En las apariciones, los niños recibieron tres mensajes. Tres secretos en forma de profecías. Los dos primeros secretos se revelaron en 1941. Lucía los recogió en un documento, el cual sirvió para ayudar a la canonización de sus primos. Sin embargo, el tercero debía permanecer en secreto hasta 1960. Un obispo de Leiria le ordenó a Lucía que lo plasmara en un documento para llevarlo al papa. Dicen que Lucía eligió el año 1960 para desvelar la tercera y última parte del mensaje profético. «Para entonces será más claramente entendido», dijo la niña. En cualquier caso, el «Tercer Secreto» no se desveló en la fecha indicada, de modo que, un año más tarde, la Virgen «denunció», en las apariciones de Garabandal, que su mensaje completo no había sido desvelado. Tuvieron que pasar cuarenta años para que el papa Juan Pablo II lo hiciera; aunque sospecho que sigue estando incompleto.

—¿Y qué decía el «Tercer Secreto»? —se interesó mi padre.

Víctor volvió a leer el texto que horas antes me había leído en la casa de Monte Perdido.

—Entonces, la conclusión, ¿es…? ¿Un cambio? —razonó mi padre.

—Creo que sí. Muchas profecías hablan del final de la Iglesia.

—Muy bien —intervine—, pero sigo sin entender qué tiene que ver eso con nosotros.

Víctor resopló. Supongo que, nuestra actitud y falta de entendimiento, estaba suponiendo para él toda una prueba de autocontrol. Cada vez que nos aportaba un nuevo dato parecía chocarse contra un muro de hormigón.

—Todo guarda relación, Aurora. Las apariciones de Garabandal comenzaron en junio de 1961 y, tan solo un mes después, en julio de ese año, el papa Juan XXIII y su asistente tuvieron un contacto con unos seres humanoides cuando se encontraban en la casa de verano de Castel Gandolfo. Un tiempo después, el asistente desveló sus experiencias a través de un texto que fue publicado en varios diarios. ¿Os lo leo?

—Claro —reclamó mi padre, ansioso.

Víctor comenzó a leer: «El Papa y yo estábamos andando a través del jardín una noche de julio de 1961, cuando observamos sobre nuestras cabezas una nave. Era de forma oval y tenía luces intermitentes azules y ámbar. La nave pareció sobrevolar nuestras cabezas por unos minutos, luego aterrizó sobre el césped en el lado sur del jardín. Un extraño ser salió de la misma; parecía un humano a excepción de que estaba rodeado de una luz dorada, y tenía orejas alargadas. Su Santidad y yo nos arrodillamos. No sabíamos lo que estábamos viendo, pero supimos que no era de este mundo, por lo tanto debía ser un acontecimiento celestial. Rezamos y cuando levantamos nuestras cabezas, el ser estaba todavía allí. Esa fue la prueba de que no habíamos tenido una visión. El Santo Padre se levantó y caminó hacia el ser. Los dos estuvieron hablando unos veinte minutos. No me llamaron, así que permanecí donde estaba y no pude oír nada de lo que hablaron. Finalmente, el ser se dio la vuelta y caminó hacia su nave y se marchó. Su Santidad regresó y me dijo: “Los hijos de Dios están en todas partes; algunas veces tenemos dificultad en reconocer a nuestros propios hermanos”».

—Increíble —comentó mi padre—. Alguna vez había oído algo al respecto, pero nunca encontré un texto que explicara lo que pasó realmente.

—No sé hasta qué punto son ciertas las palabras del asistente del papa, pero el propio Juan XXIII dejó algunos textos escritos por él mismo, algunos proféticos, que hablaban de los seres del cielo. Encontré un libro de Pier Carpi, titulado *Las Profecías del Papa Juan XXIII*, en el que… Bueno, os leo un pequeño fragmento de un «mensaje». —Deslizó el dedo por la pantalla de su tableta mientras los

demás esperábamos a escuchar las profecías—. Dice: «Los rollos serán hallados en las Azores y hablarán de antiguas civilizaciones que enseñarán a los hombres cosas antiguas que ellos ignoran. La muerte se alejará y el dolor será escaso. Por medio de los rollos, las cosas de la tierra hablarán a los hombres acerca de las cosas del cielo. Los signos, cada vez más numerosos. Las luces del cielo serán rojas, azules y verdes, y veloces. Crecerán. (…). Ya ha habido encuentros. Pero quien vio realmente ha guardado silencio. (…). Alguien viene de lejos. (…). El tiempo no es lo que conocemos. Tenemos hermanos vivos y hermanos muertos. Nosotros somos nosotros mismos. El tiempo nos confunde».

Se hizo un silencio que solo fue interrumpido por suspiros y el sonido de mi espalda apoyándose en el respaldo del sofá.

«¿Que el tiempo nos confunde? Claro que nos confunde, y más cuando lo negamos. «Las cosas del cielo». «Ya ha habido encuentros». ¿Se refería a los encuentros con los hermanos de las estrellas, a los que tuvo él? Tal vez se refiera a otros».

—Necesito un descanso —dije poniéndome en pie—. ¿Alguien quiere una infusión caliente?

—Te acompaño —dijo Ian, levantándose del sofá.

—Sí. Gracias —respondió Víctor. Mi padre seguía abstraído.

—¿Papá? ¿Quieres una infusión?

—Vale.

—Calentaré agua y traeré los sobres de las infusiones para que os pongáis la que os apetezca.

Al llegar a la cocina Ian se dirigió al mueble de la vajilla. Cogió cuatro tazas y cuatro cucharas y las llevó al comedor mientras yo echaba agua en una tetera y la ponía a calentar en la placa vitrocerámica.

«Está distante. No me extraña. Tampoco creo que la conversación que estamos teniendo le esté sirviendo a nadie de bálsamo».

Busqué en el armario los sobres de las infusiones.

Escuché pasos a mi espalda.

Al girarme, encontré a Ian muy cerca de mí. Apenas nos separaban unos centímetros, los cuales se acortaron con el siguiente paso que dio. Se inclinó lentamente y me besó. El sabor de sus labios y su lengua acariciando la mía provocó que me recorriera un escalofrío por toda la columna vertebral. Se me escapó un gemido. Mi ritmo cardiaco se aceleró sin control. Al separarnos, apoyó su frente contra la mía. Sus pupilas, dilatadas, me observaban. No supe qué decirle. Ni siquiera sé si pretendía que le dijera algo o decirme algo él a mí. El silencio, aquella mirada, hablaba por ambos. Nos habíamos echado de

menos, nos amábamos, deseábamos estar juntos. El miedo a perdernos, a no entender la situación que estábamos afrontando, nos estaba jugando una mala pasada, plantearnos cosas que antes jamás hubiéramos barajado. Me abracé a su cuerpo y sentí su calor reconfortante.

El agua de la tetera comenzó a bullir dentro de las curvadas paredes del metal, la condensación a generar un pitido constante, como el timbre de un antiguo tren de vapor.

—Vamos. Es hora de seguir con la «reunión» —susurró, mostrándome su hipnótica sonrisa, dándome un beso en la frente.

Me ocupé de servirles. Víctor y mi padre ya habían elegido la tisana que teñiría el agua de sus tazas. Yo dudé entre un sobre de menta-poleo y una tila. Terminé cogiendo lo primero.

—¿Por qué a Roma? —preguntó Ian. Sentí un sobresalto.

Víctor hizo una mueca. A continuación habló:

—No sé cómo decirlo sin generar más dudas que respuestas.

—¿Dudas? —repitió mi padre—. Me temo que las dudas nos van a acompañar hasta que nos muramos. Así que, no te preocupes, dispara, ¿no ves que ya estamos curados de espanto?

—Tenemos audiencia con el papa. Mañana, a las 19:00.

Me quedé boquiabierta.

—Nos estás gastando una broma, ¿no? —pregunté con guasa—. Nos has visto cara de panolis o algo y se te ha ocurrido que la mejor forma de distender el ambiente era soltar que tenemos una audiencia con el papa. ¿No?

—No. No es ninguna broma. Conozco a mucha gente y he conseguido un encuentro extraoficial para ponerle al tanto de lo que está sucediendo.

—Con toda la educación del mundo nos va a mandar al cuerno, lo sabes, ¿no?

—No lo creo.

—¡Já! En serio, esto es surrealista.

—Sí. Es raro, pero…

Busqué los rostros de Ian y de mi padre. Los dos estaban atónitos; más Ian, que había enmudecido, que mi padre, que no hacía más que decir «pero…», «pero…».

—Vale. Voy a seguirte la corriente —le dije a Víctor—. ¿Qué sabe el papa? Es decir, ¿qué le has dicho para convencerle de que tenemos que hablar con él? Y, ¿cuándo has hablado con él?

—En cuando salí de La Cueva de los Tayos y tuve acceso a un teléfono móvil, busqué la forma de llegar a él. Ya os lo contaré.

—¿En serio has hablado con el papa? —pregunté con asombro.

—No. Solo he conseguido hacerle llegar el mensaje que me entregó el señor de la Hermandad Blanca.

—¿Qué mensaje? —solicitó Ian.

—La verdad es que para mí no tenía ningún sentido. Decía: «Lucifer ha encontrado lo que llevabais tanto tiempo buscando. Es real. Tenéis que dar el paso, aceptar lo inevitable».

—¿Lucifer? —preguntó mi padre. Su voz transmitía pánico, sus ojos, más abiertos de lo normal, nos miraban buscando palabras de confianza.

—No sé a qué se refiere con Lucifer, la verdad. En cualquier caso, mis contactos le hicieron llegar mi mensaje y el papa accedió a encontrarse con nosotros en su residencia, en una reunión extraoficial.

—¿Nosotros…? —Dejé la pregunta a medio terminar.

—Viajaremos los tres: Ian, tú y yo. Me consta que tu padre aún no se encuentra bien del todo y es mejor que siga recuperándose poco a poco. Va a ser un viaje rápido. Llegaremos mañana por la mañana y, en principio, a primera hora del día siguiente estaremos regresando.

—Sí, tranquilos, es mejor así. Haré mejor servicio desde aquí que no retrasándoos.

Le cogí de la mano. El tacto de su piel me recordó a cuando era niña y mi madre y él me llevaban al parque. Me dejaban en el medio de ambos y de vez en cuando jugábamos a hacerme saltar muy alto tirándome del brazo. Recordé mis risas, sus sonrisas radiantes, su felicidad, a Eric correteando varios metros por delante, pidiéndoles que se lo hicieran también a él.

—¿Y yo, por qué quieres que vaya? —le preguntó Ian.

—Porque le vendrá bien a Aurora que estés a su lado.

Ian no dijo nada. Se quedó pensativo, con la cabeza gacha.

—En fin —dijo poniéndose en pie—. Creo que es suficiente por hoy. Mañana a las ocho de la mañana pasaré a buscaros. Si me facilitáis vuestros números del DNI terminaré de tramitar los billetes.

—Claro. —Me levanté del sofá y me aproximé al mueble del comedor. Arranqué un papel del bloc de notas que solía guardar en uno de sus cajones y anoté mi número y el de Ian.

—Aquí tienes. —Se lo entregué. Tenía la sensación de estar viviendo un sueño, algo irreal. Me dedicó una mueca de complicidad, trataba de infundirme confianza—.Ya nos dirás lo que te debemos.

—No te preocupes por eso. —Cogió su tableta y la guardó en la mochila—. Bueno, tratad de descansar.

—Igualmente, Víctor. Y gracias por todo. Te acompaño a la puerta.

Caminé siguiendo sus pasos. Había algo en él que me despertaba pena y compasión. Llegué a la conclusión de que mi alma estaba

percibiendo en Víctor un extraño sentimiento de soledad, como si le faltara algo.

«Ojalá encuentres pronto a una mujer que te haga plenamente feliz».

—Buenas noches.

—Buenas noches, Víctor. Descansa. Y gracias de nuevo.

Tuve ganas de darle un abrazo, pero me refrené al ver que su mano ya agarraba el picaporte

—Víctor.

Se giró.

—Dime.

—¿Qué va a pasar?

—No lo sé.

—¿Servirá de algo todo esto?

Sus pupilas se mostraban penetrantes. A pesar de las imágenes que me mostró el fragmento de Chintamani, cada vez estaba más convencida de que había algo que se escapaba a mi conocimiento.

—Hasta mañana.

Cerró la puerta con un suave movimiento, sin apenas hacer ruido. Yo me quedé estática, mirando las vetas de la madera. Desconcertada. Apenada. Inquieta. Temerosa del futuro.

Me disponía a regresar al comedor cuando mi padre cruzó su umbral.

—Creo que es hora de que yo también me vaya a casa.

—¿Te vas?

—Sí. Estarás cansada y mañana os espera un día ajetreado.

Se acercó para darme un beso en la mejilla. Cuando sus labios aún acariciaban mi piel, me abracé a él. Mi padre me estrechó entre sus brazos con firmeza y ternura.

—Tengo miedo —susurré.

Quise decirle que no sabía qué tenía que ver yo con todo aquello, o qué pasaría si no conseguía hacer lo que se suponía que se esperaba de mí, pero el miedo congeló mis cuerdas vocales haciendo que las palabras murieran en mi garganta.

—No estás sola —se limitó a contestar.

—¿Tú estás bien, papá?

—Sí, hija. De lo menos que debes preocuparte es de mí. —Se me escapó una mueca de resignación—. En fin. Si puedes, ya me enviarás mañana un mensaje para decirme cómo va todo, si estáis y habéis llegado bien.

—Vale.

Abrió la puerta y se marchó.

Solo quedábamos Ian y yo.

Fui al comedor. Estaba sentado con el cuerpo reclinado hacia delante, los brazos apoyados en sus muslos y la cabeza gacha.

—Ya se han ido. —No contestó. Temí que estuviera resentido. Permaneció estático. Me aproximé a él para sentarme a su lado—. ¿Qué piensas?

Suspiró. Alzó levemente la cabeza, pero no me miró.

—Nada en particular. Vamos a dormir, anda.

A primera hora de la mañana sonó el portero automático. Era Víctor. Ian le respondió con un «¿subes o bajamos?». A juzgar por sus siguientes palabras, mi exjefe le pidió que bajásemos. «Vale, danos un minuto».

—¿Lo llevas todo? —me preguntó tras colgar el telefonillo.

—Sí. Eso creo.

—¿DNI, pasaporte, maleta, ordenador…?

—Sí. Todo. ¿Y tú?

—Sí.

—¿Nerviosa?

—Sí, la verdad.

Suspiró.

—Pues aunque te pueda parecer una tontería, yo también lo estoy.

Me aproximé a él, le di un beso y salimos de casa.

Seis horas más tarde, cargados con el equipaje de mano, abandonábamos el Aeropuerto Internacional Leonardo da Vinci. El vuelo había sido tranquilo, muy introspectivo. Apenas hablamos y, cuando lo hicimos, fue de trivialidades.

Nos dirigimos a las líneas ferroviarias. Al parecer, mi exjefe se había ocupado de prepararlo todo: coger los billetes de avión, elegir la mejor forma de llegar al centro de la ciudad, reservar un par de habitaciones en un hotel próximo al Vaticano... No sabíamos cuánto tiempo nos quedaríamos, pero decidió que, en caso de dejarlo todo «arreglado» en un solo día, al menos podríamos aprovechar el viaje para quedarnos y ver la ciudad, hacer un poco de turismo y, de paso, relajarnos.

Nos dirigimos a la Terminal de trenes. Desde allí tomaríamos el que nos llevaría a la ciudad.

—Podemos coger los billetes en la máquina expendedora —dijo Víctor, apuntando con el mentón hacia una de ellas.

Aceleré el ritmo para llegar a la máquina antes que él. Me puse

delante y le pedí que me especificara qué necesitábamos. A la hora de pagar hizo amago en apartarme para pagar él, pero con un suave empujón me lo quité de encima.

«Olvídate del dinero», dijo, «ya haremos cuentas». Pero le conocía demasiado bien. Le respondí con un «y tú también». Sabía que sus palabras caerían en saco roto y jamás haría intención de calcular cuánto le debíamos de aquel viaje. Era estupendo que él fuera millonario, pero yo necesitaba marcar algún tipo de límite. Catorce euros por billete, cuarenta y dos euros en total a cargar en la tarjeta de débito de mi cuenta bancaria, me parecía un gasto más que económico por volar a Roma junto a Ian y Víctor y pasar allí el tiempo que estuviésemos.

Repartí los billetes y nos dirigimos a las líneas ferroviarias para tomar el Leonardo Express, con dirección a Termini (Roma), sin escalas, directo a la ciudad.

Un silbido lejano me hizo llevar la vista a las vías. A lo lejos, apenas se percibía una pequeña mancha roja que se iba aproximando a toda velocidad, haciéndose cada vez más grande. Aquel aparato metálico me recordó a un gusano gigante de cabeza roja y cuerpo tricolor. De principio a fin su parte superior mantenía el mismo color rojo que su «cabeza», la parte central era blanca como la nieve, y la inferior verde como un campo en primavera. «Un gusano muy patriótico», pensé divertida. El transporte frenó con un estridente chirriar que provocó una mueca constreñida en más de uno de los que aguardábamos en el andén. Las puertas de uno de los vagones quedaron justo delante de nosotros. Se abrieron. Ian me cogió de la mano y subimos detrás de Víctor. Ocupamos un asiento sin problema. El interior era moderno y confortable. Un par de minutos después, el Leonardo Express se puso en marcha y no paró hasta más o menos media hora más tarde, cuando llegamos a nuestro destino. Durante el trayecto aproveché para mandarle un mensaje a mi padre: «Ya hemos aterrizado. Ahora mismo estamos en el tren. A la noche intentaré mandarte otro mensaje para contarte qué tal ha ido la charla con el papa. Me sigue pareciendo surrealista. En fin. Un beso».

—Empiezo a tener hambre —dijo Ian mientras abandonábamos la estación de tren.

—Yo también —secundé.

—Podemos buscar un sitio donde comer —propuso Víctor—. Ya iremos al hotel cuando acabemos.

—Por mí, estupendo.

El tiempo nos dio una desapacible bienvenida: hacía frío y el cielo

estaba cubierto de nubarrones negros que amenazaban con romper a llover en cualquier momento. Las calles de la famosa capital italiana se veían grises, algo ennegrecidas, supuse que debido a la polución. Víctor nos guiaba entre callejuelas antiguas cargadas de historia y recuerdos, haciendo las funciones de guía turístico. Se las apañaba a las mil maravillas: era la tercera vez que visitaba la ciudad. Su belleza, a pesar de todo, era palpable a los sentidos, y me sentía como en otro mundo, en otra época. Me subí la cremallera del abrigo o chaquetón e, instintivamente, la mano que no agarraba la de Ian me la metí en el bolsillo. Me encogí de hombros para evitar que el aire se me colase por el cuello. Acto seguido, Ian metió nuestras manos entrelazadas en el bolsillo de su abrigo. No dijo nada, solo me miró de soslayo con una sonrisa de medio lado.

—Allí se come bien —indicó Víctor señalando con su dedo índice un restaurante—. Hay de todo: carne, pescado, pasta…, y a un precio decente. No creo que tengas problemas para encontrar algún plato vegetariano.

—Suena bien.

Llevé la vista al restaurante. Tres rótulos negros con letras blancas bautizaban el local con las palabras: «Padi» «Osteria» «Padi». Miré a un lado y a otro antes de cruzar la calle. Las fachadas de los edificios de alrededor me recordaron a los cascos antiguos y más céntricos de ciudades como Madrid o Barcelona. Volví a mirar el frontal del restaurante. En su toldo blanco, en ese momento recogido, rezaba: «Cucina romana». Su tela blanca contrastando con la carpintería en color negro, decoraban la fachada de piedra gris de aquella vetusta construcción de cinco pisos de altura más ático. El aroma a comida recién hecha nos dio la bienvenida antes incluso de atravesar sus puertas de cristal.

En el interior, las paredes estaban pintadas a dos colores: blanco perla en la parte superior y granate en la parte inferior. Sillas y mesas de madera. Bien iluminado. Con varios ventanales que daban a la *vía delle Formaci* por la que habíamos llegado. Espacioso. Agradable. El aroma a comida, ahora más concentrado, me despertó aún más el apetito.

—*Ciao* —nos saludó una mujer de cabellos morenos y mirada profunda. Sus gafas de pasta negra no podían ocultar sus grandes ojos del color del café tostado.

—*Ciao* —saludamos a coro.

—*¿Quanti siete?* —preguntó, manteniendo la sonrisa en sus finos labios.

—*Tre* —respondió Víctor.

—*Un tavolo, allora.*

—Muy bien.

—*¿Spagnoli?*

—Sí.

—*¡Ah… Bravissimo!* Bienvenidos —dijo disimulando su acento italiano. Su sonrisa dio paso a una mueca espléndida, mostrándonos su pulcra dentadura.

Nos invitó a sentarnos en una mesa para cuatro. Durante el resto de la velada no volvimos a escuchar a Víctor hablando italiano, la mujer se encargó de hacernos sentir como en casa.

En cuestión de segundos nos entregó la carta, la cual venía en su idioma original, inglés y español.

No tardé en decidir lo que quería: una lasaña de verduras y una botella de agua. Ian pidió un *risotto* de setas y Víctor unos *gnocchis* con almejas. Ellos bebieron una cerveza 0,0.

—Me parece mentira que estemos aquí —dijo Ian, dándole un trago a su cerveza.

—Y a mí. Hace dos días estaba en Monte Perdido y ahora… Y bueno. —Miré a mi exjefe—. ¿Ya sabes lo que le vas a decir al papa?

—¿Yo? No trates de escaquearte, anda.

—A mí no me han dado ningún mensaje para él, así que…

—Pareces una niña de cinco años.

Le dediqué una mirada de indiferencia.

—¿Y por qué crees que este papa hará algo? Ya nos leíste aquel testimonio del asistente del papa Juan XXIII y no pasó nada, el papa no se pronunció ante el mundo para decirles que no estábamos solos en el universo, ni nada por el estilo.

—Aparte de las profecías, Francisco es el primer papa de origen jesuita.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Pues que las cosas están cambiando. Es el primer papa latinoamericano, el primer jesuita. Él representa un cambio en todos los sentidos, tanto político, como social y religioso. El «reinado» del anterior papa levantó muchas ampollas, hubo muchos escándalos, denuncias por abuso a menores, malversación de fondos… Creo que su nombramiento quería lograr ese cambio de imagen que tanto necesitaba la Iglesia Católica.

»Todas las profecías apuntan a que Francisco será el último papa: las de Nostradamus, Parravicini, la lista de San Malaquías acerca de quiénes serían los próximos papas, los mensajes entregados en las apariciones marianas… Una de las niñas de Garabandal, Conchita González, afirmó que la aparición le había asegurado que después de

la muerte de Juan XXIII solo quedaban cuatro papas más.

—La iglesia siempre ha estado salpicada por escándalos —dijo Ian.

—Sí, pero en esta ocasión las cosas se les fueron de las manos.

—¿Por eso renunció Benedicto XVI?

—Uf. Se habla de problemas de salud que le impedían estar al frente del Vaticano, pero además de eso, se filtró el rumor de que su vida corría peligro.

—¿En qué sentido? —pregunté recelosa.

—De que le asesinaran.

—¿Por qué?

—El expapa tenía un mayordomo, Paolo Gabriele. Al parecer ese señor tenía en su poder más de mil documentos que dejaban en mal lugar a Benedicto y a la Iglesia, todos ellos con la firma del antiguo papa. A pesar de que Benedicto ordenó la destrucción de esas pruebas, el mayordomo, al que apodaron El Cuervo, filtró los documentos y declaró lo sucedido ante la policía del vaticano. A partir de ese momento surge el escándalo «Vatileaks», documentos que hablan de corrupción, de gestiones ilícitas dentro del Banco Vaticano, blanqueo de dinero e, incluso, de la beneficiosa posibilidad de que Benedicto XVI dejara de ser papa. A eso hay que sumarle que la Iglesia venía enfrentando múltiples denuncias de pedofilia que mancharon aún más la imagen del papa y de la propia Iglesia.

—¿Quieres decir que Benedicto XVI era una especie de cabeza de turco?

—No lo sé, la verdad, pero podría haber sido así.

—Su mayordomo afirmó que había filtrado los documentos porque quería salvar la vida del papa.

—Vaya secta mafiosa —protesté.

—Sí, puede que no estés muy desencaminada. Por lo que he podido averiguar, una de las actividades ilícitas llevadas a cabo por el Banco Vaticano consistió en fletar un jet privado para llevar veinte millones de euros de Suiza a Italia. Actividad que estaba relacionada con un par de miembros de la mafia italiana. El caso es que después de esa suma de escándalos, necesitaban una figura papal totalmente distinta, un hombre que sirviera para lavar la imagen de la Iglesia. Mirad. —Tal y como nos tenía acostumbrados, nos mostró en su tableta una imagen. Era un dibujo sencillo, líneas curvas y rectas que bien podrían ser obra de un niño o de un prestigioso pintor, como Picasso. Curiosamente, el autor del «bosquejo» era contemporáneo del español.

—¿Qué es eso?

En el dibujo se podía leer «PAPA – NUEVO» y un texto al pie.



—Es de 1972. Se trata de una de las profecías de Benjamín Solari Parravicini.

Se colocó la tableta de cara a él y comenzó a leer:

«¿Qué? ¡Divergencias! El nuevo papa será luego de arduas luchas internas. Dos luces diferentes. Dos verdades. Dos problemas. Avanzará el confusionismo. Y de ello surgirá lo inesperado».

—No sé a dónde quieres ir a parar, ¿a que el papa es la solución a nuestros problemas, a que las profecías que hablan del final de la Iglesia Católica son ciertas? —objeté con recelo.

En sus labios se dibujó una sonrisa de compasión, como cuando tratas de enseñar algo a un niño que requiere de destreza manual y este no consigue desenvolverse con acierto.

—Ya sabes que no creo que nuestra salvación esté en manos de una única persona. Debemos actuar todos. Muchas profecías hablan del fin de la religión. Tal vez no se trate del algo literal, sino de un cambio de fe, una apertura de consciencia.

—De todas formas me parece tan surrealista que nos vaya a recibir el papa… ¿Qué crees que va a pasar?

—No tengo la menor idea.

—¿Y qué pretendes decirle?

—Tampoco lo sé. No eres la única que está inquieta. Si esto sale mal no sé qué más podemos hacer.

La camarera se acercó para retirarnos los platos. Nos ofreció tomar algo de postre, café o infusión.

—Yo quiero una tila, si tenéis —le dije.

—Claro. ¿Y los señores?

—Que sean dos.

—Para mí también.

—Muy bien. Tres tilas. Ahora las traigo. ¿Algo más?

Negué con la cabeza.

—No —respondió Ian.

La mujer se alejó para preparar nuestros pedidos.

—Sigo desconcertada. Me extraña tanto que vaya a recibirnos… El mensaje que le hicimos llegar debe significar algo para él.

—Todavía no nos has explicado cómo conseguiste hacerle llegar el mensaje al papa —planteó Ian.

—Es una historia un poco… «rara».

—¿Más que el resto de cosas que nos están pasando?

—*Touché*. A ver. Cuando salí de la Cueva de los Tayos, los lugareños que me acompañaban me llevaron de vuelta a su poblado. Al día siguiente uno de ellos me trasladó en coche hasta la capital. Más de seis horas de viaje dan para hablar de muchas cosas —concluyó satisfecho, contagiándonos su sonrisa—. El caso es que durante el trayecto me preguntó por mi experiencia en la cueva y yo le conté por encima. Me pareció de confianza de modo que le terminé contando que un señor de la Hermandad Blanca me había transmitido un mensaje que debía hacer llegar al papa. Y entonces el universo obró su magia. Me dijo que tenía un primo que conocía al asistente del papa. Se ofreció a ponerse en contacto con su primo. Aseguró que su primo conseguiría contactar con el asistente para que pudiésemos hablar con el papa. En ningún momento me preguntó por el contenido del mensaje, no me pidió nada. Y cumplió su palabra. En menos de una hora, estando aún en Quito, recibí una llamada del asistente papal.

—¿Y te fiaste?

—¿A qué te refieres?

—¿Y si hubiera sido cualquier otra persona haciéndose pasar por ayudante del papa?

—En ningún momento se me pasó por la cabeza. Confié, simplemente.

—Qué curioso —dijo Ian para sí, aunque Víctor y yo le oímos.
—Sí. Es fascinante cómo se mueven los hilos que no vemos.
—Somos como títeres, ¿verdad? —pregunté.
—Sí, eso parece.
—Con la de personas que hay en el mundo fueron a darte a ti el mensaje —continuó Ian—. ¿Y si no hubieras podido entregarlo?
—Supongo que saben a quién pueden dar los mensajes —respondí.
—Sí. Sería un poco absurdo entregarlo a alguien que no lo puede transmitir a su destinatario final, ¿no?
A Ian se le alzaron las cejas, como quien se resigna a aceptar una noticia.
—Claro. Tienes razón. Ellos sabían de antemano que encontrarías la forma de hacerlo.

Subimos en el ascensor hasta nuestra planta. Teníamos reservadas dos habitaciones dobles contiguas.
—Mientras llega la hora, ¿queréis descansar o preferís dar un paseo?
Ian escudriñó mi rostro en busca de una respuesta. «Por mí, podemos ir a dar una vuelta», dije. «No sabemos qué va a pasar, lo mismo después de hablar con el papa nos meten en un calabozo por exaltandos o locos, así que tal vez sea mejor aprovechar la ocasión para ver una pequeña parte de Roma».
Ambos me miraron con cara de guasa, de «no tiene remedio».
—Vale. Pues nos vemos ahora.
—¿En quince minutos en la puerta? —preguntó Ian.
—Perfecto.
Según entré en la habitación la recorrí de un vistazo. La fachada del hotel no podía ocultar que se trataba de una construcción antigua, sin embargo, el interior estaba bien conservado; era evidente que debían haber hecho reformas para modernizarlo. Satisfecha por la amplitud, la temperatura de la estancia y la sensación de confortabilidad, me dejé caer sobre la cama sin ni siquiera quitarme el abrigo.
—Espero que me haga efecto la tila —dije.
Ian soltó la mochila que llevaba y se sentó a mi lado.
—¿Qué crees que va a pasar?
—No tengo ni idea, pero solo sé que ojalá sirva para algo. Creo que se acaban nuestras posibilidades.

—No digas eso, siempre hay opciones. Está tu libro y…, no sé, ya se nos ocurrirá algo más.

—Un libro no puede hacer milagros; ni que fuera la Biblia. —Suspiré—. Así que, me parece que con esto ya hemos agotado las opciones. Creo que es como cuando mueres, que ya no hay vuelta atrás. Ahora mismo la humanidad está agonizando. Está, estamos, a punto de exhalar nuestro último aliento, a expensas de un milagro.

Ian se tumbó a mi lado y me abrazó. Tan solo me moví para bajarme la cremallera del abrigo.

Nos quedamos abstraídos.

Miré el reloj en el móvil.

—Es hora de irnos.

Nos levantamos de la cama y nos arreglamos.

Al salir de la habitación miré a mi derecha: Víctor abandonaba la suya al mismo tiempo que nosotros, como si nos hubiéramos sincronizado. Caminó hacia nosotros y juntos nos dirigimos al ascensor. Nos observé mientras andábamos. «Al menos vamos bien vestidos. No parecemos tres locos recién escapados de un manicomio». Ellos vestían muy semejantes, con chinos en tono oscuro: uno, azul marino; el otro, gris marengo. Ambos, además, llevaban un jersey de punto debajo del chaquetón. Yo decidí hacer el viaje con unos pantalones de algodón y lycra negros y con el típico jersey de fondo de armario, de algodón, blanco y de cuello alto; encima, una chaqueta de botones, del mismo color. Diplomática y sobria, como si fuera a una entrevista de trabajo. En mi caso, me cambié el abrigo por un chaquetón más formal. A lo que añadí un gorro, una bufanda y unos guantes de lana para contrarrestar el frío de la ciudad italiana.

—Tenemos aproximadamente una hora antes de ir a la plaza de San Pedro.

—De acuerdo. Pues, tú nos guías, ¿no? —sugerí.

—Como queráis.

El ocaso había teñido el cielo de negro. La falta del más mínimo rastro de sol permitía al frío acariciar nuestra piel como si fuera una miríada de cuchillas recién afiladas, impasible e inclemente. Eso, sumado a mis nervios que se aceleraban a cada segundo, impidió que pudiera disfrutar del paseo, de la ciudad, de las fachadas, de los monumentos históricos, de la energía latente y perdurable del magno templo y cuna del catolicismo.

Antes de que me diera cuenta, la hora de paseo que nos prometió Víctor había concluido.

—Supongo que le reconoceré —dijo según llegábamos al obelisco de la plaza de San Pedro.

—¿No sabes cómo es?

—No. No tengo ni idea.

—No es propio de ti —bromeé, tratando de distender el ambiente. Su mirada había dejado de mostrarse serena.

—Supongo que entonces te reconocerá él a ti —concluyó Ian.

—¿Cómo se llama?

—Dominico Lombardi.

—¿Es italiano?

—Creo que al menos sus padres sí. Sé muy poco de él; por no decir nada.

Recorrí la plaza de un vistazo. Había personas de todo tipo: romanos, turistas, monjas, curas… En el reconocimiento me crucé con las miradas de varias personas que inmediatamente después prosiguieron con lo que estaban haciendo: caminar, hacer una foto, hablar con su acompañante… Ninguno parecía el ayudante del papa, el tal Dominico Lombardi. El número de personas concentrada en la histórica plaza era considerable teniendo en cuenta la hora, la falta de claridad y el frío. En mitad de la multitud vi a un hombre que caminaba hacia nosotros, con las manos en los bolsillos de su chaquetón. Su atuendo oscuro me llevó a pensar que se trataba de un cura: pantalón negro de pinzas, zapatos de piel, chaquetón tres cuartos y bufanda a juego, del color del carbón. Nos miraba. Seguía aproximándose. Era más joven de lo que hubiera imaginado, frisaba en los cuarenta años. Pelo corto, peinado hacia un lado. No muy alto, más o menos como yo. Más grueso que delgado. Su atención seguía puesta en nosotros.

—¿Será él? —pregunté en un tono en el que solo me escucharon Víctor e Ian. De soslayo aprecié que se giraban para ver al hombre al que yo no podía quitar la vista de encima.

—*Ciao, amici, sono* Dominico Lombardi. Bienvenidos a Roma. —Mientras yo le observaba boquiabierta, él le tendió la mano a Víctor para estrechársela, acompañado de una sutil reverencia. Nuestro amigo le correspondió. Su cara de asombro cambió hasta ofrecer una sonrisa—. Víctor, ¿verdad?

—Sí. ¿Cómo me ha reconocido?

—Antes de hacerle llegar su mensaje a nuestro santísimo padre investigué quién era vos. Como entenderá, los cristianos le envían cientos de mensajes al día. Debemos filtrar qué llega a sus manos y qué no.

Su castellano era perfecto, apenas tenía acento.

Nos miró. Primero a mí, luego a Ian.

—No nos han presentado —dijo volviendo a ofrecernos su mano, en

el mismo orden que nos examinó visualmente.

—Mi nombre es Aurora.

A pesar de que mi mano estaba protegida por el guante, sentí el calor que desprendía la suya.

—Ian.

—Les pedí que vinieran conmigo. Hemos compartido muchas experiencias que…

—Que nuestro amado Francisco escuchará con mucho gusto —dijo el asistente del papa acabando la frase por él—. Acompáñenme, por favor.

Comenzamos a caminar dejando a nuestras espaldas el antiguo obelisco egipcio de caras lisas y punta de cruz. La panorámica de la Basílica de San Pedro era estremecedora. Sus doscientas ochenta y cuatro columnas se abrían como los brazos de una madre para recibir a su hijo en cálido abrazo. Sin embargo, Lombardi nos dirigió por una calle contigua dejando a un lado la mayor basílica cristiana del mundo. Seguíamos su estela sin preguntarle a dónde íbamos. En ese momento me pasaron muchos pensamientos por la mente, entre ellos, ideas conspiratorias, que nuestro silencio valía más que nuestra existencia y que nos estaba conduciendo a un lugar del que no volveríamos a salir nunca. El pecho se me agitaba. El único consuelo que encontré fue al coger a Ian de la mano, el cual me la apretó con fuerza.

—Nos dirigimos a la residencia papal, La Domus Sanctae Marthae, en castellano conocida como Casa de Santa Marta o Residencia de Santa Marta. —Parecíamos un grupo de niños yendo de excursión, guiados por un maestro que caminaba un par de pasos por delante de nosotros—. Desde 1903 los anteriores papas habían residido en el Palacio Apostólico Vaticano, sin embargo, nuestro actual papa decidió seguir viviendo en la casa de los cardenales.

Dos miembros de la Guardia Suiza custodiaban la puerta principal. «Vienen conmigo», le dijo el asistente del papa a uno de ellos. Los guardias no se inmutaron.

Tras las puertas de cristal, Dominico nos dirigió por varios pasillos de paredes blancas y lisas y un suelo brillante que parecía mármol, con vetas nácar y gris; en él se reflejaba cualquier objeto, incluidos nuestros cuerpos. El olor a incienso se intensificaba a medida que avanzábamos. Cruzamos una puerta. Accedimos a una capilla. La luz en el interior era tenue. Solado con un material que volví a estimar mármol, con forma de triángulos blancos y dorados. Los techos blancos, elevados, formando una especie de bóveda de punta de flecha adornado a su vez con unas finas columnas entrecruzadas dibujando

un sinfín de triángulos, los cuales me recordaron a un panal de abejas de distinta forma geométrica. No me había fijado en que, entre los bancos situados frente al altar, había un hombre sentado, de espaldas a nosotros, en actitud de orar.

Supongo que los pasos le advirtieron de nuestra presencia. Se santiguó y se puso en pie. Giró el rostro hacia nosotros. Su semblante era sereno, apaciguador. No podía creer lo que estaba viendo. Realmente, el papa Francisco nos esperaba, venía a nuestro encuentro. ¿También sería verdad que estaba dispuesto a hablar con nosotros, a escucharnos? ¿No llegaría a pensar que nos habíamos vuelto locos? De nuevo, mi corazón bombeó más rápido de lo normal. Nunca había sido beata, ni había practicado la religión más que cuando mis padres me dieron el bautismo y luego hice la comunión. Ni siquiera cuando mi padre estuvo enfermo recé por su sanación ni cuando mi madre y mi hermano perdieron la vida culpé a Dios por llevárselos tan pronto; no pensé que Dios tuviera nada que ver con nuestro accidente. A pesar de todo, la figura de ese hombre, calmado, ilustrado y empoderado me imponía un respeto y una admiración extraña.

Su inmaculada sotana del color de una cumbre nevada comenzaba a ondear donde concluía su fajín, generando brillos como el agua al ser alcanzada por los rayos del sol, como si fuese satén. El fajín era semejante a un lazo almidonado de tamaño grueso, largo, hasta el punto de rodear su cintura y que sus extremos, rematados con unos hilos dorados y un dibujo bordado, colgasen más allá de su rodilla izquierda. Al igual que la sotana, aquellas dos piezas cimbreaban con la cadencia de sus pasos. Su pelo cano, corto, peinado hacia abajo estaba parcialmente tapado por el solideo que cubría su coronilla. Sus ojos, desnudos de gafas, nos observaban cada vez más cerca.

Juntó sus manos en posición de rezo.

—Su Santidad, estos son los dos hombres y la mujer con quienes iba a reunirse —le anunció Lombardi a Francisco. El sumo pontífice recorrió nuestros rostros uno a uno, con calma, con una expresión satisfecha, sobria y alegre al mismo tiempo. Yo no supe qué decir, si debía saludarle o quedarme callada. Entonces, Víctor se inclinó con una reverencia perfecta pronunciando un «Su Santidad…» que me caló en el pecho. Ian y yo le imitamos. Francisco nos sonrió.

—Bienvenidos al Vaticano —saludó con su acento argentino—. Espero que hayan tenido un buen viaje. ¿Me acompañan? Creo que será mejor que nos sentemos.

Caminó por delante de nosotros hacia los bancos donde anteriormente aguardó a que llegásemos. Al aproximarnos, me percaté de que había dos bancos enfrentados. Él se sentó en el que ocupaba

segundos atrás. Nosotros en el contrario, de espaldas al altar. Dominico se sentó a su derecha. En nuestro caso, dejamos que Víctor lo hiciera en medio de Ian y de mí.

—Desde el momento en que Dominico Lombardi me hizo entrega de su mensaje, no he podido dejar de pensar en él —continuó. Su forma de hablar era pausada, reflexiva—. «Lucifer ha encontrado lo que llevabais tanto tiempo buscando. Es real. Tenéis que dar el paso, aceptar a lo inevitable». Supongo que la historia sobre cómo consiguieron este mensaje será muy larga, pero me gustaría saber su procedencia, si es posible.

—Me fue entregado por un señor de la Hermandad Blanca —dijo Víctor, sin rodeos, más decidido de lo que hubiera imaginado—. Hace unas semanas hice una expedición a la Cueva de los Tayos, en Ecuador, y después de pasar varios días en sus profundidades, unos seres me condujeron hasta una galería donde, de pronto, se me presentó un ser de luz, un ente incorpóreo, que fue tomando densidad y forma hasta el punto de convertirse en un hombre como cualquiera de nosotros. Me entregó el mensaje y me dijo que debía hacerlo llegar a una figura de poder e influencia. En ese momento vi una imagen de Su Santidad y entendí que usted era el receptor al que se refería.

El papa asintió levemente, pensativo.

—¿Ustedes saben a qué hace mención el mensaje? —preguntó, con el mismo tono sosegado. Comprendí que su paz armonizaría la velada de principio a fin. Estaba abierto a escuchar, receptivo a cualquier mensaje; cualquier cosa que le dijésemos no le alteraría.

Víctor contestó con un «no», mientras negábamos con la cabeza.

Volvió a asentir, esquivando nuestras miradas, respirando despacio.

—Bueno, cuando leí «Lucifer», lejos de pensar en la figura demoniaca que todo el mundo conoce, pensé en el telescopio binocular del observatorio del Vaticano que vigila el cielo desde el estado de Arizona. —«¿Del Vaticano? ¿Y se llama Lucifer?», me pregunté contrariada. No sé si me pareció cómico o de mal gusto—. Fue entonces cuando me puse en contacto, por videollamada, con un amigo, el director del Observatorio, el padre José Gabriel Funes. Me comunicó que estaban logrando grandes avances que nos harían tomar decisiones importantes. Por supuesto, yo en ningún momento le desvelé el motivo de mi llamada, menos aún que me habían hecho llegar un mensaje. Sin embargo, mientras hablaba de uno de los proyectos que llevan a cabo, hizo un comentario… Dijo: «La existencia de vida inteligente extraterrestre no cuestiona la fe en Dios; ellos también serían nuestros hermanos». Claro que no, le dije. Desde que era un niño chiquito pienso del mismo modo. ¿Por qué iba a ser un

problema? ¿Cómo un Dios tan grande y poderoso se iba a limitar a crear vida solo en este grandioso, pero pequeño planeta? No tendría mucho sentido, ¿no es cierto? Desde chiquito me pregunté cuán ciertas eran las profecías, la alquimia, el esoterismo, los fenómenos de avistamientos OVNI… Y, siendo todo obra del Señor, me pregunto por qué no llegamos a ello sin limitaciones, por qué solo un grupo reducido son testigos de esa otra realidad que existe y nos acompaña. Por lo que aseguran, ustedes son parte de ese grupo privilegiado, ¿no es cierto?

—Sí. En mayor o menor medida, lo es.

Asintió y elevó la mirada más allá de nuestras cabezas, hacia el altar que atestiguaba nuestra reunión con el Santo Padre. Deseé girarme para ver qué observaba con tanta devoción, pero contuve mis ganas. Entonces mi mente evocó la cruz con el Cristo que colgaba de la pared.

—¿Puedo preguntarle algo? —preguntó Víctor, atrayendo hacia él la atención del papa.

Francisco asintió.

—¿Su Santidad ha tenido algún contacto directo con seres de otros planetas?

Se quedó pensativo.

—He tenido sueños confusos, que dejaban una sensación real, de autenticidad.

—¿Aparecían seres? —intervine.

Francisco clavó su profunda mirada en la mía. Aprecié entonces las arrugas en sus párpados, las bolsas de sus ojos, sus iris del color de una uva salpicada de diminutas motas marrones, sus pestañas desteñidas por los años…

—Sí. Su aspecto angelical era lo que me infundía paz. Uno siempre quiere convencerse de que lo que está viendo es lo que conoce, o cree conocer. Me dije que eran ángeles. Sin embargo, no se le puede mentir a la mente humana. La mente sabe distinguir lo que sus ojos contemplan. Luego, el testimonio que dejó en su día Juan XXIII… Como hombres de Dios he de creer en sus palabras. Un tema hay que tratarlo con la hermenéutica de la época.

—Supongo que los tiempos han cambiado, Su Santidad —apuntó Víctor.

—Supongo. Díganme. ¿Saben algo que yo no sepa?

Mi exjefe me miró. Sin saber por qué, de pronto todas las miradas estaban centradas en mí. Arrugué el ceño a modo de pregunta: «¿quieres que hable yo?». «Adelante», me dijo él. «Cuéntale lo que me contaste cuando fui a buscarte a Monte Perdido».

Mi corazón latía con tanta fuerza que pensé que podrían llegar a escucharlo.

«De acuerdo», me dije. Inhalé profundamente y comencé a hablar, a compartir con, quizá, el hombre más importante e influyente del mundo, las experiencias que tuve en Monte Perdido, en la nave extraterrestre, mi anexión a Chintamani… Mi exposición se convirtió en un monólogo que me llevó al menos quince minutos. Hablaba tratando de abreviar y, al mismo tiempo, aportarle los datos más importantes. Mi memoria revivía con frescura y nitidez todo lo acontecido desde que regresé del desierto de Gobi, como si estuviera volviendo a experimentarlo. Concluí mi perorata con un «creo que eso es todo. O al menos lo más importante». Mis nervios seguían a flor de piel: había llegado el momento en que sabría si me creía, o bien pensaba que estaba majara, incluso, poseída. «Espero que no me mande a un exorcista», bromeé conmigo misma.

El papa comenzó a hablar:

—«El día 24 del primer mes, estando yo a la orilla del gran río, el Tigres, alcé mis ojos y miré, y vi a un varón vestido de lino blanco y ceñidos los lomos de oro de Ufaz. Su cuerpo era como el crisolito, su rostro parecía un relámpago, sus ojos eran como antorchas de fuego, sus brazos y sus pies tenían el brillo de bronce bruñido y el rumor de sus palabras era parecido al estruendo de un gran gentío» (Daniel 10,4-6).

»Los tiempos han cambiado. Si es cierto lo que les han dicho los hermanos de ese planeta, estamos en un serio apuro. Esta discusión no es nueva. Dentro de esta misma casa hay posturas contrarias. Algunos camaradas piensan que debemos guardar silencio, que no es momento para enfrentarnos a esos problemas, por las repercusiones que podamos ocasionar. «Si algún día se presentan, ya actuaremos», dicen. El padre Funes lleva a cabo un proyecto de investigación para encontrar vida extraterrestre inteligente. Junto a él, somos muchos los que pensamos que debemos adelantarnos a una visita inesperada, a un acercamiento por su parte. Puede que este sea el momento que tanto hemos eludido. Ahora bien, ¿cómo? —Se inclinó hacia delante con las manos entrelazadas, apoyando la barbilla sobre sus nudillos, luego la frente. El tono de su voz disminuyó hasta percibir solo susurros; susurros que pude entender—. ¿Cómo, Padre? ¿Cómo he de hacerlo? ¿En una misa? ¿En un comunicado? ¿En una rueda de prensa? ¿Debería poner al corriente a los demás sacerdotes?

Un ruido en el extremo opuesto de la capilla nos sobresaltó a todos; sus conversaciones con Dios cesaron. Un miembro del Vaticano escoltado por seis individuos de la Guardia Suiza entraron

apresurados.

—*¿Che succede?* —preguntó el papa Francisco poniéndose en pie. Su expresión de desconfianza y desconcierto despertó mi miedo.

—*Andiamo. Rapido. Accompagnatelo nelle sue stanze* —ordenó el hombre. Tenía el rostro descompuesto.

—*¿Cosa succede, Michele?* —insistió Lombardi.

—*Non abbiamo tempo per parlare. Dobbiamo portare via Santo Padre di qui.*

—*¿Perché? ¿Cosa succede?* —repitió Lombardi ante la mirada atónita del resto.

Entre tanto, un par de guardias se habían colocado uno a cada lado del papa y le agarraban del brazo dispuestos a trasladarle.

—¡No! —exclamó Francisco zafándose de ellos—. Exijo que nos diga qué está pasando —solicitó, esta vez en castellano.

—Su Santidad, aún no lo sabemos con exactitud —las palabras del individuo al que tanto le preocupaba la salud e integridad del papa arrastraban un marcado acento italiano.

El papa negó con la cabeza, solicitando una explicación más detallada y convincente. Hasta yo, que no le conocía de nada, me di cuenta de que ocultaba algo. Le estaba mintiendo.

—Su Santidad, no sabemos con certeza de qué se trata, pero el cielo… —nos echó una mirada rápida, titubeante—, *è pieno di navi.*

Nos miramos unos a otros. «¿Naves?».

—¿Ha dicho naves? —repetí, preguntándole a Víctor.

—Sí.

—Tenemos que verlas —dije, disponiéndome a salir corriendo y ver el cielo con mis propios ojos. Ian me sujetó del brazo, parándome en seco.

—¿Dónde vas?

—Tenemos que verlas. Averiguar qué son. No me creo que la Confederación de Mundos haya mandado a sus naves. ¿Por qué iban a hacerlo? Ellos son los primeros que no quieren un contacto «violento». Está pasando algo que no debería.

—Debemos llevarle a un lugar seguro —insistió el tal Michele. La Guardia Suiza intentó una vez más que el papa les acompañase, en vano.

—No. No iré a ningún sitio.

Los acontecimientos estaban sucediendo muy deprisa. Pronto, las palabras empezaron a mezclarse unas con otras. No sabía a quién escuchar, qué debíamos hacer. De pronto una voz se coló en mi mente imponiéndose a todas las demás.

—Al habla Eset.

—¿Dónde estáis? ¿Qué está pasando? —le pregunté en voz alta, llamando la atención del resto.

—¿Con quién hablas? —me preguntó Ian. Víctor le contestó. «Es Eset. Yo también le escucho».

—No hemos podido interceptar las naves de los ekires —se escuchó, como si su voz hubiera sido amplificada por un altavoz.

Los demás allí presentes, el papa, los miembros de la Guardia Suiza y los dos asistentes papales, se miraron unos a otros, asustados. A Francisco no le costó entender lo que sucedía. Mientras los demás cuchicheaban y se ahogaban en preguntas —lo normal en un primer contacto—, el papa nos dejó boquiabiertos al saludar a Eset de forma diplomática y contenida, con un «Dios le bendiga, hermano. Al fin se confirma lo que llevo toda la vida sospechando», como si estuviera acostumbrado a hablar con los extraterrestres a diario.

Antes de que me diera cuenta, estaba interrumpiendo al papa para pedirle respuestas a Eset.

—¿Qué está pasando? ¿Qué quieren?

—Nuestras intenciones siempre fueron protegerles de amenazas externas mientras ustedes alcanzaban el nivel de consciencia necesario y el desarrollo tecnológico que les permitiera avanzar poco a poco hacia su madurez galáctica. Sin embargo, sus avances tecnológicos, han ido más deprisa de lo estimado. El cerco de protección implantado por la Confederación de Mundos de la Galaxia se levantaría el día en que descubrieran el minius. Múltiples futuros nacen a raíz de ese hallazgo. El motivo por el que emprendimos la misión Tierra Ancestral es una consecuencia de ello. Los ekires han determinado la belicosidad de la raza humana, el riesgo que supone para la suya y otras civilizaciones, otros planetas, dejarles bajo su libre albedrío. La presencia de los ekires en la atmósfera terrestre es la de impedir que los humanos abandonen la Tierra.

—¿Pero cómo íbamos a abandonar nuestro planeta? No tenemos aún la tecnología necesaria.

—No, sin embargo, es cuestión de tiempo. Los investigadores científicos del CERN no andan lejos de dar con el minius.

—Van a atacarnos, ¿verdad? —preguntó Víctor. Le miré como quien acaba de ser insultado, pero no dije nada. Su rostro no era el reflejo de quien está especulando, sino, más bien, de alguien que habla con conocimiento de causa.

—¿Por eso viniste a buscarme? —le pregunté. Pero no obtuve respuesta.

Eset siguió hablando.

—Ya no tiene sentido que les ocultemos ningún tipo de

información. Los ekires están aquí con fines destructivos. Están convencidos de que los humanos abrirán un ataque contra ellos. Es cuestión de tiempo. En ese caso, los ekires acometerán con la tecnología de su planeta.

—¿Y qué consecuencias tendrá?

Silencio.

—Eset. Dinos, por favor. ¿Qué consecuencias tendrá? —le pedí, casi implorándole. Aunque temí cuál sería la respuesta.

—La humanidad desaparecerá. Millones de especies correrán la misma suerte. Por el contrario, el planeta sobrevivirá; conseguirá recuperarse.

—O sea, que es una trampa.

—Una estrategia.

—¿Qué podemos hacer? ¿No podéis ayudarnos? —pregunté atropellada, con los ojos vidriosos.

—Buscamos la forma de hacerlo. No podemos actuar al margen de la Confederación.

—Entonces… Estamos solos.

—Luz en el camino, hermanos —se despidió Eset.

—¡No!

«No te vayas».

Deseé que no se fuera. El mero hecho de escucharle me transmitía confianza. Miré a Ian. Él examinaba mi rostro como si tratase de leer mis pensamientos a través de mis ojos.

Por un instante todos nos quedamos paralizados. Lo único que no frenaba era nuestra mente, al menos en mi caso, que buscaba soluciones con desesperación.

—¿Qué hacemos? —le pregunté a Víctor. Me observó. Bajó la vista al suelo. La alzó. Miró a Ian. Negó con la cabeza volviendo a esquivar nuestras miradas. Nuestros corazones gritaban con desespero la sensación de impotencia, el miedo, el desconcierto y la agonía que vivíamos toda una raza amenazada con llegar a su fin por su propia inconsciencia.

De pronto, el papa comenzó a andar hacia la puerta por la que accedieron la Guardia Suiza y don Michele segundos antes.

—*¿Dove vai, Santo Padre?* —le preguntó Dominico.

—Ha llegado el momento de hablarle al pueblo.

CAPÍTULO 28

Un único mensaje

Aurora

El papa abandonó la capilla seguido de sus asistentes y cinco de los seis miembros de la Guardia Suiza. Francisco dio orden al sexto guardia para que nos acompañara en cada momento, permitiéndonos permanecer al cobijo de los muros de la Casa de Santa Marta, en cualquiera de las zonas comunes.

—Debo hacer unas llamadas —dijo Francisco antes de abandonar la capilla—. En cuanto acabe, vendré a buscarles o haré que alguno de mis ayudantes lo haga. Gracias por venir hasta mí.

Al ausentarse dio comienzo la etapa más incierta y tensa de mi vida; aquel hombre de Dios se llevaba con él parte de nuestra paz. La fe.

Respiré hondo y traté de poner en orden mis ideas. Necesitaba ir al exterior de aquellos muros.

—¿A dónde vas? —me interceptó Ian cuando me disponía por segunda vez a salir a la calle. Pensé incluso en ir hasta la Plaza de San Pedro, desde donde las vistas serían más diáfanas y amplias.

—Quiero ver si se ve algo.

—*No salir fuera*, señorita —me pidió el guardia, con un acento natal marcado y, para mí, poco identificable. ¿Suizo? ¿Italiano?

Aunque su tono había sido comedido, la expresión de su rostro transmitía pavor. Frené y me quedé pensativa. Aquel joven había sido adiestrado, iba armado y, aun así, su miedo era detectable. Me pregunté cuál habría sido mi reacción si nunca hubiera tenido contacto con los centalphas. Yo también sentía miedo, pero era evidente que en otro grado.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó Víctor.

—Benjamín Bühlmann.

—Encantado. Nuestros nombres son Aurora, Ian y Víctor —dijo este último, señalándonos—. ¿Nos puedes decir qué está pasando ahí fuera?

De pronto mi móvil comenzó a vibrar.

—No es necesario que salgan —repitió Benjamín.

Miré la pantalla. Era mi padre.

Descolgué apresurada mientras ellos hacían un alto en su conversación.

—Papá. ¿Estás bien?

—¡Hija! ¡¿Qué ocurre?! ¡Está todo lleno de naves! Están cortando las emisiones de las cadenas televisivas para informar en directo.

—Espera, papá. Espera. Te pongo en manos libres.

No le di tiempo a que respondiera. Pulsé el botón y automáticamente la voz de mi padre resonó en la capilla como la de un sacerdote dando misa.

—¿…a salvo? ¿Estáis bien?

—Sí, papá. Estamos en una capilla en la Casa de Santa Marta.

—¡Hay ovnis por todas partes! —repitió.

—Papá. Tranquilo.

—¿Son las de Eset? Dime que sí, porque esto me huele muy mal.

—No, papá. Eset se ha puesto en contacto con nosotros para advertirnos de que no son ellos.

—Ay, Dios. Ay, Dios… —se lamentó mi padre.

—¿Qué están diciendo en las noticias?

«¿Hay alguna televisión por aquí?», le preguntó Víctor al guardia al mismo tiempo. El chico arrugó el ceño, no sé si porque no entendía la pregunta o porque no sabía dónde encontrar una televisión. Víctor insistió, esta vez hablándole en italiano. «*Dov'è una televisione*?». Benjamín respondió: «*Nella stanza comune*». Sus voces se entremezclaron con la de mi padre que, entre tanto, siguió hablando, respondiéndome:

—Están diciendo que hay naves por todas partes, que desconocen su procedencia. De repente han aparecido en los cielos. No hacen más que mostrar imágenes. Los gobiernos aún no han hecho ninguna declaración. No creo que haya ni un país que esté libre de la presencia de los OVNI. Y por sus ubicaciones, es como si quisieran mandarnos un mensaje, una advertencia.

—Pero ¿de verdad hay tantas?

—Sí. No te lo puedes imaginar. Estiman que hay cientos. Es como en las pelis. En Estados Unidos, en las Pirámides de Egipto, sobre la Plaza Roja de Moscú… ¿Vosotros no habéis visto el cielo?

—No, estamos en la capilla. Llevamos aquí un rato.

—¿Tú ves algo desde casa?

Guardó silencio unos instantes antes de contestar.

—Sí —dijo suspirando—. Es… Creo que es lo más grande que he visto en mi vida. Está lejos, pero se ve perfectamente. Calculo que debe estar sobre Plaza Castilla, más o menos.

—Tenemos que ir a esa sala *comune*, y ver lo que está pasando —les

dije a Víctor, Ian y al guardia.

—Hija…

—¿Qué?

—La Casa de Santa Marta está cerca del Vaticano, ¿no?

—Sí, a unos pocos metros. ¿Por qué?

Volvió a suspirar.

—Según las imágenes, tenéis una nave sobre vuestras cabezas.

En mi mente hubo un colapso de pensamientos. Todos guardamos silencio. La expresión de sus caras era un poema; la mía no debía irles a la zaga. El que más pánico transmitía era el pobre Benjamín. Sujetaba su alabarda con pulso tembloroso y su piel cada vez se veía más brillante y pálida.

«No aguanto estar aquí más tiempo. Tengo que verla».

—Aurora. ¿Sigues ahí? —se escuchó a mi padre.

—Sí, papá. Te cuelgo.

—Eh… Pero…

—Luego te llamo.

—Vale. Tened cuidado.

—Tú también.

Colgué al tiempo que me dirigía a la puerta. Esta vez nadie interceptó mis intenciones.

—Te acompaño —dijo Víctor, al que se sumó Ian con un «yo también»—. *Torniamo ora* —continuó Víctor, hablándole a Benjamín.

—*D'accordo.*

Guardé el móvil en el bolsillo de mi chaquetón. Ian empujó la puerta y nos cedió el paso. De nuevo estábamos los tres a nuestro libre albedrío en pleno centro de Roma, en plana Ciudad del Vaticano. Salí de la Casa de Santa Marta con la vista puesta en el cielo. Una sombra oscura coronaba nuestras cabezas. Por un momento, mis ojos, o más bien mi cerebro, quiso interpretar que tan solo era el cielo nocturno, que debido a la contaminación luminosa no se podían apreciar estrellas. Ian me cogió de la mano sobresaltándome. Le miré: él permanecía con la cabeza en alto y con la boca abierta. Víctor se había quedado paralizado a su lado. Sus ojos se movían a un lado y a otro, como quien contempla una obra de arte, un lienzo del tamaño de una pared. Llevé de nuevo mi atención al cielo y entonces entendí que lo que creí el cielo nocturno, era la nave de la que nos había hablado mi padre. Su tamaño era tan descomunal que desde la *via delle Fondamenta* tan solo podíamos apreciar una pequeña parte. Los escasos individuos, todos ellos religiosos, que minutos antes se encontraban yendo de un lado a otro por aquella vía privada, habían desaparecido. Ni siquiera se apreciaba la presencia de guardias de la

Guardia Suiza.

Mis pies comenzaron a andar. Despacio. Pasos cortos. Mi atención permanecía puesta en la nave: no se movía. Era de un color bruno con un suave brillo plateado, como si su cubierta exterior estuviera confeccionada con hematita. Me pregunté si tendría la capacidad de volverse transparente como las de los centalphas.

Un ruido de pisadas corriendo me sobresaltó. Cuatro miembros de la Guardia Suiza se dirigían hacia nosotros. Sus manos habían cambiado las alabardas por fusiles de asalto. Sus semblantes no eran amigables. «*¡Uscite da qui!*» gritó uno. *«¡Andiamo! ¡Fuori!».* Un par de ellos pararon en seco y nos apuntaron con los fusiles mientras los otros seguían aproximándose en actitud amenazadora.

Retrocedí un paso.

—¿Qué quieren? —pregunté.

—Quieren que nos vayamos. Que salgamos de aquí —respondió Víctor.

—Pero…

—Será mejor que les hagamos caso. Están muy nerviosos.

—El papa nos ha dejado…

—*¡Ce ne andiamo!* —les dijo Víctor, ignorándome.

—*¡Questa è una strada privata!*

—Pero explícales que nos ha autorizado el papa a estar aquí.

—Es absurdo, Aurora, tienen miedo. En estos momentos todos somos una amenaza.

—Sí, será mejor que nos marchemos —sentenció Ian.

Alzamos las manos en son de paz y retrocedimos despacio mientras sus fusiles apuntaban a nuestras espaldas. Me sentí como en una zona de guerra. Pánico. Incomprensión. Pena. Impotencia.

—¿Y qué va a pasar cuando el papa vaya a buscarnos?

—No creo que el papa esté para acordarse de nosotros.

—Pero nosotros le hemos avisado d…

—En realidad no le hemos avisado de mucho —me cortó Ian—, se nos ha echado encima el futuro. Las probabilidades, el desastre.

Otras dos parejas de guardias corrieron armadas hacia la entrada de la *via delle Fondamenta,* pasando a toda prisa a nuestro lado. Giré levemente la cabeza para mirar detrás de nosotros. Los anteriores seguían «escoltándonos» fuera de la vía privada. Varias personas cruzaron a la carrera por delante de los guardias. Parecían una familia: el padre, la madre y dos niños de una edad aproximada de doce y ocho años. Todos ellos corrían despavoridos, agarrándose de las manos formando una cadena humana: los padres en el centro; un niño en cada extremo aferrado a su progenitor. Los rostros de los

pequeños empapados en llanto.

Al llegar al final de la calle, pasamos junto al grupo de guardias. Al menos había una docena. Los que nos expulsaban, al concluir su cometido, engrosaron sus huestes.

A nuestra derecha quedaba la Basílica de San Pedro. Tan solo unos cuantos cientos de personas desperdigadas en pequeños grupos ocupaban la Plaza de San Pedro. La panorámica era desoladora. La nave a nuestras cabezas, tan grande como varios campos de fútbol juntos. Las personas, algunas paralizadas mirando arriba, otras corriendo horrorizadas. Sonidos de sirenas que no supe identificar si correspondían a los carabinieri o a los bomberos; tal vez una mezcla de ambos. Más que gritos, gente hablándose a voces, azuzando a sus familiares o amigos a huir de allí.

—¿Qué hacemos? —les pregunté a Ian y a Víctor.

—Busquemos algún sitio donde podamos ver lo que está pasando en el resto del mundo.

—Por allí había varios bares —comentó Ian, señalando hacia suroeste, más allá del obelisco.

—Sí. Vamos.

Empezamos a correr.

Mi mente solo pensaba en Eset, en que consiguiese hacer algo para ayudarnos sin que le pasara nada; en que el papa Francisco consiguiera hablar con quien tuviera que hablar para impedir que nadie atacase a las naves extraterrestres; en que no fuera el fin de nuestro mundo.

Los adoquines que solaban la Plaza de San Pedro estaban húmedos, el piso resbaladizo. Agradecí que Ian me llevase de la mano. Sus dedos me la apretaban con fuerza, como si temiese perderme entre la creciente muchedumbre. Nuestras respiraciones se aceleraron al ritmo de nuestras zancadas. La gente se cruzaba con nosotros abstraídos; seguramente pensando en ponerse a salvo, en tratar de reunirse con los suyos. En el recorrido nos llevamos algún que otro empujón. Los cláxones de los vehículos que transitaban la ciudad fueron uniéndose al caos. Al salir de la plaza bajamos por la *via della Conciliazione.* «Allí hay una cafetería», señaló Víctor.

Entramos. Había poca gente dentro. Ojeamos el local en busca de una televisión.

—Aquí no hay —dijo Ian—. Habrá que ir a otro sitio.

Salimos de allí y corrimos calle arriba, luego calle abajo, callejeando, en busca de algún bar, restaurante o cafetería que tuviese una televisión. Descartamos cuatro o cinco hasta dar al fin con un bar que tenía una. La tenían encendida. Frente a ella, tan solo había un

puñado de personas, tres o cuatro mujeres, un par de niños y unos diez hombres, todos y cada uno atentos al informativo. La pantalla se dividía en dos recuadros: una pantalla principal donde se sucedían distintas imágenes recibidas de diferentes puntos del globo terráqueo y un recuadro secundario, abajo a la derecha, donde un par de periodistas ofrecían la información que iban recibiendo en tiempo real. En los barrios de algunos países se empezaban a ver los primeros manifestantes con pancartas y letreros improvisados dando la bienvenida a los extraterrestres. En otros, la visión contraria: personas llorando y rezándole a Dios para recibir su piedad y su amparo. Uno de esos grupos se había asentado en la Plaza de San Pedro; se encontraban en plena oración cantada cuando la cadena de televisión les estaba grabando. Debimos cruzarnos con ellos cuando atravesamos la plaza minutos antes. Mientras observaba atónita las imágenes, Víctor atendía lo que decían los periodistas.

—Dicen que en un par de minutos el papa y otros líderes religiosos de otros países van a dar un comunicado —nos tradujo—. Mientras tanto, los ejércitos de todo el mundo se preparar para una posible ofensiva.

—Espero que sirva de algo —deseó Ian.

A mí se me escapó un «Dios santo» que no escuchó nadie.

«Espero que por una vez en la vida no seamos nosotros los causantes de una guerra».

La vista se me nubló tras una cortina de lágrimas que no llegaron a derramarse.

Cogí mi móvil del bolsillo y miré la hora. Habían transcurrido más de treinta minutos desde la llamada de mi padre. El papa llevaba al menos cuarenta minutos preparando su intervención pública o sus gestiones o llamando a otros líderes religiosos o quién sabe qué estaría haciendo.

—Necesito un poco de agua.

—Quédate con ella. Ya voy yo —dijo Víctor. Ian asintió.

Al cabo de un par de minutos, regresó a nuestro lado.

—He conseguido esto —dijo mostrándonos tres botellas de agua.

—Estupendo. Gracias. —Cogí una. La destapé y bebí como si llevara días sin probarla. Me bebí la mitad de un trago.

Dejé la botella sobre una mesa de madera que había a mi costado derecho y me dispuse a mandarle un mensaje a mi padre.

—Deberías escribir a tus padres para decirles que estamos bien, que no se preocupen —sugerí a Ian.

Volvió a asentir. Me hubiera gustado saber lo que estaba pensando.

Empecé a teclear: «Estamos bien. Ya no estamos en la Casa de Santa

Marta. En la tele italiana dicen que el papa va a dar un comunicado».

Apreté el botón de enviar.

Cuando alcé la vista vi a Ian con el móvil en la mano: escribía a sus padres.

La reportera de la televisión alzó el tono, signo inequívoco de estar dando algún tipo de información nueva. Recé por que fuese algo pacífico, que los ejércitos siguieran sin arremeter contra las naves. La imagen secundaria desapareció, ofreciendo un primer y único plano de su rostro enjuto definido por su melena rubia, de sus grandes ojos angustiados, de sus delgados labios moviéndose deprisa, de su afilada barbilla temblando: «Attenzione. Papa Francesco parlerá oggi alla nazione, alla comunità cristiana, al mondo intero. —Hizo una pausa para atender a su realizador que debió avisarla de que el discurso del papa empezaba ya—. Prendemmo contatto con il Vaticano. Ascoltiamo al papa. Connettiamo».

Las últimas palabras de la reportera se entremezclaron con una nueva imagen: un primer plano del papa Francisco. Estábamos a tan solo unos metros de distancia, y se le sentía tan lejos…, como si nunca hubiéramos estado en su presencia. Su mirada, la de un hombre ilustrado y de corazón bondadoso se percibía como un rezo a Dios; su tono, calmado y dulce, una súplica a los oyentes para que entre todos mantuviésemos la calma y la fe. Mientras le observaba, notaba cómo me embargaba la pena. Las lágrimas comenzaron a rodar por las mejillas de muchos de los que le estábamos viendo.

—Ahora lo repetirá en castellano —susurró Víctor, que trataba de seguir el discurso con su nivel básico-medio de italiano.

Apenas duró un par de minutos. Luego, tal y como nos adelantó Víctor, el papa repitió su comunicado en castellano, con su característico acento argentino, recreándose en cada palabra:

«Queridos hermanos y hermanas. Buenas noches. Hoy es un día trascendental. Estamos ante un acontecimiento histórico. Hoy miles de católicos, practicantes y no practicantes, de religiosos y no religiosos, hombres, mujeres y niños de todo el planeta, estamos unidos ante un hecho que cambiará para siempre nuestras vidas y nuestra forma de ver el mundo. Me viene a la memoria el día de nuestra consagración, cuando después de la presentación decíamos «aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad». Hoy nuestro Santo Padre ha querido que demos un paso más en nuestra vida, en nuestra fe; que miremos al cielo con el corazón abierto. Hoy se nos desvela un misterio que desde que el hombre es hombre y la mujer es mujer, nos llevamos preguntando: ¿estamos solos en el universo? Muchos intuíamos la respuesta, igual que muchos sentimos la presencia de Dios. Pero ahora también

tenemos la certeza. Nuestros hermanos de otros planetas han venido a nosotros. Ahora, nosotros debemos estar preparados para entablar un contacto civilizado y cordial con nuestros hermanos de otros mundos. Debemos acogerlos con amor, como al resto de nuestra familia, como al resto de nuestros hermanos y hermanas. La presencia de ellos es una muestra de fe. —Cogió aire por la boca. Sus ojos, vidriosos, luchaban por esgrimir esa parte de confianza que sus palabras no lograban alcanzar. En la pantalla del televisor volvió a emerger una pantalla secundaria. Las imágenes del pequeño recuadro mostraban la figura de otro líder religioso, por su aspecto, tal vez de un país árabe, leyendo un comunicado. El sonido, por el contrario, se mantuvo fijo en el mensaje del papa Francisco—. «Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad» —dijo alzando la vista al cielo—. Ha llegado el momento de que todos nosotros, religiosos y no religiosos, creyentes o no creyentes, nos unamos en el mensaje y la misión de confraternización. —Juntó sus manos a modo de rezo e inclinó levemente la cabeza. Oró —: «Aquí estamos, Señor. Guíanos por este camino inescrutable. Bendícenos con tu amor y tu comprensión. Señor, danos fuerzas para vencer nuestros temores, serenidad para aplacar la incertidumbre, coraje para que sigamos abrazando tu fe, discernimiento para que no nos dejemos conquistar por la necedad y valor para ahogar el miedo a lo desconocido. Gracias, Señor». —Volvió a mirar a la cámara. Separó sus manos—. Recordemos que todos somos hermanos. Ellos —señaló con el mentón al cielo— también son nuestros hermanos. Que Dios nos bendiga».

En la cafetería se escuchó un «amén» generalizado. El papa comenzó una vez más su comunicado, esta vez en inglés.

—Juraría que ese hombre que sale en la pantalla de abajo es… Un momento. —Víctor dejó de hablar para atender a la televisión. Habían dado paso a la periodista mientras la imagen del papa, dando su discurso en inglés, seguía ocupando la pantalla principal. En ese momento empezó a traducirnos lo que iba escuchando, haciendo pequeñas pausas para oír a la periodista y luego ponernos al tanto—. Dice que como ya pasó hace unos años, el papa Francisco se ha puesto en contactado con los líderes religiosos de otros países para mandar al mundo un mensaje de paz, confianza y fe.

»El que sale en la pantalla pequeña es Omar Abbuod, un dirigente islámico.

»Por lo que he entendido, Francisco ha contactado también con el rabino Abraham Skorka, con el Dalái Lama… Al parecer todos están dirigiéndose a sus seguidores, llamando a la calma. Espero que sirva para algo.

—Lo que no sabemos es qué estarán haciendo los gobiernos —receló Ian.

—Tal vez estén cont…

Un estruendo aplacó mis palabras, resonando bajo las cuatro paredes y el techo que nos cobijaban. Incluso, olvidé lo que estaba diciendo. El ruido fue tan ensordecedor que todos los que estábamos en la cafetería nos encogimos de hombros, nos acuclillamos o nos llevamos las manos a la cabeza. Yo me mantuve contraída unos instantes, temerosa de que se nos viniera el techo encima, de escuchar otro impacto; un impacto que, al mismo tiempo, intuí inevitable. Sonó como si una montaña de piedras pesadas se desplomara contra un suelo hueco y resonante. Víctor corrió hasta la entrada y miró a través del cristal de la puerta. Su rostro transmitía pánico; su boca entreabierta me hizo temer lo peor. La gente se abrazaba, otros permanecían escondidos debajo de las mesas. Desde nuestra ubicación vimos pasar, calle abajo, a varios individuos corriendo, chillando aterrados. Me di cuenta de que un par de ellos estaban cubiertos de polvo, como si les hubieran echado sobre sus cabezas, caras y cuerpos, el contenido de cientos de ceniceros. Sentí nauseas. La línea de agua de mis ojos se colmó. Ian, yo y cuatro o cinco personas más nos disponíamos a dirigimos también a la entrada cuando un nuevo estrépito sonó más cerca, más potente. Esta vez me encogí como un niño que trata de protegerse de los golpes de su maltratador. Ian me cubrió con su cuerpo, dispuesto a protegerme de cualquier daño. Miré a Víctor. Él, a pesar del respingo, no podía dejar de mirar por los cristales. Al verle impertérrito, nos erguimos y continuamos andando hasta él. No era de extrañar que se hubiera quedado atónito e inmóvil. Dirigí mi atención a donde él la tenía clavada: el obelisco que tan solo unos segundos antes se erguía soberbio en mitad de la Plaza de San Pedro, se había venido abajo, convirtiéndose en una pila de cascotes, arena y polvo.

Vacilantes, abrimos la puerta y salimos a la calle.

Otro estruendo.

Y, a continuación, otro.

Giré el semblante en busca de información en el noticiario. Aunque no pudiera oírlo debido a la distancia y a que la puerta ya se había cerrado, necesitaba respuestas. Las imágenes de los líderes espirituales habían desaparecido tras una sucesión de tomas grabadas en distintos puntos del país italiano. También, algunas de otras partes del mundo. Al principio no entendía lo que estaba viendo. Nubes de polvo como cuando se derrumbaron las torres del World Trade Center. Ruinas. Gente manchada como un pescado enharinado. Algunos paralizados;

otros corriendo. Militares. ¿Militares coreanos? Sí. Asiáticos, sin duda alguna. Cazas. Tanques de combate. Población árabe. ¿Ahora una mezquita? Parecía la de Egipto. Arrugué el ceño, confusa, examinando la pantalla. Escuché un ruido lejano, como el trueno en una tormenta que se acerca, pero esta vez no me inmuté. Estupefacta, mis sentidos querían discernir las imágenes. Sí, la mezquita de Alabastro del Cairo. Tan pronto en perfecto estado, tan pronto viniéndose abajo, generando una cortina de polvo color beige que alcanzaba la cámara que inmortalizaba el momento. «¿Qué demonios está pasando?», me atormenté. Intuí la respuesta. Las naves extraterrestres nos estaban atacando. «Eset, por Dios. Ayudadnos». Un estruendo volvió a asustarme. Más cerca. Aun así, desde nuestra ubicación no se veía nada. Creí estar en una pesadilla. Miré de nuevo la televisión: las imágenes se habían convertido en una mancha negra y blanca. Se habían perdido las emisiones. Atónita, bajé la vista hasta la gente que permanecía en la cafetería. Un grupo de cinco o seis la habían abandonado. Aún se les veía correr cuesta abajo. Me quedé abstraída viendo sus figuras cada vez más pequeñas, convirtiéndose en seres cada vez más diminutos, primero del tamaño de un niño, luego del de un ratón. Un haz de luz de color rojo intenso y deslumbrante calló sobre ellos, alcanzando un perímetro de al menos cincuenta metros, desintegrándolo todo y a todos los que se encontraban allí. Sentí una bofetada de calor, un azote de aire que incluso me hizo retroceder un paso. Sentí una mano en mi espalda, sosteniéndome. Era Víctor. Durante un lapso que no puedo calcular, permanecimos a merced del asombro, del caos, de la indecisión. Paralizados. Meros espectadores del desastre. Del jaque a nuestra humanidad. De la inevitable consecuencia a nuestros actos.

—¡Vamos dentro! —gritó Ian, dándome un tirón del brazo. Una avalancha de polvo amenazaba con devastarnos, con asfixiarnos. Contuve la respiración y me dejé arrastrar por Ian. Víctor sujetaba ya la puerta. Corrimos los pocos metros que nos separaban de la cafetería. Entramos y cerramos apoyándonos sobre el cristal de la puerta. A continuación, la avalancha de destrucción cruzó de lado a lado, calle arriba, sumergiéndonos en unas tinieblas del color de la arena del desierto. La fuerza de la embestida empujó la puerta. Entre los tres y otros dos señores conseguimos que no se abriera y lo intoxicara todo. Temí que los cristales se hicieran añicos, que salieran volando y se nos clavaran como los dardos en una diana.

En cuanto su fiereza atenuó, me separé un par de metros de la puerta. Me apoyé contra una pared. El corazón parecía que se me iba a salir por la boca. La gente estaba igual de asustada que nosotros. O

mejor dicho, a pesar de la información que manejábamos y de que aún —al menos yo— teníamos la esperanza de que los centalphas nos ayudaran, nosotros estábamos igual de asustados que ellos.

Una niña, abrazada a la que supuse que era su madre, me observaba con las mejillas mojadas, pero sin emitir ningún tipo de quejido o sollozo. La madre la acunaba entre sus brazos en un constante balanceo propio de un tentetieso: adelante y atrás; adelante y atrás. La televisión seguía mostrando una mancha chispeante negra y blanca.

Me arrebujé entre mi chaquetón, abrazándome las piernas, en cuclillas, escondiendo la cara entre mis muslos. Ian y Víctor permanecían cerca, sin saber qué hacer, mirando a través de las cristaleras. Mudos. No había palabras para amainar lo que estaba sucediendo.

Aquella posibilidad no me la mostró Chintamani. ¿Por qué? ¿Acaso era un nuevo futuro? Esa parecía la respuesta más lógica. No entendía nada, solo deseaba que acabase ese tormento.

—¿Quieres que vayamos…? —preguntó Ian, acuclillándose a mi lado, con la mejor de las intenciones. Mi respuesta y mi tono no fueron agradables.

—¿Acaso crees que eso va a cambiar algo, que vamos a estar a salvo en algún sitio, que la gente va a dejar de morir?

La ciudad comenzó a atronar como si fuese el día del juicio final. Los muros parecían retorcerse en un quejido infinito, solapando un lamento con otro, desplomándose contra el suelo, haciendo vibrar las calles, las estructuras que aún quedaban en pie. Era lo más parecido a un trueno constante gruñendo sobre nuestras cabezas, amenazándonos con ser los siguientes. Las paredes comenzaron a temblar, los cuadros a moverse, la cristalería y la vajilla a tintinear. Algunas cosas se cayeron de las mesas y de las estanterías. El sonido, cada vez más semejante a un millón de truenos, se fue aproximando a nuestra ubicación, cada vez más fuerte, más decidido. La temperatura comenzó a subir. El polvo a anegar las calles. Se acercaba nuestro fin. Los cristales de la cafetería se rompieron en mil pedazos, permitiendo que la nube de polvo se expandiera sin límites, dispuesta a asfixiar nuestros pulmones al tiempo que los cristales, que salieron despedidos, nos laceraran la piel como los latigazos que recibió Jesucristo antes de ser crucificado.

Cerré los ojos. Me encogí de hombros. Me tapé la cabeza y pedí que fuera rápido.

No sentí nada. No al menos lo que pensé que sentiría. Me había resignado a morir, a que aquellos serían los últimos segundos de mi

existencia. Pensé que la onda expansiva me empujaría o me haría salir volando por los aires, y por el contrario, no sentí nada más que calma. Silencio.

Desconcertada, abrí los ojos y alcé la cabeza. Estaba dentro de un habitáculo circular de un diámetro aproximado de cinco metros.

Miré a mi alrededor. De inmediato descarté la posibilidad de haber fallecido. Alguien me había salvado de la masacre; entendí que no podían ser otros que los centalphas. Debieron abducirme y trasladarme directamente a ese cubículo de paredes transparentes y cóncavas. Era como estar dentro de una burbuja atravesada por una lámina plana que hacía las funciones de suelo. Junto a la esfera en la que me encontraba, a izquierda y a derecha, se abría una hilera de incalculables esferas que daban la vuelta, como un collar de perlas gigantes, a una base central llena de maquinaria y operarios, centalphas y de otras razas, supuestamente controlando a los individuos que nos encontrábamos en cada una de las burbujas de cristal. En las dos inmediatamente a mi derecha, en cubículos independientes, se encontraban Ian y Víctor; en las que se abrían a mi izquierda, en la más próxima a la mía, había una mujer de aspecto asiático; en la siguiente, un señor de rasgos árabes; en la siguiente un niño de aproximadamente ocho años, sentado en posición de flor de loto, con los brazos apoyados en sus rodillas y la cara escondida entre sus manos. Algo me impedía ver el interior de las que había más allá. Tampoco supe calcular cuántas habría o si todas se encontraban ocupadas. Algo me decía que había decenas de miles y todas ellas con «huéspedes».

Anduve un par de pasos hasta el cristal. Mi reflejo asomó ante mí. Arrugué el ceño. Traté de descifrar lo que veía. Bajé la vista hacia mis manos al tiempo que las alzaba. Estaban completamente cubiertas de polvo, como si me hubiera puesto unos guantes de un nuevo tejido esponjoso y tóxico. Luego me miré el pecho, la tripa, las piernas, los pies... El abrigo, antes negro, ahora se veía impregnado de una capa fina de partículas del mismo color beige y blanquecino que el resto de mi cuerpo. Sentía la cara tirante.

Permanecí inmóvil, recordando: los cristales de la cafetería estallaron, la onda expansiva penetró en el local llegando a cubrirnos de restos, escombros y polvo. Sin embargo, seguíamos con vida. Mi boca, mis pulmones, aparentemente no habían llegado a colmarse de residuos minúsculos, de aire sin oxígeno. «¿Cuánta gente habrá muerto?». Miré las burbujas donde se encontraban Ian y Víctor. Ian estaba de pie, observándome, sin moverse, sucio, como si le hubieran tirado un saco de escombros encima. Esperaba..., no sé qué. Tal vez

tan solo estaba igual de atónito que yo. En sus mejillas se veían varias líneas más oscuras descendiendo, como el cauce de un río, desde sus ojos hasta perderse en las curvas de sus mandíbulas. Víctor, permanecía sentado en mitad de su cubículo, con la cabeza gacha, igual de sucio que nosotros.

«Papá». «¿Estará…?».

El mero hecho de pensar que había muerto… Significaría que me habría quedado huérfana de padre y madre. Solo me quedaría Ian; él sería lo más próximo que tendría a una familia.

«Puede que aún siga vivo. ¿Por qué no? Han debido salvar a miles de personas, tal vez a cientos de miles, igual que hicieron con mamá cuando la rescataron de aquel terremoto de hace tantos años.

»A ella también la meterían en una de estas burbujas.

»Sí. Como dijo Edgar Allan Poe: «La falsa esperanza es mejor que ninguna esperanza».

»Debo confiar en que aún pueda estar vivo».

Estuviera vivo o muerto, mis lágrimas comenzaron a limpiar mi rostro, arrastrando el polvo hasta precipitarlo contra el suelo, reviviendo la impotencia, el no haber podido impedir aquella masacre. Llorando hasta quedar exhausta.

AL DÍA SIGUIENTE

Desperté en un apartado, como en el que estuve alojada varios días atrás cuando Gireln y Eset me invitaron a acompañarles estando en Monte Perdido. La claridad de la estancia se fue intensificando a medida que yo recobraba la consciencia.

No había sido un sueño.

Me pregunté dónde estarían Ian, Víctor, mi padre… Aunque a decir verdad, en el primero en que pensé fue en Eset. ¿Habría ido todo bien? ¿Cómo estaría la Tierra? ¿Quedaría alguien con vida aparte de las personas a las que ellos habían salvado? Papá…

Me levanté de la «cama». Mi ropa estaba limpia. O, para ser más exactos, mi ropa había desaparecido. Llevaba puesto un enterizo como el que me pusieron la vez anterior. Mis manos, mi cara, toda mi piel estaba aseada. También mi pelo.

Antes de darme tiempo a asimilar nada, se abrió la puerta de mi apartado. Tras ella surgió Gireln.

—Saludos, Aumnox. ¿Cómo te encuentras?

—Hola. Bien. Me encuentro bien. Pero, ¿y los demás? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estamos? ¿Qué ha sido de la Tierra y de las otras personas? —pregunté dando un par de pasos hacia ella.

Sus preciosos ojos almendrados no transmitían más información que la serenidad de siempre.

—Entiendo que tienes muchas preguntas —dijo con una voz sedosa. En ese momento me percaté de que no estaba hablando conmigo de forma telepática, sino que aquella, melódica y suave, era su voz real —. He venido para que me acompañes. Uraleniel quiere comunicarse con vosotros.

—¿Con quiénes? ¿Están Víctor e Ian?

—Con todos.

Dio media vuelta.

Me limité a seguirla. El resto de preguntas que deambulaban por mi mente tendrían que esperar.

La luz de los pasillos, la pulcritud de las paredes y el suelo del color de la nieve recién caída, me hizo pensar en la vida después de la muerte, preguntarme si habría algo tangible, apreciable a los sentidos, igual que lo eran las galerías de esa enorme nave. Supuse que nos encontrábamos en una de mayor tamaño a en la que estuve la vez anterior, tal vez en una de las bases de las que Eset me habló.

Después de atravesar varios pasillos, llegamos a una gigantesca sala con asientos, semejante a un anfiteatro de tamaño descomunal, pero completamente circular.

—Ocupa el espacio que prefieras.

La mitad de los asientos, semejantes a las butacas de color blanco que se encontraban en el comedor y que salían del suelo según las necesidades de quienes estuvieran allí, estaban ocupados. Eché un vistazo rápido en busca de alguien conocido, sobre todo, para ver si encontraba a Ian o a Víctor. Suerte si daba con los dos. No la hubo.

La iluminación de la sala era débil, intimista. La inmensa mayoría de los presentes permanecían quietos en un asiento. Estáticos. En silencio. Parecía acompañarles un generalizado estado de shock. A los pocos que se les veía hablar, lo hacían de forma suave, entre susurros.

Anduve, descendiendo por la imperceptible pendiente que llevaba a la zona central. El suelo blanco e iridiscente me recordó a un metacrilato opaco.

«¿Aquel es…?».

Caminé en su dirección.

Dejé atrás varias hileras de asientos.

Según me aproximaba, su constitución me hacía reforzar mi hipótesis. Aquel pelo repeinado hacia atrás, la forma de su cabeza, sus orejas pequeñas y pegadas, sus hombros…

Junto a él había varios asientos libres.

El espacio entre las hileras de asientos era considerable, no como en los antiguos cines. «¿Habrá quedado alguna sala en pie?». Una ola de nostalgia recorrió mi pecho. Pero no consiguió desestabilizarme, mi atención seguía fija en aquel individuo.

«Sea él o no, me sentaré a su lado».

Al llegar a su pasillo, alzó el rostro y dirigió la mirada hacia mí. El corazón me dio un vuelco, pero esta vez fruto de la alegría. Las lágrimas se me saltaron, aunque no derramé ninguna. Caminé hacia él, deseando llegar a su lado. Al fin, otra persona conocida, otro humano a salvo.

—Hola —saludé a Enrique Paz con una sonrisa compungida.

Se había puesto de pie. Nos abrazamos.

—Me alegro de que estés a salvo.

—Y yo de que tú también estés aquí. ¿Y tu mujer?

—Aun no la he visto. Estábamos en Argentina cuando empezó todo el desastre. Solo espero que también esté viva.

—¿No la has vuelto a ver desde que nos rescataron?

—¡Enrique! —le llamó alguien, una mujer. Ambos nos giramos. Se trataba de su esposa con el rostro desencajado por la emoción de haberle encontrado. Corrió hacia nosotros al tiempo que Enrique avanzaba hacia ella. Ambos se fundieron en un abrazo que duró segundos.

Poco a poco me dejé caer sobre un asiento. Dudo si antes estaba allí

o la inteligencia de la sala lo había dispuesto justo a la altura de mi trasero. Estaban siendo momentos agridulces; aunque de alguna forma me mantenía serena, y no entendía por qué. A su vez, mi mente seguía preguntándose cómo habíamos llegado a esa situación.

—¿Te acuerdas de Aurora? —le preguntó Enrique a su esposa. Habían caminado hasta mí y no me había dado cuenta. Al hablar, escuché que su acento era como el de su marido, marcado y exótico.

—Sí. Claro que la recuerdo. Me hablaste mucho de ella. —Se aproximó y me estrechó entre sus brazos. Me sentí como en los de mi madre.

Se sentaron a mi izquierda, quedándose Enrique entre ambas. Sus manos quedaron entrelazadas. La cabeza de la mujer en el hombro de su marido.

Se hizo el silencio. Tampoco yo tenía ganas de hablar.

Poco a poco el salón se fue llenando. Aparecieron «butacas» blancas donde antes no las había. El número de personas era incalculable.

«Espero que se hayan encontrado —pensé en Ian y Víctor—. Al menos yo estoy con Enrique y su mujer».

Me quedé abstraída, como si me hubieran dado una caja de Valium.

La sala comenzó a moverse, como si un animal de dimensiones extraordinarias estuviera exhalando el aire de sus pulmones. Las gradas se inclinaron en una pendiente más pronunciada. Al mismo tiempo, la parte central, una plataforma circular de varios metros de diámetro, se iluminó. En ella aparecieron varios seres. Doce. Entre ellos, Eset. Me recorrió una vibración eléctrica de pies a cabeza. «Está vivo». Suspiré. «Gracias a Dios». Sentí que Enrique giraba el rostro para mirarme. Me sonrió y volvió a llevar su atención al frente. Se me arrugó el ceño. No entendí por qué aquel gesto, pero no iba a darle mayor importancia. Pensé que, simplemente, la escena que estábamos experimentando tenía sentido para él.

—Mi nombre es Uraleniel. Bienvenidos a una de nuestras bases de la Confederación de Planetas de la Galaxia. Nos encontramos en las instalaciones permanentes ubicadas en la órbita de Venus. —Sus labios estaban cerrados, pero su voz resonaba en mi mente; supe que en la de todos los allí presentes—. Muchos de vosotros ya sabíais de nuestra existencia. Para otros está siendo un evento insólito. Queremos ayudarles. Llevamos acompañándoles mucho tiempo, aunque siempre a distancia. Ahora, los últimos acontecimientos nos han obligado a tomar decisiones. Difíciles y delicadas. Autorizamos un acercamiento definitivo. Consideramos que era lo adecuado.

»Estamos ante un nuevo futuro inexplorado. Podremos recorrerlo juntos.

»Desde el principio tuvimos la determinación de impedir que sufriesen unos concretos acontecimientos de consecuencias trágicas. Una sucesión de variables han originado la nueva línea espacio-temporal. La intervención, el ataque de los habitantes del planeta Ekir a la Tierra, ha abierto la brecha, la realidad en la que nos encontramos. Desconocida para todos.

»Las naves de los ekires entraron en la atmósfera terrestre con la única intención de confirmar lo que temían: la inestabilidad y consecuente amenaza que suponían los humanos para el resto de civilizaciones, razas y planetas de la galaxia. Nosotros, como miembros de La Confederación de Mundos de la Galaxia, hemos velado durante siglos por su evolución y su futuro. Ahora, más que nunca, sabemos que nos necesitan.

»En el universo existen más razas aparte de la suya y de la nuestra. Deben conocer que los actos tienen consecuencias. La vibración atrae a lo semejante. El miedo de los ekires a un enfrentamiento bélico, se convirtió en el causante de ese preciso enfrentamiento. El temor a perder la vida, a ver extinguir su estado permanente de paz y prosperidad, les ha llevado al borde de la extinción. Tan solo unos cientos de años les alejan del nivel de conciencia que atesora en la actualidad la raza humana. Aún hoy, su miedo sigue vibrando en sus corazones. En términos galácticos, ayer los hermanos ekires eran como ustedes.

»Sabían que en cuanto invadiesen la atmósfera terrestre, la respuesta bélica humana sería inevitable. Apenas tuvo que transcurrir una hora para que los gobiernos de dos de sus países iniciaran las ofensivas contra ellos.

»El miedo llama al miedo. La destrucción a la destrucción.

»En la vibración de miedo de los terrestres, los ekires encontraron su eco, despertaron su energía ancestral.

Mientras él hablaba, mi mente comenzó a procesar imágenes que nunca antes había visto. Las podía ver en primera y en tercera persona, cerca o a kilómetros de distancia, como si fueran la grabación de un dron. A través de ellas, Uraleniel nos transmitió el resto de la información:

Los países responsables de las ofensivas fueron Corea del Norte y Rusia. Sus dirigentes ordenaron el ataque a las naves ekires con misiles, con cazas, con bombas químicas y nucleares. Los ekires se limitaron a responder, a neutralizar la embestida y, por descontado, destruir todo lo que hallaron a su paso. Encontraron la excusa que necesitaban, una «invitación», una confirmación de nuestra belicosidad. El primer misil terrícola fue el desencadenante de una

tragedia sin precedentes. Se destruyeron ciudades enteras. Presas. Campos. Parajes naturales. Selvas. Arquitectura cargada de siglos de valor. Centrales nucleares. Plantas petrolíferas… La vida en la tierra sufrió la mayor pérdida de su historia. Miles de millones de personas perdieron la vida a lo largo de todo el planeta.

Las naves de la Confederación, cuatro veces superiores en número a la de los ekires, terminaron interviniendo. Aplacaron a los ekires, a sus naves, a sus intenciones de eliminar a nuestra raza. Cientos de naves extraterrestres fueron abatidas, tanto de los hostiles como de nuestros aliados, precipitadas contra la Tierra.

El dieciocho por ciento de la raza de ekires perdió la vida en el ataque. También, un cinco por ciento de los seres de la Confederación de Mundos de la Galaxia que luchó para defendernos. Junto a ellos, cerca del noventa por ciento de la humanidad también pasó a ser polvo de estrellas.

La tecnología extraterrestre de las razas aliadas consiguió contener el desastre natural y medioambiental que las plataformas petroquímicas, las bombas y las centrales nucleares afectadas podrían haber causado; evitaron así el fin real de nuestro planeta y de los millones de especies que lo habitan.

Entre las maniobras de rescate, las naves de la Confederación sacaron del planeta a medio millón de humanos.

Respecto al resto, aproximadamente unos seiscientos setenta millones, fueron concentrados en pequeños grupos, protegidos por cúpulas energéticas que les garantizan agua y oxígeno durante varios días, mientras el aire de la atmósfera empezaba a limpiarse.

«Al final hemos caído en el desastre —me lamenté—, distinto a cualquiera de los que Chintamani me mostró, pero, quizá más letal que ninguno otro. Hagamos lo que hagamos para revertir las catástrofes, siempre terminamos perdiendo».

La voz de Uraleniel volvió a escucharse en mi mente.

»Como les dije, todo acto tiene consecuencias.

»Vinimos a ayudar a la raza humana, a evitar la extinción de su planeta. Las pérdidas han sido dolorosas y desmedidas, pero el planeta se puede recuperar, la raza humana y las de millones de especies terrestres tienen otra oportunidad. Si lo deseáis, podemos ayudaros con vuestra recuperación.

Al finalizar la «reunión», los miembros del centro de la sala se marcharon tras un haz de luz, tal y como llegaron. Sentí angustia al perder de vista a Eset. Los demás permanecimos allí durante varios minutos. Tan solo unos pocos se levantaron de sus asientos y se marcharon como almas errantes. Enmudecidas. Éramos como un grupo de zombis: silenciosos, apesadumbrados y perdidos.

Enrique Paz y su mujer se pusieron en pie dispuestos a marcharse.

—¿Vienes? —me preguntó él.

—No. Gracias. Me quedaré aquí un rato más.

Aunque en mi apartado encontraría más soledad que allí, no tenía fuerzas para levantarme.

Se limitaron a marcharse.

La sala se fue vaciando paulatinamente, dejando tras de sí un uniforme zumbido de pasos, cada vez más leve. Hasta que se perdió.

Los asientos fueron desapareciendo, fundiéndose con el suelo, como un castillo de arena absorbido por una ola.

Perdí la noción del tiempo.

La cálida iluminación me invitaba a relajarme; la pulcritud de la sala a sentirme bien, a salvo. Sin embargo, me percibía como una mota de polvo suspendida en mitad del universo: sola. Hueca.

La luz del salón se fue atenuando hasta asemejarse a la de una vela en un cuarto oscuro.

«Después de todo…

»Después de tanto…

»Y ahora…

»Millones de personas muertas. Millones de animales, plantas… Todo destruido.

»No ha servido de nada».

Cerré los ojos y dejé caer mi cuerpo hacia delante. Me tapé la cara con las palmas de mis manos y me escurrí sobre el asiento hasta terminar hecha un ovillo en el suelo. Las lágrimas volvieron a llenar mis cuencas. Sin quejidos, sin gimoteos. Me sentía fracasada. Tantos esfuerzos no habían servido para nada. El corazón empezó a bombearme igual que cuando vi a Eset por primera vez en el pasillo de mi casa. Y mi mente reprodujo su anatomía, sus facciones.

«¿Por qué siento eso cuando pienso en él?».

Mi cuerpo empezó a sacudirse en vibraciones ajenas a mi control y a mi entendimiento. Algunas imágenes que ya había visto, volvieron a mi mente.

«¿Chintamani?».

Era la misma sensación que tuve cuando el fragmento se anexó a mi

consciencia.

Progresivamente, comencé a perder la percepción de mi cuerpo. Tan solo podía ver imágenes, concretamente a Eset y a la que fue su pareja, aquella mestiza llamada Aamtarlnox. Mis sentimientos pasaron a ser como una mancha de aceite en un vaso con agua. No podían interferir en lo que veía:

Se miraban. Ella le sonreía. Eset permanecía impertérrito, aunque se esforzaba en agradarla. Los sentimientos de él se habían ablandado desde que empezó la relación con la mestiza. Ella… Ella le amaba de verdad; se le erizaba el vello de todo el cuerpo cada vez que Eset la tocaba. Abrazos. Besos. Actividades juntos…

La consecución de acontecimientos que estaba viendo en aquella visión se centró en la mestiza:

Aamtarlnox caminaba por unos pasillos. Estaban en su planeta, Próxima B, en una base fija en la superficie. Ella tenía un cargo semejante a un militar terrestre, pero de un grado inferior al que tenía Eset en aquel entonces. Llegaba a una sala donde había varios miembros, entre ellos Alixarc y el propio Uraleniel. Empezaban una conversación:

—¿Lo han pensado? —preguntaba ella.

—Sí. Y la respuesta es «no» —respondía Alixarc.

—No entiendo por qué.

—Precisamente por eso nuestra respuesta es negativa.

—Yo fui una de las que propuso la misión. Quiero participar desde dentro.

—¿Y Eset?

—Él no lo entiende. Él no cree que sea necesario intervenir. Pero mis ancestros… No puedo permitir que sufran. No, al menos, en una nueva realidad. Ellos pueden revertir la situación, solo debemos darles la oportunidad.

—Les ayudaremos, pero no puedes mezclarte con ellos.

—Sabéis que es la mejor opción. Puede que lleve más años, pero lo conseguiré. Estoy segura. Debéis dejarme intentarlo.

Uraleniel y Alixarc se miraron de reojo.

—¿Entiendes lo que supone? No puede salir de aquí. Casi nadie de la misión puede saberlo.

—Lo sé. Me hago cargo.

—Amas a Eset, nos consta. Él te perderá para siempre.

—Le amo. Pero hay miles de millones de seres en un planeta que necesitan ayuda. Nuestra ayuda. Lo he meditado. Si debo renunciar a mi vida por salvar la de ellos, lo haré. Yo he llegado aquí gracias a ellos. He vivido el amor gracias a ellos. Es el menor precio que puedo

pagar.

—Partiremos mañana. Aprovecha para despedirte hoy de Eset, pero no puedes decirle nada.

—No lo haré. Gracias.

Inclinó la cabeza y se marchó.

La siguiente imagen que mi mente reprodujo fue a Aamtarlnox despidiéndose de Eset. Le besaba con pasión y él… Él la correspondía. Aunque de una forma fría, había aprendido a amarla.

Al día siguiente, la nave comenzó su recorrido, tal y como la prometieron Alixarc y Uraleniel.

Se encontraban en una sala. Algo semejante a la que Chintamani me mostró en la experiencia anterior. Dos camillas, una junto a la otra. Una ocupada por Aamtarlnox. En la otra, algo de metacrilato o un material parecido. Una probeta. En cuestión de segundos la esencia de Aamtarlnox se trasfirió a la probeta; el cuerpo de la mestiza yació sin vida.

Mi consciencia, ahora a caballo entre la reproducción de acontecimientos pasados y el presente, notó confusión. No entendía por qué veía todo aquello. ¿Qué sentido podía tener? No lo supe hasta que, sin abrir los ojos, sentí la presencia de Eset aproximándose. Sin embargo, aún no podía moverme. Una nueva sucesión de proyecciones se apoderó de mi raciocinio. Volví a perder la noción de mi cuerpo. Y entonces vi a mi padre, en Móstoles. De la mano de mi madre. Era de noche. Volvían de la capital. Caminaban por unas calles vacías de transeúntes en dirección a casa. El cielo estaba despejado y mostraba una bóveda celeste ausente de contaminación lumínica. Las estrellas marcaban sus pasos. Una luz errática, más potente y cambiante en colores, robó su atención. Eran ellos. Mi madre, corrió tratando de que mi padre la siguiese, dándole tirones del brazo. Mi padre observaba la esfera luminosa como hipnotizado. Llegaron a casa. Comentaron la experiencia durante un largo rato. Hasta que finalmente se quedaron dormidos. Aquella noche, Gireln entró en contacto con la antropal, con mi madre. Aquella noche, Gireln depositó en el vientre de mi madre la esencia que almacenaban en la probeta.

A los nueve meses, nací yo. Y al tiempo que me veía nacer a mí misma, noté cómo el alma me daba un vuelco. Imágenes que ya había visto antes volvieron a pasar fugaces por mis retinas. Volví a verlos: a los veinticuatro tripulantes dispuestos a partir desde la plataforma interestelar de Valle de la Luna, en el desierto de Atacama; la despedida de los que se quedaban mirando, llorando y rezando por que llegasen a su destino, por recuperar la esperanza para la humanidad; su llegada a bordo de la nave *Tierra 1* al planeta Próxima

B; su amnesia; su crecimiento y su madurez en un planeta nuevo; su relación con los centalphas; su integración a esa nueva comunidad. Me vi en mi antiguo cuerpo, siendo Aamtarlnox, uniéndome a Eset. Mis sentimientos de entonces despertaron como si la mecha de un cohete hubiera llegado a la pólvora. Claros y vívidos. Me vi presentándome ante el Consejo, proponiéndoles mi deseo de tratar de proteger no solo a mis ancestros, sino también a su planeta; mi planeta. Reviví mi dolor al separarme de Eset para llevar a cabo la misión. Confiada, por saber que estaba haciendo lo que debía. Triste, por tener que abandonar al amor de mi vida. Me sentí así mientras afloraba mi último recuerdo siendo Aamtarlnox: yo, tumbada sobre la camilla, dispuesta a transferir mi alma y mi psique a una probeta, dispuesta a volver a empezar lejos de mi hogar, dispuesta a renunciar a todo por salvar las vidas de millones de seres que no conocía, pero que sentía como mi familia.

Abrí los párpados. Mi cuerpo reposaba sobre una camilla como la que la nave creó para mí cuando Chintamani se anexó a mi consciencia, a varios centímetros del suelo. Eset permanecía estático, más próximo de lo que nunca había estado. Me observaba. Su mano sujetaba la mía. Supe que él acababa de ver las mismas imágenes que yo, de entender el presente, de conocer el pasado.

«Por eso…».

Mis pensamientos naufragaron en el deseo y en el cargo de conciencia, en la responsabilidad y la pena.

—Tanto… ¿Tanto para nada? —balbucí, secándome la cara.

—El futuro ha cambiado, Aumnox. No era lo que ninguno hubiéramos pensado. Pero ha cambiado. Ahora hay más esperanza de la que hubo nunca.

—¿Y tú? ¿Sabías que yo había…, que te abandoné?

—No. —Dio un paso. Apenas había espacio entre él y yo. Me cogió de la otra mano—. Pero ahora lo entiendo todo, Aamtarlnox.

Prólogo

Habían pasado varios días desde el rescate. En nuestra plataforma éramos alrededor de ochenta mil personas. Encontré a mi padre, a Víctor y a Ian. Cada día me sentía mal por ser yo y mis seres queridos parte de los supervivientes. Con el tiempo, decidí pensar que la energía de muchos de los fallecidos se transformaría en una nueva vida, que ingresarían a un planeta con un entorno mejor y un futuro más prometedor.

No podía borrar de mi mente el instante en que supe la verdad de mi existencia, la verdad y los motivos de mis sentimientos hacia Eset.

—Te amo —le dije.

—Y yo te amo a ti —me respondió—. Vuelve conmigo. Podemos recuperar tu cuerpo. Vuelve a ser mi compañera.

Lo deseaba con todas mis fuerzas.

—No puedo, Eset. Aún no. Tengo que zanjar algunas cosas en la Tierra.

Esquivé su mirada. Mis emociones no podían aguantar dentro de mi cuerpo.

—Lo entiendo. Haz lo que tengas que hacer. Ayuda a la Tierra. Ayuda a los humanos. Pero después, te pido que vuelvas conmigo. ¿Lo harás?

—Lo haré.

A partir de ese momento, trabajé junto al resto de supervivientes en la reconstrucción de nuestro planeta. También era mi planeta, mi casa, mi hogar.

La Confederación dio instrucciones a los líderes políticos y religiosos para asistir a una reunión mundial. Ciento cincuenta y ocho representantes de distintos lugares del globo se reunieron en Suiza, acordando tal punto como lugar de la Alianza entre humanos y extraterrestres. En el concilio se trataron aspectos que hacían alusión a todas las áreas esenciales para nuestro equilibrio: económico, tecnológico, medioambiental, energético y de salud. Los acuerdos alcanzados, guiados por los consejeros de la Confederación, fueron unánimes y bienvenidos. El 22 de abril de aquel año se firmó la primera Alianza Galáctica Extraterrestre y de Paz Mundial en el planeta Tierra.

Los trabajos de reconstrucción llevarían años, pero los miembros de la Confederación nos ayudarían. Aquella alianza suponía un

compromiso: si pasados diez años desde la firma del acuerdo, la paz y la colaboración entre naciones se mantenía a nivel mundial, la Confederación permitiría a un grupo de representantes terrestres ser partícipes de las gestiones de la misma. Nos ayudarían en nuestro empeño por conocer el universo. Desde la paz.

Cuatro años después del ataque, mi padre partió de este mundo para reunirse con mi madre. Después de aquello, el universo me concedió ocho años y siete meses más en compañía de Ian antes de unirse a mis progenitores terrestres.

—¿Cuánto tiempo ha pasado ya? ¿Quince años? —me preguntó Víctor, sin apartar la vista de la carretera.

—Más de dieciséis —respondí. Suspiré. En mi pecho se agitaban los recuerdos y mis deseos; nostalgia y alegría.

—Te voy a echar de menos. Lo sabes, ¿verdad?

—Yo a ti también. Tal vez pueda hacer algo cuando…

—No —me interrumpió—. Sé lo que vas a decir. Y, te lo agradezco, pero no. No es mi destino. Yo moriré aquí, con mi mujer. Y cuando corresponda, mi alma tendrá que elegir un nuevo propósito.

—Supongo que si cambias de opinión…

—Supongo.

—¿Sabes? Me alegro de que hayas encontrado al amor de tu vida.

—Sí. Sabía que estaba en alguna parte. —Sonrió.

Miré por la ventanilla. La carretera serpenteaba adentrándose hacia el lugar más espiritual que mi cuerpo humano había pisado. Víctor redujo la velocidad progresivamente, como si quisiera alargar los últimos minutos que nos quedaban juntos. Bajé el cristal. El aroma entró libre expandiéndose por todo el habitáculo. Inhalé al tiempo que cerraba los ojos. Mi alma estaba en paz. Me sentía dichosa por haber compartido mis últimos años de vida con Ian. A pesar de no haber aceptado nunca su propuesta de matrimonio, fuimos una pareja unida, inseparables hasta que la enfermedad se lo llevó. Él siempre me amó de una forma que nunca llegué a equiparar, pero aun así, le amé como nunca antes mi cuerpo y mente humana habían amado a nadie. «Gracias —me dijo—, por haberme elegido a pesar de amarme menos que a él». «Gracias a ti, por haberle dado sentido a mi existencia. Siempre vivirás en mi memoria. Siempre». Aquellos trece años juntos fueron maravillosos. Felices. Inolvidables. Tanto que, después de que

se marchara para siempre, necesité más de dos años antes de poder dar el siguiente paso en mi vida.

Apoyé mi mano sobre la de Víctor, que descansaba sobre la palanca de cambios.

—Serás feliz —me dijo.

—Sí. Lo sé. Tú también lo serás. Tal vez algún día pueda venir a hacerte una visita. —Aunque sonó a broma, lo pensaba realmente.

—Me encantaría.

Llegamos al parking de Monte Perdido. Apenas había cuatro o cinco vehículos. En aquella zona parecía no haber existido nunca un conflicto con los ekires.

Aparcamos.

Nos bajamos del coche.

Yo me quedé estática junto a mi puerta. Víctor anduvo hasta mí. Nos fundimos en un abrazo interminable.

—Vamos —dijo, dándome la mano.

Caminamos por uno de los senderos hasta llegar a una explanada de un verde deslumbrante.

Una luz fuerte y límpida nos hizo llevar la vista al cielo.

«Has cumplido tu promesa», escuché en mi mente.

Su voz…

Su energía…

Me sonreí.

La nave se posó a unos metros, frente a nosotros.

Me giré hacia Víctor y le di un último abrazo, esta vez más breve.

—Te quiero, amigo. Sé feliz. Dale recuerdos a tu mujer.

—Y yo te quiero a ti, Aurora. Que disfrutes de tu larga vida.

Cuando me di la vuelta, vi a Eset esperándome junto a la nave.

Lo miré con una sonrisa en los labios.

Había imaginado aquel momento tantas veces…

Caminé hacia él.

El aroma de Monte Perdido penetró por mis fosas nasales acelerándome el corazón.

Le deseaba más que a nada en el universo.

Al llegar a él, contempló mis ojos. Sus labios se curvaron en una línea que nunca había visto en su rostro.

—Está todo preparado —me dijo mentalmente.

—¿A qué te refieres?

—A tu cuerpo. Uno más resistente del que tienes ahora.

Asentí.

—Lo estoy deseando.

—Vamos, entonces.

—Espera —le dije. Paró en seco.

—Antes de que traspaséis mi consciencia a un cuerpo más resistente, quiero saber qué se siente con este al besarte.

Clavó sus pupilas en las mías. Su expresión era impertérrita. Recordé el día en que lo vi en mitad del pasillo de mi casa. Y volví a desearle.

Con un sutil movimiento se inclinó y satisfizo mi petición. Su beso provocó que una corriente eléctrica llegara a cada célula de mi cuerpo. Mi organismo tembló de los pies a la cabeza. Al separarnos, volví a mirarle a los ojos. Su expresión era cándida, serena. Sonriente. Mi corazón estaba en paz.

—Volvamos a casa.

Al final, el mundo entendió que el destino se forma con cada acto, con cada decisión. Entendió que las visiones son solo una pista de lo que puede llegar a pasar si no se corrige el rumbo. Entendió que las profecías están para reescribirlas.

Nota de la autora

Con esta novela quiero hacer mi humilde homenaje a los hombres y mujeres de la historia que han dedicado su vida a buscar e investigar el fenómeno ovni, que han tratado de documentarlo para poder enseñárselo al mundo, para mostrarle la existencia de otros seres, de otras civilizaciones, de otra versión de la historia. Les agradezco a todos ellos la responsabilidad y seriedad con la que han llevado a cabo su cometido.

Al mismo tiempo, quiero agradecer y hacer una mención especial a la larga trayectoria llevada a cabo por el investigador peruano que ha inspirado la figura del personaje Enrique Paz. Gracias a él y a su mujer por su compromiso. Sobra decir, que sin su entrega y sus aportaciones a la sociedad esta novela no habría sido la misma.

Gracias al amor de mi vida, Marcos Nieto Pallarés, por ser y estar aquí y ahora; como tantas otras veces, como en tantos otros tiempos.

Y gracias a ti, lector/a, por abrirte a Shambhala.

Y dicho lo anterior, lanzo al aire la misma pregunta con la que cerré la primera parte: ¿Es posible que la realidad supere a la ficción?

En memoria de los que no necesitaron ver para creer.

[1] Cabañas que usan los nómadas en el desierto.

[2] Sanse: Referencia al municipio madrileño de San Sebastián de los Reyes.